

No. 59
septiembre
1944

próximo número marcará el inicio de esta revista a su primer número de labores.



Jacinto Jaramillo y Cecilia López, primeras figuras de la película...

0.20

UNIVERSIDAD
TEACH
Abierta al mundo

Nini Marshall



La sensacional estrella cómica argentina cuya actuación en "CARMEN" la consagra definitivamente como el mayor talento histriónico del elenco femenino en Hispanoamérica.



Abierta al mundo

POR UN CINE NACIONAL

ARTICULO PUBLICADO POR EL DIRECTOR DE MICRO
EN EL No. 17 DE "TEMAS" (SEPTIEMBRE DE 1942).

COLOMBIA, "país de poetas y de niños", es decir, país artista por excelencia; tierra donde el paisaje por sí solo es milagro de ocurrencia de la luz es permanente incógnito el diara, donde permanece incógnito el rico folklore de América; con un merado racial cuya sangre es exclusiva hibridación de indígenas, negros y europeos; con una historia nacional hecha por héroes de gesta; que ocupa el más privilegiado trozo de la geografía indoamericana, tanto por su condición tropical como por la ubicación exacta en el cruce obligado de las comunicaciones marítimas y aéreas del hemisferio; país del oro, del café, de las esmeraldas, de las orquídeas...; rincón del mundo donde la mano de Dios acertó de lleno al hacer las mujeres en moldes de palmera con argamasa de aurora boreal, ojos de mal pensamiento, labios al rojo-fresco que Clavel vanamente buscara en su laboratorio personal de belleza. Colombia, museo vivo de maravillas naturales donde compiten el Tequendama, la laguna de Fúquene, Risaralda, la hoguera del Quindío, el Valle de Aburrá, las sabanas de Bolívar, las vegas del Sinú, El Ruiz, la sabana de Bogotá, la inagotable salina de Zipaquirá, las minas de oro y platino, los cafetales sin par en el mundo, montañas que sostendrían un funicular al cielo, ríos que en cada vuelta dan al viajero un paisaje insoñado por los magos del tecnicolor. Colombia, "puerta de América", paraíso colocado por el Criador, no ya entre Tigris y Eufrates sino en el hueco dejado por tres mares: Atlántico, Pacífico y Amazonas....

Todo eso y mucho más es nuestra Colombia excepcional: belleza, poesía, riqueza, inteligencia, patriotismo, amor a la libertad. Cuanto hay de gran-

de para hacer un país grande, nosotros lo tenemos, con excepción de algo muy importante: el vehículo que realice la unificación espiritual de las diferentes secciones, que lleve a cada parte de la patria el conocimiento objetivo de costumbres e idiosincrasia, que ligue a los colombianos con los lazos de la admiración recíproca. Más aún: nos falta el vehículo que ponga nuestro folklore —y al decir folklore se entiende "conjunto de las tradiciones, poemas, leyendas, lenguaje y costumbres"— al alcance del mundo entero. Porque solamente cuando los colombianos experimentemos la sensación de notoriedad ante el mundo, aprendemos a estimar nuestra nacionalidad en lo que vale; sólo así llegaremos a

preocuparnos por conservar la bella tradición que es el alma de la patria y que desgraciadamente tiende a desaparecer en el maremagnum de la modernidad, preconizada por países que racialmente nada de común tienen con nosotros.

Y es de ese vehículo difusor de lo que en estas líneas —paupérrimas de idioma pero llenas de corazón patriótico— quiero tratar. Su nombre es CINEMATOGRAFO. Que el lector me honre con su compañía hasta el final, y estará dado el primer paso en la creación de una industria que la patria necesita urgentemente. Porque nadie que sea colombiano —nacido o adoptado— puede ser o hacerse indiferente en esta materia; si antes nadie pensó en ello, las causas son explicables: la propaganda interesada, las mismas producciones deslumbrantes de studios extranjeros habían creado en nosotros un complejo mixto de inferioridad y tarzanismo, cuyo resultante era esta creencia: imposible pensar en películas colombianas!

Veamos ahora la realidad de las cosas, las posibilidades de esta industria —la cuarta del mundo—, el porvenir del cine nacional, la importancia que para el progreso patrio tiene una empresa fílmica y lo que ganaremos internacionalmente al llevar *el país* a las pantallas cinematográficas del mundo.

Ante todo, no hay que entrar en explicaciones para convencer a nadie de que la cinematografía es un negocio de primera clase como fuente de utilidades. Para abundar en argumentos a favor de esta tesis bastaría considerar las ganancias exorbitantes que han hecho compañías dedicadas a estas actividades. Los sueldos estratosféricos que los artistas y técnicos devengan por el mero hecho de estar

MICRO

"La Verdad no se casa con nadie"

Nº 59 — Sepbre. 1944 — Año V

Esta publicación no hace política de partido. Su misión es desarrollar permanente campaña en favor de lo autóctono en arte. Es propiedad de la Editora Nuevaamérica, Medellín, Colombia. Director-gerente Camilo Correa. Oficinas Edificio Alvarez Nº 407. Teléfono 169-83. Registro Nº 827, diciembre 27 del 40 en el Ministerio de Correos y Telégrafos.

De esta edición se imprimieron portada y primeras 68 páginas en la Tip. Bedout, y las restantes en "El Colombiano" Ltda.

Esta edición acabó de imprimirse el día 26 de septiembre de 1944 y todo su material obtuvo el visto bueno de la Censura oficial. Unico responsable, ante la ley, por cuanto aquí se diga, es el director. La responsabilidad intelectual y científica corresponde a cada uno de los colaboradores.

SUSCRIPCIONES:

Interior:
Serie de 12 ejemplares... \$ 2.00
Serie de 36 ejemplares... 5.00
Exterior:
Serie de 12 ejemplares... US. 1.50
Serie de 36 ejemplares... US. 4.00

Corresponsalia de:

ARAMIS (desde Hollywood)
A. ROSALES NAVARRO (Barranquilla)
ANDROS (desde Bogotá)
Además las secciones:
GUIA DE LECTORES
ALIÑOS DE ESTE NUMERO
LOS LECTOREN DICEN...
SI TIENE TIEMPO...
NOTAS DEL DIRECTOR.

Ilustraciones de:
Rubén HENAO
David ALVAREZ
Gonzalo ZAPATA
Fotografías de:
Arturo PUERTA
Aníbal UPEGUI
Gabriel CARVAJAL

En este número presentamos colaboraciones originales de:
Luis Miguel de ZULATEGI
Andrés PARDO TOVAR
Ernesto OSPINA RODRIGUEZ
Eduardo CORREA
Antonio GARCIA HDEZ.
Camilo CORREA
Traducciones de:
Frederick Sparks STIMSON
André COEROY
Hermine RICH ISAACS
Transcripciones de:
Tomás CARRASQUILLA
Efe GOMEZ
Guillermo CORDOBA ROMERO
Guillermo Edmundo CHAVEZ
Partitura musical de:
José ROZO CONTRERAS

bajo contrato de exclusividad, y las cantidades altísimas que reciben por su trabajo en cada cinta, están atestiguando la prosperidad siempre creciente de esa industria que en su vida de apenas medio siglo ha tomado un incremento insospechado, hasta el punto de hacerse imprescindible en la vida civilizada. Y así como las fábricas que producen artículos de primera necesidad, tales como textiles, utensilios eléctricos y toda clase de accesorios del confort, sacan altos rendimientos a sus mercancías, de la misma manera la cinematografía —fábrica de películas para satisfacer una necesidad también prima— deja fabulosas utilidades, a tono con el volumen, increíble casi, de sus ventas. Excesivo sería sacar aquí una complicada madeja de guarismos: el lector sabe de sobra que es buen negocio aquel donde todo el mundo es cliente seguro.

Ahora bien: consideremos lo que sería una producción nacional de películas. Para ello bastará que hagamos unas comparaciones sencillas: una cinta de la categoría artística de "Allá en el Rancho Grande" o de "La vida es un Tango" (y no trato de compararlas entre sí, ni siquiera de juzgarlas por separado) rinden al distribuidor, sacados ya los impuestos, gastos de publicidad, porcentajes de teatro, etc., una cantidad que fluctúa entre treinta y cuarenta mil pesos... sólo en Colombia! Vale la pena pensar lo que daría una película nacional —llámela usted "Bambuco", "Maizópolis", "La Vorágine", "Risaralda", "Asistencia y Camas" o como guste, que hartos argumentos autóctonos tenemos para empezar— realizada con los adelantos de la técnica moderna, con artistas colombianos y a base de nuestro inexplorado folklore. Si una cinta mexicana o argentina puede sacar de nuestro público esas cantidades de dinero, no es optimismo exagerado calcular que una autóctona las duplique o triplique. Quedando aún el renglón extranjero para sumar utilidades tan crecidas como lo permita la calidad artística de la producción.

Porque no se debe olvidar un factor que es innegable: los colombianos tenemos una ventaja enorme sobre otros que producen o pueden producir películas: el acento. No sé debido a qué circunstancias, nosotros hablamos el español más internacional —y que se me perdone la expresión— de hispanoamérica. Mexicanos, argentinos, chilenos, cubanos y ecuatorianos han creado su propio sistema de pronunciar el idioma, ya por el dejo especial, ya por los modismos marcadísimos de su léxico. Y sobre esos cinco sistemas van agrupados caprichosamente los países circunvecinos. Venezuela hace capitu-

lo aparte, en iguales circunstancias. En cambio nosotros somos más afortunados: el castellano de Colombia es bien oído desde el Río Grande hasta la Tierra del Fuego, sin que ello quiera ser una presunción de purismo: solamente me refiero al acento, naturalmente con exclusión de la costa atlántica que habla en cubano, y de Nariño que usa el ecuatoriano. Una película nacional hablada con el acento colombiano del centro, llevará al exterior el término medio del español que habla nuestro país; sin perjuicio de que, según lo requieran los argumentos filmados, en ellas se recojan las modalidades folklóricas de cada departamento. Tenemos pues un horizonte comercial más amplio que el que disfrutan México y la Argentina, actuales exportadores de cine hispanoparlante.

Tomemos ahora la defensa de nuestro cine, contra quienes —influídos por ese complejo ya dicho— andan diciendo que Colombia no tiene artistas. Los tiene muy buenos entre los ya conocidos. Los tendrá magníficos en cuanto surja la empresa productora que les dé oportunidad de revelarse! No hay necesidad de mencionar nombres propios; si el lector oye radio ya habrá podido comprobar que tenemos la materia prima necesaria para formar un magnífico elenco cinematográfico. Aparte de que para la pantalla no son imprescindibles los actores de carrera teatral; en habiendo un director capaz, los artistas se descubren. En una película, sólo el 25% del éxito está en manos del actor; otro 25% corresponde a técnica —sonido, fotografía, montaje—, igual porcentaje va representado en argumento —incluidos diálogos, fondo musical y números de canto si los hay— y el restante 25% corre por cuenta del director: es éste el encargado de hacer los artistas e inclusive de encazar y corregir la actuación de los veteranos. Así que es antipatriótico eso de sostener que en Colombia no hay elemento humano para producir películas tan buenas como pueda hacerlas cualquier otro país.

Veamos ahora lo que significa para nuestra patria una buena producción filmica. Tomándolo por la parte económica, saldremos de la condición de vasallos en que hemos vivido, pasando a la categoría de negociantes; pagaríamos por ver cintas extranjeras, pero tendríamos la reciprocidad de los países que aceptaran nuestras producciones. Los cineastas nacionales no estarían sometidos a lo que quisieran hacer los distribuidores de películas importadas: habría tanta producción como demanda —siempre que el monta-

je de estudios fuera completo y amplio— y cada película criolla reemplazaría en la cartelera a una foránea de mediana o baja calidad. Digo mediana o baja porque lógicamente no se podría pensar en sustituir la producción extranjera de la clase "A", pues el alto nivel artístico y técnico alcanzado por Norteamérica, Europa y los países indoamericanos, que cronológicamente nos llevan enorme ventaja, seguiría vigente: el diablo sabe más por viejo... Y el buen aficionado quiere ver todo el cine bueno que haya.

Considerando el asunto con ojos colombianistas, podremos desear para la patria algo más efectivo en propaganda que una serie de películas primero costumbristas y luego sociales? Qué mejor manera de hacer conocer la tierra, sus costumbres, sus hombres de letras, sus tradiciones, sus riquezas y bellezas naturales, su música típica? Así como los Estados Unidos, Argentina y México nos inundaron de sus costumbres y su música, nosotros podemos llevar hasta esos pueblos todo lo pintoresco y bueno de nuestra vida, toda la inigualable magnificencia de los paisajes patrios, la belleza y señorío de nuestras mujeres, el encanto de nuestros aires musicales que no tienen cotejo: bambuco, guabina, torbellino... algo desconocido en el mundo, tres expresiones musicales que, en opinión de quien tiene autoridad para decirlo, "son orgullo de Colombia, son lo único que se añora al abandonar costas colombianas"!

Perdone el lector lo extenso de estas disquisiciones: he sido siempre un fanático del cinema en su triple calidad de Negocio, Entretenimiento y Escuela. He soñado hace muchos años con ver en periódicos extranjeros la programación de películas colombianas. Por eso ahora me he sentido obligado a expresar estas ideas, buscando llevar con ellas el entusiasmo a la opinión para que colabore en masa al establecimiento de la primera empresa nacional productora de películas.

Es la época precisa para lanzarse en un negocio que por causa de la guerra se les acaba en nuestro territorio a los industriales extranjeros. Empezando ahora mismo tendremos la primera cinta nacional antes de un año, para continuar la producción periódica de seis anuales. La empresa debe financiarse por acciones populares, buscando que a ella quede vinculado el mayor número posible de colombianos. Los hombres de negocios del país entero deben estudiar detenidamente este nuevo campo que se abre a sus actividades.

Montería Pintoresco

UNA INFORMACION
FOTOGRAFICA DE
ARTURO
PUERTA
Y
ANIBAL
UPEGUI

Para
"MICRO"
No. 59

SEGUN lo anunciamos en nuestra edición pasada, presentaremos una serie de enfoques de Montería en su aspecto pintoresco. Durante un viaje de placer efectuado por Arturo Puerta y Anibal Upegui, colaboradores y amigos cordiales de nuestra revista, fueron tomadas estas vistas. Sin ánimo de enseñar, sin intención de educar, MICRO creyó interesante la publicación de ellas. Ahí las tiene el lector, como iniciación de una serie de reportajes gráficos en que desfilarán ciudades y poblaciones de Colombia miradas desde ángulos caprichosos pero bien intencionados.

MONTERIA, "la perla del Sinú", es ciudad de primera categoría por innumerables aspectos: comercio, ganadería, industria. Pero ninguno de ellos entra en los encuadres fotográficos de Puerta y Upegui: solamente lo pintoresco, lo autóctono —desgraciadamente no todo, pues al fotografiar no se obedeció a plan periodístico— desfila por estas páginas, con nuestro deseo porque a los amigos monterianos les resulte correcta la versión literaria de lo que vio la cámara.

MOTIVO de otra información, esa sí sobre guión meticuloso, serán los demás ángulos de interés que ofrece la ciudad sinuana. Al finalizar esta de hoy abrimos una puerta al urbanismo, el comercio y la industria de tan floreciente conglomerado, representados alegóricamente en la elegante portada del Club Campestre, centro social que agrupa la intelectualidad, los negocios, la sociabilidad y el civismo de esos colombianos cuya vida transcurre en tan privilegiado rincón del trópico.

PARA esa futura presentación de Montería en las páginas de este magazine, ofrecemos que será nuestro director quien haga la doble función de cronista y fotógrafo. Ya él tuvo la suerte de residir algunos meses en tan culta ciudad, y trajo de ella impresiones imborrables que le permitirán poner alma y método en ese "trailer" general de la más interesante "pequeña ciudad cosmopolita".

El Sinú es camino, despensa y acueducto para las clases pobres de Montería...



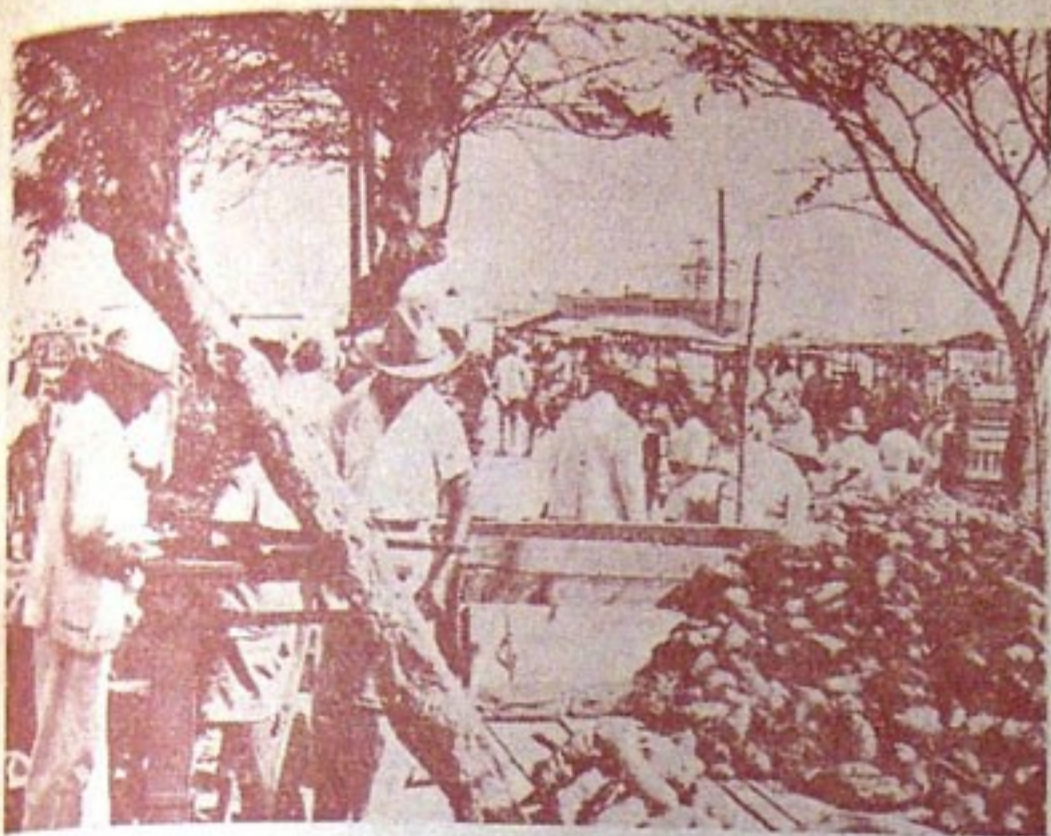
UNIVERSIDAD
EAFIT

Abierta al mundo



UNIVERSIDAD
EAFIT

Abierta al mundo



El mercado público es el centro de actividad más importante de Montería. Casi durante todo el día permanece pleno de gentes que recatean el sustento.



A estas pequeñas tiendas "portátiles", alineadas a la orilla del Sinú en la parte posterior del mercado, se les llama ambulantes. Han sido origen de varias fortunas.



Otro aspecto del viejo mercado, que dentro de poco tiempo será arrasado al inaugurarse la moderna y confortable Plaza de Mercado que actualmente se construye.



Caramañolas, patacones, beeftecks, chichas de arroz y de frutas constituyen fructífero negocio para mujeres humildes que establecen sus "puestos" en la vía.

Montería constituye uno de los últimos reductos del coche clásico. A la derecha aparece el decano de los ourigas monterianos. El de la izquierda es "el paisa" Ferreyra.

Durante la época de verano, familias enteras trasladan su residencia a las playas del Sinú, para entregarse de lleno a la industria pesquera: grandes y chicos, hombres y mujeres, núbiles morenas de incitantes siluetas y ojos abrasadores, ancianas entecas y arrugadas pero aun fuertes para el trabajo, todo el mundo colabora en la tendida del chinchorro, y el trasmayo que, sin más que ponerlos a través del río y volverlos a recoger producen redadas de barbules y charubas suficientes para abastecer el consumo familiar y vender muchos quintales. Porque el pescado en el Sinú, por las épocas de "suba", parece ser más abundante que el agua en que se mueve. Dos pescados tan grandes como brazos valen cinco centavos. El fósforo se hace así base de la alimentación de la clase pobre: y a los pocos meses empiezan a notarse los efectos benéficos del fósforo en la reproducción de la especie...



UNIVERSIDAD
EAFIT

Abierta al mundo

Montería es centro de la región ganadera más rica de Colombia. Antioquia y Santander consumen el exceso del producido de sus ricas haciendas.



Consecuente con el eje de su industria, los monterianos son fanáticos del toreo: sus "corridos" se programan con cuatro o quinientos toros en cada fiesta. El "circo" se construye en forma rústica para cada ocasión y se le llama la corraleja.



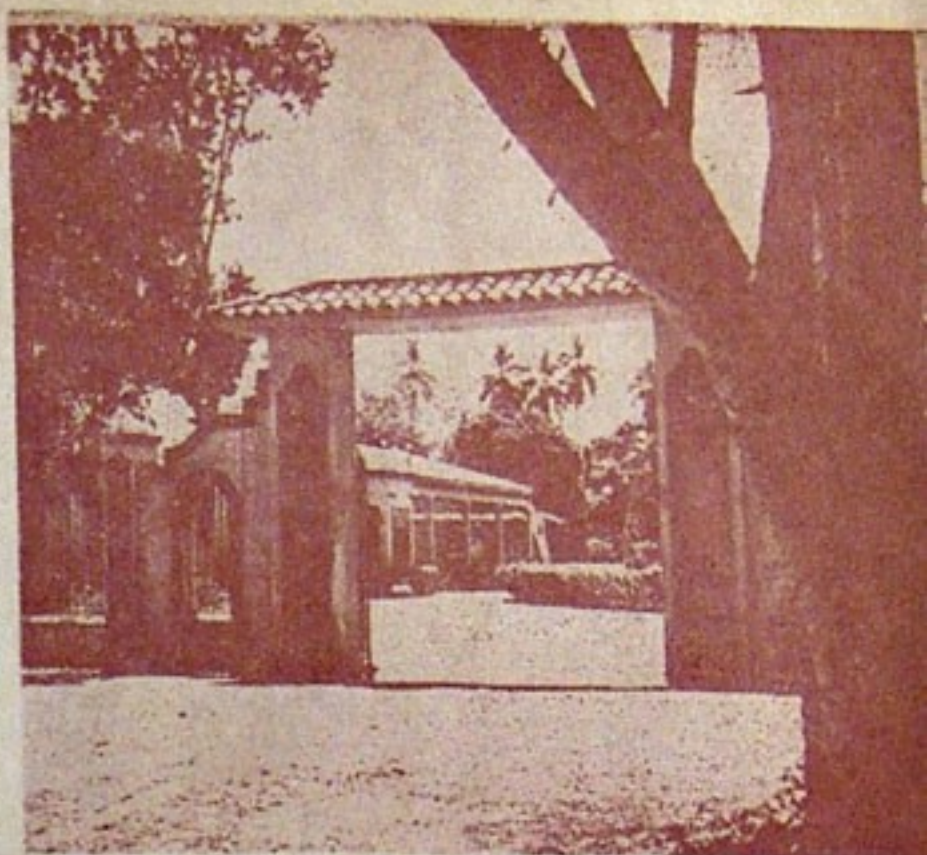
Todo el mundo puede lanzarse a la arena a mantear en una especie de rejoneo de estilo libre donde generalmente la técnica está ausente pero el valor presente.



Abierta al mundo



Sobre "tribunas" de madera provisionalmente unida para la ocasión, millares de fanáticos de la fiesta brava presencian las suertes de valor primitivo que los manteadores ejecutan ante toros que si no son de casta por lo menos si saben acometer. (En primer plano de este encuadre tenemos a Arturo Puerta poniendo cara de emoción (?) y a Eduardo Correa R. mirando a los diestros y gustando lúpulo...)



La elegante portada del Club Campestre, que nuestros fotógrafos quisieron poner como broche de lujo a esta información gráfica del Montería pintoresco, nos crea el compromiso de realizar en fecha posterior un reportaje de los aspectos modernos de esta rica y floreciente ciudad bolivarenses. Como en la página 5 lo anunciamos, nuestro director "redactará con la lupa" esa interesante información.



Tan pronto se saca el pescado, se procede a su salazón por imperativo del clima ardiente y para poder llevarlo tierra-adentro. Con hábil manipuleo se quita la escama, se hacen cortes transversales para que penetre la sal y se empaca luego la mercancía para transportarla al día siguiente.



UNIVERSIDAD
FIE

LOS LEC-

Escriba usted una carta para esta sección, diciendo lo que halle notable en radio, cine, deporte, toros, etc. Puede ser demostrando

T O R E S

Señor Director
de la revista MICRO
Medellin.

Muy estimado señor director:

Le envío a guisa de información una nota de la sección Artes y Letras, que dirige en La Razón el conocido pintor y crítico Alvaro Orduz León y que no sé a qué artículo se refiera pues no he tenido oportunidad de leer la apreciable revista que Ud. edita, correspondiente al mes de junio.

Pero León de Greiff, quien si leyó el artículo del señor Abadía, me dijo en el café que era una "vaciada" estúpida contra un artista consagrado, como lo es el conocidísimo maestro Barba.

Ojalá Ud. pudiera fundar una sección de crítica seria en su revista, pues la índole misma de su publicación merece una orientación artística sensata, que sólo puede dársela una cátedra de buen gusto, desde la cual se haga el análisis severo pero justo de nuestros valores nacionales.

Sin otro particular lo saluda un amigo del cual Ud. quizás ni recuerde,

Roberto Echeverri M.

Bogotá, Agosto 21 de 1944.

Alabo su predilección por la gran revista "Pan" y su empeño en presentar en las páginas de "Micro" a varios de los que fueron colaboradores de la publicación de Uribe White. Tengo, excepto los Nros. 1, 2, 3, 4, 8 y 14, los demás números publicados. Repetido el 5. Los primeros fueron enviados al exterior, sin que luego hubiera podido conseguirlos en parte alguna. Podrían conseguirse por medio de "Micro"?

Señor Director: Germán Arciniegas dijo que los colombianos vivíamos en trance de escribir una carta que nunca era escrita. Pues bien la mía para "Micro" ya fue escrita: Sírvase dispensarme tan largo cronicón, y créame su muy atto., lector y amigo,

G. C. E.

(Aptdo. 412)

Gracias por sus elogios a MICRO, señor "Apartado 412"; y por las felicitaciones tan gentiles. También por reconocer que en nuestras notas sobre radio hay brevedad, precisión y "algo de humor".

admiración o desagrado. Puntualice sus observaciones y póngalas en un máximo de 200 palabras. Los lectores cuyas cartas salgan publicadas aquí recibirán un peso en efectivo (\$ 1.00) y una suscripción a la revista por serie de seis (6) números.

DICEN...

DICE "LA RAZON"

"En la revista "Micro" del mes de junio viene un comentario del señor Guillermo Abadía sobre la obra expuesta últimamente por el maestro Ramón Barba, que si no fuera por la calidad de la revista que la publica y porque a Guillermo Abadía lo conocemos como aficionado por todo lo que sea arte, no nos tomaríamos el trabajo de mencionar al uno ni al otro, ya que el articulito a que nos referimos es el absurdo y el disparatorio más grande que hayamos leído. El señor Abadía hace un inventario arbitrario de los detalles de varias de las obras del maestro Barba, con ánimo más criticón que de crítico y con un criterio de peluquería y de sastrería que no vale la pena refutar por haberse situado el escritor en un plano demasiado bajo.

Todos saben que Barba está catalogado como el primer escultor de Colombia y que su obra ha merecido los elogios sinceros de personalidades que no se pueden tachar de ignorantes, como

(Termina al frente)

Las secciones de "Sintonía" y "Radiolandia" —formidables revistas bonaerenses— nos son muy conocidas: algo así quisiéramos tener en este nuestro ensayo de magazine. Pero para ello precisamos la colaboración de ustedes.

Nuestra admiración por la fenomenal revista "Pan" es casi enfermedad. A tal publicación —tomada como pauta— se debe el que MICRO exista y trate de alcanzar cada vez un mayor nivel editorial. Cuanto a los números que le faltan a usted en su colección, desprecúpese de ellos: creo que ni el propio doctor Uribe White los tiene... A nosotros nos robaron 13 de la colección, seguramente alguien que cree que robar "pan" no es pecado cuando se tiene hambre y buen gusto.

Le agradecemos mucho, estimado lector incógnito, su carta de hoy. Seguramente será la iniciación de una serie de críticas furibundas contra cuanto de malo hay en radio, teatro, cine, deporte, toros y... MICRO, enviadas por usted y otros lectores de buena voluntad. Ya hoy nos damos el gusto de publicar carta y tijeretazo que van contra uno de nuestros colaboradores y, de paso, contra *micrito*.

En uno de los primeros números de esta segunda etapa de publicaciones, anunciamos que quedaba a las órdenes del público lector una sección "de rueda libre" para críticas. Porque siempre fuimos aquí amigos de la libre expresión, naturalmente dentro de los términos correctos.

Nadie puso "bolas" al ofrecimiento, con ser que anunciamos que los "palos" para MICRO tendrían lugar preferente en la armada de la página. Y mucho más extraño se nos hizo el silencio de los lectores sobre la materia, cuando habíamos ofrecido pagar la colaboración que a tal sección fuera enviada.

Hoy insertamos una carta firmada con iniciales, un poco borrosas en el original pero que creemos haber "traducido" bien con G. C. E. En ella se nos reclama la fundación de una parcela de libre crítica... exactamente la que antes no nos aceptaron. Dice así la carta:

Medellín, agosto 11 de 1944

Señor
Director de "Micro"
E. S. O.

Muy estimado director: Como antiguo lector de su Revista, permítame que le envíe mi cordial felicitación por los progresos de "Micro" y también unos cuantos comentarios referentes a ella.

Sobre ambiente de radio local, aparecían en las primeras entregas, variados y simpáticos comentarios. Muy breves, precisos y con algo de humor. Tales notas son ahora poco frecuentes.

Y sin pedirle que "Micro" entre a plagiar a los magazines argentinos, le cito las simpáticas secciones que "Sintonía" y "Radiolandia" traen en cada edición.

El primero de ellos publica la sección: "Torre de Babel," seguido del epígrafe "Los lectores opinan, entiéndelos tú Oh Señor": —Pues bien en dicha sección los lectores de la revista citada opinan a su manera sobre las actuaciones de la gente que actúa en las emisoras de su país, ensalzando y criticando por parejo.

"Radiolandia" publica a su vez una muy divertida sección, a cargo de los mismos lectores y con el título: "Sálvese quien pueda!" Allí sacan a lucir los diferentes gazapos radiales, escuchados a locutores y artistas de conocidas emisoras, con citación de hora, programa etc.

Y no me extendo a comentar otras secciones de tales publicaciones, pues el Sr. Director las conoce de sobra. Habrá cabida en "Micro" para algo parecido?

Su afán de publicar escritos de mérito y de autores nacionales en forma de folletín, es bien encomiable. Créame que es un adelanto más de su revista.

NO MAS PALOS DE CIEGO

(DESPUES DE VER LA "ANTONIA SANTOS" CHILENA)

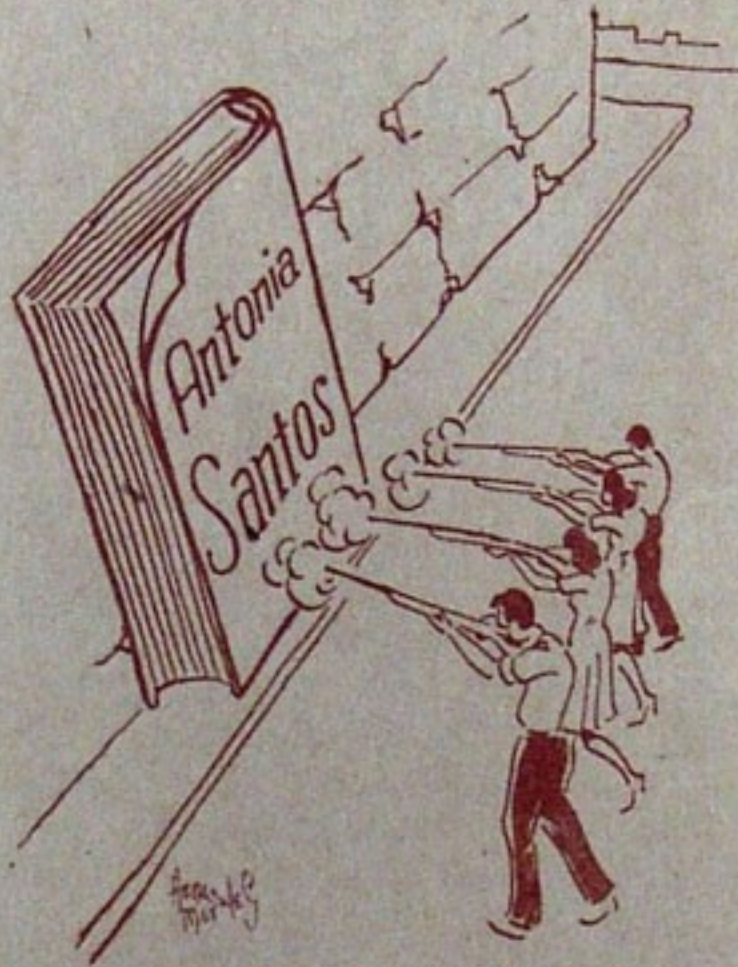
EN la edición pasada escribí una nota intitulada "Comisión Cinematográfica", solicitando la creación de un Jurado Previo para los argumentos a filmarse en productoras nacionales. Y aduje en apoyo los desastres ya registrados en unas cuantas películas paupérrimas: "Allá en el Trapiche", "Anarkos" y "Antonia Santos". Aparentemente con indebido derroche de prejuicio, dije que esta última película, "Antonia Santos" tenía que ser un adfesio: pero yo estaba seguro de que aquello no podía ser sino deplorable, tomada cuenta de que el "argumento" era elaborado por don Gabriel Martínez, fautor del crimen intitulado "Allá en el Trapiche"; de que el "guión" —a qué llamará guión este señor Martínez?— era del mismo escritor; que el primer papel del film estaba encomendado a doña Lily (o Lili) Alvarez, ineficaz en la escena aun si se la mira como aficionada; que la fotografía había sido hecha por un señor catalán o algo por el estilo, que en cierta época estuvo por Medellín "velando" película por cuenta del Ministerio de Educación; que laboratorio, corte, montaje, sincronismo y demás detalles técnicos habían corrido a cargo del tantas veces mencionado señor Martínez; que parte de la cinta había sido filmada en película positiva por ahorrar negativo que resulta muy costoso y, por lo visto, innecesario; que el señor Onetto y la señora Sierra tenían sus papelititos secundarios en la obra; en fin... que sin correr riesgos podía adelantarse el juicio: "Antonia Santos", otro desastre fílmico.

Pero todas las predicciones se quedaron cortas. La segunda producción del grupo Alvarez-Sierra superó todos los cálculos, aun los más pesimistas.

son Rafael Maya, Eduardo Santos, Alberto Lleras Camargo, Jorge Zalamea, Eduardo Zalamea, Alejandro Vallejo, Enrique Restrepo, Jorge Obando, Félix Restrepo, Santiago Martínez Delgado y muchos otros espíritus finos, viajados, visitantes asiduos de los museos europeos y de cuya probidad mental no se puede dudar. Lamentamos que la revista "Micro" se haya dejado meter un embuchado".

A. Orduz León

Tiene la palabra nuestro amigo Guillermo Abadía...



Cero fotografía, cero sonido, cero sincronización, cero argumento, cero diálogos, cero encuadre, cero dirección, cero actuación. El señor Joseph y Mayol no quiso quedarse a la zaga en deficiencia y sacó la dirección más bárbara que imaginarse pueda. Ni siquiera se respetó la memoria de la heroína socorrana, con todo y ser que el Dr. Elio Fabio Echeverry dizque supervisó "el cuento" como representante de la Academia Colombiana de Historia... Ni poniéndose todos de acuerdo para hacer las cosas al revés podía haberse logrado a mayor perfección ese crimen de lesa cinematografía y de lesa patria. Parecía imposible hacer algo peor a "Allá en el Trapiche", pero el señor Martínez y sus parientes lo hicieron tumbando el propio récord!

Para ser justos, hay que reconocer que hubo dos detalles correctos en la película comentada: dos o tres bocadillos de Guillermo Beltrán durante la escena donde está sentado frente al que se supone padre de Antonia Santos y con otro actor a la espalda: en esas dos o tres cortas intervenciones se puede observar en Beltrán un sentido de la escena que promete mucho para el futuro cinematográfico, cuando la dirección de películas haya pasado el periodo de los Martínez, Saa Silva, Joseph y Mayol, Brückner, Calvo etc. Lástima que el excelente locutor y actor haya dado su brazo a torcer

en ese despilfarro de celuloide y de historia! El otro detalle correcto de "Antonia Santos" es el mobiliario usado para algunas escenas: como que fue suministrado por el museo de arte colonial y la lente fotográfica no se equivoca!

Tenemos, pues, que Patria Films —y vaya nombrecito rimbombante que se inventaron los cinematografistas chilenos— ha cometido ya dos atropellos: el primero contra un famoso bambuco, el segundo contra una biografía sacrosanta. Puede ya preguntarse: permitirá el gobierno que tales cosas sigan sucediendo, o tomará de una vez las medidas conducentes a la creación de una industria cinematográfica honesta? Se hace cuesta-arriba aceptar que el cine vaya a correr la triste suerte de la radio, dejada por quince años a la buena de Dios. Si los hombres del Ministerio de Educación —mientras que el propio congreso lo hace— crean ipso-facto la Comisión Cinematográfica, el cine nacional habrá ganado mucho desde la entrada. Y para decir esto se supone que nada se ha hecho aun en cine: los tres esperpentos enunciados sólo merecen los honores del archivo, para deleite de generaciones futuras, cuando esta industria-arte celebre sus bodas de plata. Bien puede decirse que la primera película filmada en Colombia es "Golpes de Gracia", cinta plagada de notorios defectos pero aceptable con un poco de buena voluntad: al menos no se incurrió en ella en el atrevimiento de usar una página musical, un poema o una biografía de respeto, y ya hay asomos de fotografía, sonido y sincronismo que permitan al espectador ver, oír y entender lo que allí se hace y se dice. En la próxima edición tendré el gusto de hacer un análisis de "Golpes de Gracia", de la cual apenas conozco trozos aislados.

Tome el gobierno como base la película de Ducrane —es una sugerencia respetuosa— para fijar el mínimo posible en calidad técnica; nombre el jurado previo para argumentos; defina las condiciones en que el folklore nacional puede ser usado como ambiente o atracción en las cintas criollas; supervise metódicamente cuanto vaya a filmarse de historia, geografía, tradición y costumbres; ofrez-

(Siervase pasar a la pág. 67)

Abierta al mundo

Cepas Raciales

EFE GOMEZ
Tomado del libro
"ALMAS RUDAS"



Sobre una camilla de varas amarradas con bejuocos, y que ha sido cubierta y mullida con gloriosas banderas castellanas, agoniza don Lope de Hoz. A respetuosa distancia, los recios ve-

teranos que han acompañado a ese valiente a Italia, a Flandes y a estas remotas conquistas de Indias, lo contemplan silenciosos.

En hombros han ido trayendo al je-

fe, esos leales, desde las distantes llanuras en que con los taínos guerreaban, hacia las cimas de Antioquia, saludables y frías, en donde poseen campos mineros opulentos que trabaja con

ejércitos de esclavos negros que le temen y le adoran, y en donde, sobre todo, lo aguarda su joven esposa, la hija de un cacique, su amigo, bella y dulce, que ha dado a su vejez hijos hermosos y audaces. Verdadero progreso biológico y sobre el español gárrulo y dramático y sobre el indio taciturno.

Pero el jefe no verá las soberbias cordilleras de su patria adoptiva. El jefe se muere. Se muere en esa loma escarpada en donde han descansado sus literas de rústicas varas, tendido sobre estandartes rojo y gualda, envuelto en la gloria fuego y oro de la tarde.

Para la tremenda ocasión, hase hecho vestir uniforme de gala: el uniforme mismo que vistiera en Lepanto, cuando montando una goleta armada a sus expensas, él, ignorante de las artes de la guerra en el mar, y que acometer tan sólo sabe, cayó sobre enorme bajel turco, aferró borda con borda, y en alto la espada castellana, saltó el primero al abordaje.

Y sobre el lecho de agonía su espada yace inerte a par del brazo.

Todo allí yace inerte. Tan sólo entre la sedera rojo y gualda, como si fuera la propia crinada cabeza rediviva del Ibero León, de los gloriosos estandartes, la faz soberbia del magnate emerge, expresiva y arrogante.

—Si, padre, creo en Jesucristo —va diciendo don Lope a un monje dominico que a su lado le encomienda el alma—. Y tan cierto es, que por extender su fe entre los infieles he venido a estas Indias. Y a no haber sido porque la calentura me postró, su cruz bendita se alzaría en estos instantes sobre el postrer bohío humeante de esos taíronas engreídos. Pero Nuestro Señor no lo quiso. Y los taíronas no serán sometidos. Ya no queda quién lo haga. Ya no quedan sino aventureros sedientos de oro y por el oro afeminados. Ya la sangre española es sangre mercenaria.

—El Señor proveerá, hijo, a esas conquistas: grande es su poder, pero es preciso, hijo mío, que penséis en vos mismo, en el asunto inaplazable en que nos venimos ocupando. Es preciso que os pongáis en paz con Dios, en paz con vuestra conciencia.

Ved que vais a presentaros ante el tribunal terrible y justiciero de un Dios vivo. Confesadme vuestra culpa, exponedme eso que se alza entre el Señor Dios y vuestra alma como un abismo invadeable.

—Es inútil, padre. Si Dios ha de perdonarme, es necesario que lo haga subsistiendo mi culpa, subsistiendo las consecuencias de mi culpa. Esa culpa es la sola razón de mi vida.

—Temeridad, blasfemia, insania, hijo.

—Oídme y juzgadme, padre: yo era un hidalguete pobre. De sangre goda muy rancia y muy ilustre, eso sí; pero era pobre. Tan pobre era que del vetusto caserón de mis mayores en Castilla la vieja, no restaba sino una estancia sola cuyo techo no se había hundido. Y allí, sin abrigo en invierno, sin pan nunca, agonizaba en medio de mi orgullo infinito que me prohibía trabajar o mendigar; al lado de mi esposa, la dulce Berenguela; de don Peláyo, hijo de diez años, y de doña Sancha, mi hija, de nueve años cumplidos. De mis ascendientes no restaba nada; los habían devorado las guerras y las conquistas de estas Indias. Vivía con nosotros Antón mi criado, descendiente de antiguos servidores de la casa y más adicto a mí que mi orgullo y mi pobreza.

Y una noche —cuyas sombras nuestras miserias cobijaron— huímos: nuestro aposento único se hundía con siniestro traqueteo. Huímos a las montañas del norte de la Península, a parajes que la emigración y la miseria han despoblado. Allí, en una cabaña abandonada, que hicimos con nuestras manos habitable, nos instalamos a vivir miseria hosca. De los picachos vecinos de la sierra que cada día yo y Antón escalábamos, se domina un valle en cuyo centro ubérrimo asiéntase un castillo. Vivía en él —según nos informó una mendiga ciega que esos senderos transitar solía— el anciano conde de Hoz, cuyo hijo único, don Lope, guerreaba en Flandes en las guerras que nuestro católico Felipe —que Dios inspire siempre— sostiene contra los herejes ojizarcos; guerras ¡ay! a las que yo jamás iría, que prisionero me tenían los ojos tristes, grandes, de mi Berenguela y el desamparo de mis hijos...

Aquella tarde —aquí el rostro del moribundo se torna inmóvil como si viendo estuviese con vista de ojos lo que narrando iba— aquella tarde yo y Antón, tendidos sobre engramada meseta a la orilla del camino, los codos sobre la grama y las mejillas en las palmas, contemplábamos, callando, el valle y el castillo. Improvisamente, por el sendero que tras nosotros, serpeando en la montaña se perdía, oyóse ruido de armas, de estribos, de pisadas de caballos. Pegamos los rostros a la tierra y nos borramos entre la maleza, conteniendo los alientos. Allí, allí junto a nosotros, dos jinetes pararon en seco sus corceles y se quedaron mirando largo espacio, arrobados, el maravilloso paisaje del valle y del castillo. Tras largo callar, el que de los dos parecía ser el amo, tendiendo el brazo:

—¡El castillo! Parece que con la

mano lo alcanzase. Y posible es, Hans, que cuando a él lleguemos, ya mi padre y señor haya expirado.

—Hay que esperar que no, don Lope —contestó el otro.

Miré a mi criado Antón. Estaba pálido. ¿Fue su mirada? ¿Fue la mía? ¿Fue el choque de las dos miradas? Fue el destino que agazapado nos espiaba? ¿Fue el infierno?... Lo ignoro. ¡Pero fue! Como a una misma fatalidad uncidos, sin una palabra, silenciosos, nuestros cuchillos brillaron en las diestras. Como jaguares, infinitamente sigilosos, fuimos arrastrándonos, y, a un tiempo, de dos saltos que fueron uno solo, caímos, cada uno, sobre el anca del caballo de cada uno de los dos jinetes; y, a un tiempo, por la espalda, cada uno de nuestros cuchillos partió un corazón; dos hombres rebotaron contra el suelo, inertes; dos caballos se alzaron sobre las patas espantados; dos patas de manos vigorosas asiéronlos de sus riendas y los clavaron en el sitio. Pálidas miradas, y feroces, se entrecruzaron. Ni una palabra. Ni una sola.

A poco rato, ante el castillo, yo y Antón, vestidos los uniformes de don Lope y de su criado Hans, en sus propios corceles caballeros, esperábamos a que echaran el puente levadizo. Chirriaron las cadenas. Los cascos de nuestros caballos resonaron en el vano del puente; resonaron en el gran patio; pararon ante el ferrado portallón. Eché pie a tierra. Entre dos filas de servidumbres, inclinadas a mi paso, hice resonar mis espuelas en las bóvedas del castillo centenario. Ante el vestíbulo del gran salón detúveme un instante. En el fondo, en sitial bajo, un anciano tendía los brazos. Avancé a él.

—Creí que no habría de verte más, hijo del alma: verte he dicho? Mis ojos no te ven pero te palpo, te tengo entre mis brazos.

En silencio lo apreté contra mi pecho.

—En este armario —y colocó sobre él su diestra— está mi testamento. Eres mi heredero universal. Nada tengo que decirte. Sé que eres un caballero y un valiente. Cuando hayan terminado mis exequias, preséntate en la corte.

Confíe al mayordomo del castillo el cuidado de las pompas fúnebres: mi dolor me relevaba de hacerlo. Así lo hice saber a los amigos y parientes de la casa. Por fortuna —lo supe por papeles del conde— en una leva reciente toda la vieja servidumbre había ido a Flandes a una de tantas guerras como nuestro rey sostiene con los norteños herejes.

Hiceme tejer, por un escriba judío que, habiéndome pasado por cristiano

viejo quedárase en España y cuya vida estaba entre mis manos, larga información jurada y sellada y refrendada en que constaba, hasta la saciedad probado, que yo, don Lope de Hoz, antes de irme a Flandes, casado habíame en secreto con doña Berenguela de Tendilla, de cuyo matrimonio nacieron dos hijos: don Pelayo y doña Sancha.

Fuíme a la corte. El rey me colmó de favores. Doña Berenguela, mi dulce mujercita, trocó su mirar triste en febril, en azorado. Murió entre mis brazos, llena de estupor, interrogándome con ojos enormes que tenían pulsaciones luminosas y oscuras de llama que se extingue.

Me ausenté de la corte, temblando siempre de algún encuentro inesperado. Guerreé en Flandes, guerreé en Italia, en Alemania, en Francia. Pasé en seguida a estas Américas. Si valiente he sido, que mis tercios heroicos lo digan.

Mi hijo don Pelayo es hoy grande de España, de primera clase. Mi hija ocupa en la corte un alto lugar cerca a la persona de la reina. ¿Qué dice su reverencia de todo esto?

—Que hay que restituir. Que hay que volver esos títulos y esas riquezas todas a quienes legítimamente pertenecen.

—Eso es de mis hijos.

—Deben existir herederos colaterales del conde.

—Y lo habría yo ganado, todo para éstos? Habría arriesgado mil veces mi vida por...

—Jesucristo dio su vida por vos.

—Jesucristo no tenía hijos.

—No blasfeméis.

—No es blasfemia, reverencia. Hubiera El tenido hijos de la carne y en vez de redimir a la humanidad hedionda, habría muerto por esos pedazos de su alma; habría, como yo, desafiado por ellos el infierno; habría, por ellos, renunciado a la diestra de su Padre. Oiga usted, padre: Yo creo en todo lo que nuestra Santa Madre la Iglesia cree y enseña. Creo en Jesucristo Hijo de Dios; creo en nuestra Santa Madre María, Madre del Verbo. Creo que Jesucristo ha de venir a juzgarnos en el último día. Creo que el que no se arrepienta de sus pecados, quien no restituye lo que ha robado irá al infierno eternamente. Creo que me iré al infierno. Creo que pronto he de comparecer ante el tribunal de Dios y que Dios ha de condenarme. Pero entre el infierno para mí, para mí solo, y el deshonor para mis hijos; entre pensar que mi hija será otra vez una doncella pobre, expuesta a la hi-

pócrita caridad de los marranos libidinosos de la honorable piara humana; entre pensar que mi hijo volverá a ser un hidalgo arruinado, hambriento, obligado a vivir de expedientes..., opto por el infierno para mí. Por mis hijos he sacrificado mi vida, por ellos sacrificaré mi eternidad.

Cerró luego el héroe un momento los ojos, fatigado, y quedóse como si durmiera. Tornó en seguida a abrirlos y, azorado, miró en rededor como si por vez primera se diese cuenta de lo que le rodeaba.

—¿Qué es lo que he dicho? —exclamó—. Yo, un grande de España, un guerrero de Flandes, de Italia, un conquistador, regateando mi honor con un fraile, como si fuese una mujercuela: ¿qué habéis oído, padre? Juradme que nada habéis oído, que nada os he dicho.

Y alzóse en pie sobre el lecho con energía sobrehumana, erguido, el acero en la diestra sarmentosa amenazando al cielo.

Luego retrocedió aterrado, los ojos muy abiertos, fijos en un punto que lo fascinaba, que lo atraía.

—La cuenta —clamó.— La terrible cuenta que para todos al fin llega. El temido trance del cual penden dos eternidades... Jesucristo vivo que me juzga! Caigo al fin entre sus manos justicieras!... Dios, el Señor Dios, preside el tribunal tremendo... El viejo conde y su hijo don Lope que me acusan...

Habla tú, Señor... tú, Señor, habla... Esos, no!...

¡Y osan insultarme en tu presencia!... Que soy un miserable, un hidalgo que usurpó su nombre y sus riquezas... Pero no para mí!, para mis hijos!...

¿Que me calle, mandas, tú, Señor, la Verdad misma?

...¿Qué quién osa elevar la voz en tu presencia?... Yo me atrevo, ¡yo! Un padre que para sus hijos inocentes pide honor, honor íntegro, honor inmaculado... Y tu sentencia es ésa, Señor? ¿Es ésa tu sentencia?... ¡sea! Al infierno me voy soberbio, ufano. Condes; os dejo vuestro cielo, vuestros eternos goces egoístas; yo prefiero la eternidad del corazón, la eternidad de mi linaje, la eternidad roja y caliente de la sangre y de la vida. Húndase mi crimen conmigo en los infiernos y que el deshonor no caiga sobre vosotros, inocentes pedazos de mi vida.

Aflojáronse sus miembros. Cayósele la espada. Puso la muerte en sus facciones paz augusta. Quedó de cara al cielo.



E U R E K A !

DIRA UD.
CUANDO
HAYA EN.
CONTRADO
LA MAS
BONITA,
ALEGRE
Y PRODUC.
TIVA DE
LA S

PROFESIONES:

TECNICO
EN ARGU.
MENTOS Y
ENCUADRES
CINEMATO.
GRAFICOS.

PREPARESE!

SEA USTED
DE LOS
PRIMEROS
EN "H.A.
LLAR LA
AGUJA" !!

PIDA HOY MISMO

NUESTRO
CURSO DE

TECNICO EN

ARGUMEN.
TOS Y EN.
CUADRES
CINEMATO.
GRAFICOS
EN VEINTE

Solicite Pros-
pectos a:
Editora
NUEVAMERICA
Medellín

LECCIONES

EFE GOMEZ

A PROPOSITO DEL DIAPASON

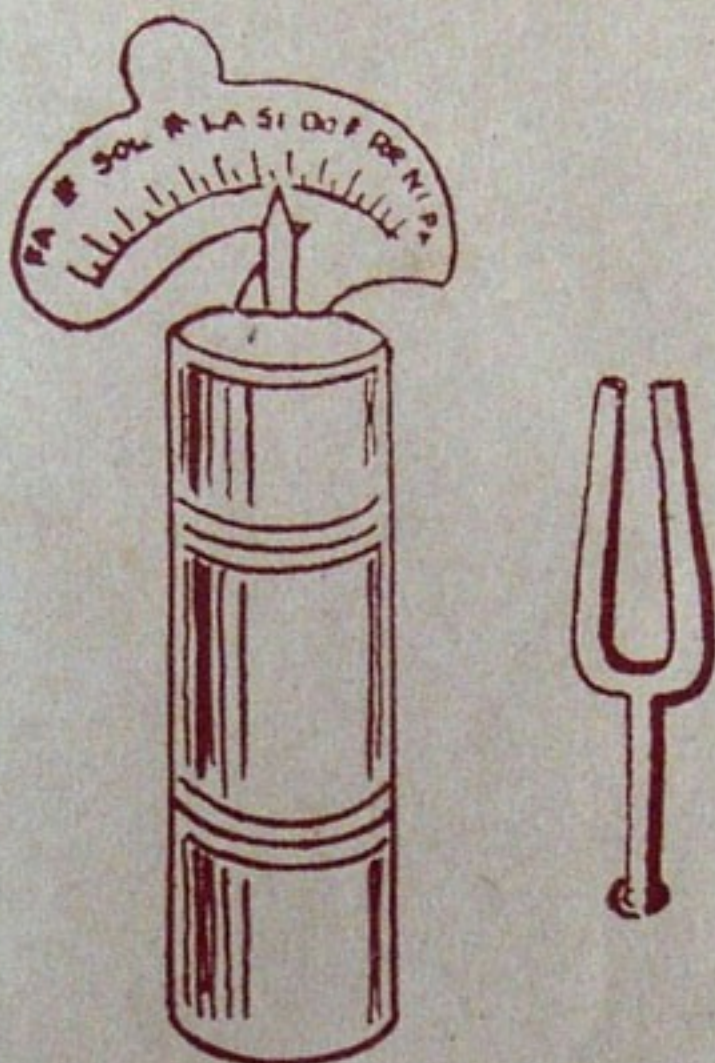
Por ANDRE COEROY

Una decisión adoptada pocos días antes de estallar la presente guerra mundial para fijar la altura del diapason, puso al día un problema que hace ya más de dos siglos no ha cesado de preocupar a directores de orquesta, instrumentistas, cantantes y fabricantes.

En su forma actual —que da un sonido teóricamente fijo (el *la* 3)— el diapason existe desde 1711. Fue inventado por John Shore, sargento trompetista del Palacio Real de Inglaterra. Este sargento era también luthista y llevaba siempre consigo un instrumento llamado *tuning fork*, del cual se servía para afinar su laúd. Este "tenedor de afinación" fue adoptado en toda Inglaterra, tomó en Italia el nombre de "*corista*" y fue introducido en Francia con el nombre griego de *diapason*.

Los griegos se servían de una barra de metal para dar el tono a los ejecutantes. Pero este sonido era variable: no lo fue más con el diapason. En 1700, éste producía 810 vibraciones simples por segundo. Esta frecuencia viene aumentando continuamente: en 1823, el *la* del Teatro de los Italianos en París comportaba 848 vibraciones y en 1858 ya había sido reemplazado en la Opera por uno de 896.

Por qué este aumento siempre constante? Porque el deseo de brillar ha llevado siempre a los violinistas a elevar la afinación de sus instrumentos: entre más tensas, producen las cuerdas sonidos más penetrantes. Las "maderas" se han visto obligadas a seguir al solista, acortando o encogiendo sus instrumentos. Pero esta reducción es muy limitada, porque la calidad del sonido y su justeza relativa se modifican también. Los fabricantes se han visto frecuentemente en el caso de que sus instrumentos son rechazados por estar afinados demasiado bajo. De aquí, para ellos, la obligación de inventar nuevos tipos y de modificar sus aparatos y sistemas de construcción:



A la derecha el "tuning fork" o "corista" o diapason en *la*. A la izquierda el llamado "diapason cromático"

el problema asume así un aspecto comercial.

Cuando se trata de instrumentos de afinación permanente, las modificaciones del diapason son peligrosas: la celesta, el xilófono, el glockenspiel y las campanas, afinadas una vez por todas, no pueden seguir las fluctuaciones del diapason. Para el órgano, el cambio de afinación es imposible si el diapason de la orquesta es diferente al suyo.

Para los cantantes, las consecuencias son todavía más graves. Un diapason demasiado elevado desplaza la tessitura y fatiga los órganos de la fonación: frecuentemente utilizan los compositores sonidos sobreagudos para alcanzar efectos dramáticos, y esto como conclusión de largas escenas de suyo agotadoras.

En 1834, un grupo de músicos alemanes celebraron en Stuttgart una conferencia para estabilizar el diapason. Bajo el Segundo Imperio, una comisión integrada por Hálevy, Auber, Thomas, Berlioz, Meyerbeer y Rossini llegó a conclusiones aceptadas oficialmente por el decreto de 1859, que fijó el diapason normal en 870 vibraciones por segundo y a la temperatura de 15 grados centígrados. En la conferencia de Viena, celebrada en 1882, la estabilización parecía definitiva, salvo para Inglaterra, cuyo *la* contaba 872 vibraciones.

Pero esto no fue más que una tregua. A pesar de que el diapason legal fue depositado en el Conservatorio de Artes y Oficios lo mismo que el metro, el kilo y el litro, los solistas han continuado exagerando la tensión de las cuerdas. Por otra parte, se ha comprobado que los instrumentos de viento, bajan con el alza de temperatura que inevitablemente produce en recintos cerrados la concurrencia del público. Los fabricantes, en vista de estos hechos, se han visto precisados a afinar los instrumentos por encima del diapason normal. Este nuevo diapason se llama *diapason de orquesta*: en Francia, varía entre 878 y 880 vibraciones y en la Europa Central pasa de 882. En los Estados Unidos se realiza una propaganda en favor del diapason de 880: este último ha sido adoptado en Chicago por la Conferencia de Afinadores. Inglaterra parece acercarse al punto de vista norteamericano, y Alemania se había decidido a no sobrepasar este límite.

Fijar un diapason es fácil, pero volverlo inmutable es muy difícil. El problema no puede ser resuelto por decretos ni conferencias internacionales o regionales: lo será el día en que fabricantes y cantores rehusen prácticamente fabricar o cantar a base de un diapason exageradamente elevado.

(Traducción de MICRO)

SIRVE USTED O NO SIRVE PARA EL CINE

HE AHI EL DILEMA QUE LE RESOLVERA EL FICHERO FOTOGENICO DE MICRO.

SOLICITE INMEDIATAMENTE UNA PRUEBA DE SUS POSIBILIDADES EN EL CINE!

UNIVERSIDAD
Edificio ALVAREZ No. 407
TELEFONO 169-83
1960
Abierta al mundo

UN POBRE HOMBRE

Por EDUARDO CORREA
Para "MICRO"

—Sí, señor. Vivo allí, le repito. Calle de la Estación, junto a las barracas. Es una pequeña casa gris, con dos ventanas de estilo viejo, deslustradas y descarrañadas como toda ella. Una casa sin jardín al frente, limitando directamente con el asfalto siempre ardoroso. A veces lo es tanto, que cuando desemboco por la estrecha puerta, el atestado cuartucho municipal en que me pudro hace veinticuatro años, se me presenta como un espléndido salón rodeado de ventanales grandes hacia el jardín y el mar. De tal manera la soledad hirviente de la luz plena me acorrala y me quema.

—Adentro? Adentro hay muy poca cosa! Pero tengo, sin embargo, mi pequeño refugio, cerca al patiecito del lavadero. No más que una destartalada mesa en donde he ido acumulando diarios viejos. Ud. no sabe cómo en ellos voy retrasando la muerte; huyendo del día de hoy y asilándome en el presente de muchos días atrás. Cada uno de esos periódicos es un tiempo que no ha pasado, al menos para mí. Olvido la esterilidad de tantos años, cuando leo: "Hoy se llevará a efecto..." o, "Publicamos hoy..." etc. Así yo, que estoy esperando, hago conscientemente de ese ayer mi día. Ud. me comprende ahora. No quiero morir! Estoy saboreando la esperanza! Y nada más.

—No. Hay algo más. Sé lo que soy. Lo dijeron en voz muy baja un día en la oficina. Pero yo alcancé o oírlo y no lo he olvidado. Había cometido un apreciable error que dio al traste con la labor de los otros en todo el mes. Cuando fue descubierto, el jefe quiso echarme a la calle; pero uno de mis compañeros, uno que devenga el triple que yo —a pesar de que sólo hace cuatro meses que entró a la oficina— dijo con tono de conmisericordia: "No lo eche. Déjelo. Es un pobre hombre". Y desde entonces sé que soy eso: UN POBRE HOMBRE!

Cuando, por fin, dejó de hablar, no se hizo el silencio total. Sus palabras parecían luchar contra el viento; sentíase las agazaparse entre las hendiduras de la enorme piedra que sobresalía por lo alto de nuestras cabezas y que daba un aspecto de cueva al lugar en donde nos encontrábamos. El, de espaldas, sin atreverse a mirar de lleno al cielo dulcemente luminoso, con los brazos caídos, casi desprendidos, sobre la dura tierra cascajosa.

Yo, dominado por un amargo temblor, y sin poder hablar, parecía que estuviera callado desde siempre. El acezo de su garganta, después de muchas horas de postración —nunca supe cuántas— padeciendo el dolor del ojo deshecho que, ahora, no era más que un feo coágulo de sangre que empezaba a ponerse hediondo, no se oyó más, por un momento, y la oscura zanja tembló; y el barranco aventó pequeños terrones amarillos al rostro desfigurado, cuando la locomotora pasó a pocos metros, casi por encima de nosotros, arrastrando ocho, diez coches repletos de gentes extrañas. Quedó sonando a los lados de la vía el murmullo de voces apresuradas y más de una palabra de idiomas lejanos. Alguien lanzó, al acaso, los restos de una mala comida olorosa a repugnantes aliños y empapada de grasa, que fueron a caer sobre la cara del hombre, rodando luego a tierra. Con lentitud, pero sin vacilación, estiró dolorosamente el brazo desencajado; tomó aquel pedazo de carne, duro y maloliente, y después de quitarle a medias la tierra y las pedrezuelas que tenía adheridas, se puso a lamerlo, más que a comerlo.

Al poco rato —quizás diez minutos si es posible recordar con exactitud un tiempo como ése— dejó caer el brazo, pesadamente, y abandonó sobre el pecho el pedazo grasiento, que quedó brillando como una herida nueva bajo el cielo dulcemente luminoso. Allí, con la noche resonante, estábamos él y yo, metidos como en una trinchera de la que todos huyeron dejando sólo los muertos. Acurrucado, casi ovillado al lado de este hombre, hasta hace poco totalmente desconocido, yo ponía mi frente entre las manos inútiles y seguía oyendo con insistencia desgarradora, el golpe seco de su brazo al caer, allí, bajo la noche resonante. Pobre hombre! No sé por qué pensaba que lo que había caído era su corazón!

Empezó a hablar de nuevo. Lo hacía, débil, pero afanosamente. Su voz, más extraña a cada instante —por cuanto yo era ya urna de sus dolores— parecía venir empujada por un desolado afán, por una brutal ansia de maltratarme, acorralado como estaba entre su vida miserable y pequeña y su tenaz esperanza. Me acosaba con la espada de su único ojo, que yo sentía clavada en medio de mis ojos, a pesar del silencio y de la noche. Por

las gargantas de mi alma bajaban fecundas corrientes de llanto, y levanté mis manos, florecidas de pena, para que se aromaran sus palabras!

—Yo nunca salgo a la calle —dijo— después que se ha ido la tarde. Le tengo miedo a la risa de los hombres. A esa hora todos rien más y más malamente, quizás para confortarse a sí mismos, con la seguridad de que han de alcanzar la mañana sin haber cambiado su corazón. Para mí es mala su risa, me hace daño, porque yo soy un pobre hombre! No me alegro, cuando alguien muere, por el hecho de que haya muerto, sino porque me ha dejado un poco más de aire. Yo no soy un hombre malo. Soy apenas eso; lo que Ud. ya sabe. Pero pienso que la tierra no ha sido buena conmigo. ¡Me ha negado tantas cosas que a los demás les ha dado! Y no es que yo no se las haya pedido, y aún tratado de tomarlas por mi cuenta, sino que he encontrado una feroz resistencia suya a dejarme coger nada. Tal vez no soy tan fuerte ni capaz como los otros... Pero, entonces es verdad que soy un infeliz? —Dijo esto, tratando de alcanzar el grito, pero su voz se perdió por el yermo campo que antes fuera su corazón!

—Cómo he venido a parar aquí? No lo sé. Es posible que como hubiera ido a la cárcel o a un asilo de mendigos. Igual que cualquier hombre a quien toma la guerra y después de despojarlo de todo y de todos, lo abandona en una ciudad terrible para que se vaya por el mundo, a buscar unos brazos, o un hermano que puede estar entre los hombres, o una boca de mujer que le muestre el sitio de su frente, o las palabras de un niño que le señalen la orilla del alba.

Yo le he pedido a la tierra el amor, desde que mis dedos supieron recorrer una cabellera; desde que mis labios conocieron la piel de la fruta, un día, cuando una niña se quedó dormida entre mis brazos, y era yo, también, un pequeño que quería dormir. Alguien iba diciendo todos los días, que la tierra amaba con los brazos de sus hembras. Por eso yo he sido un habitante que espera. Y por eso, precisamente, estoy aquí. Ahora, cuando me he puesto a caminar por mi sangre, recuerdo algo. Sin embargo, no crea que podré aclarárselo todo. Sería, por demás, inútil; Ud. no es lo que llaman un pobre hombre, es decir: un hombre triste.

Le dije que nunca salgo a la calle al anochecer, por aquello de mi temor a los hombres que ríen? Pues bien. Una vez me fui, con mi soledad, a buscar un hombre solo. Quería imaginarme su corazón, viéndolo caminar al lado de sus brazos y de su ayer para saber la verdad de mi esperanza. Y tropecé con una mujer que reía. Reía maravillosamente, plenamente, como si acabara de llegar del amor o de la fiesta de las uvas. No supe a dónde iba. Pero me vine a buscarla aquí, caminando despacio, casi levemente, para no despertar a la tierra que to-

do me lo ha negado. Trataba de poner una ligera capa de aire entre mis pies y ella, y creo que lo conseguí, porque es lo único de mi cuerpo que no tengo ahora herido. Ya lo ve. Me vine así sin buscar en el tiempo nada especial para darle; hasta que traje mi voz cotidiana. No ésta, que se ha ido haciendo desesperanza a medida que voy acercándome al olvido.

Estaba aquí. Como hubiera podido estar en cualquier parte; pues la buscaba yo, que soy sobre la tierra una columna de ansiedad prolongándose desde la infancia! Cómo saber este porqué? Vengo lleno de infinitas preguntas que ni la vida ni la angustia han podido responderme! Cuando salí de mi adolescencia, alguien estaba esperándome para clavarme esta voz: "Jamás comprenderás la tierra, ni podrás amarla con la absorta ternura del árbol y la piedra. Y caerás, un día, entre las hojas y la tarde!"

Estaba aquí, esa mujer que reía como si pretendiera olvidar un camino. Ahí, a su lado; aquí, donde yo estoy; más allá... en todas partes! Había muchas. Sentadas sobre un banco, largo, casi interminable, más allá de Ud., más allá de mí. Se daban la espalda. Pero yo las veía claramente a todas, exactamente iguales. Tenían los ojos cerrados, y las oía quejarse, como heridas. Se movían rítmicamente, al parecer sin poder sostenerse bien con los bustos erguidos. Sus ojos estaban muy adentro, y se sabía que a cualquier momento podrían abrirse para morir sobre las manos, por la inusitada claridad de los párpados. Y ninguna se parecía a ella. Pero ella estaba aquí, es evidente, puesto que yo también estaba. Y hablé. Dije algo que no podré recordar nunca, porque mi voz de entonces empezaba a ser la de ahora, ¡y estoy tan cerca del olvido! Entonces todas se fueron como apagando, doblándose, lentamente, hacia adelante. Y cayeron sus párpados para que los ojos pudieran morir sobre las manos! Y me miraron, por primera vez, como miran esas cosas que no llegaron a ser nunca. Y se hundieron! Me he

(Sírvasse pasar a la pág. 66)



UNIVERSIDAD
ZARAGOZA
Abierta al mundo

Fino, ágil, nervioso, parece gozar José Rozo Contreras del dón de la perpetua juventud. Los rasgos de su fisonomía, que acusan noble estirpe aborigen, juegan constantemente al escondite y sólo se perfilan cuando pueblan su mente las imágenes musicales o acuden a su corazón las voces del recuerdo y de la pasión.

Coronada ya la cumbre luminosa de los cincuenta años, alcanza el artista ese estadio superior de la conciencia, esa serena región espiritual en que se comienza a cosechar lo que, sembrado en la primera juventud a base de tranquila energía, culmina abundantemente en medio a los coros del otoño.

Porque son muy pocos los artistas colombianos que puedan presentar en la actualidad un balance de actividades generosas tan significativo como el sencillez y nobilísimo director de la Banda Nacional de Bogotá, en quien se refleja la reciedumbre de su tierra nativa y cuya genial llaneza no es otra cosa que el trasunto de su admirable hombría de bien.

Labor civilizadora y cultural de extraordinario alcance la realizada por Rozo Contreras, quien ha extendido su magisterio a tres campos musicales concomitantes: la pedagogía, la dirección y la composición. Zonas todas estas en que ha sobresalido por su preparación técnica, por su inspiración de artista arquetípico y por su excepcional capacidad de trabajo.

Por lo demás, una vida plenamente realizada en función del arte, abierta a todos los rumbos del corazón y a todas las llamadas del mundo. Trayectoria vibrante, que lejos de declinar

partamento de Santander del Norte, está presidido por los ritmos cantarinos del río Pamplonita. Es un rincón lejano en que bajo el cielo tropical maduran abundosos los frutos de la tierra y se abren a la luz las flores del valle y las orquídeas de la montaña brava. He aquí el ambiente que arrulló los primeros sueños de José Rozo Contreras y en donde vio la primera luz del día siete de enero de 1894.

Entre sus antecesores, inútil buscar un antecedente biológico de su vocación musical, que se revela ya desde la cuna: un bebé morenito, delgado e inquieto cuyo incesante llanto sólo podía acallar el padre con el rasguear de un viejo tiple sonoro.

Y al despertar a la vida de los sentidos, el mensaje secreto de los atardeceres, y las voces de la montaña, y los cantares de las gentes campesinas y la rústica estudiantina: fuentes de las primeras emociones estéticas y, con ellas, las llamadas iniciales de una vocación profunda que siembran en el pequeño la inquietud de su propio destino.

Las primeras nociones musicales le fueron impartidas así por el paisaje. Más tarde, muy niño todavía, Rozo Contreras recibe en Pamplona las lecciones de un sabio educador: el P. Francisco de Paula Rivera, quien lo inicia en los estudios de gramática musical y armonía, violín e instrumentos de teclado.

En Córdoba —hoy Durania— dirigió José Rozo Contreras, por vez primera, una banda de músicos: corría el año de 1911. Apenas entrado en la adolescencia, nuestro artista sabía empuñar la batuta para encadenar a su volun-

taños más tarde (1920): Rozo Contreras ha conquistado el puesto eminente que hoy ocupa a base de una carrera progresiva y honrada, pasando por todos los grados de un escalafón artístico del cual suelen prescindir los aventureros del arte y los comerciantes de semifusas.

Residiendo en Pamplona, el joven artista fue llamado a Bucaramanga en calidad de profesor de música de las escuelas y colegios de la ciudad. En la capital santandereana, y a tiempo que desarrollaba su fecunda labor docente, organizó una orquesta de salón que fue la base de sus primeros ensayos de composición y con la cual contribuyó poderosamente a educar el gusto del público local.

Cuatro años más tarde, retorna a Pamplona a objeto de dirigir la Banda del Regimiento Santander, cargo que desempeña durante seis meses. Hondas raíces lo ligaban, sin embargo, a la sociedad bumanguesa, que consigue bien pronto el regreso del artista a quien debe la capital santandereana uno de los períodos de más intensa actividad estética que consignan sus anales.

Y he aquí que José Rozo Contreras —"Rocito", como le nombran todavía con cariño y emoción los bumangueses castizos— vuelve a ponerse al frente de la vida artística de la ciudad de los parques. Y así, hasta que surge el pensamiento de su especialización en el viejo mundo, propósito sugerido al joven maestro por sus amigos Luis y Antonio María Sepúlveda.

De sus estudios en Italia.

Corría el año de 1923. A objeto de

JOSE ROZO CONTRERAS,

Por
ANDRES PARDO TOVAR
Para MICRO

tad de dominio y a su inteligencia de intérprete los ritmos del conjunto instrumental y para desencadenar las armonías ocultas en los tubos sonoros.

En el Regimiento Santander N^o 5 acantonado en la ciudad de Pamplona, presta el servicio militar obligatorio. Corren tres años, durante los cuales, Rozo Contreras sirve a la Banda del Regimiento ejecutando diversos instrumentos: flautín, clarinete, saxofón. Comienza así a conocer a fondo los recursos y las técnicas de esta clase de conjuntos, campo en que habrá de especializarse más tarde en Europa. De esta banda militar será director

allegar fondos para el viaje de Rozo Contreras, sus amigos y admiradores organizaron una serie de veladas, en la primera de las cuales, verificada en Bucaramanga, pronunció Jaime Barrera Parra un emocionado discurso. En Pamplona y en Cúcuta repitieron-se estas fiestas cordiales, en que el pueblo y la sociedad de las respectivas ciudades le testimoniaron su afecto y admiración.

A principios de 1924, la Asamblea del Norte de Santander decide crear una beca para costear los estudios a Rozo Contreras en el Viejo Mundo: en mayo del mismo año, emprende el viaje y llegado a la Ciudad eterna ya mediado el estío, inicia sus estudios de violín, en grado muy avanzado, con el

con los años, se nos presenta a la manera de nuestros grandes ríos tropicales que a medida que avanzan hacia el mar, y sin perder por ello su esencia original, aumentan su caudal con los tributos que a su paso les rinden las montañas y llegan así —millonarios de paisajes y henchidos de savias vitales— al delta majestuoso donde sus aguas rinden al imperio de las olas eternas.

En esta ascensión armoniosa de la personalidad, y en este íntimo consorcio del hombre y del artista encontramos las notas más salientes del carácter de José Rozo Contreras, educador, director y compositor colombiano.

De la vida provinciana.

El paisaje de Bochalema, en el de-

El maestro José Rozo Contreras,
actual director de la Banda Na-
cional de Colombia.



maestro Oscar Zuccarini, concertino de la Orquesta Sinfónica de Roma. Y también en forma sistemática e intensa, los de armonía con el maestro Cesare Dobici, con quien cursa —además— contrapunto y fuga.

Cómo contrasta la vida de Rozo Contreras, a quien su provincia natal supo comprender y alentar, con la de tantos otros artistas meritísimos condenados a vegetar obscuramente en ambientes primitivos y sordos a toda inquietud de belleza!

Cómo hablarían al alma de José Rozo Contreras las clásicas ruinas de la ciudad tres veces ungida por la historia, por la religión y por el arte? Qué dirían a su espíritu los tesoros de sus basílicas y de sus palacios, las imponderables colecciones de sus museos y los panoramas de su campiña, vasto escenario de clásicas memorias? Ello es que tras cinco años de permanencia en la capital de Italia, ha formado íntegramente su personalidad de artista creador y madurado su espíritu para las grandes realizaciones.

Al año de su arribo a Europa, Rozo Contreras inició estudios de instrumentación para banda con un grande artista: el maestro Alessandro Vessella, natural de la provincia de Nápoles, director —durante cuarenta años consecutivos— de la Banda Municipal de Roma y creador de la moderna escuela italiana de banda.

De un estudio ahincado y profun-

COMPOSITOR Y DIRECTOR

do de las posibilidades técnicas y estéticas de una banda moderna, había derivado el maestro Vessella la convicción de que esta clase de conjuntos podían y debían organizarse con un criterio rigurosamente *sinfónico*, enriqueciendo la gama de sus timbres, equilibrando sus grupos instrumentales y haciendo de la *banda sinfónica* un instrumento tan expresivo y noble como la orquesta, apto como ésta para la interpretación de todas las grandes obras maestras, y cuyo radio de acción le permitiese poner al alcance de las grandes masas las más elevadas manifestaciones del arte sonoro. Cuando nuestro compatriota llegó a Europa, hacía ya varios años que el maestro Vessella había dado forma a sus ideas, organizando un conjunto impe-

cable de 120 profesores y elaborando una larga serie de arreglos o transcripciones que son otras tantas obras maestras en su género. Una extensa gira de conciertos por las principales capitales de Europa le granjearon la admiración de los expertos y el aplauso de los grandes públicos. Vessella —con sus admirables trabajos— había abierto a la banda un campo de ilimitadas posibilidades estéticas y educativas, acabando con viejas rutinas y arcaicos prejuicios.

Con el gran innovador italiano, Rozo Contreras estudió intensamente durante tres años hasta la terminación del curso de instrumentación y dirección de banda. Cuenta nuestro compatriota que en alguna ocasión, y como la tarea que le había sido seña-

lada no hubiese sido realizada sino parcialmente, el maestro Vessella le pidió explicaciones. Y al aludir entonces el discípulo a sus estudios de violín, que alcanzaban un nivel que exigía no menos de seis horas diarias de estudio, el maestro le demostró la necesidad de especializarse:

“Estudie Ud. violín si es que pretende llegar a ser un concertista. O estudie conmigo instrumentación de banda, exclusivamente. De lo contrario se quedará mediocre en todo...”

Tuvo Rozo Contreras la profunda satisfacción de que Vessella a la terminación de los estudios, le pidiera que trajese su escuela a tierras de América: prueba total de la confianza que el viejo maestro depositó en quien sabía habrían de fructificar generosa-

"EN EL BROCAL"

Romanza

J. Roza Contreras

Andante moderato.

p *cresc.*
En el bro - cal del po-xo te vi un

mp. *pp* *cresc.*

Detailed description: This system contains the first two systems of music. The vocal line starts with a whole rest, followed by a melody in 7/4 and 2/4 time signatures. The piano accompaniment features a complex rhythmic pattern with triplets and sixteenth notes. Dynamics include *mp.*, *pp*, and *cresc.*

p
di — a, Fra-gancias en el huer-tô y ma-ri — po-sas y tu casta her-mo-su-ra son-re-

p

Detailed description: This system contains the third and fourth systems of music. The vocal line continues with a melody in 7/4 and 2/4 time signatures. The piano accompaniment continues with similar rhythmic patterns. Dynamics include *p*.

lento *a tempo* *più mosso*

i — a Entre las ma-dre — sel — vas y las ro-sas.

lento *a tempo.* *più mosso*

Detailed description: This system contains the fifth and sixth systems of music. The vocal line features a change in tempo from *lento* to *a tempo* to *più mosso*. The piano accompaniment also reflects these tempo changes. Dynamics include *lento*, *a tempo.*, and *più mosso*.

rit. *mf* *a tempo*

y be-lly so-li — ta-

rit. *p* *mf* *a tempo*

Detailed description: This system contains the seventh and eighth systems of music. The vocal line continues with a melody in 7/4 and 2/4 time signatures. The piano accompaniment features a change in tempo from *rit.* to *a tempo*. Dynamics include *rit.*, *p*, and *mf*. A watermark '1980' is visible in the bottom right corner.

musical score system 1

Lyrics: y de la tar - de al cla - ros - cu - ra e - xi - guo pa - re - as la

Annotations: poco agitato, calmo, f, Ped *

musical score system 2

Lyrics: hi - ja de Sa - ma - ria En la vi - ñe - ta

Annotations: f, p, cresc., mf.

musical score system 3

Lyrics: de un mi - sal an - ti - quo. y tu

Annotations: p

musical score system 4

Lyrics: cas - ta her - mo - su - ra son - re - i a En tre las ma - dre - sel - vas y las

Annotations: p, lentamente, a tempo

musical score system 5

Lyrics: ro - sas ma - dre - sel - vas y las ro - sas

Annotations: molto rit., a tempo, ppp, Ped *

mente sus enseñanzas y su ejemplo. Murió Vessella en 1928, dejando en poder de su familia 1.200 partituras para banda, transcripciones todas de obras sinfónicas de diversas escuelas y países. En esta admirable colección, que la viuda de Vessella ha accedido a vender, a instancias de Rozo Contreras, a la Banda Nacional de Bogotá, existen innovaciones valiosísimas y hallazgos inéditos todavía que contribuirán a perfeccionar aún más la técnica y la estética de la banda.

En Roma inició Rozo Contreras su carrera de compositor sinfónico y de transcriptor: Luigi Cireney le encargó la transcripción del Himno Pontificio con destino a su Banda de Carabineros; la Radiodifusora de Roma presenta sus *Romanzas*, algunas de las cuales son editadas en la Ciudad eterna, y surge también el primer movimiento —la *Obertura*— de la suite “*Tierra Colombiana*”.

Unánimemente apreciado fue Rozo Contreras en los círculos artísticos de Roma. La colonia colombiana supo comprender la modestia y los méritos excepcionales del discípulo de Vessella. Compañeros de estudios de Rozo fueron entonces Juan y Carlos Lozano y Lozano, José María González Concha, José Ramón Montejo y Jorge Eliécer Gaitán. Con Juan Lozano y con González Concha, eminente arquitecto este último, lo ligaron vínculos de estrecha afinidad artística y de cordial afecto.

Viena y los primeros triunfos.

En el verano de 1929, Rozo sale de Roma rumbo a la capital austriaca, donde se matricula en el *Neueswienner Konservatorium* y termina estudios de composición e instrumentación con el maestro Eugen Zádor. Asiste también a diversos cursos teóricos y prácticos y a la clase de dirección de orquesta del profesor Rudol. Nilius.

En Viena escribe tres nuevos movimientos para la suite “*Tierra Colombiana*”, obra que fue estrenada por la Orquesta Sinfónica de Viena, bajo la dirección del maestro Anton Konrath, en la *Grosser Konzerthaus Saal*, el 14 de diciembre de 1930 y ejecutada nuevamente, bajo la dirección del autor, con la orquesta sinfónica del *Neueswienner Konservatorium*, en la *Musikverrein Saal* (28 de marzo de 1931).

Muy interesante, y positivamente satisfactoria, resulta la lectura de los comentarios de la prensa europea sobre la obra del compositor americano. He aquí algunos, que tomamos de los principales periódicos y revistas de Viena y de Roma y que se refieren al primero de los conciertos mencionados:



El maestro Alessandro Vessella director durante 40 años de la Banda Mpal. de Roma y creador de la moderna escuela italiana de Banda.

Del diario “*Neu Presse*”, de Viena:

“En el curso de sus conciertos dominicales, ejecutó la Asociación de Conciertos de Viena, bajo la dirección del profesor Anton Konrath, la suite “Tierra Colombiana” de José Rozo Contreras. El joven compositor, que adelanta sus estudios musicales en el Conservatorio de Viena, ha entretejido muy hábilmente temas de su patria sudamericana en una suite, que contiene al final un valse, síntesis del aire de Colombia y del valse vienés. La obra, bellamente instrumentada, obtuvo aplausos verdaderamente entusiasmados”.

Del diario “*Das Oestereich Tageszeitung*”, de Viena:

“Un interesante estreno. En un concierto dirigido por el profesor Konrath tuvo lugar el estreno de una composición original sudamericana, la suite “Tierra Colombiana” de José Rozo Contreras. La obra, muy agradable, contiene temas nacionales muy bien trabajados y una instrumentación rica de color, y obtuvo una tempestad de aplausos”.

El éxito conquistado por nuestro compatriota encontró eco cariñoso y emocionado en la prensa romana. Dígalo, si no, el siguiente comentario publicado en el “*Giornale d'Italia*”:

“Triunfa en Viena un alumno de

Vesella. En el “Wiener Konzerthaus” ha tenido lugar un concierto de música clásica en el cual figuraba, entre los nombres inmortales de Beethoven, Mozart y Weber, el desconocido de José Rozo Contreras, que se presentaba por primera vez al análisis del público con su suite “Tierra Colombiana”. El compositor —un joven colombiano, modesto pero de grandes méritos— estudió en Roma cuatro años bajo la sabia dirección del lamentado Vessella, quien solía llamarlo “maestro”: tanta era la estimación y el aprecio que había sabido captarse. Rozo Contreras está perfeccionándose con una beca que le concedió su país. El éxito de la suite ha sido verdaderamente triunfal: el desconocido compositor fue aplaudidísimo y llamado al “podio” seis veces. La crítica reconoce unánimemente la genialidad y la armoniosa organización de la obra, que evoca temas populares de Colombia...”.

En efecto, la obra de Rozo Contreras es acreedora del mejor elogio y su originalidad tenía necesariamente que llamar poderosamente la atención en el viejo mundo. Temas melódicos tomados del folk-lore de los departamentos de Boyacá y Santander sirven de base a la *Obertura*, la cual se distingue por su riqueza rítmica, por el uso especial que en ella se hace de los instrumentos de percusión y por el élan espontáneo de los distintos temas desarrollados, que van pasando por todos los grupos instrumentales, dando a la obra un intenso colorido. El *Intermezzo* está basado en una apasionada melodía y se inspira en el recuerdo del paisaje colombiano y en la nostalgia de la patria lejana. La suite finaliza con un *Valse* en que dos temas, ampliamente desarrollados, avanzan abundantemente instrumentados, estructurando la obra y prestándole singular unidad y colorido: es a manera de un emocionado tributo que rinde el compositor a la ciudad cosmopolita y gloriosa que lo acogió con simpatía y lo consagró con su comprensión generosa.

El retorno a la patria.

Rozo Contreras regresó a Colombia a mediados de 1931. El 30 de noviembre del mismo año, dirigió por vez primera la Orquesta Sinfónica de Bogotá y viajó a la ciudad de Cúcuta, en donde recibe el cargo de director técnico de la Banda Departamental. De sus labores de reorganización técnica de este conjunto fue índice el concierto ejecutado en marzo de 1933, en el Teatro Santander, a beneficio del Fondo Patriótico Nacional: 55 profesores integraban ya una banda de tipo

sinfónico organizada de acuerdo con las normas del maestro Vessella. Así comenzaba a cumplir el discípulo la misión que le confiara en Italia el notable artista napolitano. En este concierto —corría la época emocionada de la guerra con el Perú— se estrenó el nermoso *Himno del Norte*, compuesto por Rozo Contreras con tal motivo

Muerto en Bogotá don Andrés Martínez Montoya en 1933, Rozo Contreras es nombrado director de la Banda Nacional de Bogotá en diciembre del mismo año, y durante siete meses trabaja intensamente en la reorganización técnica y estética de la corporación, absteniéndose entre tanto de dirigir públicamente el conjunto: su debut como director de la Banda Nacional tiene lugar en el Teatro Heredia de Cartagena, con motivo de la visita del presidente Roosevelt, el 8 de julio de 1934.

De entonces a hoy, su labor ha sido constante y eficaz. Entregado por completo a su Banda, y escribiendo incesantemente para ella numerosas transcripciones sinfónicas, enriqueciendo su repertorio, completando su instrumental y sosteniendo en dicha corporación un ambiente de intensa disciplina de trabajo, ha divulgado —en insuperables versiones— las obras maestras del repertorio clásico, romántico y moderno, llevando el mensaje musical a la entraña del pueblo, a los barrios lejanos, a los poblados distantes. Consiguiendo además para el personal de su Banda toda clase de garantías y prestaciones sociales y amparando la organización con leyes que su apostólico fervor ha venido obteniendo de diversas legislaturas.

Tres jiras de conciertos ha verificado la Banda Nacional de Bogotá de 1935 a esta parte: a Medellín en 1935; a Santander, Norte de Santander y Venezuela en abril de 1937, y al Valle del Cauca y Caldas en julio de 1937.

Alrededor de 165 conciertos populares ha dirigido Rozo Contreras con su Banda en el Teatro Municipal de Bogotá: labor es ésta de incalculable trascendencia educativa y social, como que se encamina a poner al alcance de las clases populares las más elevadas manifestaciones de la música sinfónica. Así culmina una labor iniciada oficialmente el 3 de agosto de 1934 en notable concierto efectuado en el Teatro de Colón de Bogotá en honor del doctor Enrique Olaya Herrera, que apreciaba en todo su valor la trascendencia de la labor realizada por nues-

tro compositor al frente de la Banda Nacional.

La obra del compositor.

A más de la suite sinfónica "Tierra Colombiana", Rozo Contreras es autor de muchas obras significativas: las romanzas *En el brocal*, *María*, *Madre* y *A ti*, sobre textos poéticos de I. E. Arciniegas, Juan Lozano y otros poetas; la *Obertura número 2 sobre temas nacionales*; *Burlesca*, un scherzo sinfónico cuya factura obedece a un concepto muy moderno del campo armónico, y algunas obras corales, entre las que merecen especial mención el *Ave María* para cuatro voces mixtas a capella y la copla "*Cazador que a caza vas*" para tres voces femeninas, que el autor ha dedicado al que suscribe estas líneas.

Las obras del maestro Rozo Contreras denotan un concepto muy original del arte de la composición, no tanto ecléctico cuanto personal y hondamente vivido. Pudiendo ser un compositor fecundo, porque abunda en ideas y domina magistralmente los diversos as-

pectos del arte musical, escribe solamente obedeciendo a un imperativo emocional y estético. De otra parte, su porfiada labor al frente de la Banda Nacional de Bogotá lo mantiene alejado de esta actividad fecunda, a la cual quisiéramos vincularlo nuevamente para bien de la cultura artística colombiana.

Entre sus mejores trabajos de transcripción para banda, citemos —finalmente— el de la *Rapsodia de Auvernia*, para piano y orquesta en el original de su autor, Camilo Saint-Saëns. Hemos opinado siempre que este trabajo es la más bella demostración de la bondad y del acierto de las doctrinas de Vessella y de la capacidad técnica y artística de su discípulo colombiano.

Otro trabajo de singular importancia, dentro de este género de labores, es la transcripción del Himno Nacional de Colombia, elaborada por Rozo Contreras con exquisito esmero y absoluto respeto por el pensamiento del autor. En ella, se ha buscado solamente el relieves el impulso rítmico de la melodía, magnificando su acento heróico y marcial —dentro de los esquemas armónicos originales de Sindici mediante una majestuosa y equilibrada instrumentación. Este hermoso trabajo, con el cual nuestro compositor restituyó a nuestra canción nacional el carácter triunfal de que la habían despojado anónimos "transcriptores" con instrumentaciones ramplonas y antiestéticas, no fue —sin embargo— recibida con simpatía por ciertas gentes incomprensivas y no siempre bien intencionadas. Actitud explicable si se tiene en cuenta que los errores inveterados van creando en la colectividad una especie de segunda naturaleza opuesta a toda innovación inteligente, así se trate de restituir una obra a su sentido original y primigenio. En esta actitud torpe y rutinaria se ha llegado incluso a afirmar que la partitura de Rozo Contreras adultera la de Oreste Sindici, que dicho sea de paso, no existe sino en la imaginación de quienes no toleran la ajena superioridad. Porque es bien sabido que Sindici apenas si nos legó un himno escrito para canto —una voz— con acompañamiento de piano.

Afortunadamente para la cultura nacional, y después de haber escuchado largamente a Rozo Contreras, y atendido a sus razones técnicas, la Academia Nacional de Historia, por boca del doctor Miguel Aguilera, acaba de consagrar la transcripción del Himno Nacional debida a nuestro compositor como obra digna del pensamiento de

(Sirvase pasar a la pág. 85)

H. TELLEZ B.

Para Estados Unidos, contratado por una cadena radiodifusora, sale en los primeros días de octubre el señor Hernando Téllez B., destacado elemento de la radiodifusión nacional y especial amigo nuestro. Don Hernando demorará cerca de un año en el país norteno, colaborando en programaciones hispanohabladas y "echando agua" —que dicen los mejicanos— en radio y cine para luego poner sus conocimientos al servicio de tales industrias en Colombia. MICRO presentará a sus lectores una nueva sección especial redactada en yanquilandia por Téllez, desde ahora nuestro corresponsal en viaje.

La estadia de este amigo entre los productores y directores de programas de radio y películas, ha de traer, no cabe duda, grandes beneficios para la radio y el cine que apenas ahora iniciamos seriamente en Colombia. Con Aramis y Santos Quijano, Téllez formará el trío de broadcasters y directores filmicos de esta patria. No podemos, pues, menos que alegrarnos mucho por esta oportunidad de especialización que se le brinda a otro colombiano de inquietudes radio-cinematográficas.

MICRO siente especial complacencia en desear a Hernando Téllez B. —su corresponsal en jira por Nueva York, Chicago, Los Angeles, Hollywood y México D. F.— un viaje pleno de ventura y altamente fructífero.

Queridos lectores:

Las epístolas que leerán en esta sección serán... el evangelio. Y no lo digo por el vituperable motivo de hacer un chiste. Lo sostengo, porque tales epístolas —la primera de las cuales es ésta— han de ser expresión de la verdad, sin ambages o rodeos. Además, en ellas trataré de decir aquello que yo creo interesante a ustedes, amables y pacientes lectores de "MICRO". Por otra parte, en los párrafos de estas epístolas me propongo hablar de muchas cosas; y no sólo de Cine. Es decir que, en lugar de epístolas, podrían llamar a estas cartas "caldo de bollos" o, para ser más castizos, "olla podrida". Pero, mejor que toda explicación, ustedes se formarán una idea de lo que se trata si tienen la paciencia de seguir leyendo esta columna. Así, Dios los tenga de su mano y... mi admiración por su valentía, si a ello se atreven.

El cotarro cinematográfico —un cotarro de muchas campanillas sin duda alguna— está alborotado. Aunque los más alborotados son los actores de habla española que viven en Hollywood. La razón? El anuncio hecho por los principales estudios de que las películas americanas se "doblarán" al español. Es decir, que se pondrán nuevas voces, usando el idioma castellano, a las estrellas y comparsas; que el diálogo será cuidadosamente estudiado para realizar una sincronización perfecta entre el sonido y los movimientos bucales de los artistas y que... se pondrá una pica en Flandes.

Yo no sé qué resultados tenga este ensayo de la Industria Cinematográfica de los Estados Unidos. No sé qué reacción provoque que las películas "dobladitas" al español se exhibirán en teatros de segunda y tercera categoría, para que lleguen a esa inmensa masa de nuestros pueblos que, desgraciadamente, no sabe leer todavía y para la cual los títulos en español tienen el mismo significado que tendrían para un prolífico padre de la martirizada China. En todo caso, el ensayo se hará. Y, sin duda alguna, constituye una prueba fehaciente del interés que el público de las Américas tiene para el Cine de los Estados Unidos.

Los estudios, con excepción de Universal Pictures, ha encomendado la difícil tarea del "doblaje" o sincronización de las películas al español a directores españoles. Y los directores españoles, naturalmente, han contratado a escritores españoles, actores españoles, supervisores españoles, etc. españoles. Dios quiera que no envíen a nuestras Américas diálogos hablados con "c" y "z". Pero, lo hagan o no, España está de plácemes. Y los partidarios de la "hispanidad" también. Al fin y a la postre, nuestros países eran colonias españolas hace menos de siglo y medio. Y los españoles creen —y han hecho creer a los productores de Hollywood— que ellos son los únicos depositarios de un castellano puro. Como si los grandes escritores de las Américas, nacidos en cualquiera de

EPISTOLAS CINELANDICAS

Por

CARLOS GUTIERREZ - RIAÑO

ARAMIS



nuestros países, no hubieran empleado el más nítido y pulcro de los idiomas. Como si nuestros pueblos tuvieran que acudir al esperanto para entenderse unos con otros; o tuvieran que solicitar los servicios de un intérprete nacido en Madrid.

Dije que Universal Pictures era la excepción en esta regla de confiar el doblaje a directores españoles, porque esos estudios han encargado de este trabajo a un colombiano, de nombre Carlos Gutiérrez Riaño, y quien —para desgracia mía— usa mi mismo pseudónimo.

Carlos Julio Ramírez continúa bajo contrato con la Metro Goldwyn Mayer. Además, ha sido contratado para cantar por radio en los estudios de la Columbia Broadcasting System, una vez por semana. Recibirá mil dólares por cada programa.

La última cinta en que Carlos ha tomado parte, "Bathing Beauty", en tecnicolor, no es nada halagüeña para el gran barítono colombiano. Su corta estatura lo hace parecer desairado y el exagerado corte moderno de sus vestidos no le favorece un ardite. La impresión general es de que Carlos Julio Ramírez no logrará ser estrella de primera categoría —en la producción cinematográfica destinada al público de los Estados Unidos—, aunque la Metro Goldwyn Mayer parece tener el firme propósito de conseguirlo, a pesar de todos los pesares. Sin embargo, cuando Carlos Julio abre la boca y deja correr el torrente de su voz maravillosa, la emoción conmueve todas las almas y todo desaparece. Todo, menos la voz exquisita del gran barítono de Colombia.

El Coordinador de Asuntos Inter-Americanos continúa produciendo programas de radio en Hollywood. Uno de ellos, "Hollywood visita a las Américas", con las grandes estrellas de la pantalla, que saben hablar en castellano o están aprendiendo a hacerlo. Porque el interés por nuestro idioma es real y positivo. En uno de estos programas, realizado ante un inmenso auditorio en la National Broadcasting Company, tomaron parte Linda Darnell, Lucille Ball, Veronica Lake, Jinx Falkenburg, Bing Crosby, Carlos Julio Ramírez, Alan Ladd, Arturo de Córdoba, Desi Arnaz y cuatro soldados mexicanos heridos en la campaña de Italia. Este programa ha sido uno de los que han reunido más estrellas en Hollywood. En él tomaron parte tres colombianos: Carlos Julio Ramírez, cantando; Roberto Ramírez Ta-

fur, anunciando; y Carlos Gutiérrez Riaño, dirigiendo.

Películas de estreno realmente recomendables? "Mrs. Skeffington" con Betty Davies: "Estirpe de Dragones" con Walter Huston (insuperable en su papel) y Katherine Hepburn: "Aventuras de Mark Twain", con Frederick March. "Historia del Doctor Wasell", en tecnicolor y dirigida por Cecil B. de Mille, en cambio, es una película cara, larga, pero... eso sí!... mala! Hasta pronto, queridos lectores.

ARAMIS

CUENTISTA Y BROADCASTER



EDUARDO CORREA

Este amigo nuestro —y colaborador, puesto que es suyo "Un pobre Hombre" publicado en esta entrega— ha sido nombrado gerente de la emisora Jericó (Ant.) Correa posee, a más de inteligencia culta y caballerosidad a toda prueba, una de las mejores voces microfónicas locales. Su capacidad organizadora y su honorabilidad completan en él las características necesarias para sacar lucidamente la misión que le ha sido encomendada.

UNDERWOOD SUNDSTRAND



La máquina de sumar
por excelencia.

Nos quedan unas
pocas máquinas.

RAMON PELÁEZ & CIA.
Sucesores

TELEFONO: 107-87

Todo plan de propaganda
bien orientado incluye a

"LA VOZ DE LA PATRIA"

que ahora entrega sus programas
con su nuevo TRASMISOR de

UN KILOVATIO

diseñado y construido por don Clemente Vasallo G.

Estamos afiliados a la Prensa Asociada y a la B. B. C. de Londres.
Nuestro radio-periódico "PANORAMA" se trasmite a las 12 del día
y a las 6:45 de la noche.

Apartados: aéreo 231
nacional 621



UNIVERSIDAD
EAFIT
Abierta al mundo

Bosquejo y Siluetas del

3º.—Silueta de "El Desierto de la Candelaria".

El sendero se arrastra por la cuesta cascajosa y parda, y va dejando lentamente en el fondo de la pequeña vega decorada de verdor, de agua bulliciosa y de naranjos floridos, el vestufo cimborio de la iglesia parroquial de Ráquira cuyos perfiles de un blanco mugroso se pierden y reaparecen en la angosta perspectiva que recortan los recodos del camino.

Una haraposa alfombra de guijarros menudos, de color negro y ocre, amarillo y vetado, esmalta la serranía y sus contornos, las colinas y montículos y desde la cima el panorama se pierde y desdibuja sobre las ondulaciones de la topografía, bañada en las tonalidades de un verde violeta desolado. A lo lejos canta la mirla blanca oculta en los ficales, bajo las espadas de motua o al amparo del cactus y las penas.

Tras media hora de fatigoso andar comienza el descenso, y los brazos hieráticos del crucero de la cúspide se quedan atrás esculpido en la línea del horizonte. De repente se divisan las riberas del río Gachaneca sombreadas de alisos, de guamos y saucedas. Mientras continúa la jornada, el angosto y diminuto valle del Desierto se insinúa como un presentimiento. Recorrido el camino que bordea la cuenca del río espumoso y cantarino, al fin divisa el viajero la española estampa del monasterio de la Candelaria.

A poco andar, las cabalgaduras chafan con los herrajes las tablas gastadas del puente cobertizo que salva el riachuelo, y por el amplio portalón de tejadillo lamoso y ennegrecido penetran en la angosta plazoleta empedrada, cubierta a trechos, en los intersticios del solado, por caprichosas cintas y manchas de grama verde.

El agua fluye por la acequia rumorosa, por el azarbe cristalino. Maná de las huertas la fragancia de las frutas en sazón: del limonero y el naranjo, del ciruelo, el chirimoyo y el manzano, del pero y del pomar. El zumbido persistente de la abeja, se multiplica y se convierte en la letanía de las colmenas y en la multitudinaria oración de los panales. Surcan el espacio las estelas de las palomas blancas, y el pequeño campanario se dibuja en el silencio del lugar como un albo mensaje de paz eucarística. La mañana es clara, luminosa, y el cielo diáfano y azul

(Continuación del N° 58)

envuelve el alma de las cosas, el alma de los hombres y el alma del paisaje en la gama de una acendrada elación mística.

Tras aquellas fachadas centenarias, que tienen a la vez mucho de castizo y medieval parece que se animara, que tomara calor y vida la escena de la discusión teológica entre frailes venerables del medioevo, y que el silogismo se blandiera como una espada con su clásica empuñadura de "ergos" y "distingos". En un convento como este, inundado de paz y belleza, y en una celda austera, acogedora y solitaria, debieron correr las vigiliadas de Santo Tomás de Aquino, de Occam o de Duns Scotto mientras la pluma de ganso rodaba de luz a luz sobre el amplio infolio de lustroso pergamino. También así, plena de recogimiento y de mística evocación debió ser la morada de San Juan de la Cruz o de Santa Teresa, porque sólo en un refugio como éste, propicio a la sobrehumana contemplación, pudo el milagro elevar el espíritu y la emoción del hombre a la sutil y angélica exaltación de "Llama de Amor Viva", de "La subida al Monte Carmelo" y de "Las Moradas".

Embargado el ánimo por estas divagaciones, mezcla confusa de sentimientos placenteros y doloridos, producto de la noble belleza de los pórticos centenarios y de la punzante desolación de la propia existencia precaria, tocamos a la claveteada puerta del convento. El hermano portero, después de breve espera nos hace recibir por el fraile superior de figura enjuta y de carnes macilentas de penitencia.

Después, recorreremos los espaciosos claustros interiores sostenidos en amplias arcadas que rematan sobre los capiteles de pilastras cilíndricas y esbeltas, o que descansan sobre machones de relievadas cornisas. Queda atrás un rumor prolongado de pasos, cuyo eco resuena en la oquedad de la arquitectura colonial, como un oleaje del mundo que perturbase la paz eterna de las siluetas de monjes desaparecidos, que se asoman en la pátina de lienzos derruidos pendientes de los muros. Las celdas laterales herméticas y mudas hablan sin embargo de largas noches de vigilia sobre el libro de la sagrada escritura; de los engañosos halagos del demonio astuto y tentador;

de la disciplina y el cilicio que torturan la carne rebelde; de la contemplación ultraterrena; de los arrobos místicos y del total abandono y apartamiento de las vanidades mundanas.

En el patio principal, el ambiente se satura con la fragancia de las rosas plantadas por la línea de angostos viales que convergen hacia el centro de la glorieta en que se yergue la antigua cruz de piedra, en las bases de cuyo pedestal los gorriones y ruiseñores picotean migajas de pan. La cananga, el heliotropo y el bugambil enredan en los machones y barandales.

Guiados siempre por el fraile superior, recorreremos las huertas amplias circuidas de altos tapiales y pobladas de legumbres, de frutales y jazmines, y mientras nuestro acompañante, con voz pausada y suave, nos informa en los detalles y principia a narrarnos la historia del monasterio, divagamos por los diálogos de "Los Nombres de Cristo", que tienen lugar en un escenario como este y quizá en un convento parecido de las tierras de Castilla.

Entretanto hemos llegado al pequeño cementerio que se extiende al pie de los contrafuertes de la Iglesia. Las tumbas han sido excavadas en la tierra y sobre ellas apenas se insinúan túmulos rudimentarios o hatos de piedra rústica que sirven de pedestal a toscas cruces de madera.

En este sitio hacemos un breve descanso, y agotados ya los preámbulos el fraile continúa la narración: "Fue en la última década del siglo XVI, cuando los conquistadores españoles habían asegurado ya su dominación sobre las tribus indígenas del altiplano, cuando Juan Rodríguez, aventurero castellano que había emigrado de las tierras de ultramar probablemente en pos de la fama y las riquezas, desengañado del mundo, del amor terrenal y de la fama y la gloria de los hombres, se retiró seguido de otros pecadores arrepentidos a hacer vida de anacoreta a la región de Siativá, entre los vecinos municipios de Ráquira y Tinjacá que formaban por entonces parte de la extensa encomienda de don Andrés de Velosa y Castro. En busca de lugar más propicio a la meditación, los ermitaños se instalaron posteriormente en este paraje circuido de breñas y de extensas soledades. Vivieron en cuevas y en grutas abiertas en los peñascos, alimentándose de rai-



Pueblo Boyacense

Por ERNESTO OSPINA RODRIGUEZ

(Fotos de LUIS B. RAMOS)



UNIVERSIDAD
Especial para
"MICRO"
Abierta al mundo

ces, de frutas silvestres y del agua tersa del manantial”.

En la escuálida estampa del prior el rostro de ascética palidez se ilumina con gesto grávido de entusiasmo apostólico, y prosigue en tono misterioso: “Los indígenas vecinos, no convertidos por completo a la fe del Cristianismo tributaban culto a Satanás en adoratorios escondidos entre los montes, y los observantes solitarios que osaron penetrar en estos parajes fueron víctimas de las iras del averno. En las noches, mientras dormían en sus guaridas con la cabeza reclinada sobre las duras piedras, o en el día cuando oraban en la paz del silencio agreste, los asaltaban horribles visiones y el incentivo tentador de los placeres del mundo. En la redondez lozana del cáliz de las flores y en el dorado prestigio de los pitillos perfumados escondía Luzbel las llamadas lacerantes del tercer enemigo del alma, y la pasión ardía en el incendio de todos los sentidos pero triunfaban el cilicio, el ayuno y la casta plegaria. Mas ahí no cesaban los embates del fiero enemigo que infatigable y tenaz, acudía a otros medios de sutil malignidad tanto más objetivos cuanto era mayor la esperanza de doblegar la obstinada voluntad y la perseverancia de los justos. Los bárbaros celebraban, en los adoratorios del espíritu de las tinieblas, las lunaciones de su calendario con orgiásticas bacanales en que los ebrios oficiantes iniciaban sus invocaciones al conjuro de esotéricos monosílabos, al resplandor de las hogueras simbólicas que envolvían en pálidos resplandores la muda fisonomía de los ídolos y el amplio círculo de los hechiceros y adorantes. Núbiles sacerdotisas del tenebroso rito, de talles simbreantes, de lustrosa piel morena y de negros ojos hipnotizados perdidos en la profundidad de las tinieblas, ejecutaban el ritmo voluptuoso de sus danzas diabólicas, al compás del sordido y reverente murmullo de los circunstantes y del sonido lúgubre de los fotutos, que se elevaba como un lamento y se perdía en la tristeza de la noche...”

“Cuando rayaba la aurora o en altas horas de la obscuridad embrujada, las vestales revestidas por el maligno espíritu de belleza deslumbrante y atractivo donaire, eran emisarias de la ira demoniaca, de las angustias de la carne que hincaba las entrañas como un estilete e inflamaba en las arterias el impetuoso torbellino de la sangre. Pero el crepitante rescoldo del hogar que alumbraba las vigiliadas de los ermitaños era su refugio, el mástil de

la paz y la rutilante espada que blandía el ángel de la castidad.

“Después, saturaba la oquedad de las cavernas el olor de la carne abrazada, y sobre las piedras florecían rosas de santidad...”

Entretanto nos disponemos a abandonar el cementerio, y nos dirigimos hacia la puerta lateral de la iglesia ornada por amplios contornos, por capiteles, pilinos y columnas repujados en el muro secular, y la voz del fraile se hace pausada y grave: “Los eremitas —prosigue— para luchar con eficacia contra su enemigo, reunidos en concilio, previo riguroso ayuno, resolvieron invocar a la Virgen como abogada en sus tribulaciones y erigir una capilla para rendirle culto. Ellos mismos fueron los artífices del pequeño santuario, y enviaron a Tunja a dos de sus compañeros para que encargasen la confección de un cuadro de la madona milagrosa al pintor Francisco del Pozo. Corría el año de 1597. El artista tuvo la original idea de pintar en la parte inferior del cuadro la figura compungida y reverente de los dos emisarios y en la mano de la imagen pintó una antorcha encendida, de donde deriva el nombre de nuestra Señora de la Candelaria con que se la designa, y el cual se ha transmitido a la comunidad que la venera. Porque en Colombia los Agustinos Recoletos se llaman comúnmente **candelarios**. En este momento entramos a la iglesia por la puerta anchurosa, ferrada y ennegrecida que gira pesadamente sobre los goznes rechinantes, y nos santiguamos frente al retablo de la virgen, a imitación de nuestro guía, y los ojos de la imagen miran piadosamente su estampa cuasi esfumada en la penumbra de las bóvedas. Cuadros de Gregorio Vásquez Arce y Ceballos, y de pintores anónimos, ya deteriorados por el tiempo, se hallan colocados en los nichos, o penden de los muros bañados de tenue luz.

Mientras nos disponemos a salir del templo por la puerta principal hacia la plazuela, continúa de esta suerte el hilo de la narración interrumpida mientras acaricia entre los dedos largos y finos las cuentas negras del rosario de quince casas: —“Por aquel entonces el Padre Mateo Delgado de la orden de San Agustín, se hallaba en la vecina vereda de Tijo adoctrinando a los indios, y los anacoretas le suplicaron que hiciera vida con ellos, les administrase los sacramentos y los protegiese y ayudase contra las persecuciones del demonio, y a la vez que diese principio a la fundación de un convento de su orden al lado de la

ermita. El sacerdote accedió y el encomendero don Andrés de Velosa y Castro secundó el propósito e hizo donación de doce fanegadas de tierra de sembradura para la fundación. En el año de 1604 se principió la construcción del monasterio y fue terminada siete años después. Esta fue la primera fundación de Agustinos Recoletos en América, y de aquí partieron las iniciativas para posteriores realizaciones de la misma índole.

—“Dicen las crónicas —prosigue el fraile— que el padre Delgado extirpó el culto de los ídolos y estableció la fiesta de la Virgen de la Candelaria el dos de febrero de cada año, y también agregan que el diablo destronado de sus adoratorios lo persiguió con zaña. Que en alguna ocasión lo raptó de su celda mientras oraba, y lo dejó maltrecho y atado de los pies en las cuerdas del campanario, y que como último intento los genios del infierno concitados y soberbios se abalanzaron por los aires en medio de violenta tempestad, sobre el monasterio, para destruirlo, pero fueron conjurados y dominados por la Virgen y huyeron aterrados, ante la llama eterna de la antorcha milagrosa, para no regresar jamás...”

La despedida es breve y en el nombre de Dios. Luégo de encomendarnos la advocación de La Candelaria, el prior, cubierta la cabeza por su capuchón, se pierde tras la puerta del convento que se cierra, como una lápida, sobre las vanidades del mundo.

Las cabalgaduras comienzan a desandar el camino. Hay en nuestro espíritu ecos de soledad, y la nostalgia afluye sobre el corazón en el tono menor de una pausada salmodia.

* * *

4º.—Silueta de la campesina boyacense.

Se llama Rosa, María o Dolores y puede llamarse también de muchas otras maneras, siempre sugestivas y tradicionales, pero no se llamará nunca Gladys, Nancy o Lili porque ella es el manantial primitivo que brota de las entrañas de la tierra y lleva en su vientre de mestiza o de aborigen la cuna de la raza, nutrida con la sangre del indio, del rancio encomendero y del viejo soldado español.

Es por lo común de tez morena, de ojos negros vivaces y expresivos unguados por los destellos de una vaga melancolía, o sombreados por ojeras que denuncian la paciencia sin límites y el dolor que no gime. De talle indefinido, generalmente mediano y en veces alto y esbelto, pero siempre a-



UNIVERSIDAD

“...Si esta campesina es soltera, es seguramente moza de amores que entona la endecha quejumbrosa que traduce sus cuitas, sus alegrías, sus pesares y sus desdenes”.

tractiva sobre la hermosa pantorrilla torneada y voluptuosa.

Usa sombrero de caña, de palma, de fieltro o de jipa inclinado so-

bre la ceja para desviar los ojos y ocultar la cara de impertinentes miradas furtivas. Se cobija con amplia mantellina que oculta la camisa esco-



Abierta al mundo

tada de olán o liencillo con mangas rudimentarias. Complementan su vestido amplias enaguas de frisa.

Acude presurosa al mercado y a la misa mayor y en el cestillo de cabuya trenzada, adornada de vivos colores lleva las cuajadas de su vaca lechera y los huevos que en el alar de la cabaña, en el monte o en la mata de risgua ponen las gallinas sarabiadas de cresta de rosa o las negras lustrosas de doradas patas y de mejillas blancas.

Se signa con agua bendita y oye devota el domingo la voz del cura que predica sobre el pecado mortal. Pero ella no comprende, ni acierta a distinguir, en su gravedad y especie, el sentido de las distinciones, ni el meollo del largo sermón, porque su vida fluye de manera espontánea y natural y desconoce la malicia de las acciones ilícitas.

Vive en las altas cumbres del páramo cubierto de neblinas donde los ataridos alfileres de la brisa silban entre los carrizos, o en la risueña hondonada que limita la parcela con el risco y el diáfano fontonar que brota de las enmarañadas rocas. La choza pajiza construída en bahareque se levanta en el centro de la huerta, y en las mañanas humorosas enjoyadas de rocío, el humo azul, blanco y violeta se eleva en suaves espirales sobre el quieto horizonte.

La campesina madruga con las primeras luces del alba y con grito ondulado y melódico llama al gallinero que se apretuja y revuela en el angosto patio, circuído por él atajadizo de cañas, mientras engulle presuroso los granos del maíz sacado a puñadas del colador de fino esparto. Luego, bajo el pretexto del alero, mece el busto en pausado vaivén sobre la cóncava piedra de moler, y los cetrinos brazos desnudos llevan el compás de la faena asidos con enérgica pericia a la achatada mano de piedra. Así da principio a la confección de la merienda para saciar el apetito madrugador de la prole.

Bajan las ovejas en el pequeño aprisco, y la vaca brama quejumbrosa por la querencia de la cría y lame amante su ternero barroso mientras la leche rebosa, en copos niveos, en el negro tazón de barro y entre la olla ahumada de asas desportilladas.

Camino del lavadero con el hijo en brazos y en la erguida cabeza el amplio canasto de chusque, la campesina toma el sendero que como una cinta perfora el plantío, salva la maleza y los matorrales y descende las escalinatas de piedra tosca para morir en la quebrada a la vera del pozo de azu-

losas aguas transparentes. A la sombra de los arbustos, con la mantilla y un lazo de fique improvisa la pequeña hamaca para el párbulo; golpea la ropa sobre la piedra y el agua vertida con la escudilla deshace la espuma del jabón, mientras vuela con la brisa del fondo de las rocas, un dulce cantar que arrulla al compás de la orquesta de la fuente.

Esta mujer siempre laboriosa y atenta a todos los quehaceres, no pierde minuto ocioso. Recorre el camino veredal hasta la venta próxima o distante con la ventruda vasija a la espalda sujeta con rudo pretal, en busca de la bebida espirituosa y fresca que sacie la sed de la peonada, pero lleva en el antebrazo la rueca de fina lana y el uso gira veloz con el peso del tortero labrado y la hebra se alarga y multiplica, al conjuro de los dedos expertos.

Bajo el sol que abrasa o al caer de la tarde, lleva el piquete hasta el barbecho donde los surcos se dibujan en la promesa de las mieses y la azada brilla al aire impulsada por el rudo brazo del labriego, mientras la yunta de bueyes pensativos recorre el sembrado lentamente al chirrido de coyundas y barzones, aguijada por la rodaja cruel y estimulada a la vez por el grito prolongado y hondo del gañán, cuyo eco se pierde en la distancia de las sierras o viaja sobre la perspectiva de los valles.

Si esta campesina es soltera, es seguramente moza de amores que mientras apacienta el escaso rebaño y pastorea la vaca parida en el extendido pajonal, o entre las breñas en el verdor ribereño del arroyo, entona la endecha quejumbrosa que traduce sus cuitas, sus alegrías, sus pesares y sus desdenes. Y otras veces, al amparo cómplice del ubérrimo maizal, entre las pangas moradas de rojas cabelleras, y sobre los surcos alfombrados de nudillo y aromado poleo, a la hora en que la tarde se extingue en la agonía del cosmos, espera al mocetón del asiduo requiebro, del acongojado corazón y del beso furtivo. En tanto, las palomas arrullan en los corpulentos robles

En posteriores entregas de MICRO seguiremos publicando este bello paisaje de Boyacá y sus gentes, cedido gentilmente por su autor para nuestra campaña en pro del folk-lore.

vecinos de las eras y el maizal ululante, que estremecen las brisas emisarias de la noche, se extiende como un tálamo coronado por los rosetones de sus cúpulas de espigas que comienzan a envolver las embrujadas caricias de las sombras.

A esta misma hora del anochecer, ya terminadas las faenas del día, los campesinos y sus mujeres y las garriadas mozas toman el camino de la venta, prestigioso lugar de la vereda, y a la luz mortecina y parpadeante de la vela que riega sus escasos destellos sobre el rústico mostrador, inician la charla animada en corros diseminados en el recinto. Mientras tanto las baterías de licor, amarillo y chispeante, circulan de mano en mano entre el tintineo de los vasos de grueso cristal apretujados en la amplia bandeja de madera de forma rectangular.

Un tiple solitario modula los aires del torbellino, y las mujeres y los hombres bailan al son de la tonada en rítmico movimiento. Ellas con la mano derecha puesta en jarras mientras la siniestra sostiene el sombrero inclinado sobre la frente, y las enaguas de frisa que descenden hasta el tobillo flotan inmóviles sobre los pies ligeros que no las rozan y que guarecen las alpargatas de fina piola.

Avanzada la noche, la venta se va quedando desierta y la vela moribunda, en pavezas humeantes, insinúa en los rincones un vago claroscuro y por el vano de la entrada un chorreón de luz incierta. Por el camino de la vereda, bajo el cielo estrellado, van las muchachas entonando sus cantares y en la distante serrezuela los mozos les replican con la copla intencionada de sabor amoroso:

Al pasar una quebrada
Un suspiro me alcanzó,
Un suspiro mensajero
Que l'alma me traspasó.

Y ellas les responden con otra, maliciosa y humorística:

Alláriba en aquel alto
Tengún corral de claveles
Donde se sientan los hombres
A llorar por las mujeres.

Y de esta suerte se entabla un duelo alternativo de canciones, que se oyen a distancia entre el ladrido triste de los perros insomnes, hasta que las voces se van perdiendo en la distancia por las rutas evocadoras de la soledad de la noche.

Ernesto OSPINA RODRIGUEZ

SUCESO EXTRA!
GENIAL PARODIA
DE LA OPERA
MAS POPULAR!!

en formidable creación de
NINI MARSHALL



"CARMEN"

A
R



MEN"

LO MAS COMICO DEL SIGLO
LA UNICA PELICULA QUE
LOGRO QUEBRAR LOS
RECORDS REIDEROS DE
CANTINFLAS

Vengan a reir a mandibula batiente...
Deleitense con la inmortal música de Bizet...
Conozcan lo más perfecto realizado hasta la
fecha por el cine argentino... Este es el
espectáculo que hacia falta para olvidarse de
la guerra y sus preocupaciones!

teatro junin

JUEVES

28



LOS FRENTES DE GUERRA Y

Por Hermine
RICH ISAACS

(Traducido de
TEATRE ARTS)

EL CINE

En los tiempos actuales no se debe recurrir a Hollywood para estar al corriente de las noticias del cine, porque Hollywood ha ido a la guerra. La verdad del caso es que no sólo se han agotado las estrellas del cine de edad militar, sino también muchos de los más distinguidos ciudadanos de Hollywood que no están sujetos al reclutamiento y entre los cuales figuran varios de los supremos directores de películas. Transfíranse las actividades de Frank Capra al Cuerpo de Señales y Comunicaciones del Ejército de los Estados Unidos, de William Wyler al Cuerpo Aéreo del Ejército de los Estados Unidos y a John Ford a la Armada de los Estados Unidos; destínese la organización de Walt Disney casi totalmente a trabajos de guerra; reclútese a jóvenes talentosos y populares como John Huston y Garson Kanin, y se hará desaparecer de la escena comercial no sólo las películas producidas por todas estas personalidades sino también a sus directores. Los aprendices tienen que estar a cargo de hombres de menor importancia; los imitadores no tienen nada que imitar sino el producto del año anterior.

A donde debe recurrirse, entonces, para mantenerse al tanto de las noticias del cine, no es a Hollywood sino al frente de batalla en el que, a medida que se fabrican las noticias, son registradas para la posteridad por las cámaras de centenares de fotógrafos en uniforme. Jamás en la historia del mundo se habían registrado en esta forma las fugaces realidades de la guerra, y probablemente desde las poesías épicas de los tiempos antiguos no se ha encontrado un medio tan adecuado como el actual para comunicar los grandes acontecimientos, de manera elocuente y efectiva, a todos aquellos que no han tomado parte en la acción.

Para los fotógrafos de combate, la guerra ha sido una escuela brutal pero excelente. En los frentes de batalla dispersados por todo el mundo, aquéllos descubren constantemente, por pura necesidad, posibilidades innumerables, y a veces olvidadas, de su oficio. En combate activo, es imposible alterar el orden de los sucesos para adaptarlos a una trama determinada, ni tampoco pueden señalarse a los actores sitios arbitrarios para fotografiarlos desde los ángulos más convenientes. La guerra no permite volver a tomar fotografías de una escena anterior; no se dispone de argumentos preparados con anticipación; el fotógrafo de combate se ve obli-

gado, por las circunstancias propias de su profesión, a presentar su versión en películas mudas o con los efectos de sonido que su cámara pueda captar en su camino. Las palabras y la música se añaden más adelante, y el fotógrafo podrá o no encontrarse presente para ver que la narración se haga con exactitud. Sus películas deben hacerlo. El se ve obligado a captar en cuestión de un segundo el momento preciso, la acción significativa, la notable sucesión de acontecimientos que revelarán en la película el objeto de una acción. Tiene que dominar a perfección el arte de "capturar" instantáneamente el verdadero significado de toda una situación, o, a la inversa, enfocar su cámara en los detalles, insignificantes al parecer, que en conjunto revelarán el modelo de un acontecimiento de gran importancia.

En cuanto al director, sus funciones también han sufrido cambio a causa de las exigencias de la filmación de películas de guerra. Por serle imposible, salvo en muy raros casos, controlar la acción o a los actores, o aun, con frecuencia, al fotógrafo, el director se convierte en redactor o compilador extraordinario, recortando y dando forma a las cintas de negativos revelados, adaptando el comentario a las películas y luego ajustando ambas cosas al registro exacto y completo de un incidente, una batalla o una guerra. Esta es la misión que Frank Capra, William Wyler, John Ford, John Huston y otros han acometido por el tiempo que dure la guerra, y están sentando una admirable hoja de servicios en esta clase de trabajo.

Sólo unas cuantas de estas películas, hechas para las fuerzas armadas de los Estados Unidos, son presenciadas por el público. Sin embargo, de vez en cuando alguna se da al público en general, bajo los auspicios del Comité de Actividades Bélicas de los Estados Unidos. En la primavera pasada se exhibieron en los teatros de los Estados Unidos una película de Wyler y dos de Capra, así como otra sobre Tarawa, propiedad del Cuerpo de Infantería de Marina de los Estados Unidos. La Película de Wyler, *MEMPHIS BELLE*, fue hecha para la Octava Fuerza Aérea y representa la décimoquinta misión de bombardeo de la famosa Fortaleza Voladora de ese nombre.

Aunque se trata de un episodio que





ha sido popularizado por innumerables relatos periodísticos y novelescos sobre expediciones por el estilo, en la película **MEMPHIS BELLE** se ha logrado reconstruir una interpretación de la proximidad de una batalla aérea que no se había podido hacer hasta ahora de ninguna manera. Sólo hay que observar los rostros prematuramente envejecidos de los aviadores al encontrarse sobre el objetivo, o notar el personal de tierra esperando en un campo de aviación de Inglaterra a que regrese la misión; escuchar la ansiosa conversación de los aviadores empeñados en combate o contemplar el impaciente silencio de los hombres que aguardan en la patria, examinar a la metralla, al parecer inofensiva, que hace explosión silenciosa alrededor del avión, y escuchar la concusión producida por un golpe que da en el blanco; no hay más que experimentar estas cosas y entenderlas para empezar a darse cuenta de lo que es la guerra. Hay una escena en particular que es verdaderamente inolvidable. Sobre Alemania, una fortaleza del mismo tipo, verdadero gigante de los aires, al parecer inexpugnable, es blanco de un golpe certero, pierde su potencia y es abandonada por la tripulación. Al descender pesadamente por el espacio, el fotógrafo enfoca la cámara y la sostiene por un momento, el símbolo de la edad mecánica del tema eternamente trágico: ¡cómo caen los poderosos!

MEMPHIS BELLE está tomada en colores, no muy eficaces juzgados por las normas ordinarias de la estética, pero como una nueva nota de documentación, cumple su cometido a cabalidad expresando, como no lo podría hacer una película en blanco y negro, una interpretación de las distancias de las frías y azuladas capas superiores del aire, y de los mosaicos y sombras persistentes que acompañan a un vuelo sobre el mundo.

Bajo la dirección del Coronel Frank Capra y del Teniente Coronel Hugh Stewart, del Departamento de Películas del Ejército Británico, los gobiernos americano y británico han dado también

al público esta primavera la película **VICTORIA EN TUNEZ**, la cual es una continuación de **VICTORIA EN EL DESIERTO**, que celebró la marcha triunfal del Octavo Ejército Británico desde El Alamein hasta Trípoli. La primera película tenía por argumento la historia de una batalla y poseía toda la emoción dramática de un ataque concentrado, en tanto que la segunda representa la historia de toda una campaña, y aunque no es muy emocionante, posee un gran alcance y significación.

La guerra está compuesta de muchas más cosas de las que pueden observarse en los momentos de más intensa acción. Tiene la forma del témpano de hielo flotante, una décima parte visible y nueve décimas ocultas debajo de la superficie del agua. Hay que tomar en cuenta la enorme tarea de planear y coordinar los esfuerzos, del servicio y del abastecimiento. Para los propios hombres, la guerra representa el tiempo entre las batallas, lo mismo que los momentos supremos en que los cañones abren fuego finalmente. Es la interminable espera, la muerte de los compañeros en sus misiones nocturnas o rematados por tiradores expertos, la exposición a las sabinas, al lodo y a la arena. Es la nostalgia del hogar visto color de rosa a través de la distancia, y los momentos de asueto pasados en un ambiente inapropiado. Y la guerra es el anticlima inevitable, el espectáculo degradante de un enemigo ostensiblemente invulnerable en el cautiverio, reducido bruscamente a una masa harapienta de hombres derrotados. Aquí ocurre, nuevamente, el incesante tema trágico.

Estas son las cosas que la **VICTORIA EN TUNEZ** dice, y las dice en forma muy elocuente. Las películas mencionadas hasta ahora caen en la categoría general de películas de "orientación", pero ésta representa solamente una de las numerosas formas en que las películas para las fuerzas armadas de los Estados Unidos se hacen todas las semanas. La categoría más importante de todas comprende las películas de entrenamiento, preparadas pa-

ra enseñar a los soldados de todo, desde disparar un rifle hasta saludar a un superior. Por ejemplo, en una película llamada **SONIDOS DEL CAMPO DE BATALLA**, se representan los ruidos producidos por varias armas diferentes en el punto de descarga o de recepción. En **BAUTISMO DE FUEGO** se dramatiza la psicosis del campo de batalla, con el objeto de acostumbrar a las tropas novatas a experimentar la tensión emotiva del primer encuentro en el campo de combate.

En las películas de entrenamiento se emplean generalmente los diagramas animados que representan el método de Disney llevado a su conclusión lógica para demostrar lo que ocurre dentro de la cámara de percusión de un fusil, o dentro de los cilindros de un motor, o en el interior de una válvula de radio. Las películas del frente, las películas de combate de los Ejércitos Aliados en acción, la reconstitución de escenas en el estudio cinematográfico, todos los recursos posibles se ponen en acción para complementar el programa.

Después de cuatro años de estar preparando a la juventud de una nación en paz para las exigencias de la guerra, el Ejército de los Estados Unidos es firme partidario de la educación visual, pues ésta no sólo reduce notablemente el período de entrenamiento, sino que también permite enseñar a muchos hombres en muchos sitios diferentes las técnicas uniformes y los más modernos métodos, de modo que las tropas, que han sido entrenadas a gran distancia unas de otras, puedan fusionarse con éxito en la acción. Actualmente hay más de 1.000 de dichas películas en uso para entrenar tropas novicias y para modernizar las expertas, tanto en los Estados Unidos como en ultramar. Una Sección Latinoamericana ha estado funcionando por espacio de un año, traduciendo muchas de estas películas al español y al portugués, y otras películas son enviadas a ultramar con equipos sonoros en ruso y en chino para el uso de nuestros aliados combatientes.

Otra forma de educación cinematográfica (Sírvase pasar a la pág. 66)

HACIA EL SALVAMENTO DEL BAMBUCO

Por LUIS MIGUEL DE ZULATEGI - Para "MICRO"

TRAS de mucho machacar, casi dijéramos que en virtud del principio de la "gota cava la piedra"; después de exponernos, casi, al riesgo de pasar, no sólo por incapaces de entender la esencia del bambuco, sino por menospreciadores de él, se proyecta ante nuestra vista algo así como la patrulla de salvamento portadora de la vida para este naufragio, a quien le restaban pocas boqueadas.

Durante veinte años hemos tenido que opinar solos que en Colombia se carecía de la expresión escrita del bambuco; que las partituras que llevaban tal nombre no correspondían a lo que en realidad es el bambuco; que, por consiguiente, estaba dictada la sentencia de muerte de esa pequeña forma musical, e incluso estaban nombrados sus verdugos: las emisoras de radio nacionales y extranjeras y las casas grabadoras de discos, en complicidad con los mercaderes vendedores de discos.

A este respecto, de vender gato por liebre, música falsa amparada con nombres caros al corazón patriota, viene muy a cuento una pequeña hazaña que me refirió su propia autora. En un almacén donde se vendían discos, y con ocasión de un inventario, los dueños vinieron a descubrir que había un gran stock de desechos, discos pasados de moda, que representaban un buen capital. Por aquellos días había ocurrido en Medellín la muerte trágica del aeronauta Salvita, que se vino desde las nubes para estrellarse contra la estación del Ferrocarril de Antioquia, ante miles de horrorizados espectadores. Todo el mundo estaba todavía impresionado. "Hagamos un convenio, y yo les hago salir de todos esos discos" —propuso la muchacha a sus patronos—. Hicieron el convenio, y la "inventora" procedió a ejecutar su fórmula. Entre los discos en cuestión había valeses, marchas, danzas, mazurkas, pasillos, piezas tristes, piezas alegres; un verdadero cajón de sastre. La "inventora" mandó imprimir equis sellos de discos, con el nombre de "Salvita", y se los chantó a todos aquellos rezagos. En una semana se vendió hasta el último.

Bastante peor que eso ha sido vender con el nombre de bambucos "tan-

ta cosa" como se ha escrito, que no debiera jamás haber salido de los cerebros incultos que las concibieron. Débese esta calamidad al gravísimo error, extendido donde quiera que no abundan los maestros o los centros docentes, de que cualquiera puede escribir música. Nada como la composición musical está vedado a los que adelantan los caminos del aprendizaje. Hablar un alumno de armonía al profesor de componer obras, es tener ganas de oír un buen berrido y cuatro anatemas. No digamos nada de los que ni siquiera cursan esas materias y piensan que cualquier hijo de vecino puede ser compositor, sin más molestias.

Pero lo más curioso es que hay al-

go qué agradacer a la ignorancia. Si los músicos que ejecutan bambucos por nota se hubieran atendido a lo escrito, se habría acelerado la pérdida del bambuco. Afortunadamente nos hemos salvado porque no se había reparado en el absurdo. Llegar, sin embargo, a la conclusión de que no es necesario discutir sobre la escritura correcta, mientras haya quien interprete los bambucos como son, es ya un error demasiado manifiesto que nadie querrá sostener.

El famoso "Capricho Vasco" de Sarasate, que interpretan Kreisler, Heifetz y todos los grandes violinistas, fue editado por la Casa B. Zozaya, de Madrid, en transcripción para canto y piano, de la siguiente manera:

CAPRICHIO VASCO.

PARA PIANO Y CANTO

POR

PABLO SARASATE.

LETRA DE LA

Señ. D.^a FRANCISCA SARASATE.

Moderato.

PIANO.

No obstante ser ésta una escritura evidentemente absurda del famoso zortziko, no logramos convencer de que está mal a un destacado músico bogotano, que interpretaba el Capricho correctamente. Llevado por la fuerza

de la costumbre, creía ver escrito lo que tocaba. Y lo que es más extraño, después de hacerle caer en la cuenta del fenómeno, sostuvo que la escritura es correcta. Es decir, que cinco es igual a seis.

Un músico que no conociera el zortziko de Sarasate ni corriera el riesgo

de dar a lo escrito una interpretación de oídas, ejecutaría esta música en un aire de tres por cuatro que, naturalmente, no daría el zortziko. Y la interpretación sería correcta.

En cambio, ese mismo músico, tiene delante la verdadera escritura del Capricho Vasco, que es como sigue:



Y sin conocer el zortziko tocará o cantará zortziko. Esto es de cajón. Y hemos gastado tinta y saliva para demostrarlo.

Pero al fin "Micro" ha podido publicar el refrendo de nuestras inquietudes y voces de alarma, dado por las egregias firmas de Antonio María Valencia, Daniel Zamudio y Jesús Bermúdez Silva. Véanse la página 46 del número 53, donde aparecen los conceptos de Valencia; el magnífico trabajo de Zamudio publicado en los números 55, 56 y 57, y las opiniones de Bermúdez Silva contenidas en el número 58.

Después de emitir concepto estas autoridades, ya no pueden recibirse con desconfianza las observaciones que hemos venido haciendo sobre el bambuco. Desde que oímos los primeros bambucos, hace ya una veintena de años, recibimos la impresión de encontrar un nuevo caso de ritmos de amalgama empleados por el pueblo, y con el correr del tiempo nos fuimos ratificando en este criterio, a pesar de que la expresión gráfica, la escritura, de esos aires echaba por tierra nuestra apreciación.

La primera consecuencia de las conclusiones a que se va llegando, es que no se puede descuidar el estudio y conocimiento de los fundamentos del ritmo, que vale tanto como decir que hay que conocer la métrica griega y latina... Casi nada... Pero no hay otro dilema. O estudiar, o archivarse.

Para traducir la elasticidad rítmica del bambuco se necesita conocer todas las clases de pies métricos, para saber con cuáles de ellos debe expresarse la cantidad precisa de cada nota y de cada sílaba.

En el campo del folklore jamás se podrá obtener que la cantidad silábica del texto cantado coincida con su equivalente rítmica en las figuras musicales, porque entonces tendríamos que desconocer el folklore, que viene del pueblo; y al pueblo no se le puede exigir conocimiento de la métrica griega... Pero en eso están completamente conformes todos los músicos del mundo. Así como no se rasgan las vestiduras los académicos de la lengua porque en el lenguaje fa-

miliar se diga "esto pa mí y esto pa ti", "estoy cansao", etc., sino que registran esos modismos en los diccionarios como locuciones familiares, que quiere decir, desde luego, incorrectas gramaticalmente.

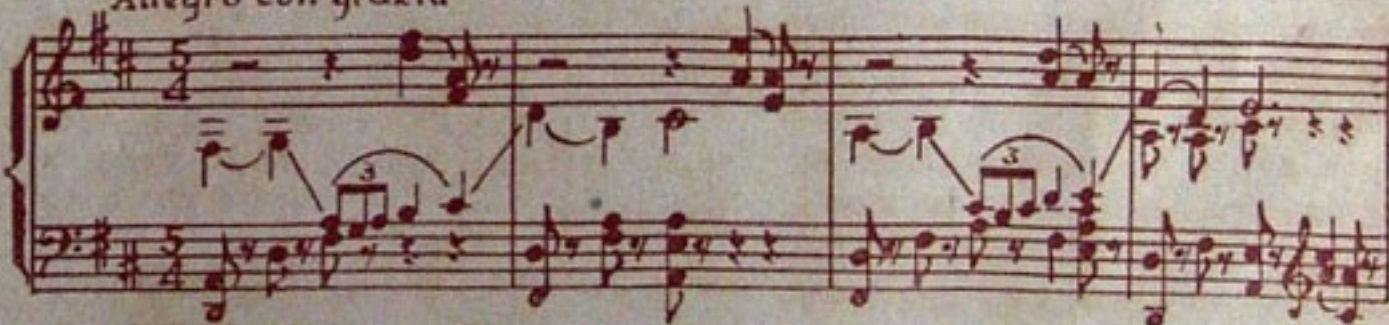
No vamos a colocar las sílabas con su cantidad exacta en las figuras musicales. Unas coincidirán, otras no. De lo que se trata es de expresar toda la elasticidad rítmica del bambuco en pies exactos, que sirvan lo mismo al chino que al senegalés, al griego que al alemán, para hacer oír el verdadero bambuco. Un compositor, creador de la música, deberá atenerse también a la coincidencia de la cantidad silábica.

Entre los músicos con quienes hemos discutido estas cuestiones no hemos encontrado quienes reconozcan la presencia de ritmos de cinco por ocho,

o de siete por ocho, en las interpretaciones de bambucos. Observamos en estos opinantes una tendencia a someter el bambuco a una fórmula rítmica standard, desconociéndole toda peculiaridad y otras zarandajas de mérito intrínseco. Insisten en que, siendo música de origen negro-africano, no puede permitirse el lujo de adjudicarse modalidades colombianas, y debe confesarse hermano carnal de todo el repertorio negroide, en cuyas fórmulas rítmicas dicen que encaja perfectamente.

Pero no compartimos esa opinión. Tal vez sea aplicable a otros aires colombianos, pero no al bambuco. El bambuco tiene ritmo generado por la melodía. Cosa que no sucede en los otros aires, en que se puede transformar la melodía a capricho, sin que el ritmo acompañante ceda en su fórmula inalterable. Y —aunque no podamos afirmarlo rotundamente, porque se necesitaría conocer los ritmos de todo el mundo— muy probablemente es el bambuco, después del zortziko y la **ezpatadantza** vascos, el único ritmo de amalgamaailable. Teniendo el bambuco, sobre todas las amalgamas conocidas, el sello de distinción de que emplea ricamente los pies excepcionales a medida que los va necesitando para la fluidez y naturalidad del lirismo. Observemos estos ejemplos:

Allegro con grazia



Poco lento.



Andantino



YOU TOO CAN WRITE A BOOK ABOUT SOUTH AMERICA

USTED TAMBIEN PUEDE ESCRIBIR UN LIBRO ACERCA DE SUD AMERICA

Por F. S. STIMSON

(Transcrito de "Síntesis" que a su vez tradujo de "The Saturday Review of Literature", de N. York.)

UNO de los primeros, en la larga serie de escritores que han "hecho la América Latina" aprovechando un fin de semana, fue una mujer inglesa. Como muchos de los que, después, han seguido su ejemplo, regresó a su casa con un poco de paludismo y muchas cuartillas listas para publicarlas. Cuartillas que contenían su profunda interpretación de la América Latina.

No era mujer capaz de dormirse en su tarea y de perder el tiempo "cubriendo" un solo país. No. Recorrió toda la América del Centro y del Sur. Tampoco le preocupó la dificultad de seleccionar su material. Creando un precedente para los que vendrían después, trató todos los temas posibles, desde la cocina hasta la política, sin que tuviese la más pequeña importancia que los nombres de algunos platillos o los apellidos de algunos políticos apareciesen con ortografía defectuosa.

Era el prototipo del autor impaciente, que construye sus artículos y sus cuentos con el material que le proporcionan los residentes de habla inglesa o una observación propia y superficial. Incapaz de comprender el español, y con una prisa extraordinaria, no puede entretenerse en obtener información de primera mano, y acepta como tal lo que le dice el primero que encuentra. El artículo que resulte, no dejará de ser por ello profundo y sensacional.

Una versión muy 1943, de esta novelista inglesa, llegó a Colombia después

de "hacer el Brasil y la Argentina" poco más o menos, en una semana y, en el banquete que dieron en su honor, se empeñó en convencer e ilustrar a personas que habían vivido toda su vida en Suramérica. Los pocos días que había pasado en Buenos Aires, le daban autoridad para hablar, con absoluto conocimiento, de la "verdadera" causa de la revolución argentina, a gente que tenía más de diez años de experiencia allí. Llevaba el encargo de entrevistar a varios personajes importantes de Colombia y su método de interrogatorio, sin conocer el español, ni su interlocutor el inglés, se dice que fue el caso más absurdo de falta de tacto.

Otro de estos visitantes que, convencidos de su importancia, se figuran favorecer las buenas relaciones entre las dos Américas, se hizo famoso por la anécdota de la corteza de naranja. En una de sus paradas, entre dos aviones, el señor Gunther vio, desde la ventana de su hotel, que se empleaba la corteza de naranja para dar brillo a los zapatos y, sin detenerse a pensar que lo que ocurría era, tal vez, que se limpiaba el zapato con la corteza de la fruta, antes de darle brillo, dio, a ese incidente tan trivial, una importancia extraordinaria, en el artículo que dedicó a Colombia. En

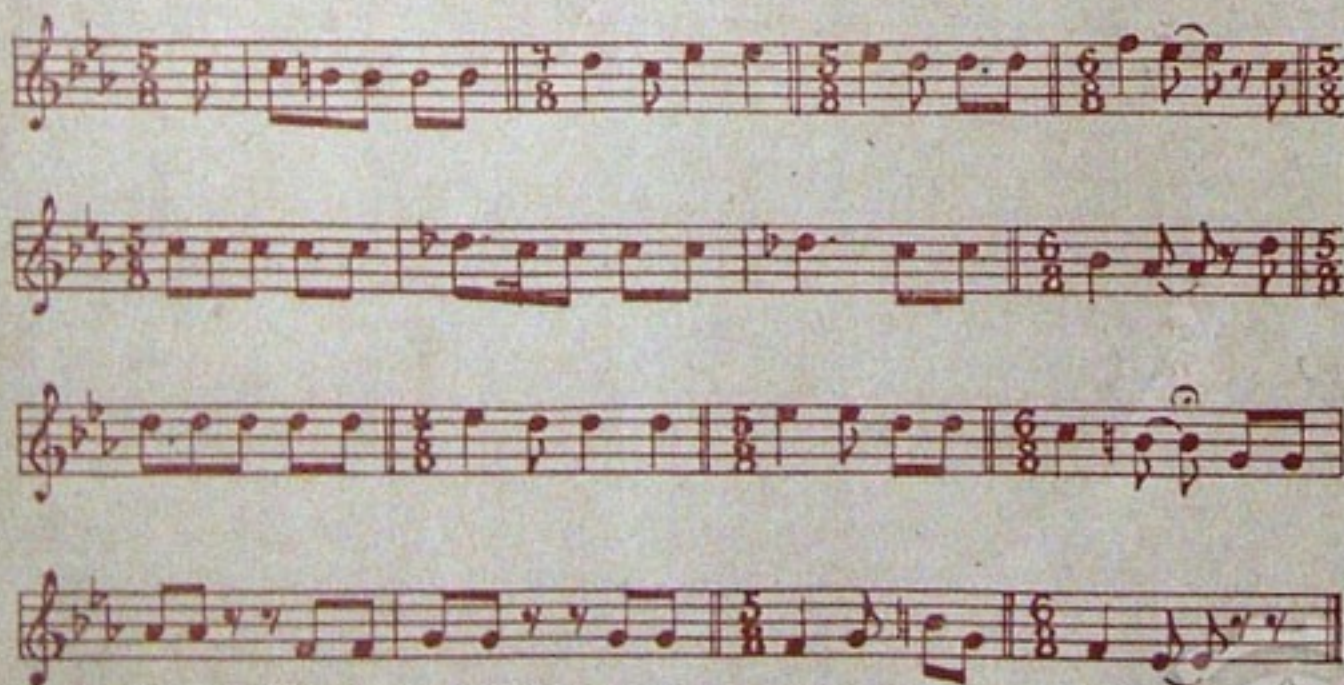


aquella corteza de naranja encontró algo realmente significativo: un índice revelador. "Colombia es el país donde... andrajosos pero respetados limpiabotas, dan brillo a los zapatos, con ¡corteza de naranja!", escribió en uno de los capítulos de su libro *Inside Latin América*. Hace poco el representante de un

Pertenece a composiciones que siguen tales combinaciones hasta el fin. No ofrecen ninguna dificultad, porque cogida la marcha, sobre todo si se descomponen los compases con la ba-

tuta, son ritmos invariables.

Compárense estos ejemplos con la siguiente transcripción del Maestro Zamudio:



Ni en los bambucos ecuatorianos, ni en los joropos venezolanos hemos oído

riqueza tal de flexibilidad. Con ser bellisimos, no salen de una medida

uniforme. No digamos nada de las amalgamas de Dvorak, Tschaikowsky, etc. arriba anotadas, que no ofrecen ningún alarde de exuberancia.

¿Cuándo los bambucos han sido escritos en la forma de Zamudio, que es como los puede interpretar con exactitud quien no conoce el bambuco?

Ojalá sea ya hora de que el Ministerio de Educación emprenda la hermosa labor de rehabilitar el bambuco, publicando el ensayo del Maestro Zamudio, nombrando dentro de la Comisión Nacional del Folklore músicos que estatuyan las reglas del bambuco, suministrándoles elementos para llevar a cabo esa labor, equipos grabadores que recojan las interpretaciones virgenes de las distintas regiones del país, etc. etc. Y ojalá también vele el Ministerio porque no se exporten a Estados Unidos más "Salvitas"...

Luis Miguel de ZULATEGI

gran sindicato periodístico, pasó como un bolido entre nosotros. Alguien le preguntó por qué razón viajaba por la América del Sur, y contestó que su sindicato creía que los cuentos de amor se venden mejor, si tienen ambiente tropical y están sazonados con algunas palabras en español y unas pinceladas de color local. No buscaba argumentos, por que su sindicato seguramente disponía de una máquina para producirlos, y de una falta los de los países visitados; le bastaban color local y "amantes". Y así, no es de extrañar que cuando los hispanoamericanos encuentran un tipo de éstos, o lean su prosa, quedan convencidos de que Norteamérica está definitivamente comercializada y mecanizada y de que aun nuestra literatura se crea, simplemente, apretando un botón o moviendo una manecilla.

Lo que más me regocija, es el estilo de esos "estudios". Existe un tono, un vocabulario especial, que hace que todos los libros sobre América del Sur, empiecen alegremente, con amenidad. Por lo general, lo primero que explica el autor es que tenía prisa, mucha prisa. Prisa en beber cocktails y comer paté de foie gras:

"Hace unos meses cenaba yo en una terraza... Mujeres vestidas de gala, hombres con trajes blancos de etiqueta discutían política internacional, recordaban incidentes de Nueva York, Saint-Moritz y Canes. Todo era perfectamente normal. En realidad, no era sino una fiesta interesante, pero, lo que para mí le daba un sabor especial, era pensar que sólo tres días antes, a la misma hora, estaba sentado en un banco, frente a la puerta de un pequeño rancho, en plena sierra, saboreando una sobria cena, de cacao y queso".

Es preciso que el escritor dé a sus lectores la impresión de que todo es sencillito, normal y, sin embargo, extraordinariamente sensacional.

Otras veces, el autor, o quizás el editor, explica que la obra ha sido escrita por una persona que, en realidad, nada sabe de Hispanoamérica. ¡Y en eso reside el encanto del libro! Por ejemplo, los editores de **Penthouse in Bogota**, consideran necesario explicar, en las solapas del libro, que la autora, al partir, llevó consigo, "un espíritu amistoso, un gran sentido del humor y una ignorancia abismal sobre América del Sur".

Margaret Culkin Banning, en su tratado que tituló **Salud, A South American Journal**, a pesar de que ella misma cuenta que apenas habla el español, explica que pasó el tiempo "hablando con cualquiera que encontrase, desde embajadores hasta cobradores de autobús", y, aunque es frecuente encontrar embajadores que hablen un buen inglés, es preciso reconocer que he encontrado muy pocos cobradores de autobús capaces de hacerlo.

Los errores en la grafía de los nombres, no cuentan. Son erratas triviales, importante que sea la persona cuyo apellido se destroza. Parece que ningún norteamericano se ha enterado todavía de que, en español, el apellido del padre va en primer lugar y el de la madre al final.

Por qué hay editores norteamericanos

que, por ejemplo, ilustran un libro sobre el Brasil, con el dibujo de una muchacha contemplando una serpiente y, otros, que tienen el atrevimiento de editar un libro titulado "Descubriendo América del Sur"? Yo me he visto obligado a explicar muchas veces que los americanos del norte no creemos que los sudamericanos sean aún unos salvajes; que sabemos perfectamente que el Bra-

EL AUTOR



Mr. Frederick Sparks Stimson vino a Medellín como profesor de Inglés-Arqueólogo del Instituto Interamericano de Meteorología; al terminar sus labores ésta institución, quedó en la ciudad como Secretario del Comité de Coordinación de Asuntos Interamericanos (Sub-Comité de Medellín). Actualmente es, además, profesor de Inglés de la Facultad de Filología de la Universidad de Antioquia.

Durante su larga permanencia entre nosotros el Dr. Stimson ha tenido oportunidad de observar en todas sus manifestaciones lo que tenemos en cultura, industria y folklore.—El artículo que publicamos fue escrito por él para la revista Americana "The Saturday Review of Literature". Su contenido es una prueba palpable del conocimiento que el Dr. Stimson tiene de los países Latinoamericanos.

Otro importantísimo artículo que el señor Stimson escribió se refiere al cultivo de orquídeas en Medellín, y ya una importante publicación Norteamericana le ha comprado los derechos de publicación; sin embargo, tenemos la esperanza de ofrecer a nuestros lectores, en edición próxima, una versión castellana de ese artículo.

También hizo el Dr. Stimson recientemente unas traducciones al inglés de leyendas coloniales Colombianas, en forma de cuentos para niños; estos serán publicados en un libro en los EE. UU.

sil es algo más que una culebra enrollada a un árbol y que Hispanoamérica no vivía en la obscuridad hasta que nosotros la descubrimos. Pero el hispanoamericano es lógicamente orgulloso y no hay tema que le afecte más, que el del concepto que tengan de él los extranjeros.

Recientemente, uno de los más inteligentes escritores colombianos publicó un artículo en **Sábado**, de Bogotá, que ha sido reproducido y comentado por muchos otros periódicos. Este artículo aparenta ser —con fina ironía— la traducción al español de diversos párrafos de un trabajo absurdo y ridículo, que se supone publicado en un periódico imaginario llamado **The World**, por una tal Shirley Peckinson, periodista típicamente norteamericana.

Esta supuesta traducción, está hecha con extraordinaria inteligencia, mostrando todo el ridículo de la literatura que esta clase de periodistas publica, a su regreso a los Estados Unidos. Cada detalle está seguramente sacado de algo que se ha publicado en inglés. Pero artículos de esta clase, a pesar de, o quizás precisamente porque están escritos con inteligencia, hacen extraordinario daño, pues el 90% de la población piensa —y no es raro— que la tal Miss Peckinson ha existido realmente y que sus artículos en **The World** son un auténtico insulto periodístico.

Según este supuesto artículo de Miss Peckinson, en Bogotá, "ni las mujeres más jóvenes tienen buena dentadura. Todo el mundo usa dientes postizos y nadie se sorprende de ver, en el restorán del mejor hotel de la capital, cómo los miembros de una familia cambian entre sí sus dientes". Los colombianos no sólo llevan dentaduras postizas intercambiables, sino que montan buques y hablan con frecuencia en griego clásico en los cafés (seguramente una burla de las excesivas comparaciones entre la antigua Atenas y la moderna Bogotá, que aparecen con tanta frecuencia en los periódicos norteamericanos).

Todo lo que se imprime en los Estados Unidos respecto a Hispanoamérica, se traduce al español, y se comenta. Por eso, los centro y sudamericanos han aprendido a desconfiar de nosotros, y aún en algunos casos a mirarnos con evidente disgusto; y estos sentimientos no son totalmente infundados. Somos varios los que luchamos para borrar estos malos entendimientos; pero nuestra batalla está perdida de antemano, mientras a las Miss Peckinson de carne y hueso no se le niegue el pasaporte.

Los miembros de las colonias norteamericanas en Hispanoamérica, hemos cenado con demasiados escritores que aquella misma mañana o dos días antes habían desayunado en Nueva York y que, aprovechando un fin de semana, están dispuestos a descubrir la versión definitiva de la América Latina. En cambio, nosotros, que hace tanto tiempo vivimos aquí, sabemos perfectamente que no es posible escribir un libro de eso. Cuanto más tiempo llevamos de residencia en estos países, más diversa y complicada nos parece Hispanoamérica.

Frederick Sparks STIMSON

Abierta a MICROFILM

Historia de la Cinematografía

Para "MICRO"

Entre los físicos de la antigüedad, Le crecio, y entre los del Renacimiento Leonardo y Newton, observaron la "persistencia de la imagen visual en la retina", lo que vino a ser el fundamento básico del cinematógrafo.

En 1824 el notable físico inglés Peter Mark Roget presentó a la "Royal Society of England" un voluminoso memorial referente a ese fenómeno, titulado "The persistence of vision with regard to moving objects". Posiblemente el físico belga J. A. Plateau se valió del contenido de ese memorial para inventar en 1830 un aparato curioso, para aquellos tiempos, que llamó "Fenacitiscopio". En 1832 el austriaco S. Stanpher lo mejoró y transformó en el popular "Stroboscopio", con el cual consiguió la visión animada de unos dibujos muy simples, preparados al efecto. Consistía el stroboscopio de Stanpher, lo mismo que hoy, en un cilindro ranurado verticalmente, en cuyo interior se colocan dibujos sucesivos, los cuales dan la sensación de una imagen en movimiento a quien observe a través de las ranuras haciendo a la vez girar el cilindro sobre su eje.

El ojo humano posee la propiedad de guardar las impresiones luminosas durante 1/15 de segundo. Si una impresión visual dura menos de 1/15 de segundo, por ejemplo 1/30, el ojo conserva la impresión de visión todavía durante otro 1/30 de segundo. Si a la visión de una imagen que dura 1/15 de segundo, la hacemos seguir de una segunda que dura lo mismo, las dos imágenes se "fundirán" o unirán en una sola en el ojo. Si llega una tercera imagen, que representa una fase diferente del movimiento, es recibida por la retina antes que la segunda haya desaparecido y de nuevo habrá otra fusión, y así sucesivamente. El ojo verá entonces una imagen persistente en la cual el objeto parecerá reproducir seguidamente el movimiento descompuesto en los dibujos o fotografías.

Sobre el fundamento del stroboscopio, en 1833 W. G. Horner inventa algo más complicado: el "zoetropio", el cual mejora notablemente por la idea del oficial austriaco F. von Uchatius, quien consiguió proyectar los dibujos en una pantalla por medio de una linterna mágica, y una rara combinación de los aparatos de Horner, Plateau y Stanpher.

Mientras esto sucedía, la fotografía, notablemente adelantada, empezaba con la fotografía de objetos animados. Así fue como el norteamericano Colemann Sellers en 1860 tuvo la buena idea de reemplazar los dibujos por fotografías, y su aparato el "cinematoscopio" constituyó otro gran paso, añadido al de su compatriota H. B. Heyl, que en 1870

hace una combinación del aparato de Uchatius y el de Colemann, proyectando fotografías en la pantalla con su aparato el "Fasmacopio".

Dicen unos que fue el californiano L. Stanford quien, por una curiosa apuesta sobre la manera de galopar los caballos, hizo construir en 1872 al ingeniero I. O. Isaacs, un dispositivo que permitiera tomar varias fotografías sucesivas de un caballo al galope. Isaacs dispuso una serie paralela de cámaras fotográficas, de cuyos obturadores pendían una hilos hacia el centro de la pista por donde galopaba el caballo, el cual con sus cascos, al tropezar con los hilos, disparaba las cámaras. Siguió esta misma práctica E. Muybridge con lo que generalizó el stroboscopio a base de fotografías.

En 1877 un importantísimo invento vino a sumarse, gracias al francés Reynaud, quien construyó el "fracinoscopio", un stroboscopio perfeccionado ópticamente, base fundamental del importante aparato de proyección Mechau de

compensación óptica, poco generalizado pero de gran importancia para la técnica de proyección futura. Así Reynaud consiguió y perfeccionó de manera asombrosa para aquel entonces, la proyección fotográfica, que tanto ensayó Heyl. Otro francés, E. Marey, inventó en 1889 el fusil fotográfico, que hoy todavía tiene uso y lleva su nombre, por medio del cual fue posible la toma de 12 instantáneas por segundo en una placa fotográfica circular, mejorando notablemente el sistema de fotografías sucesivas de Isaacs y Muybridge.

Entretanto, el conocido Georges Eastman inventó para fines puramente fotográficos el rollo de celuloide, que le valió su inmensa fortuna. Tomás A. Edison, que en aquel entonces andaba muy ocupado estudiando la técnica cinematográfica, supo aprovechar en 1889, la película de Eastman para su caja de visión llamada "cinescopio", donde el espectador, dando vueltas a una manivela veía individualmente una pequeña proyección de figuras fotográficas animadas. El aparato de Edison tuvo notable éxito en Nueva York en 1884, y lo más particular del caso fue que usó película de 35 mm. exactamente como hoy. Sin embargo Edison no pudo resolver prácticamente, la manera de dar la indispensable intermitencia a la película, aunque lo intentó ingeniosamente, dando la ilusión de intermitencia por obturación únicamente. Es de dudar que un genio como Edison no pudiera idear un sistema de proyección de la cinta en pantalla, lo que hace creer que debido a la inmensa fuerza de luz que necesitaba y el consiguiente desarrollo de calor, por el peligro de la inflamación de la película, desistió de la idea. A la lista de norteamericanos que contribuyeron al desarrollo de la proyección, aunque sin éxito pero con ingenio, se deben añadir C. F. Jenkins, Robert W. Paul, W. Latham y F. Armat.

La gloria de haber llevado la cinematografía como espectáculo al público se debe a los famosos hermanos franceses Lumiere. Utilizaron para ello la película de Eastman, aunque no en el tamaño que usó Edison y que más tarde se generalizó universalmente. Consiguieron los hermanos Lumiere, tanto en el aparato tomavistas como en el proyector, dar el movimiento intermitente adecuado, además de proyectar las películas en pantalla. El 13 de Febrero de 1895 los hermanos Lumiere, presentaron la solicitud de patente de tres aparatos basados en el mismo fundamento: un proyector, un tomavistas y una copiadora, bajo el nombre de Cinematógrafo.

El 2 de marzo de 1895 Luis Lumiere presentó a la "Sociedad del Progreso de la Industria" una serie de películas cinematográficas, que aunque duraban ape-

HISTORIA DEL CINE NACIONAL

Nuestra revista, que siempre tuvo como principal meta la revaluación del repertorio musical autóctono y la creación de un ambiente propicio a la cinematografía criolla, se cree en la obligación de ir escribiendo la historia de ese cine que, dando tumbos y traspiés ya ha llegado, para evitar tergiversaciones futuras.

En la próxima edición —quinto aniversario de MICRO— iniciaremos la publicación, por entregas, de esa interesante historia que con el correr de los días crecerá en interés. Para el buen logro de este fin, rogamos a los lectores cinéfilos que envíen fotos y datos útiles, a nuestra dirección: Editora Nueva América, Edificio Alvarez 407, Medellín.

Aunque solamente en los últimos meses está el público nacional oyendo hablar de cine criollo, muchos fueron los esfuerzos que hombres de buena voluntad realizaron desde hace varios lustros para "hacer cine" de ambiente nativo. Esos esfuerzos, ignorados por todos pero que tienen el mérito de los precursores, deben ser registrados para la historia global de nuestro cine ahora incipiente pero muy pronto bella realidad continental.

...unos segundos, constituyeron un éxito y el 10 de Junio de 1895 volvió a presentar sus películas y aparatos al "Congreso de la Sociedad Fotográfica", que se reunió en aquellos días en Lyon. El éxito excepcional fue el primer film de noticias, sobre el mismo congreso.

El alemán Oscar Messter valiéndose de las patentes de Lumiere en Alemania, hizo la tentativa, infructuosa, de sincronizar la proyección con discos fonográficos. Fue el primer intento de cine sonoro.

El 1º de noviembre de 1896 quedó el cinematógrafo definitivamente catalogado como espectáculo, ante el resonante éxito de Skladonowsky, al proyectar varias películas en el Wintergarten de Berlín.

Desde ese momento la cinematografía arrastró consigo el favor del público, y en 1900 después de innumerables inventos empiezan a verse películas más o menos aceptables para la época. El cinematógrafo revistió en sus principios carácter simple, limitándose a mostrar el oleaje del mar, la llegada de un barco, la de un tren, maniobras etc. La acción más simple entusiasmaba al público. La llegada de un tren era motivo de estruendosos aplausos. Una caída del actor o el menor incidente aun sin ser cómico, era motivo de incomprensible hilaridad. El drama, especialmente el Italiano era vehemente y para hoy extraordinariamente ridículo. No es exagerar, que una película cuyo "drama" hacía llorar al público de aquellos días, haría reír al de hoy. El público exigía día tras día más y más. Siguió la película de variedades de circo, la pantomima, el humorismo, el drama etc. Los italianos son entonces (1900 a 1920), lo que hoy los norteamericanos, dueños del mercado. El drama italiano, muy bueno para la época, cansa y es desplazado por la aventura y acción intrépida del motivo americano. La cinematografía desplaza el teatro y emprende una loca carrera de desarrollo de 1920 a 1930. En el año 1926 un invento tan importante como la cinematografía misma viene a revolucionar la técnica: El Sonido.

Hace la primera película comercial con sonido de disco sincrónico la Warner Bros, por el sistema Vitaphone, que en 1900 hiciera fracasar en Alemania a Oscar Messter, y el 7 de agosto de 1926 se estrena "El cantante de Jazz" con el mayor éxito alcanzado hasta hoy día por un espectáculo de ese género.

El sonido también debe a múltiples inventores su nacimiento. El sistema del sonido en la cinta propia de la película, llamado modernamente fotoacústico se debe en su principio a los franceses Lancon y Johnson y a Fernando Madauer en América. Otros inventos de importancia, cuya asimilación dio el cine sonoro moderno, son el sistema Gaumont, el de cuarzo luminoso de Scheinler, y el de rayos catódicos de Landau.

El sistema "electro-magnético" es el más antiguo de todos los sistemas eléc-

tricos de grabación; sus primeros ensayos se deben al danés Poulsen en 1899. El sistema de Poulsen es el más interesante y sin duda alguna será la manera perfecta de grabación y reproducción del futuro. Está bastante comercializado en Europa bajo el nombre de "Kinophon" y entre otras muchas ventajas, tiene la de una grabación y reproducción ciento por ciento perfecta, económica, y sobre todo eliminadora total de los ruidos parásitos. El procedimiento foto-acústico Gaumont (film-racional) es, el principio del "Selenophon" moderno.

Schinzel inventó otro procedimiento basado en el Gaumont, pero tratando la gelatina con bicromato potásico y revelando por el antiguo sistema de gelatina bicromatada. La grabación se hacía so-



EL AUTOR:—Don Antonio García Hernández, cameraman español vinculado a nuestro país por lazos de diversa índole, es en la actualidad uno de los más activos promotores de una cinematografía criolla

bre la película directamente por medio de una luz de arco muy filtrada y concentrada sobre el film por medio de un lente cilíndrico de cuarzo (Selenophon).

Sin embargo, los sistemas más generalizados son los llamados de densidad fija (Galvanómetro) y densidad variable (célula de Kerr). El primero es conocido en América por "Photophon" de la R. C. A. y el segundo por "Microphonic" de la Western Electric. Sin embargo estos inventos no se deben a estas conocidas firmas. El sistema de galvanómetro se debe a los daneses Petersen y Poulsen y en Europa se le denomina por estos nombres. Antes que estos ingenieros daneses patentaran su galvanómetro, en 1902, Callino ideó la telegrafía sin lograr encontrarle un sistema práctico, pero Korn, utilizando la in-

vención del francés Blondel, modificó su galvanómetro, que fue perfeccionándose por medio del ingenio de Mihaly, Berglund y por último por Petersen y Poulsen.

La base del sistema Western Electric se debe a la célula de Kerr, que la Western Electric modificó y ya descartó hoy en día, para reemplazarla por un sistema nuevo de electroimanes. El sistema de Kerr se conoce también por glow-lamp, Movietone, Lee de Forest y Tobis-Klangfilm.

Hollywood debe su nacimiento a una compañía filmadora que queriendo hacer una película de cow-boys se instaló en ese pueblo. La imitación de otros dio lugar al desarrollo de la ciudad de hoy.

Como dije, el cine italiano murió, ya que de 1909 a 1919 hizo 1525 películas y hoy en día casi no se conoce. Los americanos presentaron algo muy distinto y supieron hallar mejor el gusto del grueso público. Aunque Mussolini trató hace pocos años de hacer renacer el cine italiano, fundando la ciudad cinematográfica de Roma y gastando millones de liras, no lo consiguió. El cine italiano de hoy será bueno, pero para Italia.

En la historia del cine quedarán en un buen lugar las películas italianas de aquel entonces; así como las de Chaplin, las de C. B. de Mille, las de Mary Pickford, las de Harold Lloyd, la "Cibiria" de Gabriel D'Anunzio y conservarán renombrado recuerdo cintas como "El Doctor Caligaris" de la UFA, "El Millón" de René Clair, "Los Nibelungos" de la UFA, "King-Kong" de la RKO etc.

La tendencia del cine en estos últimos años, sin ser mala, no es todo lo que fuera de esperarse, especialmente cuando se recuerdan películas de las que arriba he citado. Si los productores de películas, con los recursos de que disponen modernamente, hicieran películas relativamente comparables a las del cine mudo, habría en ellas una presentación inmejorable. Pero ello es que prefieren en general hacer varias inversiones moderadas, que dan retorno mucho más rápido y no una sola inversión grande cuyo retorno es mucho más lento. Además, el riesgo del fracaso, de incendio y de otros muchos percances se fracciona en varias películas. También hay que tener en cuenta que el costo de una misma película es hoy día mayor pues exige mejores escenarios, caros actores y una técnica en general mucho más costosa.

En el futuro el cine será mejor técnicamente y es de esperar que también artísticamente. En la fotografía nos espera la perfección del color y el relieve. En el sonido ya se hizo el primer ensayo público de máxima perfección y relieve acústico en la película "Fantasía" de Walt Disney con el proceso "Fantasound" de la R. C. A. Acaso estos procesos, que ya se están experimentando, lleguen al público en un futuro no muy lejano.

JUNIN
5
de Octubre
Jueves

Samuel Goldwyn

PRESENTA

Bette Davis

en

LA LOBA

CON

HERBERT MARSHALL

TERESA WRIGHT

RICHARD CARLSON

(THE LITTLE FOXES)

R K O
RADIO

OTRO TRIUNFO DE LA CINEMATOGRAFIA MODERNA Y OTRO EXITO DEL JUNIN

Abierta al mundo



JUNIN
5
 de Octubre
Jueves

Samuel Goldwyn
 PRESENTA
Bette Davis
 en
LA LOBA
 CON
 HERBERT MARSHALE
 TEBESA WRIGHT
 RICHARD CARLSOY
 (THE LITTLE FOXES)

OTRO TRIUNFO DE LA CINEMATOGRAFIA MODERNA Y OTRO EXITO DEL JUNIN

R K O
RADIO

SIDAD
HEARST
 Abierta al mundo

LA N. B. C. DEDICARA PROGRAMA A E. GRIEG EL 1º DE OCTUBRE

Nueva York.—Septiembre. Con un programa dedicado en su totalidad a Edward Grieg, la Orquesta Sinfónica de la NBC, que dirige el doctor Brank Black, continuará el Domingo 1 de Octubre sus performances, que han dado lugar a tanta loa de los críticos musicales de los Estados Unidos.

El programa presentará en su primera parte a dos de las mejores muestras de la música descriptiva de Grieg, que lo hizo tan famoso. Se trata del "Canto de Solveijg", en transcripción para orquesta del propio Black, y de la Suite N° 1 de "Peer Gynt".

En la segunda parte la orquesta tocará el Concierto para Piano y Orquesta, opus 16, actuando como solista Earl Wild.

Edward Grieg es el más famoso y querido de los compositores que Noruega ha dado al mundo. Nació en Bergen en el año de 1847, muriendo lleno de gloria en 1907, luego de haber dejado una obra completa de brillantes y perdurables melodías. Entre los músicos modernos, muchas veces imbuidos de sensacionalismo y de complicaciones técnicas, Grieg resalta por su firmeza personal inabordable, y por su sinceridad poética en todas sus obras y en su propia vida. A través de toda su carrera musical, Grieg conservó esa individualidad escandinava

que le había sido infiltrada por dos fuentes soberbias de inspiración: su madre, y ese paisaje noruego que tantas formas de melodía pura podía sugerir a un verdadero artista. Grieg tiende hacia la belleza, encantado por lo más puro y vital de ella, creando a base de placidez espiritual, de sabrosa simpleza orquestal, de profundo amor por la Naturaleza. Es uno de los ejemplos más completos de que "lo mismo que sucedió en los casos de Shumann y Chopin, las verdaderas obras maestras pueden salir de las pequeñas, y aún de las más pequeñas formas".

La Suite de "Peer Gynt" que junto con su complemento, "El Canto de Solveijg", debería ser lo que daría a Grieg la mayor parte de su fama en Europa, fue inspirada en la magnífica obra dramática de otro de los más grandes noruegos de todos los tiempos, Enrique Ibsen. El argumento trata de un campesino, personaje de antiquísima leyenda escandinava, quien estaba destinado a ir fatalmente hacia su propia destrucción, a causa de su imaginación, que en todo momento era desenfrenada y avasalladora. Solamente una mujer podía salvarlo de ese destino, y en la suite es Solveijg, otra campesina, quien logra su redención espiritual, aunque lo ve morir en sus brazos, al final de la obra.



EDWARD GRIEG

Peer Gynt había robado a Solveijg, de su propia boda, para abandonarla en las montañas. Peer Gynt sigue su peregrinaje por la vida, de mujer en mujer, de lugar en lugar del mundo. Va al palacio del Rey de las Montañas, y luego encuentra en Marruecos a Anitra, una beduina que lo fascina con sus danzas.

Es después de todo eso cuando Gynt vuelve a buscar a Solveijg, quien lo ha esperado siempre. En esta suite N° 1 se presentan los cuadros siguientes: 1º El Momento de la Mañana. 2. La muerte de Ase. 3. La Danza de Anitra. 4. En el Palacio del Rey de las Montañas.

TOKEN

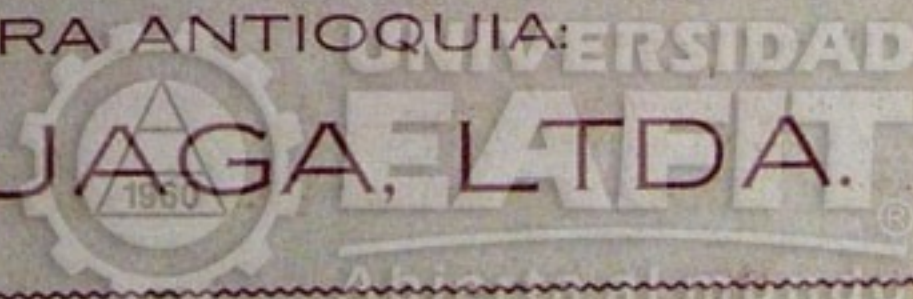
AFEITAN CON SUAVIDAD

TELEFONO
1 0 6 - 4 1



DISTRIBUIDORES PARA ANTIOQUIA:

ARCILA Y ZULUAGA, LTDA.



NOTAS DEL DIRECTOR



CABALLO!!—En “El Colombiano” se publica una columna denominada **TRAILER CULTURAL** —obligante nombre: por ser trailer precisa de concisión y por ser cultural debe mostrarse siquiera informada por encima de ciertas cosas elementales— servida por el señor Marco Alzate Avendaño. Interesante la sección aunque un tanto pesada por su extensión que la aleja de su nombre, “trailer”, para aproximarla a *matinée* toble o por lo menos a cinta de dos yemas como “Lo que el Viento se Llevó”... Bueno, pero no se trata de hacer el elogio de la parcela de don Marco, ni menos aun de glosarle su extensión: que cualquiera puede ser latifundista siempre que se lo permitan. La idea es destacar la forma ultra-original como el comentarista se lava “las manos” en agua sucia cuando por desgracia introduce el fino pie. Veamos la fe de erratas que remataba su colaboración del sábado 29 de julio:

“ERRATA.—Por un desliz involuntario por la premura desbordada con que se confeccionan estas noticias, ayer, se introdujo en estos lingotes una expropiación musical absurda. Atribuimos a Cavallo la creación de Santuzza, papel operático de la *Cavalleria Rusticana*, obra de Pietro Mascagni. Perdón por este “lapsus” garrafal”.

Colosal, verdad? Por lo visto don Marco es de la sociedad protectora de animales y no puede ver con buenos

ojos que un pobre *cavallo* ande perseguido tan de cerca por un *león*... Leoncavallo resulta hibridación intolerable para este comentarista de alma franciscana. Con el pésimo resultado de que al reconocer el error cometido quitando la paternidad de *Cavalleria Rusticana* a Pietro Mascagni, incurrió en nueva expropiación pues le cercenó al compositor de *Pagliacci* la mitad de su apellido... precisamente la primera mitad, la más respetable por su orden de pronunciación y por la categoría del animal que la forma. Tan pagado como viviría Ruggiero con ese *León*, para venir a perderlo aquí, exactamente en el país donde tanto abundan los leones: De Greiff, Safir, Valencia y todos los demás que hicieron decir al poeta que Colombia “es una tierra de leones”! Vaya, vaya, vaya con don Marco y sus erratitas: cualquier día nos sale con la mención de un señor de apellido *Nova* que era “dechado” de amadores; o con una cita del periodista *Iban* que escribe a rit-

mo y compás en “El Tiempo”; para ello solo necesitará quitar la casa a Casanova y la cal a Calibán: dos crímenes porque el célebre tenorio ya *debe estar* muy anciano para desahucios y “el tuerto” Santos pasó hace varios lustros de la edad en que es posible la recalcificación...

CRUCE.—En un diario medellinense de fecha 29 de julio, al pie de una interesantísima foto “social” y bajo el rubro de **EL MATRIMONIO DE HOY**, salió publicado esto:

“Nueva pareja que en el día de ayer en las horas de la mañana, unieron sus vidas con la bendición nupcial. Ellos son desde ahora el exponente de una nueva raza; auspiciada con las prestantes virtudes que adornan sus personalidades; queremos hacer llegar a la gentil pareja, junto con nuestras felicitaciones, el deseo prevalido de un futuro pletórico de éxitos y felicidades.

“Don Fulano de Tal piensa dentro de breves días viajar a México en via-

UNA NIÑA VIOLINISTA



MARGOT LEVY es, después de Jorge Gómez, el mayor triunfo del Instituto de Bellas Artes. Apenas con tres años y medio de estudio bajo la conducción del profesor Matza, Margot se revela poseedora de excepcionales dotes para llegar a ser en corto tiempo una virtuosa del violín. En la foto está la joven violinista acompañada por su profesor, Joseph Matza. (Ver la sección “Años”).

Por qué somos los primeros!

THE SYDNEY ROSS CO. OF COLOMBIA

BOGOTA
APARTADO AEREO 4328
NACIONAL 2843

BARRANQUILLA
APARTADO AEREO 258
NACIONAL 886

BOGOTA
DIRECCIONES TELEGRAFICAS:
SYDROSCO

MEDELLIN
APARTADO AEREO 1021
NACIONAL 890

CALI
APARTADO AEREO 881
NACIONAL 890

CORREO AEREO

Bogotá, Febrero 8 de 1944.

Señores
Emisoras Unidas
Apartado Aéreo # 154
Barranquilla

Muy señores nuestros:-

De acuerdo con la solicitud hecha en su carta del 22 de Enero próximo pasado, incluimos a la presente el Resumen del chequeó sobre la sintonía de Radio en Barranquilla.

Sin otro particular por el momento, nos suscribimos de Uds.,

Muy Attos. y Ss. Ss.,

THE SYDNEY ROSS CO. OF COLOMBIA

Frank L. Getman
Frank L. Getman
Director de Radio

FLG/AP.
Inc. Resumen.

EMISORAS UNIDAS	41%
Emisora Atlántico	20%
La Voz de la Patria	15%
Radio Barranquilla	9.59%
Emisora Variedades	3.00%
La Voz del Litoral	2.45%
La Voz del Comercio	1.73%
Otras estaciones del país y extranjeras	7.23%
	<hr/>
	100.00%

— HUELGAN COMENTARIOS —



UNIVERSIDAD
CAFIT
Abierta al mundo

je de bodas y luego fijar su residencia en la ciudad de Panamá.

"Para doña Fulana de Tal y Cual no sólo le deseamos un viaje muy feliz en compañía de su esposo, sino que él sea, además, la iniciación de una nueva vida llena de venturas y felicidades".

Naturalmente he cambiado los nombres de esos héroes, para evitar el bochorno a la dama que lleva la mitad —cara mitad— en el enlace. Y un plato tan substancioso como este no podía pasar desapercibido... "Nueva pareja que en el día de ayer en las horas de la mañana unieron...". Cualquiera cosa podría darse por saber quien redactó ese pregón matrimonial que a las primeras de cambio resulta nota

necrológica. "Ellos son desde ahora el exponente de una nueva raza". Como quien habla de un nuevo cruce. Hitler que se entera de esta nueva raza y que empieza a tomar medidas para incorporarla a su nuevo orden. Los antioqueños no cargamos miedo para lanzarnos a innovaciones: hasta razas estamos inventando! En cuanto al "deseo prevalido de un futuro pletórico", allá se las entiendan el fantástico *redactor de sociales —que, desde luego, no pudo ser nadie del periódico sino alguno de esos "embuchadores" que a cada rato se cuelan— y el corrector que creyó oportuno dejar pasar semejante novedad. "Para doña Fulana de Tal y Cual no sólo le —este es un le que me-

rece un olé!— deseamos un viaje... etc." es una frase tan novedosa como la raza que esa mañana del 29 de julio empezó a perfilarse en la capital de Antioquia y que —lo dice el gacettillero— tendrá sus ramificaciones en la capital azteca. A ver si con esos juniorcitos logra el cine mejicano renovar su elenco cinematográfico, que se le viene fosilizando...



FEDERICO KATZ

COFILMA.—Inició labores en la ciudad de Medellín la Compañía Filmadora Antioqueña (Cofilma). Los señores José Rafael Meoz, Federico Katz, Félix Restrepo y Eusebio Salazar son los principales accionistas de esta nueva empresa filmadora que ahora se lanza con todo brio al rodaje de "La Canción de mi Tierra", comedia de ambiente semi-folklórico. Gonzalo Rivera —exitoso barítono de la Cia. Antioqueña de Opera— lleva la responsabilidad en el primer rol. En la próxima edición daremos más amplias informaciones sobre Cofilma y su primera película.

NOTICIAS

Está en Medellín hace algunos días el profesor de bailes llamado artísticamente "El Macareno". Tiene la idea de establecerse en la vija.

El circo de La Macarena anuncia inauguración para febrero de 1945, con figuras de alto cartel.

Celestino Riera, cómico venezolano, fue contratado para un rol en "La Canción de mi Tierra" y para el maquillaje en la misma cinta.

La cinematografía Nacional no puede aspirar a presentar dignamente las composiciones del maestro Emilio Murillo: el señor Gabriel Martínez (Patria Films!) tiene los derechos exclusivos "para todo"... incluso para atentados filmicos.

Abierta al mundo

En EL HOGAR
Y EN TODAS PARTES



...goza de preferencias

RADIO NUTIBARA

porque sus programas son fuente de satisfacciones para oyentes de toda edad, clase y condición.

Radio NUTIBARA

Afiliada a COLUMBIA BROADCASTING SYSTEM



Los Que No Saben Dónde canta el gallo

En una edición de "El Liberal" —entre la morralla publicitaria intitulada rimbombantemente Página Cinematográfica o cosa parecida— encontramos la siguiente nota que parece llevar la intención de ser humorística:

"Se ha inaugurado un curso de argumentistas de cine en la ciudad de la Montaña. Quién lo dirige? Un aficionado que está tomando clases de técnica de la Argentina por correspondencia!"

En la misma página, al leer la publicidad anticipada a la película "Ruanas, Bambucos y Corazones", que anuncia la Patria Films, pudimos espigar los siguientes conceptos del inteligente redactor cinematográfico:

"...el argumento, guión y diálogo ha sido preparado por el conocido artista Gabriel Martínez quien también tuvo a su cargo el de "Antonia Santos..."

"...la película será protagonizada por conocidos artistas colombianos. Encabezan el reparto Lily Alvarez (...), Soledad Sierra, ... Huberto Onetto, ... Gabriel Martínez..." (1)

"Este tercer éxito de Patria Films será filmado....etc."

Como puede verse, don Perico de los Palotes no sólo escribe muy bien en castellano sino que sabe por donde va el agua al molino en materia de cinematografía. Baste para demostrarlo eso tan pintoresco de "el tercer éxito" de los Alvarez Sierra, cinematografistas chilenos que tienen como primero y segundo éxitos a "Allá en el Trapiche" y "Antonia Santos".

No hay, pues, para qué ponerse bravo con don Perico por su chiste respecto a los Cursos Cinematográficos por Correspondencia que la empresa propietaria de esta revista está agenciando en Colombia. Lo que sí no está sobrando es un consejo para ese director de la página de publicidad en gacetillas de "El Liberal": no se atenga a rumores, estimado y anónimo amigo, para comentar las cosas, mucho menos en materias de cine, donde usted demuestra ignorancia meridiana. Nuestro Curso de Técnico en Argumentos y Encuadres Cinematográficos le enseñaría a usted por lo menos a saber que argumento, guión y diálogo son tres cosas muy diferentes aunque se complementen a la hora del rodaje; y que películas como las dos primeras de Patria Films no pueden llamarse propiamente EXITOS.

(1) El único chileno ahí como que es Bernardo Romero...

SOBRE EL CANAL



El cóndor:—Déjate de carreras camarada, que nada bueno se saca de los apuros...

La "robot":—Conque carreras, eh? Que te pongan a ti candela debajo de la cola a ver si no te apuras por llegar.

"ASTOR"

SALON DE TE

UNA INSTITUCION AL
SERVICIO DEL BUEN
GUSTO MEDELLINENSE

HELADO
POSTRES
BIZCOCHOS
PETIT FOURES
MORITOS
GALLETAS
CONFITES
BOMBONES
REFRESCOS

todo al alcance de su mano en el

SALON DE TE

o llamando a los teléfonos:

134-47 y 193-26

CARRERA JUNIN No. 52-65



1960
Abierta a MICRO-45



Una escena de Rigoletto, (primer acto) en la última exitosa presentación de la Opera de Barranquilla

HUMORISTA.—Las programaciones radiales de Medellín, que venían fosilizadas hace años, han recibido una inyección de inquietud: Luis LALINDE BOTERO, fundador y animador del prestigioso programa "Pregunte Usted, Conteste Usted", ha iniciado la producción y dirección de dos audiciones de mérito: "Historiogramas Radiales" y "En la Botica", que han alcanzado calurosa acogida en todas las esferas de la sintonía.



Paco de la Riera, uno de los directores de la Compañía de Opera de Barranquilla.—Hizo el papel principal en Rigoletto, con notable éxito.



ESTILISTA.—Esta bella cantante costeña, cuyo nombre artístico es ZANDRA, anuncia para muy pronto su gira por el interior del país. Medellín, Bogotá, Cali y demás ciudades importantes tendrán el placer de aplaudir a Zandra en la misma forma entusiasta que la han aplaudido los radioescuchas de la Costa Atlántica.



Tina Altamar (soprano).—En Rigoletto interpretó brillantemente el papel de Gilda.—Tiene contrato de exclusividad con Emisoras Unidas y ahora está preparándose para TRAVIATA, que posiblemente se presente en octubre.



Ezequiel A. Rosado Jr.—Si no hubiera sido por "Cheque" la formación de la Compañía de Opera de Barranquilla hubiera sido un fracaso.—Gracias a su impulso económico ésta sigue adelante.—Cheque es el gerente de la Compañía, así como también de la Filarmónica de Barranquilla

Maestro Pedro Biava.—Alma de la Compañía de Opera de Barranquilla y animador insustituible de la Orquesta Filarmónica de Barranquilla, agrupación integrada por 50 profesores.



UNIVERSIDAD
EAFIT
Abierta al mundo



El hombre de Empresa

Desarrolla una labor diaria que es agotadora. Al final de la jornada su cuerpo le exige un descanso reparador. Es entonces cuando el hombre de empresa, como la gran mayoría de los Antioqueños, encuentra en un vaso de PILSEN un delicioso estimulante y un premio a su labor.

por eso,

Toma

PILSEN



La cerveza del mejor sabor



UNIVERSIDAD
EAFIT
Abierta al mundo

La segunda quincena de julio y las largas y friolentas jornadas de agosto han presenciado en Bogotá una serie de realizaciones artísticas de gran significación en su casi totalidad. Con excepciones, se entiende, y dentro de un ritmo pausado y sereno. Recorramos brevemente algunas de ellas con ánimo desprevenido.

LA TEMPORADA DE LA OPERA NACIONAL.

Nuevas figuras, un viejo repertorio, coros muy aceptables, labores meritorias del señor profesor Matías Morro e intenso batuteo del señor Guillermo Espinosa son el balance de la temporada de ópera realizada con varia fortuna en el Teatro de Colón. Temporada auspiciada y subvencionada—claro está— por el Ministerio de Educación Nacional, que en estas cosas de la música sigue pensando como nuestros bisabuelos: que la ópera es la máxima manifestación de la cultura musical (por no decir la única); que obras como Payasos, de Leoncavallo, educan al público y que lo único que vale la pena en el campo del arte sonoro son los espectáculos truculentos y las labores espectaculares, así sean transitorias y en nada contribuyan al progreso de la cultura artística. Lo que nada tiene de raro si se conside-

VIDA DEL ARTE EN BOGOTÁ

Por ANDROS

ra que la Sección de Cultura Popular de ese mismo Ministerio no tiene inconveniente en llamar a colaborar en sus conciertos del Teatro Municipal a aventureros y aventureras que desprestigian con su sola presencia un escenario respetable: así en el caso de una pretendida actriz del cine argentino que dizque "canta"... Muy difícil resulta, sin embargo, convencer a la gran mayoría de estas gentes superficiales e intonsas que pululan por las calles bogotanas de que la ópera de verdad —la de Monteverdi, la de Pergolesi, la de Gluck, Mozart y Wagner y entre los modernos la de Fauré, Strauss y Debussy— es obra de arte puro digna de eterna admiración y encomio, pero no así ciertas manifestaciones de un gusto decadente, aceptables quizás desde un punto de vista histórico, pero absolutamente anacrónicas y superadas por géneros y tendencias más en consonancia con las características psicológicas y estéticas de nuestro tiempo. Porque resulta muy curioso que las obras elegidas para la temporada oficial de 1944 sean las mismas, exactamente, que han venido repitiéndose incansablemente en nuestros escenarios por compañías extranjeras y nacionales. Por qué no escoger al menos, nuevos títulos dentro de ese repertorio decadente que tanto parece gustar al señor Morro y a su colaborador, que es todo un señor director de la Orquesta Sinfónica Nacional, singularizado por un gusto musical tan refinado que encuentra inaceptables y abominables las creaciones sinfónicas más significativas de los compositores colombianos? Dentro de la producción del eterno Verdi, dentro de la de los veristas italianos y también dentro de la producción francesa de la segunda mitad del siglo pasado —Massenet, Chabrier, Bizet, Gounod, Saint Saëns etc. etc.— me parece que hay dónde escoger creaciones menos gastadas y conocidas, menos ramplonas y anties-téticas. Porque una verdadera labor de educación musical no se realiza poniendo al artista al nivel de los gustos del grueso público, sino elevándolo paulatinamente a las multitudes hasta la esfera de la belleza pura. Labor que

no es de un día, ni de un año, pero que es preciso emprender de una vez por todas, sin temor a la incomprensión de los intonsos ni a la impopularidad, que, dicho sea de paso, parece ser entre nosotros un signo de envidiable hombría de bien.

UNA EXPOSICION HISTORICA

El Ministerio de Educación Nacional, por iniciativa del maestro Miguel Díaz Vargas, organizó una interesantísima exposición histórica: la mujer colombiana a través de nuestra pintura y tal cual ha sido vista por los más afortunados cultivadores del difícil arte del retrato. Desde las obras de los maestros colombianos del siglo pasado, hasta los lienzos de los contemporáneos, reuniéronse en esta exposición las muestras más significativas de las distintas escuelas y de las diferentes técnicas de la pintura colombiana. De los miniaturistas coloniales a los pintores de vanguardia, la visión de la belleza femenina enalteció por



Un saludo con Fieltrosa es mejor que otro saludo.

Fieltrosa

Realza la figura del caballero, con estilo y calidad inconfundibles.

TRIANGULO

DE COMUNICACION
ENTRE PRODUCTOR
VENDEDOR-CONSUMIDOR



"RADIO
SANTANDER"

BUCARAMANGA

4.775 Kilociclos
1.280 Kilociclos

Ondas Corta y Larga
simultáneamente

Afiliada a la Cadena
Panamericana de la
National Broadcasting Co.

Abierta al mundo

varias semanas los salones de exposiciones de la Biblioteca Nacional. Del conjunto de este silencioso, pero elocuente certamen, derivamos la convicción de que es quizás en el género del retrato donde nuestros artistas han dado la medida total de su capacidad creadora e interpretativa. Este tipo de exhibiciones, que son a manera de grandes síntesis históricas, permiten captar los lineamientos de la evolución artística de un pueblo e incluso, deducir conclusiones muy interesantes en relación con el futuro de las artes plásticas en Colombia.

UNA ANTOLOGIA CORAL:

"CANTEMOS"

El R. P. Darío Benítez, S. J. ha emprendido y realizado una admirable labor que hace ya mucho tiempo debiera haber efectuado nuestro Conservatorio Nacional de Música o, al menos, un conjunto de expertos musicólogos contratados por el Ministerio de Educación Nacional: la compilación, ordenación y publicación de un repertorio de canciones, melodías y piezas corales destinadas a orfeones, masas corales, escuelas y colegios. Y así, en hermosa edición, ha surgido de las prensas de la Litografía Colombia, el tomo II de "Cantemos", (melodías y polifonías profanas), que en más de 400 páginas nitidamente grabadas, contiene un vasto repertorio vocal, de extraordinaria utilidad práctica y, en ocasiones, de positiva significación estética. Divídese este tomo en tres secciones: "Cantemos de lo mejor" (obras de grandes compositores); "Cantemos de todo el mundo" (Aires y melodías característicos de diversos países del viejo y del nuevo mundo) y "Cantemos de nuestro país", sección esta última avalorada por la inclusión de obras corales de nuestros más representativos compositores contemporáneos.

Dejando la crítica de defectos para otra ocasión —porque en realidad son muchos y muy graves los reparos que pudieran formularse a esta Antología por lo que dice a técnica y a estética— nos limitamos a subrayar el hecho de que tal publicación viene a llenar un lamentable vacío en nuestro país y a solucionar en parte un grave problema: el de la absoluta carencia de repertorios para las clases de canto coral e iniciación musical. Prologan la obra varios conceptos solicitados por el R. P. Benítez a los siguientes señores: José Roza Contreras, Sergio Jaroff, Daniel Zamudio, Andrés

(Sirvase pasar a la pág. 67)

CONTRIBUYA

USTED al alivio de los necesitados y desvalidos, comprando todas las semanas

LOTERIA DE MEDELLIN

"el seguro efectivo contra la pobreza"

Todas sus utilidades se destinan a obras de caridad y de asistencia pública.

NO LO OLVIDE USTED

LOTERIA DE MEDELLIN

JUEGA LOS VIERNES



Abierta al MICRO 490-

varias semanas los salones de exposiciones de la Biblioteca Nacional. Del conjunto de este silencioso, pero elocuente certamen, derivamos la convicción de que es quizás en el género del retrato donde nuestros artistas han dado la medida total de su capacidad creadora e interpretativa. Este tipo de exhibiciones, que son a manera de grandes síntesis históricas, permiten captar los lineamientos de la evolución artística de un pueblo e incluso, deducir conclusiones muy interesantes en relación con el futuro de las artes plásticas en Colombia.

UNA ANTOLOGIA CORAL:

"CANTEMOS"

El R. P. Darío Benítez, S. J. ha emprendido y realizado una admirable labor que hace ya mucho tiempo debiera haber efectuado nuestro Conservatorio Nacional de Música o, al menos, un conjunto de expertos musicólogos contratados por el Ministerio de Educación Nacional: la compilación, ordenación y publicación de un repertorio de canciones, melodías y piezas corales destinadas a orfeones, masas corales, escuelas y colegios. Y así, en hermosa edición, ha surgido de las prensas de la Litografía Colombia, el tomo II de "Cantemos", (melodías y polifonías profanas), que en más de 400 páginas nitidamente grabadas, contiene un vasto repertorio vocal, de extraordinaria utilidad práctica y, en ocasiones, de positiva significación estética. Divídese este tomo en tres secciones: "Cantemos de lo mejor" (obras de grandes compositores); "Cantemos de todo el mundo" (Aires y melodías característicos de diversos países del viejo y del nuevo mundo) y "Cantemos de nuestro país", sección esta última avalorada por la inclusión de obras corales de nuestros más representativos compositores contemporáneos.

Dejando la crítica de defectos para otra ocasión —porque en realidad son muchos y muy graves los reparos que pudieran formularse a esta Antología por lo que dice a técnica y a estética— nos limitamos a subrayar el hecho de que tal publicación viene a llenar un lamentable vacío en nuestro país y a solucionar en parte un grave problema: el de la absoluta carencia de repertorios para las clases de canto coral e iniciación musical. Prologan la obra varios conceptos solicitados por el R. P. Benítez a los siguientes señores: José Roza Contreras, Sergio Jaroff, Daniel Zamudio, Andrés

(Sírvese pasar a la pág. 67)

CONTRIBUYA

USTED

al alivio de los necesitados y desvalidos, comprando todas las semanas

LOTERIA DE MEDELLIN

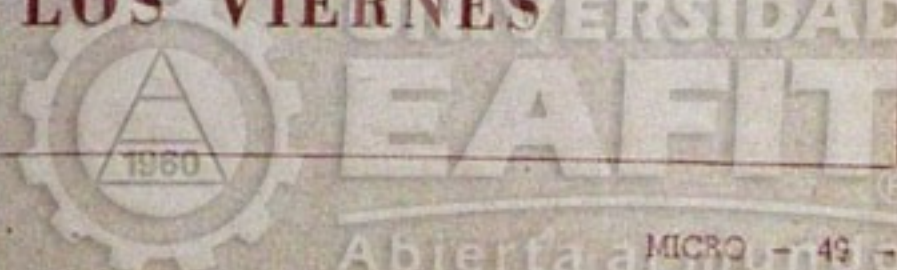
"el seguro efectivo contra la pobreza"

Todas sus utilidades se destinan a obras de caridad y de asistencia pública.

NO LO OLVIDE USTED

LOTERIA DE MEDELLIN

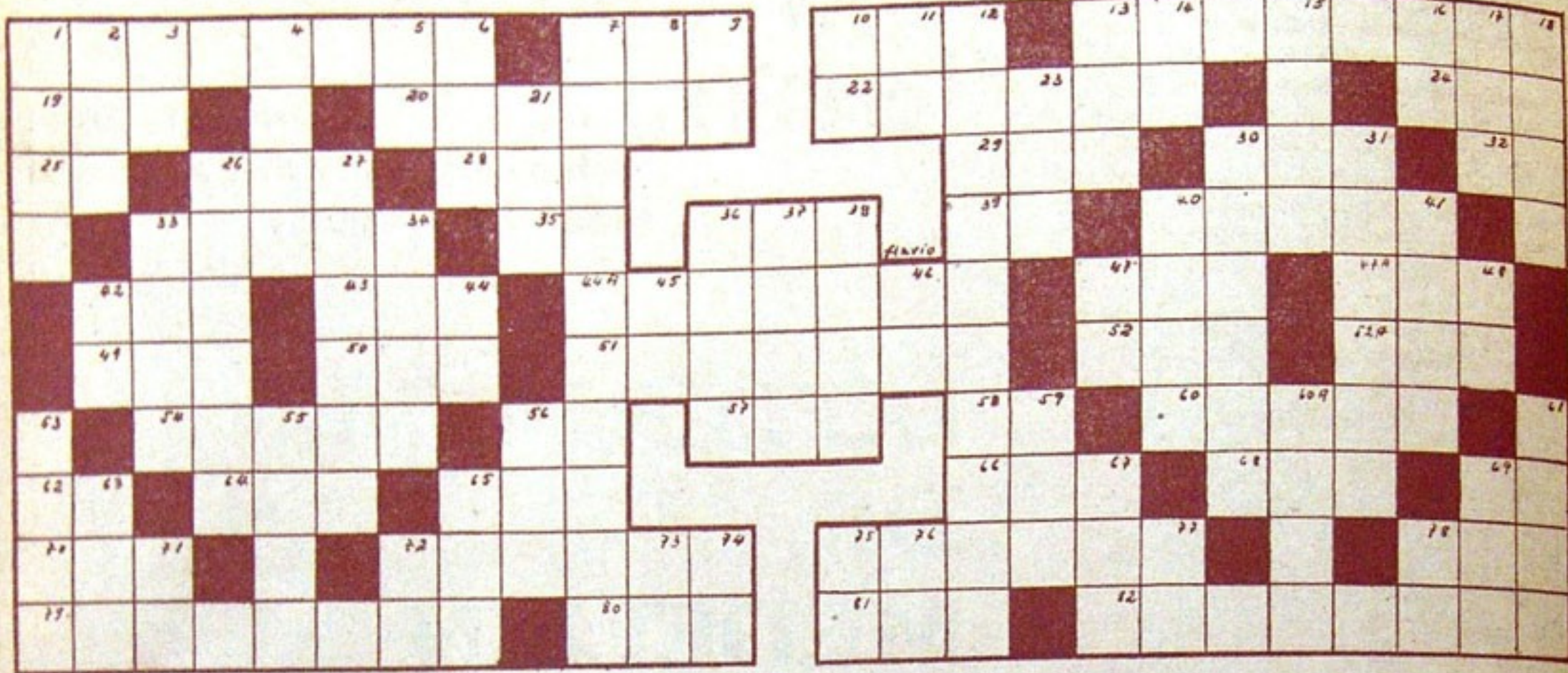
JUEGA LOS VIERNES



MICRO - 49

SI TIENE TIEMPO SOBROANTE...

Por FLAVIO



HORIZONTALES

- 1 Atará, amarrará.
- 7 Alón.
- 10 Dos.
- 13 Toda la creación.
- 19 Acostumbra.
- 20 Acostumbrarás.
- 22 Listo, pronto.
- 24 Mirad.
- 25 Nombre de consonante.
- 26 Inflexión del verbo ir.
- 28 Brazo, en inglés.
- 29 Santo, puro.
- 30 Mapa, en inglés.
- 32 Habla, dime.
- 33 Sentirá amor.
- 35 Vocales repetidas.
- 36 Interjección española (Inv.)
- 39 Sobre, encima, en inglés.
- 40 Vaso sagrado.
- 42 Levanta, alza.
- 43 Cerveza inglesa.
- 44A Facultativos.
- 47 Oxido de Calcio.
- 47A Perro.
- 49 Fluido aeriforme. (Inv.)
- 50 Apócope de tanto.
- 51 Persona no grata, no amiga.
- 52 Número (Inv.)
- 52A Amarro.
- 54 Cabezas de ganado.
- 56 Adverbio de lugar.
- 57 Inflexión de poner. (Inv.)
- 58 Entrega.
- 60 Arácnido microscópico.
- 62 Forma de pronombre (Inv.)
- 64 Apócope de santo. (Inv.)
- 65 Escenario, escena.

- 66 Ave.
- 68 Pongo al fuego.
- 69 Pronombre personal.
- 70 Adverbio de cantidad.
- 72 Escobilla o pequeño artefacto para rociar agua bendita.
- 75 Desfile militar.
- 78 Especie de venado.
- 79 Aprovechar las enseñanzas o el conocimiento de las cosas.
- 80 Monja.
- 81 Período de tiempo.
- 82 Gravosos, pesados.

VERTICALES

- 1 Ascienda, encarama.
- 2 Acostumbre.
- 3 Interjección.
- 4 El total (Fem.)
- 5 Ciudad de Caldea (Inv.)
- 6 Cogedera.
- 7 Implementos de guerra.
- 8 Nota de la escala.
- 9 El mejor.
- 10 Apócope de para.
- 11 Contracción.
- 12 Silla especial para descansar o reposar.
- 13 Uno de los aeropuertos de Avianca. (Inv.)
- 14 Partícula inseparable.
- 15 Referente a caminos o vías.
- 16 Consonantes distintas.
- 17 Anhelos vehemente de beber.
- 18 Pasión, sentimiento de aversión.
- 21 Altar.
- 23 Aro metálico de las ruedas del automóvil.

- 26 Figura que representa una persona, retrato.
- 27 Locos.
- 30 De mal sabor, fea.
- 31 Ladrón, ratero.
- 33 Fortuna, suerte.
- 34 Alones.
- 36 Paraíso.
- 37 Lodo, barro.
- 38 Boca córnea de las aves (Inv.)
- 40 Cabello blanco.
- 41 Mendrugo de pan.
- 42 Afirmación (Inv.)
- 44 Adverbio de lugar.
- 45 Adverbio de lugar.
- 46 Pal. inglesa que traduce va, viaja. (Inv.)
- 47 Hiedra de la China.
- 48 Negación.
- 53 Herramienta de cerrajería.
- 55 Inflexión de salir.
- 56 Nombre de vocal. (Pl.)
- 59 Aquí.
- 60A Coger, agarrar.
- 61 Nombre de consonante (Pl.)
- 63 Yunque pequeño y cuadrado de hojalateros y plateros.
- 65 Trato inglés.
- 67 Composición poética (Inv.)
- 69 Repetición de sonido.
- 71 Afirmación.
- 72 Inflexión de haber.
- 73 Río de Europa.
- 74 Oro, en francés.
- 75 Nombre de consonante.
- 76 Terminación verbal.
- 77 Partícula inseparable.
- 78 El mejor.



NOTICIAS

De la Radio Nutibara pasó a Emisora Claridad el destacado locutor Alberto Toro M.

Entró a la locución oficial de Radio Nutibara el actor y locutor Gerardo Moscosa.

Se está formando en Medellín una Cia. de Operetas y Zarzuelas, para emular a la que con tanto éxito trabaja en Bogotá.

La Cia. Antioqueña de Opera sale en jira por todo el occidente a mediados del mes de noviembre.

Otro director operático hay en Medellín, dispuesto —dice él— a montar ópera...

Pietro Mascheroni, que había sido retirado de la radio por cuestiones de nacionalidad, regresó en su cargo a La Voz de Antioquia.

Hay posibilidades de que Alba del Castillo —ahora en Barranquilla— sea contratada para una película mexicana.

Está filmando ya en Méjico el cantante Curro Moreno, parece que con contrapartes notables del elenco azteca.

Anunciamos
porque creemos
en Propaganda!

PROPAGANDA EPOCA LTDA.
BOGOTÁ
MEDELLÍN

Chesterfield

SON SUAVES
SATISFACEN
Y NO IRRITAN
LA GARGANTA

Distribuidor para Antioquia:

L. M. VALDES WILSON

UNIVERSIDAD
SANFELIX
Abierta al mundo

EFEMERIDES ARTÍSTICAS DE SEPTIEMBRE

ANTON BRUCKNER
4 de septiembre de 1824.

Es la fecha de nacimiento del compositor a quien muchos críticos han llamado "el sucesor de Beethoven". No sin manifiesta exageración, claro está, en cuanto el verdadero sucesor de un gran creador no es aquél que lo imita con más o menos acierto, sino el que apoyándose en la obra del maestro, encuentra su propia senda y abre nuevos horizontes al arte. Y así, el verdadero sucesor de Beethoven resulta ser, en Alemania, Ricardo Wagner —a pesar de su orientación exclusivamente dramática— y en Francia —años más tarde— César Frank.

Bruckner nació en Ansfelden (Austria) en la fecha indicada y murió en Viena el 11 de octubre de 1896. Como tantos otros compositores, se inició en la vida musical como niño de coro. Adolescente todavía, ejerció el magisterio de primeras letras para ayudar a su familia, empleando sus ocios —poco frecuentes en verdad— en el estudio de las materias básicas de la música.

En 1855, obtuvo por concurso el puesto de organista de la Catedral de Linz, iniciándose entonces su vida de músico profesional. Años más tarde, obtuvo el cargo de Organista de Capilla de la Corte Austriaca y fue nombrado profesor del Conservatorio de Viena (1867). Al año siguiente presentó su Primera Sinfonía (Do menor) y en 1870 viajó por Europa dándose a conocer como organista virtuoso.

De su obra, abundante, sobresalen sus nueve sinfonías y algunas de sus obras litúrgicas. Polos de su inspiración fueron para Bruckner las creaciones orquestales de Beethoven y los poemas dramáticos de Wagner, con quien cultivó amistad perdurable y sincera.

La crítica musical de su época contrapuso con frecuencia la obra de Bruckner a la de Brahms, en polémicas ardientes que recuerdan la de gluckistas y piccinistas de fines del siglo XVIII francés. Compositor cerebral y un tanto frío y sistemático, Bruckner no fue comprendido por el público, siendo sostenido fervientemente por una reducida capilla de amigos y admiradores. Reprochábasele su excesiva objetividad, su exceso de ciencia, su pesantez. "Carece de la inquietud de un Fausto y del ardor de un Prometeo", que dijo alguno de sus compatriotas refiriéndose a su obra.

Justa y equilibrada resulta la apreciación del musicólogo alemán Karl Nef, que no podemos menos que transcribir aquí: "Las sinfonías de Anton Bruckner fueron las primeras manifestaciones musicales del Austria moderna. Desde Schubert, no había vuelto a escucharse música tan característicamente austriaca... Pero Bruckner no es solamente un músico nacional. Sabe formar grandes temas melódicos envolviéndolos en suntuoso ropaje orquestal. En sus adagios exterioriza una piedad profunda e ingenua y, en ocasiones, un ardiente sentimiento



PONCE DE LEON

de la naturaleza. Bruckner modifica la forma sinfónica de acuerdo con sus convicciones y con sus necesidades. Contra esta libertad, nada podría objetarse; pero sus sinfonías, recargadas con desarrollos interminables, son por lo general de dimensiones tan vastas, que su efecto resulta anulado. Esta tendencia a la redundancia, que no siempre se explica por la riqueza de pensamiento o por exigencias lógicas, contraría las leyes fundamentales de la sinfonía".

Lo cual no impide que así como andan sueltos por esos mundos ciertos *brahmanes* que afirman que Brahms comenzó donde terminó Beethoven, existen también muchos *brucknerianos* intransigentes y fanatizadores que colocan a su ídolo a un mismo nivel con Bach, Mozart, Beethoven y Wagner.

ARNOLD SCHOENBERG
13 de septiembre de 1874.

Fecha del nacimiento del más discutido de los compositores de la vanguardia expresionista. Lo que en el terreno de la pintura abstracta ha realizado el pintor ruso Kandinsky, en el musical lo ha intentado Arnold Schoenberg, trasponiendo al mundo de los sonidos organizados la estética literaria de Hermann Bahr, jefe del movimiento que con el nombre ya citado de "expresionismo" se opone —como extrema reacción— al impresionismo de Maeterlink, Mallarmé, Monet y Debussy. ("Expresionismo —define el Brockhaus Lexicon en su edición de 1926— es la dirección actual del arte, que busca la expresión o manifestación de la experiencia interna en lugar de las im-

presiones del mundo exterior, inspirándose ora en la melancolía temperamental, en el misticismo religioso o en el deseo de la construcción abstracta".)

En realidad, el expresionismo es una derivación del cubismo, y un antecedente del surrealismo de Salvador Dalí. Lo que no resulta muy claro, es cómo puede ser expresionista y abstracto un compositor, que al fin y al cabo solamente dispone de sus propias emociones para hacer inteligible su mensaje.

Schoenberg nació en Viena. Especializado en instrumentos de cuerda —es hábil violinista y chelista— estudió apasionadamente la música de cámara. Para subvenir a sus necesidades, ha tenido que trabajar incesantemente en la instrumentación de obras ajenas, en arreglos teatrales y en labores de dirección de orquestas de teatro. Apoyado en los comienzos de su carrera de compositor por Gustav Mahler, y Strauss, consiguió una posición en el Conservatorio Stern de Berlín. Su ascendencia judía le obligó a refugiarse en los Estados Unidos a raíz del triunfo del partido nazi en Alemania.

De sus obras sobresalen el sexteto de cuerdas intitulado *La noche iluminada* (1899), los *Cantos de Guerra* en que trabajó de 1900 a 1913 y que revelan la influencia profunda de Wagner y el ciclo intitulado *Pierrot lunar* (1912), integrado por 21 canciones en que el compositor se esfuerza por encontrar nuevos sentidos ocultos y esotéricos a los textos poéticos, y en que emplea melodías semi-declamadas con acompañamiento de cuarteto de arcos, flauta y clarinete.

Schoenberg es un denonado campeón de la tendencia *atonal* de la música contemporánea. Su sistema se basa en el empleo del semitono del sistema clásico como el elemento constitutivo de su nuevo lenguaje sonoro, en el cual se prescinde en realidad de toda función tonal y del encadenamiento modulante de los acordes.

MAX BRUCH.

17 de septiembre de 1920

Muere en Berlín este fecundo —hoy muy olvidado— compositor alemán, nacido en Colonia en 1838 y cuya excepcional precocidad musical no tiene par en los anales musicales posteriores a Mozart, como que su primera sinfonía fue estrenada en Colonia en 1849, vale decir, cuando el maestro contaba solamente once años de edad.

Bruch fue discípulo de Hiller, de Carlos Reinecke y de Fernando Breuning. Realizó a partir de 1861 extensos viajes por las principales ciudades europeas. Residió en el pueblo natal de Beethoven entre 1873 y 1878. En 1880 fue nombrado director de la Orquesta Filarmónica de Liverpool. De 1890 a 1911 ejerció el profesorado de composición musical en la Academia de Berlín.

MARCAS QUE PRESENTA EL CIRCUITO ANTIOQUIA

(EXCLUSIVAS)

Metro Goldwyn
Mayer

Paramount
Films

Columbia Picts

Artistas Unidos

Monogram Picts
(CONDOR FILMS)

Cueto Films

-- OTRAS MARCAS DE EXHIBICION --

20th Century Fox

Warner Bros

Regios Films

Exitos Films

TEATROS:

MARIA VICTORIA - BUENOS AIRES
MEDELLIN - BALKANES y SALON ESPAÑA



UNIVERSIDAD
Abierta al mundo

Almacén PABLO PEREZ R.

Siempre
una
Novedad
en
Artículos
para
Hombre

+++

JUNIN No. 52-11

Teléfono 150-11
Medellín

ESCUELA DE COMERCIO PRACTICO

La mejor
enseñanza
comercial

MEDELLIN
(COLOMBIA)

Teléfono 142-82

Las obras de ese maestro presentan, dentro de una grande unidad, un doble carácter: de una parte, giros melódicos de gran sencillez, de absoluta espontaneidad y sabor casi popular; de otra, ambientes armónicos y desarrollos contrapuntales excepcionalmente complejos. Sus obras para coro y orquesta, abundantes y notables por el sabio equilibrio de los elementos sonoros, son quizás sus mejores creaciones. Abundantes obras de cámara y varios conciertos para violín completan el catálogo de su producción. Entre estas últimas obras, es famoso su Concierto en sol menor, op. 26, que es en la actualidad la única obra de Bruch que goza de relativa popularidad, si no entre los grandes públicos, sí entre los aficionados cultos y los virtuosos del instrumento de Paganini.

A pesar de lo cual —y junto con Telemann, Dittersdorf, Cannabicht, Spohr y tantos otros— Max Bruch no es otra cosa que un nombre más en la interminable lista de los grandes olvidados.

JOSE MARIA PONCE DE LEON
21 de septiembre de 1882.

Discípulo del artista bogotano Juan Crisóstomo Osorio y Ricaurte, nacido en la capital colombiana, y quizá el primero de nuestros compositores criollos a quien fuera dado realizar estudios serios en el exterior. Ponce de León, en efecto, cursó estudios superiores de música en el Conservatorio de París, institución a la cual ingresó en 1867, y en la cual fue discípulo de Gounod y de Thomas. La guerra franco-prusiana de 1870 le obligó a regresar a Colombia, no sin que uno de sus motetes ("*Salve Regina*") fuese interpretado y comentado elogiosamente en París.

Ponce de León, fiel a la formación que recibió de sus maestros europeos, se consagró de preferencia a la música dramática y compuso las dos primeras óperas colombianas: "*Florinda*" y "*Esther*", que encierran páginas realmente originales, bien que ambas sean un reflejo de las enseñanzas recibidas en Francia y del gusto de la época.

Sus mejores y más logradas creaciones son la *Misa de Requiem* compuesta y estrenada en 1880, obra efectista y robusta aunque nada litúrgica, y su *Sinfonía sobre temas colombianos*, escrita y ejecutada en Bogotá en 1881.

El descuido y la incuria que nos caracterizan por lo que dice a la obra de nuestros creadores de arte han sido causa del olvido casi total de este maestro bogotano, cuyas obras —casi en su totalidad— se han extraviado o yacen en ignorados archivos parroquiales.

Ponce de León murió en la fecha que motiva esta breve nota recordatoria.

THEODORE GERICAULT
26 de septiembre de 1791.

Fecha que señala el nacimiento del gran pintor francés en cuya obra apunta ya el ímpetu y asoman los ideales de la renovación romántica, que no pudo encarnar en él porque un destino impiadoso tronchó su vida el 26 de enero de 1824.

El autor de *La almadía de la Medusa* es, en realidad, el verdadero precursor de Delacroix, el grande artista que renovó por completo el concepto tradicional de la pintura, oponiendo al academicismo el aura esplendorosa de su paleta, tan rica en coloraciones vigorosas e inéditas.

Fue Géricault un trabajador infatigable y heróico, cuya primera juventud transcurrió en apasionada contemplación ante las obras maestras del Louvre, muchas de las cuales copió con apasionado interés, poca fidelidad —su temperamento le impedía sostener esa actitud objetiva y fría del simple copista —y extraordinario sentido del estilo de cada una de ellas.

La obra de Géricault es particularmente notable en el terreno de la pintura animalista. Quién no recuerda sus innumerables estudios de caballos? También en el campo del retrato realizó algunas obras maestras. Entre otras, *La loca* (Museo de Lyon), el autorretrato de la Colección Dubaut y *El loco* del Museo de Gante.

Pero el lienzo que inmortaliza su nombre es ese patético y maravilloso cuadro en que fijó uno de los episodios más dolorosos del célebre naufragio de *la Medusa*: aquel en que un grupo de naufragos extenuados y moribundos sobre una improvisada almadía, se esfuerzan por ser vistos de un velero que surge en el remoto horizonte.

Con este cuadro, Géricault viajó a Londres en 1820 y organizó una exhibición que le produjo algún dinero y, lo que vale más, el conocimiento directo de la obra de los paisajistas ingleses Bonnington y Constable, que desde entonces ejercen una influencia persistente y avasalladora en la historia de la pintura francesa, hasta el advenimiento de los impresionistas.

Críticos franceses de la prestancia de Maximiliano Gauthier, creen entrever en la obra de Géricault ciertas cualidades y acentos que hacen de él un remoto precursor de las tendencias más avanzadas del arte pictórico.

**

En el curso de próximas entregas de la Revista MICRO, esta sección continuará publicando notas sobre compositores, literatos y artistas colombianos y americanos. Creemos así cumplir un deber de bien entendido y sano nacionalismo espiritual.

LO QUE DICEN ELLOS:

Juan Roca Lemus (*Rubayata*): "*MICRO se ha convertido en mi órgano de publicidad particular.*"

Mario Jaramillo: "*Podés decirme a qué se debe esa persecución que has organizado contra mí?*"

Antonio Henao: "*Parece mentira que por culpa de semejante lagarto me encuentre yo lejos del micrófono.*"

Zuluaga y Gutiérrez: "*Aunque le pese a ciertos critiquitos, "Ansias Locas" es una canción típica colombiana.*"

El mismo locutor: "*Valente y Cáceres son unos excelentes cantantes criollos, típicos, terrígenos colombianos.*"

Otra vez Z. y G.: "*Francisco Paredes Herrera, el gran compositor de preciosas páginas vernáculas colombianas.*"

1960

EDITORIA

NUEVAMERICA

MEDELLIN
EDIFICIO
ALVAREZ
NUMERO 407
TELF. 169-83

SIGUE A LAS
ORDENES DE
USTED PARA
TRABAJOS EN
TIPOGRAFIA

ADEMAS OFRECE SUS CURSOS CINEMATOGRAFICOS

ASI: PARA ACTOR
20 LECCIONES
VEINTE PESOS

PARA AUTOR
20 LECCIONES
CIEN PESOS

SOLICITE PROSPECTOS HOY
Y EMPIECE A PREPARARSE PARA ENTRAR A
LA CINEMATOGRAFIA NACIONAL POR LA PUERTA GRANDE



UNIVERSIDAD
EAFIT
Abierta al mundo

ROMULO GALLEGOS: SOBRE LA MISMA TIERRA (Novela). Editorial Araluce, (?) Barcelona, 1944, 231 págs.

Con la última obra del ilustre novelista venezolano, se cierra todo un ciclo en la historia de su producción literaria y se completa la galería de paisajes y ambientes criollos por él dibujada en sus admirables novelas, que se suceden armoniosamente desde "Reinaldo Solar" (1920) hasta la que comentamos en la presente nota.

Gallegos ha compendiado en su obra toda la realidad venezolana, pero incorporándola, por obra y gracia de su genio, a la atmósfera espiritual de todos los países tropicales del Nuevo Mundo. Porque si bien su temática se circunscribe exclusivamente a los tipos, paisajes y costumbres de las distintas comarcas venezolanas, el poderío de su estilo y sus virtudes de gran novelista lo elevan a la categoría de creador continental.

Estudiados ya en sus anteriores novelas los ambientes del llano (*Doña Bárbara y Cantacaro*), el paisaje del delta del Orinoco y de la Guayana venezolana (*Canaima*), la vida del poblado tropical (*El Forastero*), la etapa de la esclavitud negra y de las guerras civiles (*Pobre negro*), la atmósfera espiritual caraqueña y el ambiente de los climas cafeteros (*La Trepadora*) y el clima social de la dictadura de Gómez (*Reinaldo Solar*), sólo faltaba al gran escritor evocar el horizonte, las costumbres y los tipos de la Guajira venezolana, que es —en esencia— la misma Guajira colombiana, si se la considera desde el punto de vista etnográfico y geológico. Este, cabalmente, es el escenario de *Sobre la misma tierra*.

Perfeccionando la técnica esbozada en *Pobre Negro* y empleada ya conscientemente en *El Forastero*, Gallegos elimina en gran parte las descripciones y los párrafos de prosa de enlace para conceder importancia primordial a los diálogos, terreno en que el escritor venezolano no tiene rival en la historia de la novela vernácula americana. Prescinde también del protagonista único y no vacila en sacrificar en los primeros capítulos a tipos tan sugestivos, tan llenos de posibilidades novelísticas, como esa Cantaralia, especie de doña Bárbara guajira cuyos cantares y aventuras quedan flotando —como recuerdos temblorosos— a todo lo largo de los restantes capítulos de la obra.

En *Sobre la misma tierra* se describe la vida de las comunidades indígenas de la Guajira venezolana y se contrasta su miseria y abandono con el avance del capital extranjero, que acude al reclamo del oro negro, trayendo una riqueza fugaz que lejos de redimir al nativo lo esclaviza más aún a la tierra infecunda.

Como telón de fondo de esta sugestiva novela de Gallegos, se divisa el gran lago de Maracaibo, sobre cuyas aguas azules espejean las siluetas esquemáticas de las torres de perforación de las compañías petroleras. Y se agita todo un mundo de personajes desconcertantes y extraños, pero profundamente humanos y criollos: Demetrio Montiel, el aventurero despreocupado, bárbaro y gozador; Hardman, el gringo filósofo, sentimental y humanitario; Venancio Navas, en quien encarna la nobleza na-

GUIA DE LECTORES

tiva; el doctor Rogelio Viñas, abogado de Maracaibo y guardián pintoresco de las tradiciones criollas de su ciudad; Marco Aurelio Peripatético y su hermana Remota Montiel, hijos naturales ambos de Demetrio Montiel.

Remota Montiel termina protagonizando la novela: salida de la Guajira bárbara cuando apenas sí apuntaba en ella la mujer, y educada en los Estados Unidos, regresa ya madura a Venezuela y, plenamente consciente de su misión, retorna a la tierra, llevando a ella el tesoro de su energía, sus propósitos humanitarios y una luminosa esperanza de redención para sus hermanos de raza.

Sobre la misma tierra confirma —una vez más— el inmenso prestigio de que disfruta en América su autor y justifica la privilegiada posición que ocupa dentro de la literatura vernácula del Nuevo Mundo.

WALTER PATER: EL RENACIMIENTO. Trad. del inglés por Eduardo Pons Peña. Editorial Inter-Americana, Buenos Aires. 1944. Colección "Vida del Espíritu", Vol. VI. 228 páginas in f.

Bien conocido de los estudiosos de la literatura y de la estética es el nombre del brillante y fino ensayista que heredó de su maestro Ruskin el fervor por los asuntos atañedores al arte y su espíritu apostólico: Walter Pater es, en efecto, uno de los críticos de arte, uno de los estetas más penetrantes del siglo XIX. Su influencia se ejerció directamente sobre los escritores de la generación de Oscar Wilde, de muchos de los cuales fue maestro y amigo, sin que por ello participara de su actitud equívoca ante la vida.

El principio fundamental de su estética, "todas las artes aspiran a la música", que es trasunto de las teorías de Schopenhauer, inspira todas sus producciones. Pater es un poeta analista cuya mentalidad linda, de una parte, con el simbolismo wagneriano; de otra, con la psicología del impresionismo. En este ambiente augural, muévase espiritualmente con admirable seguridad, rectificando valores, abriendo nuevos rumbos a la crítica de arte y descubriendo inéditos filones de belleza.

Al clasificarlo entre los mejores discípulos de Ruskin —el esteta batallador y generoso— de hecho indicamos los estrechos vínculos que unen a Pater con la escuela pre-rafaelita inglesa, a la cual pertenecieron artistas tan originales como Burne Jones, Dante Gabriel Rossetti y William Morris. Ejerció Pater influencia perdurable en la crítica de arte europea, en la inglesa y en la italiana especialmente, y publicó algunas obras fundamentales para la comprensión del ambiente finisecular europeo: *Greek Studies* (1894), *Plato and Platonism* (1893)

The Renaissance (1873) y su novela *Marius the Epicurean* (1885) que es considerada como su obra maestra.

En el libro cuya aparición motiva el presente comentario, Gherardo Marone —intelectual argentino de positiva cultura y merecido prestigio internacional— presenta la obra de Pater en un jugoso prólogo, cuya lectura resulta singularmente ilustrativa sobre las influencias ejercidas por Pater en las letras italianas. Siguen una serie de capítulos, que son en realidad verdaderos ensayos unidos únicamente por el hilo de oro de una intención reevaluatora y esteticista: en ellos, se estudian diversos aspectos de la cultura artística europea, desde el medievo hasta Winkelmann, y surgen las figuras de Pico della Mirandola, Botticelli, Lucca della Robbia, Miguel Ángel, Leonardo de Vinci, los Giorgione y Joaquín du Bellay. Concluye el libro con unas páginas epilógicas en que Pater dibuja ligeramente algo muy parecido al hedonismo finisecular de Wilde, D'Annunzio, Gide y sus imitadores.

La traducción castellana de esta obra de Pater es acontecimiento grato y significativo: ha sido realizada con acierto, finura e inteligencia e incorpora así, a la cultura hispano-americana, un nombre y una obra no por desconocidos del gran público lector, menos significativos y nobles. Porque al lado de "Los Maestros de Antaño" de Eugenio Fromentin, brilla "El Renacimiento" de Pater entre las pocas obras maestras de la crítica de arte escritas durante el siglo pasado.

H. C. COLLES: THE GROWTH OF MUSIC. (A study in musical history for schools), III Partes en 1 Vol. Editorial de la Universidad de Oxford. Londres 1939. 159-176-194 páginas.

"La historia de la música —comienza diciendo el autor— no puede aprenderse en un libro. Encuéntrase en las obras de los compositores, desde los autores anónimos de las canciones populares de la antigüedad, hasta los maestros que viven en la actualidad. Todo lo que un libro puede hacer es auxiliar el estudio vivo de la música señalando qué influencias han contribuido a modelar la obra de cada maestro y qué nuevos recursos han enriquecido el arte con el nacimiento de cada obra maestra. Este libro intenta realizar una tarea más humilde todavía. Lejos de estudiar todos los maestros y de analizar todas sus obras significativas, elige algunas de éstas entre los nombres más salientes y, por medio de ellas, trata de fijar la historia de la evolución musical".

Este propósito, fielmente seguido, lleva al autor a prescindir de todos aquellos compositores y de todas aquellas obras que no sean esenciales para la comprensión de cada ciclo de la historia del arte musical. Y así, lo que la obra pierde en extensión lo gana en concentración y —también— en penetración crítica.

En seis capítulos distribuye Colles la materia de estudio del primer volumen: De los trovadores a Monteverdi; la Música Inglesa en los siglos XVI y XVII; la música de la época barroca en Italia, Francia, Inglaterra y Alemania; La vida de Haendel y de Bach;

EMISORA "SIGLO XX"

A LA CABEZA DE LA RADIODIFUSION ANTIOQUEÑA

Ofrece a su sintonía amenios
y variados Programas:

Estampas musicales
(Coca Cola)
DE LUNES A SABADO
8:30 p. m.

NOTICIERO B. B. C.
(Desde Londres)
Diariamente 7:00, 9:00 y 10:15 p. m.

HOROSCOPO

DOMINGOS 9:15 p. m.

RADIO - DIGESTO
(Comentarios)
DOMINGOS 8:30 p. m.

Permanentemente
los mejores
programas musicales

Desde Hollywood en guerra
(Variedades)
DOMINGOS 7:30 p. m.

Historiogramas Radiales
(Por Luis Lalinde Botero)
JUEVES 8:00 p. m.

APRENDAMOS INGLES
MIERCOLES y SABADOS
8:15 p. m.

UN GRITO EN LA NOCHE
(Dramatización)
GRUPO TEATRAL "SIGLO XX"
LUNES, MIERCOLES, VIERNES
8:45 p. m.



UNIVERSIDAD
EAFIT
Abierta al mundo.

la música vocal, y la instrumental de estos dos grandes maestros. Acompañan al texto numerosos ejemplos y una lista de ilustraciones musicales, con indicación precisa de su fuente editorial, que deben ser realizadas por el profesor y sus alumnos a objeto de vitalizar y de objetivar la enseñanza de la materia.

La obra de Colles resulta, al menos parcialmente, muy útil para el planeamiento y organización de ciertos cursos de *Exégesis musical* e incluso para cursos regulares de Historia Musical, en aquellos casos en que los profesores no se han cuidado o no han podido escribir sus propias conferencias o lecciones. Caso muy frecuente, porque conocemos el de una "profesora" que a principios del año pasado inició un "Curso completo de Historia de la Música" leyendo a sus alumnos una biografía compendiada de Chopin (!). Y otros aún que presentan como fruto de su ingenio (?) las conferencias que con destino a sus alumnos del Conservatorio Nacional de Música editó en mimeógrafo —en 1937— el autor de estas notículas.

En resumen, el libro de Colles es un auxiliar útil para profesores y estudiosos, bien que no pueda compararse, ni por su método ni por su contenido, a ciertos manuales que como la *Historia de la Música* de Karl Nef, a más de abarcar el horizonte total de la materia, la enfoca con un criterio más moderno, más científico y preciso. Porque no hay que olvidar que de 1912 —fecha de la primera edición de la obra comentada— a nuestros días, el progreso de la historiografía musical, y el de su correspondiente metodología ha sido tan rápido y fecundo que condena prácticamente a la inactualidad y rectifica caudalosamente los aportes anteriores. Diganlo, si no, los trabajos de Wolf, Combarieu, Dumesnil y Percy Scholes en Europa y los de Spalding y Lang en los Estados Unidos.

Olvidábamos anotar que el libro de Colles forma parte del hermoso regalo que el autor de estas notas ha recibido del Consejo Británico, por intermedio de la Secretaría de Prensa de la Embajada Inglesa en Bogotá.



PROGRAMA:—Regresó al aire el prestigioso programa "Radio-revista Síntesis" que don Pedro Calderón fundó hace varios años en La Voz de Antioquia y que ha sido perifoneado por varias importantes emisoras nacionales. Después de un corto receso, la radio-revista fue re-inaugurada en programa especialísimo que apostigó con su presencia el entonces alcalde de Medellín, don José Medina. En la foto, de izquierda a derecha, el señor Calderón, Mario Jaramillo, el señor Medina y dos distinguidos asistieron al estudio.



JAP?:—Bien lo parece pero de tal no tiene ni pizca. Es el Dr. Jorge Lalinde, químico de la Universidad Católica Bolivariana y compositor de páginas musicales bellísimas. Jorge anda por tierras del Uncle Sam hace unos días, especializándose y haciendo oír música colombiana.



BROADCASTER:—Por unos pocos días visitó a Colombia el vice-presidente de "Radioprogramas de México", don Clemente Serna Martínez. Dejó firmes amistades entre nosotros, ganadas a fuerza de simpatía y cordialidad que en él son naturales



VEDETTE:—Estuvo en Medellín y Bogotá la estilista argentina Choly Mur, haciéndose aplaudir por los públicos aficionados a su género.

En su tercer año de labores,
la Radiodifusora de Jericó (Ant.)

ECOS DE SUROESTE

ONDA LARGA 1.550 K. C. — 193 METROS — 500 WATIOS

tiene el gusto de ofrecer al respetable comercio sus nuevos y potentes equipos transmisores que garantizan una sintonía perfecta en todos los pueblos del suroeste antioqueño, y en gran parte del país.

Selectos y variados programas — Tarifas módicas

OIGALA — OCUELA — APOYELA



HUMPHREY BOGART

PROXIMOS
GRANDES ESTRENOS EXCLUSIVOS
de WARNER BROS

para el

Avenida
CON AIRE ACONDICIONADO

el teatro de las películas premiadas



Warner Bros.

en

Pasaje

a

Marsella

El tempestuoso drama
que inmortaliza
el arte del cinema!

GRANDIOSA

Ida Lupino · Paul Henreid

WINNER OF THE NEW YORK CRITICS AWARD FOR "YEAR'S BEST ACTRESS" CALLANT LOVER OF "NOW VJYFGR" AND "CASABLANCA"

en

Volveremos a Vivir

ONE OF THE GREATEST STORIES EVER PRODUCED BY WARNER BROS.

NANCY COLEMAN · MARY BOLAND · VICTOR FRANCEN · KATHARINA

ERROL FLYNN

ANN SHERIDAN

en

Rebelión

(EDGE OF DARKNESS)

Una historia inolvidable
presentada con soberbia
maestría.

Abierta al mundo

"CAVALLERIA RUSTICANA" Y "PAGLIACCI". La Compañía de Opera Antioqueña, después de un fastuoso período de propaganda, ha hecho "su tercera salida". Como el famoso hidalgo manchego. Y a fe que tal empresa no tiene poco de quijotismo. Por punta y punta. Primero, la decisión, no exenta de temeridad, de enfrentarse con obras como "Payasos"; y segundo, la paciencia ante la realidad, dura y cruel, de acabar empresario, director e intérpretes, con la cabeza grande y unas energías menos.

Porque el esfuerzo que estas presentaciones suponen, apenas quedaría compensado con un halagador embolso monetario, que permitiera a cada artista disfrutar de su correspondiente descanso y refrigerio. Y tal pensamiento es por demás utópico.

¿El público? El público, la sociedad de Medellín, ha respondido magníficamente. Las entradas del Junín a las representaciones han sido de primerísimo cartel. Daban ganas de aplaudir al público, por su generosa y hasta abnegada cooperación por sacar adelante este esfuerzo de Mascheroni y los muchachos de Medellín.

Pero para estas cosas se necesita mucho dinero. Se necesitan subvenciones oficiales. Y en los despachos oficiales no ha entrado todavía el método de Lin Yutang de "gobernar por música". ¿Qué saben esos pobres de estas elevaciones? Lo mismo que esos accionistas, tapados de plata, que se quebrarían si no sacaran buena tajada de la sangre de estos muchachos...

Llegó la fecha señalada, y la compañía de ópera se presentó. ¿Cómo? Mal. Y ni pensar en echar la culpa a nadie. La música de la orquesta, que se creyó haber sido pedida a Méjico con sobrada anticipación, estuvo retenida por la censura en Panamá y llegó a Medellín el día mismo del estreno. Hubo que apelar a Bogotá, donde por los mismos días estaban dando exactamente las mismas representaciones, "Cavallería" y "Payasos", y con un gran sentido de camaradería Bogotá suministró la música, que tenía que

ALIÑOS DE ESTE NUMERO

venir por avión para efectuar ensayos, ser devuelta inmediatamente para las representaciones de Bogotá, volver a ser enviada a Medellín... En fin, algo como para volverse locos los de allá y los de aquí. Porque hay que saber lo que es tener un teatro contratado y unas funciones anunciadas. Pero acabemos las excusas, que no es ése precisamente nuestro oficio. Sólo que no es posible criticar sin tener presentes esas concomitancias.

La tercera salida de la Opera Antioqueña ha sido mala. Las dos obras, "Cavallería" y "Payasos", se presentaron muy crudas. Faltaron los ensayos generales, y no se podía producir un milagro. Los ensayos generales fueron las representaciones, y no completos, porque no era posible pararse para repetir un paso malo. Y a la orquesta no se reúne cuando se quiere y se necesita, porque los señores de la orquesta con la misma boca con que soplan... comen(!), y gratis no se les puede pedir que dejen sus ocupaciones para asistir a ensayos de tres, cuatro y hasta más horas.

Cuando debutó la Opera en Medellín, ya es voz común que todo el público acudió a la representación casi bajo una impresión de risa, creyendo que se trataba de una audacia. La sorpresa fue general, y Medellín, de la noche a la mañana, se sintió orgullosa de su Opera. El debut de "Traviata" —segunda obra montada— confirmó el éxito artístico de "Rigoletto". Estos precedentes, unidos a la propaganda con que se anunció la tercera presentación, forzosamente autorizaban al público para esperar un tercer éxi-

to. Y como el milagro no se operó, la entusiasta concurrencia sufrió una pequeña decepción.

Pero no hay que desanimarse. Hay que mantenerse en pie de crítica y de exigencia. Y en pie de crítica y de exigencia no es de lamentar la decepción. "Cavallería" y "Payasos" están bien montadas; y sus representaciones se pueden mejorar y se mejorarán. No hay más que seguir las interpretaciones que las emisoras de radio nos dan frecuentemente estos días, ya que en Medellín están de actualidad. Escuchando esas interpretaciones se advierte que la Opera de Medellín presenta esas obras con enormes deficiencias, pero con exactitud. Los roles de Santuzza y Nedda, a cargo de doña Gilma Cárdenas de Ramírez y de Yolanda Vásquez, en nada quedan eclipsados por las sopranos de fama mundial. Y las obras, en términos generales, son seguidas con agrado en esas grabaciones mediante el recuerdo fresco de las representaciones de Medellín. No hay sino cuadrar los coros y los dúos, perfeccionar el movimiento de los muchachos en escena, pasar dos ensayos generales, y ya están. Los ensayos generales son indispensables, para ensamblar la orquesta con las voces, asegurándose de que no vuelvan a repetirse esos descuadros tan fenomenales. Subsanando estas fallas, esas dos obras traicioneras, que siempre andan juntas como hermanas siamesas, seguramente que pueden presentarse, en Medellín y fuera de Medellín, con mucho mejor éxito. Las fallas individuales de las primeras figuras se toleran más fácilmente, teniendo en cuenta que son obras muy fuertes.

Un detalle bastante mortificante de la orquesta fue corregido en la tercera representación. Se trata de la tuba, o bajo de cobre. Su ejecutante, el popular "Millo", que toca con gran dominio ese instrumento, constituye un gran sostén y un excelente punto de referencia para el desarrollo de la obra. Cuando no se puede ver la batuta, "Millo" guía con sus notas seguras.

(Sigue en la pág. 62)



Chocolate
CRUZ

Todos los días
mejor

1960

Abierta al mundo

SUPER

PUBLICITARIOS LTDA.

MEDELLIN COLOMBIA S. A.
EDIFICIO ALVAREZ No. 604

TELEGRAFOS
"SUPER"

TELEFONO
No. 138-15



UNIVERSIDAD
EAFIT
Abierta al mundo

Pero al cabo de tres horas el auditorio tiene los oídos ensordecidos por un millón de "tubazos".

Creemos sinceramente que no estamos haciendo demasiadas concesiones en este comentario. Las obras están esencialmente aprendidas. Lo que falta es cuestión de retoques. Cuando ya los aplausos sean generales y premien el mérito intrínseco que realmente encierran la "Cavalleria" y los "Paya-sos" de la Opera de Medellín, asumiremos nuevamente el papel de críticos para sacarles defectos. Porque sólo así se progresa. Por ahora, ustedes perdonen la benevolencia.

EL CELLISTA SCHNEIDER. El 18 de Agosto y presentado por Amigos del Arte, ofreció el violoncelista vienés Wolfgang Schneider un recital en la sala del Palacio de Bellas Artes.

Desempeña el señor Schneider el cargo de Director artístico del Conservatorio de Música de Popayán. Es portador de un precioso instrumento Carlos Antonius Testore, constructor milanés de 1720.

Es director del "Trío Schneider", con el que vino a América contratado por la Empresa Daniel. Este trío se componía de clavecín, violín y cello, y fue disuelto por muerte del clavecinista, ocurrida en Buenos Aires. En dicha ciudad se halla guardado el clavecín, de dos teclados y 6 pedales, que pesa tonelada y media (1.500 kilos). El Sr. Schneider tiene el propósito de rehacer su conjunto.

En pasada visita a Medellín, acaecida en Marzo y Abril de 1938, dio tres conciertos, en el último de los cuales nos ofreció el Trío en Mi bemol mayor, op. 40, de Brahms, con la colaboración de Ferrante y Mascheroni.

También en aquella visita incluyó en uno de sus programas la Sonata en La menor de Grieg, la Bourrée de la Tercera Suite, en Do, para violoncelo solo, de Juan Sebastián Bach, y la transcripción para cello del Aria de la famosa Suite en Re, del mismo Bach, obras que figuraron en el concierto que reseñamos.

Adviértese en este cellista un delicado concepto del fraseo y de los matices, pero bien sea por no estar lo bastante familiarizado con su instrumento, de reciente adquisición, o bien por la escasez de cuerdas de calidad, o por lo que sea, su ejecución adolece de muy notorios defectos. Con ser su "Testore" de una rica sonoridad, Schneider peca de languidez, de falta de brío. De afinación anda bastante mal y hace fruncirse constantemente a los oyentes. Y en la Bourrée

de Bach prescindió por completo de toda la doble cuerda y acordes acompañantes. Las Sonatas y Suites de Bach para violín o cello solo, o se tocan en su forma original, que es la más técnica y difícil, o en sus arreglos armonizados. El que existe de la famosa Bourrée es la magnífica transcripción en Sol de Sara Heinze (1898), simple desarrollo del propio acompañamiento celloístico original, que el Sr. Schneider omitió.

ERIC LANDERER. Está entre nosotros este notable pianista checo, a quien hemos aplaudido en diferentes ocasiones. En su última jira por los países vecinos, llegó hasta Costa Rica, donde tuvo la suerte de dar con unos admiradores que lo hospedaron en su finca. En apacible soledad, se ha dedicado durante cuatro meses a preparar las 32 Sonatas de Beethoven, que va a ofrecer en primacía a la afición de Medellín, en siete recitales. Landerer realizará el ciclo beethoveniano de memoria, componiendo los programas por selección de Sonatas, en vez de hacerlo por orden numérico.

ALEJANDRO BOROWSKY. También nos anuncia la prensa para dentro de un mes la visita del excelso intérprete de Bach, Alejandro Borowsky, que tan gratos recuerdos dejó entre nosotros hace un par de años.

ESTUPIDECES.—Como eso de los decretos contra los ruidos y otras profilaxias son cuentos tártaros, no hay más remedio que tragarse toda la mu-

siquita que, a toda hora, prodigan esos tocadiscos infernales de los cafés, para arrullar a borrachos y pier-nipeludos. Ahora tienen "de moda" una imbécil versión del "Cascanueces" de Tschaukowsky, caricatura debida a la Casa Victor Records de Nueva York... Mucha es la baboseria que han difundido las casas grabadoras de discos y mucho es lo que han contribuido a formar adolescentes idiotas, que combinan un desarrollo enfermizo de musicomanía con otras taras peores, negativas de toda hombría. A ese género de música pertenece la "parodia" del "Cascanueces" para "jazz", que comentamos. Dedicamos de todo corazón este comentario a todo el que meta una moneda de cinco centavos por ese maldito tocadiscos que se ensaña en nuestros oídos durante toda la jornada de trabajo.

LAS 32 SONATAS DE BEETHOVEN.—Podemos alcanzar el presente número de "Micro" para dar cuenta de la iniciación del ciclo beethoveniano, más atrás anunciado.

Eric Landerer ofreció su primer recital, en el Teatro Bellas Artes, el viernes, 1º del corriente mes.

A pesar de estar cayendo un diluvio a la hora precisa del concierto, la sala se vio muy concurrida de público selecto, que demostró bien a las claras estar muy complacido por la actuación del artista.

El estudio intenso a que se ha sometido Landerer desde que nos visitó la última vez se trasluce en sus interpretaciones de las Sonatas de Beethoven. Bien documentado en las distintas ediciones de afamados revisores—Snabel, Bülow, Köhler y Ruthardt, Casella, etc. Landerer nos va a dar un espléndido festín de Beethoven, a juzgar por su primer recital.

Hace algunos años—en 1938—Joaquín Fuster presentó en Medellín por primera vez el ciclo de las 32 Sonatas. Pero la tarea del pianista español fue más bien una prueba pedagógica, comentada por el Dr. Acosta Ortega, que sirviera para sentar en nuestro ambiente los principios de uno de los principales géneros de la historia musical. Los recitales de Eric Landerer ya suponen a la afición medellinense iniciada en el género y aun en el conocimiento somero de las célebres 32 Sonatas, gracias a aquella labor primera del Maestro Fuster. Y Landerer es un magnífico artista para desempeñar ese cometido. Une a un temperamento fogoso una sensibilidad de verdadero orfebre de la música, que analiza con lupa el más nimio detalle

Admirables por su
BELLEZA



si los crjan con
Banarina

1968

ELEGANCIA de líneas



Multitud de modelos,
técnicamente cortados,
sobre las creaciones del
último minuto...



EVERFIT

LISTO Y A SU MEDIDA

Abierta al mundo

de las obras. Poseedor de una vasta documentación musical, puede ofrecer versiones de un marcado eclecticismo, que, no sólo están respaldadas por la más sólida autoridad, sino que también deleitan y satisfacen plenamente al público. Todo esto, unido a la fuerza de compenetración que supone el interpretar de memoria las 32 joyas beethovenianas, hace que las veladas iniciadas por el eminente pianista el 19 de Septiembre prometan ser una temporada de lo más inolvidable que tenga Medellín.

UNA NIÑA VIOLINISTA.—La última presentación de alumnos y elementos del Instituto de Música que se efectuó en la sala de Bellas Artes, ofreció dos actuaciones dignas de mención. Una de ellas fue la de la Srta. Margot Levy, discípula de violín del Maestro Matza. Interpretó un programa de piezas pequeñas, acompañada al piano por el Maestro Mascheroni. Esta alumna parece que sea la realidad más definitiva después de Jorge Gómez, guardadas, naturalmente, las proporciones. Margot Levy lleva apenas tres años de estudio. No puede todavía ejecutar obras de concierto, como Jorge Gómez, pero llama poderosamente la atención por su cuadratura rítmica y por la asimilación de la excelente escuela del profesor. Su progreso es constante, y seguramente llegará a ser una buena violinista.

CUARTETO DE CUERDAS.— Otra de las presentaciones dignas de relieve es la del Cuarteto del Conservatorio, compuesto por Joseph Matza (Violín 1º), Jorge Gómez (Violín 2º), Juan Restrepo (Viola) y Alfonso Vieco (Violoncello). Interpretaron el Cuarteto en Fa Mayor, op. 96, de Dvorak, logrando una versión muy aceptable.

EL MAESTRO GUILLERMO ESPINOSA.—A mediados de Agosto estuvo en Medellín el Director de la Orquesta Sinfónica de Bogotá, Maestro Guillermo Espinosa, estudiando la manera de dar cumplimiento a las buenas promesas que se formularon por los días de la Exposición, en Enero de este año, de hacer lo posible por traer la Sinfónica todos los años. Tenemos entendido que sus gestiones fueron coronadas con pleno éxito, y que en Octubre tendremos una serie de conciertos sensacionales, combinados con la cooperación de Alejandro Borowsky y Luis Macía.

"RIGOLETTO".—El 25 de Agosto tuvo lugar en el Teatro Junín la novena representación de la Opera "Rigoletto", a cargo de la Compañía de Opera de

nuestra villa. Esa noche quedó consagrada definitivamente la Compañía paisa, hija y hechura exclusiva del titánico Maestro Mascheroni. Ante esas realidades preciso es darse por vencido y reconocer el mérito de director, colaboradores y artistas. Fue un "Rigoletto" que dejará memoria. Esa es la impresión de "Carabonita", Ortiz y demás virtuosos de la tramoya, cuya pituitaria escénica y musical es el supremo juez en estas lides. Vayan ustedes a enseñarles a estos señores cuándo está buena o está mala una representación teatral, bien sea de ópera, o de lo que sea... En cinco minutos de descanso le dan a uno un curso de historia escénica de Medellín, desde Santi Lopriore, pasando por Bracale, hasta nuestros días.

Ese "Rigoletto" confirmó de una vez por todas que todo lo que necesita la Compañía de Medellín es llegar a dominar bien una obra para sacarla casi perfecta. Cuando hay seguridad, las facultades brotan como por encanto. Yolanda, doña Marina, Rivera, Evelio, Pepe Vidal, Franco, el coro, ese simpatiquísimo coro, todos estuvieron como en noche de doctorado. Poco más tuvo que renegar Mascheroni, a cada subidita a bastidores después de cada acto. Y eso que por lo regular son temibles.

La orquesta tuvo también una feliz actuación y contribuyó en gran parte al lucimiento de los cantantes y al buen resultado de los efectos escénicos. Eso de que en Medellín no se puede formar orquesta sinfónica es el gran mito. Si los "dueños" de la plata lo quisieran, habría sinfónica y otras cosas más. Pero no mentemos más plata, ni dueños de plata, que da náuseas...

El público estuvo contentísimo y aplaudió con franco entusiasmo. Asistieron el Gobernador y el Alcalde. Menos mal que a las autoridades les ha dado siquiera por honrar y estimular con su presencia estas veladas inolvidables del arte antioqueño.

UN "CLARINETE" DE SOTANA.—En un desfile escolar que tuvo lugar el día 2 de este mes, alegró las calles de Medellín una bandita muy simpática, de muchachos ingenuamente uniformados, interpretando correctamente infantil marcha. Los flamantes soldados de chocolate iban dirigidos por un Padre, agarrado de un clarinete que iba tocando lo más serio, con su música en la bocina del instrumento.

Eso es educar y preparar hombres. Todo lo demás, mero exhibicionismo barato y embotamiento de la inteligencia. Así les luce el pelo a tanto lechuguino como dan esas remontas

ANTONIO MARIA VALENCIA.— Cuando nos visitó, con sus Coros del Conservatorio de Cali, en los días de la Exposición, hicimos alusión al género de música a dos pianos. Dijimos que lo único práctico que hallábamos en esa clase de interpretaciones era sacar buenos pianistas acompañantes. Ahora nos parece que ya constituye una manía, bastante estéril, del Maestro Valencia. Tanta música a dos pianos, y hasta a seis manos, acaba por despertar la sensación de una "soirée" de pianola. Sin que baste a desvanecer esta impresión la buena música que el Maestro nos ofreció.

Pero esta vez pudimos apreciar también, a Valencia y a sus dos aventajados discípulos Mary Fernández y Luis Carlos Figueroa, como pianistas individuales.

Mary Fernández nos ofreció una simple ejecución del Concierto Italiano de Juan Sebastián y la Sonatina de Ravel. Como intérprete, nos quedamos sin conocerla. Porque no hubo interpretación. El Concierto Italiano no es obra de dificultades técnicas. Es una sonata escrita con tintas simpáticas, en espera de los reactivos que le aplique el artista. Sobre todo el segundo tiempo.

En el primer tiempo de la Sonatina de Ravel comenzamos a vislumbrar algún sentido, tal vez por contraste con la desnuda versión de Bach; pero pronto se ausentaron las ideas del compositor.

Lo más positivo, artísticamente, que nos ha traído hasta ahora el Maestro Valencia, es Figueroa. Es un verdadero músico; que comprende y expresa bien. A excepción de la Balada Nº 4, en Fa menor, de Chopin, que fue cosa muerta, todo lo que ejecutó reveló talento.

Creemos que a Figueroa le va mejor la versión de Bussoni de la Tocata y Fuga en Re menor de Bach, que es mucho más compacta y orgánica que la de Tausig, y más apropiada para la ejecución redonda y maciza de Figueroa.

Teníamos vivo interés por conocer al Maestro Valencia como concertista, dada la fama de que, como tal, goza. Por eso nos tenían algo aburridos sus colaboraciones con sus discípulos en tantas obras a dos pianos. En estas intervenciones habíamos advertido en su forma de tocar cierta frivolidad. Pero en su recital afirmó más esa impresión. Valencia interpreta como tomando la cosa a juego. Es su toque una especie de pasatiempo, como si estuviera en su estudio haciendo dedos en tertulia con sus amigos; con un vaivén



ANN SHERIDAN y NANCY COLEMAN, en
la grandiosa producción Warner REBELION
próxima a estrenarse en el A V E N I D A.

TEATRO
Bolivar

PROXIMAMENTE

**Grandes Estrenos
Exclusivos**

de las mejores productoras de Hollywood y México!



UNIVERSIDAD
EXTERNO
Abierta al mundo

constante en el ritmo que destroza los nervios. Durante todas las Variaciones de Beethoven y la bellísima obra Preludio, Coral y Fuga, de César Franck, estuvimos esperando que se cuadrara y acometiera las obras a fondo. Pero una indolencia irritante es lo que nos brindó el pianista.

Sus arreglos de Albéniz y Falla son meritorios e interesantes, y sólo por conocerlos se puede soportar su ejecución a dos pianos. En cambio es un

desastre oír las "Noches en los Jardines de España", de don Manuel de Falla, en piano a seis manos. Así se trate del propio guión del autor. No hay en el mundo pianolas que suplan los encantos de colorido orquestal que la obra encierra.

EMISORA CULTURAL.—Para las personas que no entienden de negocios ni de tantos por cientos, es un providencial oasis del espíritu la Emisora

Cultural de la Universidad de Antioquia. Casi no se puede creer, cuando escuchamos sus programas, que sea una estación local la que tan olímpicamente se olvida de la explotación comercial de la radio, para llevar al subconsciente artístico de los medellinenses las influencias de la buena música, de la única música verdadera. ¡Qué obra tan admirable la desarrollada por esa Emisora!

ZULATEGI

LOS FRENTES DE GUERRA Y EL CINE

(Viene de la pág. 33)

fica que ocupa las energías del Ejército y la Armada de los Estados Unidos, es un programa de películas preparado por sus Servicios Industriales y presentado a las fábricas y grupos de trabajadores en todo el país. Estos tienen por objeto dramatizar la relación estrecha que existe entre el trabajo de los hombres y de las mujeres en las fábricas de la nación y las actividades diarias en los frentes de combate del mundo. Todos los meses, millares de trabajadores presencian películas como la actualmente presentada por el Ejército de los Estados Unidos, EL CASO DE LA TRE-

MENDA BAGATELA, en que se hace ver la relación entre los recientes bombardeos de las fábricas de cojinetes de bolas de Schweinfurt y la importancia de la producción de piezas pequeñas en los Estados Unidos.

Finalmente, hay un programa de películas recreativas para el Ejército. Dichas películas son de carácter informativo y levantan el espíritu de manera ingeniosa, además de ser extremada-

mente populares para fines de recreo. Además de las películas noticieras y de asuntos cortos, se ofrece en cada "edición" la Revista del Cine del Ejército y la Armada, donde aparece el cómico en caricaturas, el Soldado Snafu, en una serie de aventuras animadas que son comentarios descriptivos y humorísticos acerca del destino del soldado.

Estas son algunas de las maneras en que los soldados de los Estados Unidos son bombardeados a diario con las películas del Ejército en sus campamentos. ¿Y qué hacen cuando se hallan en uso de licencia? Van al cine!

quedado sobre la tierra esperando su regreso, aunque sé que no podré decir ninguna palabra. Nunca más hablaré del amor!

Ud. bajó hasta aquí. Para qué? Yo no he de morirme todavía porque aún hay recuerdos por el mundo. Me quedan, al menos, la niñez y el sabor de las primeras frutas y el color indefinido que precede al sueño.

Se puso en pie, despacio, como ha-

UN POBRE HOMBRE

(Viene de la pág. 17)

bía dicho las últimas palabras. No tuve que ayudarlo. Por la angosta faja que daba acceso a la profunda zanja salió a la vía. Yo iba detrás con mi silencio que parecía de siempre. Y se fue, sin importarle a dónde, y dejando sonar sus pasos.

Sobre un lecho, seco ya, y como a

unos veinte metros, estaba el viaducto. De pronto, sus pasos no sonaron más. En la paz de la noche, sólo un instante, me golpearon estas palabras, altas como un grito: "Otra vez...".

Apenas, en ese momento, pensé que hacía yo allí. Es bien sencillo saberlo ahora. Siempre, cuando viene la noche, guardo silencio y me digo: En alguna parte un hombre ha caído desde su corazón!

EDUARDO CORREA

CORRESPONDENCIA DE BARRANQUILLA

LA VOZ DE LA PATRIA ha inaugurado un nuevo transmisor de un kilowatt de potencia en atena, transmisor éste que fue diseñado y construido por el ingeniero colombiano don Clemente Vasallo Gómez. La inauguración se efectuó el 7 de Agosto y ése día, naturalmente, la popular estación barranquillera echó la casa por las ventanas, como todavía se dice. **LA VOZ DE LA PATRIA** es, de las ondas largas de Barranquilla, la mejor organizada y ello se debe en gran parte al esfuerzo desarrollado por sus propietarios y su dinámico administrador don César Carroll. Sus programas son escuchados con positivo interés y su cuerpo de locutores está muy bien seleccionado. Acaba de afiliarse a la B. B. C. de Londres y recibe el servicio de la Prensa Asociada, para garantizar efectivamente la índole de sus informaciones ex-

Por

ALFONSO ROSALES NAVARRO

Corresponsal de MICRO

tranjeras. Estas se presentan en el radio-periódico "PANORAMA", escrito con juicio y con un alto sentido periodístico. El 29 de Julio cumplió ocho años de estar en el aire y el hecho de que haya llegado a ese aniversario, demuestra en grado sumo la competencia de quienes la dirigen y administran.

EMISORAS UNIDAS, la potentísima empresa de la Costa, sigue marcándose records de sintonía con nuevos e interesantes programas. Los oyentes de fuera pueden apreciarlos. Para hoy de-

seamos dar este informe: los martes de 7 a 7.30 se presenta **EL RINCON DE LOS POETAS**, que dirige y locuta el propio gerente de la estación, Don Rafael Roncallo Vilar. Los viernes, de 7 a 7 y media, está **EL MUNDO ARTISTICO**, también bajo la dirección de otro socio de la empresa, su sub-gerente el señor E. Rosado Jr. En Mundo Artístico colaboran intelectuales costeños de talla, como Benigno Acosta Polo. Los lunes, a las 9 y media, encontramos un rapidísimo programa: "El Velódromo del Espacio". Este se hace desde un teatro y hay pesos para el público. Lo anima un servidor. Los domingos, de siete y media a ocho y media de la noche, hallamos "LA HORA DE COLOMBIANISMO", que está bajo la dirección de Rafael Pacheco Márquez. A las doce del día —también los domingos— está "La Hora Española", que

LOS CONCIERTOS POPULARES DE LA ORQUESTA SINFONICA NACIONAL.

Cuatro conciertos sinfónicos, dirigidos por los maestros José Rozo Contreras y Daniel Zamudio, ha presentado la Orquesta Sinfónica Nacional entre el 28 de julio y el 19 de septiembre del presente año: cuatro acontecimientos artísticos de singular significación que demuestran plenamente tres grandes verdades: 1ª) Las posibilidades de esta agrupación, que dirigida por verdaderos maestros rinde —técnica y estéticamente— un resultado plenamente satisfactorio; 2ª) La comprensión del público bogotano, que premió con largas ovaciones la dirección impecable y la labor artística de Zamudio y de Rozo Contreras y 3ª) La necesidad de entregar la Orquesta Sinfónica Nacional a un verdadero maestro, a un verdadero músico, a un verdadero director para obtener de ella todo lo que puede dar a la cultura artística nacional.

El viernes 21 de julio se efectuó en el Teatro Municipal el primero de estos conciertos, en que Rozo Contreras dirigió impecablemente la Quinta Sinfonía de Schubert, la Jota Aragonesa de Albéniz y la exquisita Fantasía sobre temas colombianos de nuestro Morales Pino. En el segundo Concierto, verificado el día 28 del mismo mes, Rozo Contreras volvió a empuñar su batuta —tan clara y rigurosa— para dirigir la interpretación de la Sinfonía N° 13 de Haydn (Sol mayor), los Ocho cantos populares rusos para or-

VIDA DEL ARTE EN BOGOTA

(Viene de la pág. 49)

questa, op. 58 de Liadow y la Malagueña op. 165 N° 3 de Albéniz. En ambas ocasiones, la orquesta rindió un trabajo excelente y las obras programadas adquirieron carácter definido bajo la batuta de Rozo Contreras, cuyas capacidades técnicas no se limitan al campo de la banda, en cuanto se ha revelado siempre como excelente director de orquesta, cuyos recursos domina plenamente y para la cual ha escrito hermosas obras sinfónicas.

El 18 de agosto asistimos al Teatro de Colón a escuchar el tercero de estos conciertos populares, dirigido esta vez por el maestro Daniel Zamudio, veterano compositor y director, musicólogo y organista en quien la música nacional tiene uno de sus más puros valores. Honda emoción reinó durante este concierto, en el cual se interpretaron obras de Mendelssohn (El Sueño de una Noche de Verano), Sibelius (Valse triste) y Zamudio (Marcha triunfal). Más de 25 años hacía que el maestro Zamudio había dirigido por última vez una gran orquesta sinfónica y en esta ocasión, al reanudar el noble oficio de director por él abando-

nado para entregarse a la enseñanza artística, su dominio magistral de la orquesta, la economía expresiva de los gestos y la precisión matemática de su batuta, causaron sensación en el público que le ovacionó insistente y cariñosamente, obligándole a repetir la ejecución de su hermosa y nobilísima Marcha Triunfal.

Este emocionante espectáculo se repitió en la tarde del 19 de septiembre en el Teatro Municipal, concierto en que Zamudio dirigió la Sinfonía N° 31 de Mozart y la Primera Suite Peer Gynt de Grieg con extraordinaria pericia y profundo sentido de los respectivos estilos históricos. Necesario es advertir que los profesores de la orquesta, con muy pocas excepciones, colaboraron admirablemente con el director "invitado" que, aquí entre paréntesis, debería ser el director permanente de la corporación, si es que todavía existe entre nosotros el sentido de la justicia y el respeto a los altos intereses del arte.

Los cuatro conciertos populares de la Orquesta Sinfónica Nacional han demostrado plenamente, una vez más, que el país tiene una cuenta pendiente que saldar con los verdaderos valores de nuestra música, a quienes es preciso hacer justicia, aunque para ello haya que romper con valiosos intereses creados y con egoísmos acorazados en posiciones conquistadas con inaudita audacia.

No más palos de ciego

(Viene de la pág. 49)

ca garantías especiales a los productores que se preocupen por superar la calidad artística y técnica en futuras obras filmicas; busque la forma de que los teatros nacionales no extorsionen al productor criollo; instituya premios anuales para los más destacados films y los mejores elementos artísticos y técnicos; patrocine la filmación de películas cortas documentales, contratándolas con las empresas que demuestren ser idóneas para tal renglón del séptimo arte; reglamente cuanto antes la ley que exime de impuestos de exhibición a las producciones nacionales; prohíba la utilización

de artistas y directores importados; haga que sus cónsules abran mercado extranjero a las cintas nacionales tan pronto ellas merezcan la exportación. Sólo con medidas de esta clase se echarán las bases a una floreciente industria cinematográfica colombiana. Si el gobierno ignora al cine que nace como ignoró e ignora aún a la radio, el país hará el ridículo ante los extraños y seguirá desarrollando incultura en su propio jugo. Que acaben ya los palos de ciego en cine, vehículo de culturización que no puede cumplir su tarea si se deja en manos de negociantes inescrupulosos y analfabetos.

CAMILO CORREA



Roberto de Moya, ex-artista de la National Broadcasting Co. Anduvo con Carlos Gardel y conoce media humanidad. Es un brillante guitarrista y en la actualidad tiene un sexteto que es ya famoso en el mundo de la radio. Se denomina "Sexteto Rítmico".

es dirigida por Juan Eugenio Cañavera. El programa termina con un "olé... por la España Bravía". Finalmente los martes, a las ocho y media, localizamos en la emisora "LA AUDICION ESTELAR", que es un verdadero desfile artístico: allí aparecen, cumpliendo su cometido con sigilar brillo y esplendor, Rafael Torres —intérprete de la música argentina; Nelly del Valle, en música auténticamente española; Gilberto Valdés, para quien el piano ya no tiene secretos; Teresita García Quesada, de voz armoniosa y con un perfecto dominio del diálogo; Roberts, con sus dos muñecos; María Jaramillo, siempre cautivadora; Enrique Lombardo, de quien se dice que ha recibido una propuesta fuerte para trabajar en Bogotá, y otros más.

EMISORA ATLANTICO presentó a los Hermanos Hernández. Hay también en sus programas un deseo de acertar y de llevar al público lo mejor. Su popular y famosa orquesta Emisora Atlántico Jaz Band, continúa con "el bate en la mano". Los sábados ameniza los cocktails del Hotel Prado, a los cuales acude lo más granado de nuestra sociedad y los domingos está en Bolos Barranquilla, otro sitio para la gente bien. De sus conjuntos de cuerda se destaca, sin duda alguna, el trío Romancero... que es bueno "hasta la última nota". En próxima ocasión daremos mayores informes sobre esta emisora.

RADIO BARRANQUILLA se perfecciona poco a poco. Es otra onda larga popular, que sabe lo que hace y por qué lo hace. Entre sus programas conviene mencionar "LA HORA DEL HOGAR" que goza de gran simpatía entre las damas. La Hora del Hogar es un esfuerzo gigantesco de doña Colasa Navarro, de Rosales —madre de éste corresponsal— y ya va para los cinco años de fundada.

LOS ARTISTAS EN SU MUNDO (De Barranquilla, para MICRO)

Por acá hemos recibido en estos días tres visitas de apreciables y destacados elementos artísticos: Alba del Castillo, la maravillosa soprano antioqueña, quien está cantando en La Revista del Aire de la Compañía Colombiana de Tabaco, que se presenta en Emisoras Unidas; Pepita Osorio, de la Compañía de Opera Nacional, quien trabaja también para las Emisoras Unidas y los Hermanos Hernández, quienes debutaron en el Teatro Murillo y trabajan para la Emisora Atlántico.

LA COMPAÑIA DE OPERA DE BARRANQUILLA prepara ahora la presentación de TRAVIATA. Con Rigoletto, la Compañía de Opera estuvo a la altura de las circunstancias y el público de Barranquilla premió el esfuerzo, hasta donde pudo. Suerte fue, eso sí, el oportuno aporte del Municipio de Barranquilla y del Departamento del Atlántico, porque de otro modo la Compañía se habría quedado en pañales. Las dos inyecciones le han dado esfuerzo y por esas calles de Dios

vemos al Maestro Biava y a Paco de la Riera, agitando de nuevo la opinión para lo que ha de venir. Todavía no podemos precisar qué papel ha de corresponder, en el reparto, a Tina Altamar, a quien sería bueno que escucharan por allá en Medellín, para que se vea que si allá está "El Ruisenor de la Montaña", aquí tenemos "El Ruisenor de Colombia".

ESTERCITA FORERO preparó y presentó en el Estadio Municipal, con lleno completo, LA FERIA DE LAS AMERICAS. En ella se exhibieron todas las danzas típicas de la América Latina. El cuerpo consular acreditado en esta ciudad estuvo allí y el desarrollo de la audición fue espléndido. Estercita Forero probablemente se dirija de esta ciudad a Bogotá, pues parece que va a ser contratada por la Nueva Granada. Luego viajará de nuevo al exterior, para seguir haciendo propaganda de nuestra música en tierras extrañas.

EL CONJUNTO DE DOÑA AMIRA DE LA ROSA sigue actuando por los micrófonos de Emisora Atlántico. Doña Amira, siempre genial, nos saca los jueves del marasmo en que vivimos. Su cuadro está bien integrado y sabe entrenarse. Rafael Vergara Méndez y

Tica Arrieta se elevan en sus papeles, que realizan con naturalidad permanente.

ZORAIDA tuvo dos exhibiciones de sus cuadros de baile en el Teatro Apolo. Allí estaba la artista diminuta Gacho, que ha constituido una verdadera revelación. El conjunto de Zoraida está también liando bártulos, rumbo al interior de la república. Zoraida viajará próximamente a Medellín, que es la primera ciudad que tocará en su jira artística. Hablando particularmente de Gacho damos estos informes que son de interés:

Tiene trece años: es taquígrafa, mecanógrafa y contabilista, habiendo recibido grado en estas materias. En la actualidad es la secretaria de su padre don David Peña O., quien tiene sus oficinas especializadas en auditorias y asuntos administrativos y quien va a abandonar estos negocios para dedicarse enteramente al cuidado de Gacho, para conseguir que Colombia tenga una verdadera bailarina. Gacho me ha dicho que ella bailará no por sport sino para que el público la admire porque su mayor satisfacción es el aplauso de las multitudes, a las que ella no teme porque las sabe conquistar tan pronto como sube al escenario.

Alfonso Rosales Navarro

"NO BAILARE POR SPORT SINO PARA SER APLAUDIDA", DICE GACHO EN MICRO-ENTREVISTA ESPECIAL



—Dime Gacho: ya no juegas?

Yo no he dejado de jugar todavía. Me gustan todos los deportes: monto bicicleta, corro patines, juego fútbol, basquet-ball, base-ball; juego trompos, a las bolas, me gusta la honda y la cacería... pero con especialidad me dedico a las muñecas... A mi papá le he dicho que cuando yo gane mucho dinero, me compre una muñeca grande, grande, grande...

—Y te queda tiempo para estudiar, con todos esos juegos?

—Me sobra tiempo... puesto que trabajo medio día aquí en la oficina, y el otro medio lo invierto en mi aprendizaje del baile que no es tan fácil como yo soñaba... Imagínese Ud.: sólo en pasos de baile sé alrededor de ciento veinte, para distintas danzas y unos cincuenta ejercicios para adquirir soltura y perfección física. Lo más engorroso de todo son los ejercicios de ballet y de castañuelas... pero, no importa! porque yo no bailaré por sport, sino para que me aplaudan las multitudes y esto sólo se consigue haciéndolo bien. En la noche mi papá me pone una pequeña vitrola y en compañía de mis hermanitos Gloria y Davilito formamos un espectáculo teatral, que en aquellos momentos es dirigido por papá, a quien le gusta todo lo que nosotros hacemos.

Hemos hablado, por espacio de cinco minutos, en la oficina de su padre —don David Peña— con Gacho. Cuando llegué allí, Gacho, a pesar de sus trece años, recibía el dictado de su padre para contestar una carta. ¿Qué seriedad!

COLCHA DE RETAZOS

Según dos periódicos medellinenses y una revista bogotana —El Colombiano, El Diario y uno de esos folletos financiados con anuncios y con subvención oficial— los colombianos hemos estado comiendo grillos y lombrices durante meses. Por lo menos así se desprende de titulares que rezan: "Cebo ha estado expendiéndose en lugar de manteca". Es decir que no sólo nos han hecho comer grillos, lombrices y moscas, sino que nos los han "pasado" por manteca! Todavía que fuera sebo, podría tolerarse la broma...

Se dice en Medellín que el maestro José María Tena observó a la "orquesta" de Radio Córdoba para crear su ya famosa BANDA PUEBLERINA de la Emisora Nueva Granada. Pero —sigue diciéndose— no hay "ni tiros" de que el hábil director español logre dar a su caricaturesca agrupación el desafinamiento y la falta de armonía que presiden los "conciertos bailables" de la Radio Córdoba. Esa trompeta no logra imitarla nadie en el mundo. Ni ese clarinete...

Ducrane, Cofilma, Cicolsa, Patria, Granada, Tropical, Tequendama, Calvo... cero y son ocho productoras cinematográficas en Colombia. Como quien dice, tenemos aquí tanto cine como en Argentina o Méjico. Y estamos pisándoles los talones a Hollywood. Hasta ahora la Patria —Alvarez-Sierra-Onetto-Martínez y Cía.— lleva el récord de producción: "Allá en el Trapiche" y "Antonia Santos". Lo que se llama un récord... pero no se puede decir de qué.

Hay en Medellín un señor periodista que juró "acabar con el cine nacional". No porque le interese acabar con una industria en la que jamás tuvo ni tendrá acciones y que en realidad de verdad apenas se inicia. Su idea es dizque perjudicar a un cierto ex-amigo suyo que desde hace varios años viene preconizando en esta revista, en otras y en los diarios la creación de una cinematografía autóctona. Desde luego, cualquiera nota que ese notable escritor —de nombre Juan Roca Lemus y de pseudónimo RUBAYATA— está tacando burro: su ex-amigo no se perjudica si el cine nacional se muere nonato. Ha vivido de otras cosas durante muchos años.

Cuando ya era imposible destinar un espacio al comentario de la primera película parlante filmada en Colombia, "Golpe de Gracia", fue estrenada en Medellín. Según ya estaba ofrecido en otra página, en nuestra próxima entrega haremos un comentario crítico sobre tal cinta. Por hoy baste la expresión de nuestra complacencia por el triunfo que Ducrane se apuntó al iniciar el ci-

ne colombiano. No es esta una película perfecta. Ni siquiera buena. Pero es una película. De ahí para arriba deberán estar quienes hagan cine en el futuro.

Cofilma (Compañía Filmadora Antioqueña) ha empezado ya el rodaje de "La Canción de mi Tierra", con Gonzalo Rivera como protagonista. El señor Katz, gerente y director técnico de la productora, se muestra optimista respecto al resultado final. Después del fracaso que Cofilma tuvo en "Anarkos" —fracaso reconocido por los productores al guardar la cinta— se propuso comprobar que es capaz de hacer películas buenas: adquirió nuevos elementos técnicos, amplió su capital, trasladó estudios a Medellín y acometió la filmación

TULIO FERNANDEZ

A fijar su residencia en Cali, ciudad a la que está unido por lazos indisolubles, sale en la primera semana de octubre nuestro amigo Tulio Fernández, hasta ahora administrador de La Voz de Antioquia. Es un viaje que trae pérdida para la radiodifusión antioqueña, con la consiguiente ganancia para la de Cali. Porque Tulio Fernández —el petizo, el pote— es, sin disputa, uno de los elementos más capacitados que cuenta en la actualidad la industria radiofónica en nuestro país: locutor agradable por calidad de voz y excelente vocalización, capacidad organizadora, hombría de bien, discreción en el trato, cultura general de alto nivel, en fin, todas las cualidades y para cualquier ciudad. Desde sus lledotes personales de Tulio coinciden para hacer de él un huésped grato gada a Medellín, de ello hace varios años, este caballero ha sabido acrecentar día por día —en constante labor— el número de sus amistades sociales y comerciales: Publicidad Lecompte, Experts Publicidad y La Voz de Antioquia han sido campo propicio para la demostración de sus muchas y legítimas capacidades.

Al despedir al amigo, hacemos votos porque la capital vallecaucana le vea en la continuación de su ascendente carrera. Y —a nombre de los oyentes de la primera emisora antioqueña— le recordamos que La Montaña mantendrá la puerta abierta para él.

de un argumento concebido dentro de las posibilidades actuales. Para el primer trimestre de 1945 tendremos en cartelera "La Canción de mi Tierra". El golpe avisará.

La Cía. teatral Renacimiento obtuvo en Medellín un sonado triunfo. Durante dos semanas el Bolívar se mantuvo prácticamente lleno de espectadores satisfechos y "volvedores". Naturalmente no podemos nosotros decir que esta agrupación sea todo eso que la publicidad interesada ha querido hacernos creer: pero sí reconocemos que se trata de un elenco bien encabezado —lástima que por un tan marcado acento argentino— e inteligentemente nivelado. El entusiasmo del público medellinense por esta temporada, y el que en Bogotá sigue expresándose en llenos diarios hace varias semanas para la Cía. de don Luis Enrique Osorio, hacen ver que el teatro no muere por más que el cine gane clientes continuamente.

Guillermo Beltrán, Hernando Vega Escobar, Mary de Vásquez, Mario J. González, Mario Jaramillo, Tocayo Ceballos, Gonzalo Rivera, Marina y Roberto Ughetti, Marco F. Eusse, Bernardo Londoño, Gerardo Moscoso y por lo menos dos decenas más de actores y actrices nacionales magníficos, buenos o mediocres con posibilidades, hacen un buen núcleo para empezar filmaciones en Colombia. Traer artistas y directores extranjeros sería un crimen de lesa nacionalidad. Colombia no es menos inteligente ni menos espiritual que ninguna de las naciones latinoamericanas. Sólo la técnica —cámara, sonido, sincronismo y trucado— nos faltan y debemos importarlos. Talento nos sobra y es un snobista cretino quien lo niegue.

En Medellín se ha constituido un grupo de tres cantantes "para imitar a los hermanos Héctor, Francisco y Gonzalo Hernández". Con comillas porque puede darse por sentado que esa es la idea del llamado Trío Emilio Murillo: imitar a "los inimitables cultores del folklore nacional", como han dado en llamarse a sí mismos los músicos aguadeños. Malos imitadores de unos pésimos cantores son estos señores del grupo dicho, que de trío nada tienen pues tres personas cantando al tiempo no constituyen trío por más buena voluntad que tengan: nuestra señora la Armonía no está al alcance de todos los hombres de buena voluntad: sólo se presta a aquellos afortunados que tienen "oreja" y técnica. Si estos amigos disolvieran ese trío nominal y cantaran sus bambucos a dúo dejando el supernumerario para reemplazos de emergencia o para rellenar acompañamiento, todos saldríamos ganando: ellos, los bambucos y los radioescuchas.

ENTRAÑAS DE NIÑO

NOVELA

POR

TOMAS CARRASQUILLA

(CONTINUA DEL NUMERO ANTERIOR)

manto. Me acuso, me acuso de todo, narro el delito; pero no puedo precisar las víctimas. Mi confesor se ríe duro, tan duro, que le han oído. Me ofusco, me conturbo, lloro. El me exhorta, me consuela, me cura. Me levanto lloroso, libre de la culpa, anegado en gracia.

Veo a la abuelita en el comulgatorio, me voy a ella y me hago a su lado. En ese instante sale el coadjutor a darle la comunión a aquella viejecita enferma, que no puede aguantar. Yo veo esa cara transfigurada, veo cómo, al recibir a Dios, destilan las lágrimas, por entre las pestañas caídas, y mi llanto, contenido apenas un instante, torna a correr por mis mejillas. Transcurre un instante. Oigo la tos tan conocida de Mi Tula. Miro, y la veo en la puertecita de la nave derecha, que da a un corredor. Mamá se alza de su puesto, acércase a la anciana, y la lleva allá; el cuerpo desfallecido pedía el sustento. Me voy al lado de papá y me pongo a ofrecer la confesión, según Vira, para cumplir inmediatamente la penitencia. Pienso de pronto que mamacita va a regañarme, porque aun en la comunión de la abuela fui a colgandear y a no dejarla en paz. Esto me enreda y rezo muy mal los siete padrenuestros de la penitencia. Me prometo tener mucho fervor y recogimiento en la misa; pero no lo consigo; me distraen las venias que se hacen los curas y el columpiarse de los humeantes incensarios. Mamá me va leyendo, a media voz, en su Eucologio; pero a medida que la misa avanza, pienso más bobadas y atiendo menos. En el prefacio me acuerdo del de Francisco Vera y me entran deseos de cantarlo parejo con el cura. Todo esto me acobarda y me remuerde; me persuado de que no tengo tal uso de razón, que soy un bobito y de que siempre he quedado algo de asombrado y de idiático. Al alzar, me suenan, con delicia rara, el canto, las campanas y campanillas; pero me da como envidia de un muchacho que agita muy dichoso el esquilón grande. Beso la tierra como todos y abro los brazos, en crucificación,

pero sigo pensando cosas bobas.

Llega la comunión; toditos los de casa, blancos y negros, hombres y mujeres, se van arrimando, uno por uno, y llenan la rueda del comulgatorio, igualados por el uso de la razón. Sale el cura con el copón y principia por el negro Félix. Oigo el *Corpus Domini*, oigo la campanilla, y principio a hacer pucheros. Es otra angustia de hambre, semejante a aquella de la convalecencia, cuando los sentía en la mesa. Todos comiendo, "el mismo pan que comen los santos y los ángeles, en el Cielo" — como me enseñaba Vira; — todos, hasta los pobres negros, y yo, por falta de razón, por mala entraña, por amigo de matar y atormentar a los animales de mi Dios, no podía arrimar a comer en esa comunión, que todos hacían por mí, sino que me estaba ahí velando, como un limosnero, como un perro de la calle. Yo seguía siempre de botadito en casa. Busqué con los ojos a las mellizas, para consolarme de mi orfandad, y las vi, tan igualitas y tan lindas, arrodilladas en la alfombra junto a Cándida Rosa, con las manitas puestas y los ojos brotados, rezando lo mismo que los ángeles. ¡Como no eran malas como uno! . . . "¡No vuelvo mi Diosito, no vuelvo! ¡Allá verá que no!" Le prometí con todo el corazón, entre lágrimas y suspiros.

— VIII —

El regocijo no era así no más, en mi familia, para carecer de sus manifestaciones materiales: había pisco y convite: los tres curas, don Vicentico y su mujer y las Trebujenas. Era eso para comer, y, desde las doce, ya estaban todos en casa, y yo rehecho de las emociones religiosas y encantado con la fiesta.

Me pirraba por la hospitalidad obsequiosa, en que hubiera comistrajos y gaudemus conventuales; y no era por el vil condumio, que en casa siempre le hubo, y yo, fuera de aquellos días negros del ayuno, vivía, según decía Cecilia, "como ratón en despensa de rico,

sin trampa ni gato en la vecindad". Sino que aquello me parecía la mayor muestra de grandeza y la gran ocasión para que todos viesen lo ricos que éramos y lo mucho que nos cuidábamos. En circunstancias como esa, en que los huéspedes eran gente de mucha cuenta, me convertía yo en un pajecito palatino, no sabiendo qué inventar para atenderlos y agasajarlos. Si llevaban chicos, me desprendía de todos mis juguetes para regalárselos; si chicas, siempre hacía, con igual fin, algún saqueo en el muñequero del querubín de estribo, de quien tanto abusaba. Yo presentaba a los señores la bandeja grande de plata, con mangos, nisperos y madroños, y las cestas de pomas, ciruelas y anoncillos; yo les acudía con los utensilios para la monda, con la palangana para el lavatorio y con el ampuloso paño de manos, y, sopla que sopla, llevaba el bracerillo con ascuas llameantes y les encendía el cigarro a los caballeros. Si los huéspedes eran ñoes o gente ordinaria mis atenciones disminuían no poco.

Aquel día, el único de mi vida en que me ha tocado representar el gran papel, me andaba yo muy galán y adobado, con uno de mis vestidos nuevos, de calama-co verdinegro, cuadriculado de rojo. Vira me había domado la pelambreira, con su pomada de rosas, que ella misma se fabricaba, y me había estregado la cara con su agua de benjuí; pies y manos me relucían como unas platas. Nada feo que me sentía.

En el embolismo de la casa no sabía a qué santo quedarme; pero mi mayor empeño fue, desde el principio, bailarle el agua al cura forástico, que era mucha cosa.

Había venido, expresamente, de Santa Cruz, a la misa de la Virgen, y estaba recién llegado de "El Reino", de donde era oriundo. Llamábase el doctor Rada Nates; vestía una sotana muy lustrosa y hormada, harto distinta de la de los curas de por acá, y un castor muy fino; tenía habla muy buena, conversación a lo magistrado y una cara lisa, en

partes rosada y en partes azul, como el San Juan de Colmenares.

El, don Vicentico y mamá estaban en la sala de arriba y hablaban unas cosas muy lindas y particulares de un General Santander, muy tremendo, según decían, y de un padre Margallo, santo co-duje, y de un padre Villalares. Mamá también como mi tocayo Villalares. Mamá también le conversaba muy bonito al doctor Rada Nates. El conocía mucho a tía Bárbara, a tío Praga y a mis primos. Contó mucho de ellos y de "El Reino". Yo estaba fascinado. Tan siquiera que mamá me rumbó ni me "hizo ojos" cual tenía de costumbre, cuando yo recibía las visitas de los mayores. Yo estuve sumamente formal, sin meter la cucharada ni una sola vez pero, eso sí, no perdí una palabra.

"Mi señora Beatriz" — como él le decía — estaba muy bien puesta, y yo más ufano de ella que solía. Llevaba el pelo caído y muy esponjado por delante, con una raya primorosamente sacada, y metido atrás en una redecilla, traspasado con una flor de perlas, que temblaba, como si el viento la moviese. Era su traje de balsarina blanca y espumosa bordado de palmas moradas, de falda amplísima y undosa, escote redondo con volante, cotilla puntiaguda y unas mangas flotantes y revoladoras. Lucía zarcillos y cruz de amatista y calzaba zapatos de raso claro y medias de seda caladas. Con aquel talle tan fino y ceñido, aquel su garbo y tales galas se me hacía "La Condesa" igualita a una lámina del **Almacén de los niños**.

Mis hermanas, aunque algo compuestas, también, se veían como unas criadas al lado de la madre, y el pobre papacito, por más que se había puesto los borceguies de tarro verde, el chaquetón de color de pulga, el chaleco de terciopelo constelado de ringorrangos purpurinos y un corbatín obscuro de pañuelo, no parecía el marido de su mujer. Mis hermanos... ya se sabe: unos gañanes endomingados, al aire las magnas pezuñas.

Bajamos a la sala de recibo. Sobre las esquinas, en los enormes floreros, de relieves dorados y paisajes pastoriles, se desparamaban los ramos de dalias y clavellinas, entrelazados con flechas de cañabrava. Los retratos de mis padres pareados con los de Vira y papá Solsona, ocupaban los puestos de los proscritos, allá sobre las puertas y ventanas, en las cuales albeaban, recogidas en unos clavos romanos, tamaños como girasoles, los cortinones de lienzo, labrados por la abuela.

Allí estaba toda la otra gente; pero no conversaban de cosas buenas, como arriba: ni había quién. Notando que Vira había llamado a su cuarto, como en reserva, el padre Telmo, el cura del lugar, salíme al corredor, con disimulo, y vi que ella sacaba de su chuspa monedas de oro, hablaron un momento, y, ya en una de las puertas, como si terminasen, oí que le dijo:

—Yo no puedo oírlas, mi padre; pero los de casa sí.

—En fin, misía Elvirita: siempre es mejor en vida. Yo le aviso cuándo principian.

—¿Qué sería? ¡Como nada le contaban a uno!...

Ella me llamó, a poco, para que llevase a la sala las copas y la frascueta con la mistela; esa mistela de tres colores y tres sabores, que ella preparaba con tantos requisitos y condiciones, tiñendo la rosada con higo chumbo, la amarilla con azúcar quemada y la verde con cogollo de hinojo.

Grandes elogios hizo de ellas el doctor Rada Nates; y sacerdotes y legos, casados y solteros, libaron su copilla, sino las Trebujenas que eran temperantes.

Siempre se comía a la una, a más tardar; pero, por ser aquello tan extraordinario y entonado, tocóse la campanilla en sonando las dos. Cuando yo vi aquella mesa tan grande, de tanto respeto y señorío; cuando vi la florera de plata colmada de rosas y malabares, las bandejonas del mismo metal, la cristalería tallada, las porcelanas de flores multicolores, y filetes de oro, y todo aquel aparato, me fui desvaneciendo en un vértigo de vanidad. — Ah! ¡Qué comedor más rico! exclamó el forastero. — Esto es una gruta encantada. — Muy fresco ¿no, doctor? — dijo mi taita. El y Asunción, que eran los más curiosos para la floricultura, habían enredado, combinándolos con mucha simetría, los dos jazmines amelos, blanco y amarillo, que trepaban por las rejas, y de la urdimbre bordada de estrellas de oro y plata, se lanzaban adentro, fantásticas y rígidas, cual gigantescos haces de basto recortados, las pencas de pitahaya y de flor de baile.

Colocóse don Santos en medio de la fila de señoras; doña Beatriz, en la de los señores; Rada Nates, en la cabeza; doña Elvira, al frente; Cecilia, como la más baquiiana para "hacerle el salvajón a la gente", a la derecha del ilustre huésped; y a mí, junto a la abuela, en una punta masculina, como una cuña. ¡No importaba! Todo era por mí; luego yo era el centro. No sabía, por tanto, qué cara poner ni qué postura asumir.

—Doctor: le toca a usted bendecir nuestra mesa le dice mamá. Eso fue hermoso y en latín... y nos sentamos. Cuando se sirvió el vino, púsose en pie el sacerdote y, copa en mano, nos predicó de lo bueno, ponderándonos mucho. Al acabe, se levanta papacito, y con su voz de cucarrón y tono medio triste, dijo: "Gracias, doctor, por tantos favores... Yo también brindo por usted". Iba a sentarse, y mamá me medio se incorporó, toma su copa y empata: "Sí, doctor, por usted, por nuestros sacerdotes y los amigos que nos honran". "¡Gracias, mi siá Beatriz!" sonó de lado y lado. Ya no fué lámina, sino lo nunca visto.

—Y tú no brindas, Paquito! — me dijo Rada Nates.

—Caso me han enseñado todavía a repuse, dichoso con la interpelación y un tanto sorprendido con el tú.

—¿Conque todavía no? Pues lo irás a hacer divinamente, porque eres un cachifo muy listo.

—El diz que va a ser el magistrado de la casa—le dice la Cecilia.

—¡Hola! ¿Esas tenemos? Pues ya que no te moriste con la enfermedad, irás a ser, cuando menos, el presidente de la República.

—Tal vez sí, doctor—dije yo muy convenido.

Todos se rieron de mí y Cecilia me buscó más pleito, con los ojos. Me dió rabia; pero sabrosa. Sentí un ruidito afuera y vi a Cuco, asomado por los bejuqueros del jazmín, pelando los dientes, seco de risa. ¡Ah negro entrometido y afrentoso! Aunque perdiera la confesión, había de tener el gusto de meterle unas buenas trompadas. No me duró la vergüenza más que un instante, y Vira me dijo paso, muy contenta y aprobativa:

—¡Muy bien que ha contestado, mi hijito!

Con las últimas palabras de la acción de gracias salimos por el portal, a reposar la comida. Le hice una cara muy atractiva al Doctor y no en vano:

—¡Ven acá!—me llamó muy sonriendo.

Corrié y, acariciándome la unguada cabeza y resobándome las cumbambas, me dijo:

—¡Conque don Francisco de Paula Santos, primer mandatario de la Confederación granadina! ¡Como no vayas a gobernar como tu tocayo Santander!... Hoy no te vi comulgar, ¿y eso por qué?

—Caso tengo uso de razón, todavía.

—¿Todavía no? ¡Vaya, Paquito! ¿Y quién te lo dijo?

—Pues el señor cura, mamá... y todos.

—¿Verdad, mi señora Beatriz?

—Sí, doctor; no se fie de él; es pura bambolla; más sentido tienen las mellizas.

—No, Paquito: los magistrados, como tú, deben comulgar desde muy tiernos.

—Y, tornándose a mis papás, añade: — Tal vez ustedes hayan sido demasiado escrupulosos. Este cachifo puede comulgar perfectamente.

—Sí, doctor — dice papá, — doña Beatriz y yo pensamos llevarlo este año.

—Si yo estuviera aquí, te preparaba — dijomé el grande hombre, como muy pagado; — allá verías qué comunión tan famosa te haría hacer. Voy a recomendarte a Lobo.

¡Bendito fuera Dios! ¡Lo que era la gente sabida! ¡Cómo al momento le conocían a uno!...

Después de una vuelta por el jardín, vino el Doctor con mamá y el médico a sentarse en las poltronas, en un extremo del portal, detrás del cortinaje de trepadoras que colgaban del balcón. El sacerdote no fumaba, sino que, sacando una cajita de plata con rapé, dióse a aspirarlo con mucho gusto y no poco dominio. Yo, que no tenía ni noticia de tal embeleco, no acababa de maravillarme.

—¡Qué vista tan hermosa! — exclamó

él, teniendo la mirada del lado de La Magistrada. — ¿Está le recordaría mucho a su tierra, al señor Solsona, no?

—Sí, Doctor, ¿cómo no? — contesta mi madre. — El decía que no se sentía extranjero aquí: que esto era Cuba. Santa Cruz le encantaba.

Y hablaron del abuelo.

—Se comprende, por todo — dijo luego Rada Nates, con marcada amabilidad, — que era un caballero muy ilustrado y muy cristiano. Pero usted sabe, mi señora Beatriz, lo que son las épocas y los entusiasmos políticos. Los libros esos no deben conservarlos por ningún motivo, por más que sean un recuerdo de persona tan querida y tan noble, y, mucho menos, en un hogar tan piadoso, como el de ustedes. Las obras de aquel hombre, que ni me atrevo a nombrar aquí, deben desaparecer por completo; deben quemarse, antes de que quemem más almas. Y algunas de las novelas, también: son veneno en copa de oro.

¿Quién sería aquel hombre tan miedoso! ¡Ah bueno para saber! De gigante y encantador no lo rebajé.

—La mayor muestra de estimación que ustedes pueden darme — prosigue Rada Nates — sería no dejarme ir de esta casa tan ejemplar, sin que viera arder la pira de tantas abominaciones.

—Con el mayor gusto, doctor — dice mamacita. — Lo que se ha de empeñar, que se venda. Subamos, si quiere, para que usted escoja... Y que no quede ningún libro de caballería ¿no es eso?

—¡Cabal, mi señora! — repone él, muy sonreído. — ¡Lo mismo que en la biblioteca de Don Quijote!

—¿Qué es la cosa, doña Beatriz? — pregunta mi padre, al verlos en pie.

—Camíne y verá: quiere el doctor Rada Nates quemar algunos de los libros de papá.

—¡Bien decía yo — murmuraba don Ignacio, con su gruñido aquel — que todas esas obras de don Boni eran de la cáscara amarga!

—¡No todas, señor Santos! — repone el levita. — Hay algunas bellísimas, sumamente instructivas y morales: ahí están, por ejemplo, toda la colección de *El Instructor*, el repertorio completo del padre Feijóo, las obras de Chateaubriand y otras varias, a cual más excelente.

¡Quemar libros! Esta adivinanza si era la cosa más inaudita.

Subimos. Principió el espulgo y la escogencia y pronto había en el suelo tamaño rimerero. Fuera de Vira, Librada y Valvanera, subieron todos a presenciar aquello. Unos y otros agarrábamos esos libros que olían a polilla y a veneno y a pecado. Aunque apenas si medio juntaba las letras, no me atrevía a abrirlos, temeroso de leer por ahí algún ajo o reniego bien horrible, pues yo los suponía por docenas a cada renglón.

Papá y el padre Lobo se calan los espejuelos y van leyendo títulos en español; mamacita y el Doctor traducen los del francés:

Apuntes romanos Las ruinas de Palmira.... El Conde de Montecris-

to.... El Judío Errante.... — ¡Virgen del Carmen, mi madre! — exclama espantada una de las Trebujenas.

—¡Qué tal será el librito — dijo Lucas — cuando ni la polilla le ha entrado!

—Los malos son los más nuevos y los mejor empastados—repuso el padre Telmo.

—Lo malo no se envicjece, señor cura — le charla Cecilia, que le conocía los escrúpulos.

—¡Eso es lo malo! — contesta Rada Nates, jugando del vocablo. — La novedad de lo malo.

—¿Usted los ha pasado, mamacita?— me atreví a preguntarle.

—No la ponga, ahora, en confesión— me dijo el Doctor, con mucha zumba, —que ella se confesó esta mañana.

—¡Figúrese su mamacita, hijo!....— murmura mi señor padre.

—No, Santos; tampoco es que me 'os sepa de memoria — replica ella, entre risueña y picada. — Yo le leí algunos a papá, de los que están en castellano; los que están en francés ahí hacía que traducía, a pedazos. No debí entenderlos, porque no me parecieron, entonces, así enteramente tan malos. Los de Voltaire ni papá mismo los leía. Yo sabía que no eran buenos; pero.... ¡como los tenía tan guardados!.... Y libros aquí en casa, desde que no sean novenas o vidas de santos.... ¡lo mismo es que estén en castellano que en latín!

—¿No leen, mi señora Beatriz?

—¡Qué van a leer, Doctor! Esto es aquí tan inofensivo como pólvora en agua.

—Si no han de leer obras serias e instructivas, mejor es así. La lectura de libros profanos, aunque no sean malos del todo, siempre disipa los corazones.

—Así debe ser, doctor — apoyó mamacita; pero siempre he entendido que no lo sentía así.

Ví que entre muchos de los libros condenados había ¡oh tristeza! viejos pintados y láminas de lo más preciosas. Corrí a mamá con el secreto. "Sí, Paquito — dijo el Doctor que todo lo entendió. — Puedes sacar los grabados. Esos no te quemarán las manos. ¡Y qué finos hay algunos!"

Lucía y Cecilia se antojan, también; pero hay para todos. Traen tijeras,orro yo por las de Vira.... y para qué os quiero, aceros afilados. Me tocaron unos libros muy grandes que se llamaban *Los misterios de París*. Allí había caballeros, muñecos feos; señoras galanas, así como mamacita; unos en hoja sola, otros entre lo escrito. En un instante hago mi rollo. Me embriago, me fascino; destruir y adquirir a la vez ¿qué mayor dicha? Cuando estuvimos saciados, cada cual va saliendo con su carga de libros, como en convite.

En la manga, frente a las ventanas de Vira, fuimos formando el montón. Prendió Lucas una pajueta, lamó la llama, hurgó el Doctor con un palo, y por el éter inflamado de aquella tarde se difundió el humo venenoso y pestilente. Tal he visto quemar, después, las ro-

pas y vestidos de los pobres típicos. Allí quedó, por varios días el campo calcinado donde ardieron tantas palabras sopladitas por el diablo.

Del auto de fe pasamos al chocolate, servido aquella tarde a todo taco.

Poco antes de despedirse saca el Doctor una bolsa carmesí, con argollas corredizas y, tomando una moneda de veinte reales, me dice:

—Toma, Paquito, para que compres el primer código.

Yo miro a mamá.

—Reciba y dé las gracias — manda ella.

Así lo hago, entre alegre y turbado. Mi Tula llega a levantar trastos, y, en cuanto la ve, saca otra moneda y le dice:

—Toma tú, para que compres una novena... a San Benito.

—Dios se lo pague a su mercé, mi doctor.... Será recibirle.... Pero no pa San Benito, a yo me gustan más los santos blancos.

—¡Hola!.... ¡Negra más zumbada!

—No, doctor — interviene papá, — esta reniega hasta del santo de su raza.

—¡Si no conviene con la abolición de la esclavitud! — corrobora mi madre. — Dice que negro sin amo, es como hijo sin padres.

—¿De veras?

Asin'és, su mercé, mal que les pese a tanto negro como habemos.

El era un padre muy riquísimo y bizarro: Marta y Magdalena, las mellizas, tuvieron también sus dos chelines, y hasta el zambo de Cuco, que tuvo la fortuna de atravesarse por ahí.

Después de los curas, se fue la otra gente.

—¡Gracias a mi Dios! — dice papacito, cuando nos vimos solos, y corrió a quitarse los borceguíes y los trapos.

El doctor Rada Nates los dejó a todos encantados y a mí con el deslumbramiento de una visión.

Adriano, Lucas y Cecilia, a pesar de tan sacramentados, siempre hicieron pantomimas y nos remedaron a todos, principiando por don Santos. Yo corrí a Vira, para que no me molestara. ¡Qué comentarios y qué interrogatorios los míos! Tuvieron que explicarme lo que era código. Luego fui en busca de Mi Tula: estaba como yo. Eso sí eran curas, que lo mismo trataban a los blancos que a un triste negro.

Llamaron al rosario; pero yo no podía rezar; pensaba en la caja de rapé que iba a comprar, con la plata de la alcancia; pensaba en los libros de reniegos y viejos; en el código, que yo me figuraba con pasta verde y grabada. Vacilaba entre la magistratura y el sacerdocio. El doctor de sotana se me imponía, como la revelación de una grandeza imprevista. El papel que yo había representado ¡triste de mí! en aquel día, me señalaba derroteros gloriosos, jamás soñados. ¡Las cosas que había aprendido en doce horas....!

Desperté aquel miércoles con la triste angurria del que ha entrevisto la grandeza. Al mirarlos a todos con los

trapitos de trabajo, a mamá con su traje de regencia, desmantelado el comedor, marchitas las flores, la casa tan sola y la vida cotidiana que seguía su curso como si nada hubiese acontecido, sentí una murria y una lóbreguez tan desconsoladoras, que, por ver de disiparlas, me puse a revisar mis láminas y a recordar el habla del doctor Rada Nates. Estando en esas llega papacito y me manda:—Vaya busque el Catón y la pizarra y camine para la escuela. — Ni aún me disgustó.

—Aquí le traigo este marchante—le dije al nuevo maestro, al presentarme. —Hajinquemele bien las espuelas, que es muleto muy cerrero.—Pero yo ví que le mataba el ojo.

—Ay se hará lo que podamos, Ñor don Santos.—Desde que le oí aquel ñor y aquella habla se me enfrió la pajarilla. ¡Figúrese uno tan amigo del doctor Rada Nates!...

Yo debía de tener una sed horrible de sabiduría o quien sabe qué: lo cierto fué que a poco más me pasaron de pizarra a papel y que, ya fuera en Catón o en Citología, ya en la doctrina o en el Fleury, leía con el mismo tono y el mismo sonsonete del maestro. Aquella lectura académica tenía allá su intrínquilis. Dos consonantes juntas... ¡nunca jamás!; o se eliminaba la una o se metía entre las dos, unas veces la vocal anterior, otras veces la siguiente: **La Inimaculada Concepción o Conceción; San Aleberto Mano o Magano.**

Si en sabiduría había progresos, en necedad e impertinencia no había gallo que echarme. La enmienda me duró lo que lirio en la pradera. Como apunté desde atrás, volví a encenegarme en las crueldades con los animales feos, sino con los sapos. Pues ¿y con la gente? Casi toda, fuese grande o menuda, me parecía pura canalla. Tanto me había engrandecido en esos días, que vivía haciendo el recuerdo de quiénes me merecían en casa y quiénes no. Al fin me convencí de que Vira y mamá eran las únicas acreedoras a mi privanza y validez. Papacito, así asá, desde que no dijese invierno, algotro y dotor, desde que dejase las vestimentas de la huerta; las hermanas y la cuñada no eran para satisfacerme, aunque Asunción me parecía algo sabia y bonita; y aquellos tagarotes montaraces de mis hermanos, decididamente, no eran gentes para entrar en mi reino.

—¡Busté sí que si ha puésto, Paquito, bien cosario y fatal!—me repetía Mi Tula, y yo le abría unos fuelles de narices, levantándole la voz que ni Barba Azul. De Cuco me había vengado tantas veces, que ya ni le despreciaba. Doña Beatriz se ofuscaba y Vira me persignaba con agua bendita, diz que porque estaba "tentado de Judas". Don Santos, con rascarse la calva y echarme un ajo en diminutivo quedaba aplacado. Adriano protestaba en ocasiones con toda formalidad, y yo le medía el puño de lejos. Cecilia me llamaba sapo tostado, espantajo de las ánimas. Asombrado yo, y co-

mo si fuese tan ubérrimo y lozano, la ponía de langaruta, tuntunienta y apesada, que la pelea se empataba. Al balcón, donde no asomaba de noche, a pesar del acabe de ánimas y espantos, subía de día, para entregarme a los deleites del judaísmo; cada ño o negro que entrase, se llevaba su escupitina acompañada con algún ¡fo! o con algún ¡ps! de asco y desprecio.

Con mis condiscípulos eran las broncas y contiendas!

—Vos por qué me hablás, ¿ah?—le dije, sorbiéndomelo, a un muchacho que me dirigió la palabra. Me cargaba por feo y por raquítico y porque se me figuraba que nos parecíamos mucho, y así dizque era, en efecto. Un día, al volver a casa lo encuentro, a la salida del pueblo, lo empujo y lo hago caer; pero — "¡Mala la tuvisteis, franceses, en esa de Roncesvalles!"—el canijo aquel se levanta y me manda un par de puñetazos tan soberanos, que nunca más volví a enredarme con él.

En la escuela formáronse pandillas contra mí; pero, como Mentor me acompañaba siempre a la ida, y a la salida ya estaba esperándome en la puerta, yo se lo azuzaba a toda la canalla, lo que no impidió que, en cierta vez, pasara mi buen susto, y fué que una piedra, de las varias lanzadas contra mí, me alcanzó en un molledo, y, si como fué ahí, fuera en la cabeza, no contara el cuento el pobre Paquito. Seco me levanté del barranco donde fuí a dar. Por supuesto que dije en casa que había sido una caída. Vira habló de sacarme de la escuela, para no exponerme a esos peligros; pero yo no afané demasiado y los papacitos se desentendieron del asunto.

Todas estas reyertas, si me atortolaban por un lado, eran, por otro, a manera de combustible que me hacía hervir la insolencia. Desde la pedrada, no buscaba mucho ruido así, de un modo muy directo; pero ya haciendo gestos de asco, ya tapándome las narices, ya pasando por junto a los menguados, con aire antiséptico les daba a entender mi grandeza y superioridad. A las once, cuando nos largaban un instante, para tomarlas, salía de los primeros a togo correr, me sentaba en el poyo, sacaba mi talego, repleto de cuanto podía acaparar en casa, y me ponía, más que a comer, a hacerles fieros. Me pedían los muy sinvergüenzas, y yo tenía algunas veces el gusto de tirarles con las coeadas, con los troncos de panela, con remanentes de almuerzo y de gritarles:— ¡Jartén, muertos de hambre!—Pero lo frecuente era no mirarlos siquiera y hacerme el absortado.

Por capricho de magnate, determiné proteger con mi amistad a Jesusito Carmona, una criatura sin hiel y sin alcanes, muy pobrecito y humilde, pero siempre muy limpio y remendado. Toda la escuela se le vino encima, acusándolo de lambón y de caranga resucitada, y cada rato lo hacían llorar; pero yo, para que se picaran más, afinaba la parada, llevándole cosas todos los días y convi-

dándole a El Silencio. El infeliz, que era muy tímido, se moría de vergüenza en casa; pero nada mal que le iba: Vira lo cuidaba mucho, mamá le arreglaba vestidos de los míos y Lucía lo tenía en cuenta para guardarle golosinas. Mi Tula le preguntaba:—¿Busté quiere a Paquito?— ¡Táto!—respondía siempre la pobre criatura, y yo sentía tanta lástima y tanto gusto en que me quisiera, así, que a veces me parece que le correspondía con la misma adhesión.

Salvadora, la madre de mi amigo, una vecina que vivía de doblar tabaco, fue, con motivo de estas amistades mías, muy de casa, no sabiendo la buena mujer cómo agradecer nos tantas preferencias.

Al maestro le iba cobrando una malquerencia tan profunda que acusaba a papá de haberme puesto a eso por maestro. Eso, como yo le decía las pocas veces que le mentaba, me apesataba con el solo nombre; llamábase Calasancio Muñeton. Era un personaje allá de quien no se sacaba nada en limpio; a ratos parecía viejo, a ratos mozo, a veces cura, a veces sacristán, con frecuencia pinche de cocina o cosa así. Tenía un corpachón fofo y blandengo, a manera de gusano **mojojoi**: una cara soplada, de una amarillez postemosa; unos ojos zarcucios con pestañas erizas; mucha greña mantecosa echada sobre la frente y muchísima mugre por orejas y cogote. El hombre hedía. Usaba la camisa suelta, no diré lavada porque siempre se las ví sucias y con señales sangrientas de pulgas, sino que no conocieron almidón ni plancha; calzaba alpargatas con medias cochambrientas; sufría de espundia y andaba como un elefante.

Cogía las disciplinas y, con su voz tan desabrida y tan babosa, nos decía, mostrándonos el rejo: — He aquí, mis discípulos muy amados, la serpiente de Moisés. Con ella os conduciré, paso a paso, a la tierra prometida de la educación y de la virtud. — Lástima que no lo dijera otro, porque esto sí parecía tan sumamente lindo, que apenas para dicho por el doctor Rada Nates. Mas no por ello le absolvía, y ya que no me era posible tostarlo como a los sapos, ni apalearlo, como a las mulas, le mataba en efigie, como Murillo a los patriotas que se le escapaban. Ni más ni menos. Apenas pude garrapatear palabras en papel, pintaba mamarrachos en un cuaderno y les ponía abajo, a mi modo y con mi ortografía: "Este es el tigre que se va a comer al maestro Calasancio". "Esta es la serpiente de Moisés que le picó en las espundias". Y los culebrones, si no el difunto, a quien siempre representaba patíabierto, me quedaban muy patentes y ondeados.

Y no sólo culebras, sino que todas mis aficiones a la piedad las substituí, en esos días, por la fiebre del arte pictórica, un arte mía, especialmente mía, una revelación sublime de la belleza. Ello fué que los grabados que me tocaron, amén de los que pude sacarle a Lucía, se me ocurrió recortarlos y pegar-

los en un papel. Con la pegadura surgió la idea grandiosa de darle a eso unidad filosófica. Añadí pliegos; logré que mamá me prestara un pincel y pastas de su caja de colores; hurtéle lo más que pude; molí hierbas y bolo, y la inspiración obró. ¡Qué caminos y pensiles! ¡Qué palmeras, qué río! El centro lo ocupaba un palacio, con parte de mi familia, con todo y princesa encantada. Volví a recortar las figuras y cada una fue ocupando su puesto respectivo, iluminadas ahora de amaranto y de zafiro, ahora de esmeralda y púrpura. **Flor de María**, que era la víctima del encantorio, estaba tras una reja, que se abría, con su palomita en la mano; a **Sarah Mac Gregor**, que era mamá en persona, la rodeaba su familia, bajo la copa de una palmera, que nos cubría a todos; el encantador horrendo, que no era otro que **Edmundo Dantés**, a quien agregué tamaños cuernos y cola enroscada, se perdía entre unos racimos de corozos, tan grandes como su cabeza; y **Rodín** hacía de doctor Rada Nates, encaramado en el púlpito.

Vivía frastornado con mi obra; yo la pegaba en el balcón, con espinas de palma; yo la ponía en los corredores, bajo la cama de Vira, arriba de la mía, junto a mis santos; enrollábala de noche y la guardaba con mucho mimo, para preservarla de moscas y cucarachas. **El Paisaje** llamaba yo a mi maravilla y con **El Paisaje** llenaba la boca y **El Paisaje** fue poderoso a que dejase en sana paz a los de casa, por muchos días. Pero uno, sábado por más señas, se me aparece en **El Silencio** un zarrapastroso de la escuela, un tal Tadeo Paniagua, a quien llamaban Maluqueras, diz que a proponerme canje de figuras, porque él también diz que estaba haciendo paisajes. Me entraron ganas de destriparlo.—Con que, ¿paisajes? —le dije medio afónico por la injuria.—¡Hasta el nombre lo aprendieron! No pueden ver a uno que saca sus cosas de su cabeza, porque al momento las quieren sacar también estos atrevidos. ¡Paisaje!... ¡Ps! ¡Ni an uno! ¿De dónde vas a sacar tu caja de colores y **Misterios de París** ni **Judio Errante**? ¡Decime?

Desde ese día se me acabó el entusiasmo, hasta que las mellizas vinieron a ser las poseedoras de mi obra maestra.

¿A qué no me condujo mi altanería? Una vez trajeron batatas de **El Trigal**. ¡Oh! Aquello era una de mis glorias. Escogí la más grande, una que parecía postre teñido con violeta, y ordené que la asaran y me la llevaran con leche postre. A tiempo que la abuelita me probaba una blusa, llegaba allí Tufa con la golosina y la puso en una mesa. Al ir a tomarla, ví que me habían cambiado la batata por otra más pequeña. ¡Las porquerías que le traen a uno!—bramo, cegado por la ira, y vuelvo la tazuela y, disparando la humeante legumbre, le apunto a Vira en la frente. Veo que se estremece, que se lleva las manos a las sienes, y distingo la mancha negra sobre

la piel nevada. Salgo tembloroso, horripilado, en un silencio en el que oigo el latir del corazón. Me parece que me caigo. Bajo al jardín, tomo la portada y corro sin saber adónde. Me veo, orillas de la **Mexistrada**, bajo una ceiba. Me acuelillo y pego la cabeza en las rodillas. Quiero llorar, gritar, y me arañó la cara y me golpeo. Me alzo, brinco, doy vueltas. Impulsado por una fuerza que me avasalla, me disparo hacia casa. Acorto el paso; mas no entro: tomo el costado y me asomo por una ventana. La abuelita está sola, como la dejé; tiene una venda en la frente y llora. Lanzo un grito y otro, y gritando entro, y, como una piedra que cae, me postro ante ella y hundo la cabeza en su regazo y la abrazo y la aprieto, convulso enloquecido de dolor. Me habla, me coge. No entiendo. Voy a besarla y mis labios sienten sus lágrimas. Está con la palpitación.—¡Vira!—pude gritar.—¡Te vas a morir... Y yo te maté.—No supe más.

Abro los ojos y veo, como en sueños, un montón de caras. Me rocían agua, me cogen de las muñecas, me gritan, me sacuden en vilo. Me estoy reventando. Siento que estiro la gaita, que abro la boca, como pichón en nido. Doy una hipada larga, acceso recio y estallo en alaridos. Me largan, me dejan. No acabo: tengo un dolor adentro que no sale, que arraiga allá, que va a matarme.

¿Salió? No sé; a veces pienso que le llevo desde entonces.

Callé. Pero no abría los ojos; no era capaz de ver. Me tapaba los oídos y, sin embargo, oía. No quería saber nada y todo lo entendía. Yo iba a morir como Vira. Pensé que nos enterrarían pegados uno a otro. Distinguía entre varios el llanto gemebundo de Lucía.—Paquito, mi hijo, ¿qué es lo que tiene?—murmuró la voz de la hermana.—No contesté. Entraban, salían, percibía pasos afanados, ruido de faldas.

—¡Paco!—manda mi madre, con un acento que no le conocía.—¡Abra los ojos! ¡Abralos! — Yo los abrí; los abrí grandes, cuanto pude, girándolos de lado y lado, y para no ver.

—¡No haga visajes!—me ordena aquella voz, que tenía un dominio irresistible. Los serené.—¡Volteme a ver!—La ví; era mamá; llora, sí, pero serena.

—Es que se está haciendo—dice mi padre.

—No, Santos—responde ella,—no se está haciendo; es que... se cumplen mis temores.

—¿Está loco, mamá? —pregunta Lucía, en un sollozo.

—Loco, no, hija... (noto que le hace señas de que calle).

Y sentándose en la tarima donde me tienen me pone la cabeza en su regazo y, con voz toda dulzura y ternura, me dice al oído:

—Paquito: dígame a mí sola qué tiene.

—No sé, mamá—contesté en voz alta.

—Diga, el avistrujo.

Y empiezo a llorar y a temblar.

—No sea pobito. No llore más. No se entristezca así. No ve que también lloro yo, entonces.

Me besa como a un párvulo, me seca las lágrimas con el pañuelo, mientras que las suyas salpican mi frente.

—Paquito: ¿usted sabe dónde está?

—Sí, mamá; yo sé todo.

—Cómo es eso de todo?

—¡Pues todo!—Y largo otra vez el llanto.

—¡No llore así!—me ordena con la voz aquella.—Diga qué es lo que sabe.

Yo no sé cómo lo dije; pero tuve que decirlo: yo había matado a Vira del golpe, y yo también iba a morirme.

—¡Pobrecito el Paco!—exclama Lucía besándome.

—¿Quiere que le traigan su comida?

Dije que sí por señas, y luego que no.

—¡No ve que es tan bobo! dice mi madre.—Si no ha sido nada! Vira está en su cama; pero ya no tiene la palpitación. Así que coma lo llevo para que la vea.

—¿Verdad, mamá? ¿Su verdad?

¿Verdad, papacito?

—¡Sí hombre, no seas idiático!

Me incorporo enajenado.

—¿Adónde va?—exclama ella, deteniéndome.

—¡A verla! Voy a verla.

—¡No! Espérese, que voy a avisarla.

Sale. Papá y Asunción me contienen.

¿Qué angustia! ¿Qué incertidumbre!

Me están engañando. Me desespero, me les zafo, me cogen de nuevo.

—¡Es mentiras! ¡Es mentiras! (Cecilia y Mi Tula llegan con la comida).

—Cecilita: dígame usted! Mi Tula no!

—¿Qué es el cuento, don Santos?

—¡No le digo!—exclama la negra.

—¡Usted no, Mi Tula! Usted también me mete mentiras. Dígame Cecilita.

—¿Te parezco la menos embustera de la casa?

—Dígame, Cecilita querida.

—Vira está buena y sana, sapito tostado. No sea tan bobo, y cómase su comida, que barriga llena aguanta trabajos.

—Y mamá ¿por qué se fue y no me llevó?

—¡Sí ya viene!

La escena pasa en el cuarto de los hermanos. Intento ver desde allá el aposento de Vira; pero una de las puertas está cerrada. No soy capaz de comer. Mamá vuelve.

—Camine, pues—, me dice,—pero sin llorar. Bueno, contento y alegre, para que mamá vea que no tiene nada. Usted y yo solitos; los demás que se quedan.

—¡Aquí está!—exclama al llegar a la cama.—Véanse bien vistos, para que se persuadan.

La abuelita se desliza hasta el borde, para cogerme la cabeza. Aun tiene la venda. Nos besamos callados y callados

lloramos. Mamacita sale. Vira rompe el silencio:

—Se impresionó el pobre avistrujo, con lo que me hizo. Pero ¿no es cierto que no fué de aposta?

—No, Vira; no fue de aposta; pero... le di muy duro y echó sangre. Y le dio palpitación.

—¿Quién le dijo? Vea (quitándose el trapo). ¡Un tulondrónico que no vale nada! Y la palpitación no fue nada tampoco.

Y cual si con el alma quisiera borrar aquella escoriación, se la besé con transporte.

—No lo hizo de aposta—agrega,—pero sí por rabia. Ya ve, pues, que cometió un pecado, que, si tuviera uso de razón, sería mortal. Hínquese a pedirle perdón a la Princesa, para que mañana se vaya a confesar.

Me clavé ante la imagen. Cuando entró mamacita, aun le imploraba.

—¿Ya le pidió perdón a Vira? —me preguntó al levantarme.

—El ya está perdonado con su arrepentimiento.

—¡No le hace! Pídale perdón de rodillas.

Postréme al pie de la cama, sin hablar.

—Sí, mi hijo querido; yo le perdono todo, pero si me promete enmendarse.

—¡Por mi palabra, Vira! Allá verá.

—Allá veremos—dice mamacita.

Esa noche, como ella me preparase para la confesión, contéle las peleas en la escuela, la pedrada, las escupas; en fin, me confesé con mamá; y a la siguiente mañana con el padre Lobo.

Cuando salimos de la iglesia había mucha gente, en plaza y calles, mirando al cielo. Yo alcé los ojos y... ¡qué espanto!: arriba, muy arriba, una faja negra de aves atravesaba el horizonte. Pasaban y pasaban por cientos, a millares; pasaban y pasaban, serenas, apañuscadas, interminables. Por una loma asomaban y por la opuesta se hundían, y la faja siempre espesa, cuajada. Mamacita trató de explicarme; pero yo me le pegaba de la falda, sobrecoigido del terror. ¿De dónde salían? ¿Para dónde iban? ¿Dónde podrían caer? ¡Qué miedo! Eso tan insólito, para mí tan inaudito como incomprensible, se me iba haciendo, gradualmente, un presagio evidente de sucesos espantosos. Algo como el juicio final se insinuaba en mi imaginación.—¡Mamacita por Dios!—gemía yo cada vez más amedrentado.—Pero acabado de confesar, ¿por qué le da ese miedo? —díjome Valvanera, y peor me puse; luego si era cierto el acabe del mundo.

Como de costumbre, fuimos a tomar el desayuno a la casa del pueblo. Siempre repetía la dosis, en tales casos; pero en ese ¿con qué corazón?... Sentía la boca amarga y una angustia en el pecho. Mi Dios era el que sacaba todas las cosas, era cierto; pero esas gallinazadas, que sólo El, por ser quien era, podía contar; eso, sin nombre, que ni tronaba ni hacía huracanes, era más miedoso

que las tempestades y aun que las ánimas mismas. Yo fui estableciendo una relación tanto más terrorífica, cuanto más misteriosa, entre las almas en penas y las aves emigrantes: así como un cambio de domicilio, como la traslación del purgatorio que hay en el centro de la tierra a otro purgatorio en el aire. Sí, dentro de cada ave iba un ánima. ¡Cuántos miedos tan diversos había en la vida! Pero éste sí era el peor. Mentor también lo sentía; yo se lo notaba en los ojos y en su alebrestamiento. San Francisco y la Princesa fueron invocados, para que nos sacasen con bien de apuro tan extremo.

Llegamos a **El Silencio**, pasó el almuerzo y aun no se acababa el espanto. No supe cuánto duró; pero, cuando ví que las últimas aves trasponían la cordillera, seguí viendo en el cielo como el rastro de su paso, mientras que por dentro me quedaba a mí un depósito de miedos nuevos. Las cosas de mi Dios eran muy buenas todas, bien lo entendía, por lo que me decía mamacita; pero ¡cuán aterradoras algunas! Iba a ser sumamente bueno, para que no me diera susto de nada, así como no le daba a Vira, ni a mamá ni a los grandes formales. Ya veía que todo eso era por haber pecado tanto en esos días. Ya veía que "Nuestro Señor no castigaba ni con palo ni con rejo", como me decía la abuelita. Cuando los sapos, me había castigado de un modo, y, ahora, con la batata, de otro, tal vez duro.

Como había quedado tan particular, después de la enfermedad, todos los espantos de **El Morro** se me habían olvidado casi por completo; pero en aquel punto y hora volví a recordarlos muy claros y precisos. Contéle a Vira, en mucho secreto, por supuesto, lo de mi promesa de la misa. Rióse y me dijo que, como yo había divulgado mis secretos en el delirio, élla, por sí o por no, había mandado a cantar la misa a Santa Cruz, con todo y revestidos; y que el padre Villalares, Dios mediante, debía gozar de El en la gloria, si era que, realmente, había penado hasta el noviembre anterior. Sentí tal descanso con la noticia, que me pareció salir, yo también, de un purgatorio chiquito. Hablóme de ánimas y espantos, y me dijo lo mismo que mamá; pero mucho más hermoso y patente. En la casa nuestra, estaba Dios, dentro y fuera de nosotros y en todos los cristianos y las cosas que El había hecho. Me explicó la doctrina de largo y tendido; la repasé con élla, y, como casi la sabía entera, muy pronto, "por Pascua Florida", sería mi primera comunión.

Mamá, a fin de patentizarme el pecado de la soberbia, me contó, en esos días, la historia del diablo, y unos ejemplos de tal modo espantables, que le juré no volver a despreciar nunca jamás ni a los feos, ni a los zambos, ni a los zarrapastrosos.

No es por alabarme; pero en la escuela no me conocían y en la casa no me apartaba de Vira, y siempre dele

que le darás a la doctrina y a la lectura.

Otro acontecimiento obró en mí poderosamente. Un día faltó Jesusito a la escuela; lo mismo al siguiente. Fui a verlo y lo encontré con descenso, tembloroso y demacrado, en una camita miserable. Casi no podía hablar. Me dió tanta lástima, que llegué llorando a casa. Mamá, Lucía y yo fuimos, por la tarde, a llevarle de todo; pero ya no conocía. Esa misma noche, al segundo gallo, murió el pobrecito. Quedé tan impresionado, tan susceptible a la piedad, que durante varios años, antes que la malaria de la vida me envenenase, disfruté la dicha inefable de socorrer al infeliz, aun con el mendrugo del cariño.

Aquel amigo de mi infancia, aquel ser humilde, triste e inocente, que pasó por el mundo, como ráfaga de azahares sobre los miasmas de la charca, dejó en mi corazón mezquino un grano de mirra, que aun perfuma al través de los años, como que los predestinados quedan en las almas, cual sugestión perpetua de infinito.

— IX —

Mamá y la abuela terminaban el rezo matinal del oficio parvo. Apenas aquélla sale, entra Cecilia con el cubilete de chocolate.

—Aquí te traigo la segundilla, Viravira—le dice muy festiva.—Te la vas a tomar bien paladeada, porque tengo que contarte una cosa muy sabrosa.

—¿Te salió novio, o qué?

—¡Ojalá! Pero tal vez penda del asunto.

—Andá ir diciendo.

—Pues es que en esta casa va a haber partición; unos se quedan aquí y otros nos vamos para Santa Cruz. Vos y yo somos, de precisión, de los idos. ¿Qué te parece?

—Quitá de aquí con tus enredos, churumbela del enemigo malo.

—¿Enredos? Nos vamos el sábado; te vamos a llevar a semana santa. Es cosa decidida. ¿No lo crees?

—Ganas que tenés vos de ir a lucir las galas que te trajeron del reino.

—¡Pues también! Y a conseguir el novio. Me tenés que ayudar, porque los taitas tienen la obligación de darles estado competente a sus hijos. Si me pongo a esperar a que me venga el Solsona mío, desde Cuba, aquí puedo estarme hasta el día del juicio por la tarde.

—¡Tan pura al abuelo, porque es Solsona con polleras!

—¡Es de veras! No ves que don Santos y doña Beatriz, que no le tienen ni pizca de fe a don Vicentico, se cartearon con un doctor de San Nicolás, sobre tu enfermedad, y mandó que te llevaran cuanto antes a Santa Cruz; que con la dehesa tenés para aliviarte.

—¡Apostara que son embelecós de tu madre!—exclamó la viejecita colando en malicia.—Ya van a meterme en cura, en legal forma, como si fuera alguna jovencita.... ¿Y novio no piensan también conseguirme?

—¡Ya se lo quisieran esos santacru-
zanos!

—¡Quita de aquí, adulate! ¡Andá a
coger oficio!

—¿Te parece que estoy de balde? Si
soy el ángel que anuncia a Vira....

—¡Sí, ya entiendo la trama!— pro-
rumpe ésta entre querellosa y risueña.

—Ya yo tenía mis reconcomios. Te man-
daron para que me engratuzaras, ¿no?
Pues andá a llevarles la razón; de aquí
me sacarán para el cementerio.

—¡Te sacaremos cuando cumplas el
siglo! Ya ves que todavía hay muchos
cocos qué pelar. Mientras tanto, tenés
que obedecer el mandato del médico.

—¿Acaso he ido a pedirle receta para
que me mande nada?

—¿Que qué? — exclama Lucas en-
trando.—Ya te tengo cuatro peones car-
gueros, igualitos como estantillos, para
que te lleven en andas, bien serenita, co-
mo la Princesa. Si querés le ponemos
flores en los arcos.

—¡Para el trabajo que les daba a us-
tedes sacarme como angelito en batea—
dijo Vira enfadada de veras.—Falta ver
si yo quiero irme.

—¡Si no tenés que irte, viejecita, re-
pone Lucas sobándola por la espalda.—
¡Si te sacamos en procesión. Dejáte de
ofusques y ranchadas! Ya no falta más
que arreglar corotos y marchar.

—Pero, ¿cómo se ponen a determi-
nar esas locuras, sin avisar siquiera.

—Pues quién? No conoce a doña Bea-
triz? dice la nieta.—Donde manda capi-
tán.... Y a don Santos y a todos nos ha
parecido muy bien el viaje.

—¡Allá te mejorás al momento—dice
el nieto.

—¡Ya lo creo—exclama la señora.—
Allá retocan viejos lo mismo que san-
tos; allá atajan la muerte. Y, como a mí
me tiene Dios para semilla, van a mos-
trarme, para que todos vean el prodigio.

—¡Pero, Vira!—replica él.—Ya ves el
señor de Medellín, que ocupaba la ca-
sa grande; vino muriéndose de hidropes-
ía de pecho, es más viejo que vos, y se
fue bueno y sano. Y lo mismo ha pasa-
do con muchos.

—¡Valiente gracia enfermos tierra-
rías! Pero esto y Santa Cruz casi es el
mismo clima. ¿Dónde está el cambio?

—¡No, viejita! ¿Ya se te olvidó que
allá cocinan sin candela? Y, si no se
siente el cambio, nos volvemos inmedia-
tamente. ¿Qué se pierde con eso?

—¡Ustedes, para meter argumentos,
que los busquen!

—¡Y vos, para ranchada, que te al-
quilen!— replica Cecilia.

—Y ¿cuánto les paga Beatriz por la
comisión?

—¡Ah descarada!—contesta la can-
donga.—¿Acaso es ella la que tiene que
pagar? La cuenta te la vamos a pasar a
vos.

Entran los papacitos. Ella, muy ri-
sueña; él, tan sorrongo como siempre.

—Si, ya vienen ustedes a hacerme
las diez de última—les dice Vira, no sé
si haciéndose la enojada o enojada de
veras.—Estaban esperando para entrar,

—Mamita, esto no tiene quite. Veo
como en los sainetes.

que es una incomodidad muy grande pa-
ra su merced; pero hay la obligación de
conservar la vida. El doctor Garro nos
lo indica terminantemente. Esto ha si-
do muy consultado con el padre Lobo,
con Vicentico y con todos. Le habíamos
guardado el secreto para que no fuera
a ofuscarse con mucha anticipación.

—¡Pero, hija, por Dios! ¿Tanto tras-
torno para los poquitos días que me res-
tán de vida?....

—No, mamita; ayúdate que yo te a-
yudaré. Por su salud todo lo debemos
sacrificar y su merced está muy moro-
cha todavía. ¿No es mejor que viva bien
alentadita? Ni hay, tampoco, tal trastor-
no; allá está la casa grande desocupada;
se va con los que quiera; yo estaré yen-
te y viniente; las que se queden, hacen
mis veces. Si quiere, le llevamos su ca-
ma y todos sus corotos.

—¿A eso fué Adriano a Santa Cruz,
la semana pasada?

—A eso precisamente; lo de la casa
está ya arreglado, y para arreglar las co-
sas de aquí tenemos cinco días.

—¿Y la comunión de Paquito se que-
da en veremos?

—Allá comulga.

—¡Ustedes sí son capaces de revol-
ver el mundo.

—¡Si eso es una bobada, Vira!—dice
papá.—Doña Beatriz se va con usted y
que se esté todo el tiempo que quiera.
Madrugada con la fresca, hacen en el
río el perro que les parezca, y, con la
tarde, entran en la ciudad.

—¡Pero dejar este rincón y volver a
aquella casa!

—No, mamita; no le dé el ofusque per
eso. El recuerdo de papá y de mi ma-
drina, lo mismo es aquí que allá: aquí
también vivió con ellos y con toda la fa-
milia. Si es hasta sabroso recordar al-
gunas veces. La cuestión es que no se
impresione y que nos vamos bien con-
tentos. ¿Qué le parece volver a ver tan-
tos parientes y amigos! Volver a ver e-
sa semana santa tan hermosa.... y tan-
tas cosas más.

—Pero Paquito se queda conmigo to-
do el tiempo que me esté.

—Paquito y los que quiera, menos
yo. Iré cada semana; pero de sábado a
lunes tengo que estar aquí.—Aquí ex-
puso el plan y cómo y con quién deja-
ba la niña. La abuelita suspiraba. Lla-
maron al almuerzo. Salí detrás de ma-
má, para oír bien lo más que me faltase
del asunto.

—¡Ya ve, pues!—le dice Lucas, cuan-
do estuvieron en el corredor.—Su mer-
ced, que pensaba que era obra de ro-
manos. No se ha impresionado ni pizca.

—¿Quién sabe, si afloja a última ho-
ra! ¿Como el viaje no sea inútil....!

—Si no le aprovecha, tampoco la em-
peora.

—No sé, hijo.

—Los enfermos del corazón duran
mucho—dijo mi padre.

—Algunos, Santos. Me tiene tan a-
tribulada, últimamente, la enfermedad

esta de mamita! Estoy más triste que é-
lla con el dichoso viaje, pero.... ¡a la
mano de Dios!

Era lunes y a propia hora principia-
ron los preparativos. Yo no estaba del
todo feliz. Verdad que iba a conocer El
Vadillo maravilloso y a esa tan nombra-
da Santa Cruz; verdad que iba a ver al
doctor Rada Nates; pero eso de "a la ma-
no de Dios", que había dicho mamaci-
ta, se me clavó muy adentro, como la
punta envenenada de un alfiler. ¿Qué
querría decir eso? Y eso le había salido,
sin que élla lo advirtiera, lo mismo que
el resuello, cuando uno está cansado.
Bien ví yo, cuando lo dijo, que la cara
se le puso triste y los ojos allá muy par-
ticulares y como asustados. ¡Mamacita
todo lo sabía!

Mi Tula se puso iracunda con el via-
je. Por delante de Nora y de La Conde-
sa apenas estiraba trompa; pero don-
de no la oyeran se desfogaba a sus an-
chas: que ya querían salir de Nora; que
ya la veía derretirse que ni vola en esa
infernación de Santa Cruz; que al difun-
to Custodio, que había sido tan macizo y
acuerpado, lo había puesto en el puro
hueso ese enemigo de clima, y que, fe
haber sudado allá todo el tuétano, le ha-
bía pendido la reventada de la hiel; que
yo iba a atrapar otro tabardillo y a vol-
verme pánfilo y atembado, después de
estar tan embarnecido; que ella se iba,
porque a donde fuera Nora iría su ne-
gra, que, si no, ni con perros la cogían
en ese moridero. No amainó ni un ins-
tante: eso era como una obsesión. Mamá
y tres de mis hermanas salieron al pue-
blo, en esos días, desde las nueve hasta
la una, a fin de pagar las visitas que de-
bían desde mi enfermedad y de pedir
órdenes para Santa Cruz. Librada y mi
cuñada quedaban a la vela de la casa
y Asunción a la de Vira. Esta imagen
del silencio y de la maña era quien me-
jor le entendía sus arreglos de arma-
rios y arcones y la que estaba al tanto
de todas sus menudencias. Con motivo
de los arreglos de viaje, iban sacando y
sacudiendo cosa por cosa y desocupando
mueble por mueble. Yo, que a pretexto
de estar con un pie en el estribo, había
logrado que me declararan en vacacio-
nes anticipadamente, no les perdía pie
ni patada, en el tal arreglo. Y, como no-
tase que, no sólo la hermana, sino la
abuela misma, deseaban salir de mí, me
picaron más y mejor estas mis ansias de
examinar las cosas que me acompaña-
rán hasta la tumba. Mostréme, eso sí,
muy disimulado, como quien se anda
por ahí sólo por ayudar en lo que se o-
curra; pero el rabo del ojo no se despis-
taba.

Cuando sacaron las cosas de mi
tío, el padre Bonifacio, no pude ya re-
presentar el papel, ni había necesidad,
porque Vira me llamó para que las vie-
se. Sentí un no sé qué de lástima y de
temor.

—¡Allá estará en el cielo ese hijo,
pidiendo por nosotros!—dijo la abuelita,
con voz segura, pero con los ojos húme-
dos. Paréceme verla en este instante.

—¡Ya se lo quisieran esos santacru-
zanos!

—¡Quitá de aquí, adulante! ¡Andá a
coger oficio!

—¿Te parece que estoy de balde? Si
soy el ángel que anuncia a Vira....

—¡Sí, ya entiendo la trama!— pro-
rrumpe ésta entre querelosa y risueña.

—Ya yo tenía mis reconcomios. Te man-
daron para que me engaratuzaras, ¿no?
Pues andá a llevarles la razón; de aquí
me sacarán para el cementerio.

—¡Te sacaremos cuando cumplas el
siglo! Ya ves que todavía hay muchos
cocos qué pelar. Mientras tanto, tenés
que obedecer el mandato del médico.

—¿Acaso he ido a pedirle receta para
que me mande nada?

—¿Que qué? — exclama Lucas en-
trando.—Ya te tengo cuatro peones car-
gueros, igualitos como estantillos, para
que te lleven en andas, bien serenita, co-
mo la Princesa. Si querés le ponemos
flores en los arcos.

—¡Para el trabajo que les daba a us-
tedes sacarme como angelito en batea—
dijo Vira enfadada de veras.—Falta ver
si yo quiero irme.

—¡Si no tenés que irte, viejecita, re-
pone Lucas sobándola por la espalda.—
¡Si te sacamos en procesión. Dejáte de
ofusques y ranchadas! Ya no falta más
que arreglar corotos y marchar.

—Pero, ¿cómo se ponen a determi-
nar esas locuras, sin avisar siquiera.

—Pues quién? No conoce a doña Bea-
triz? dice la nieta.—Donde manda capi-
tán.... Y a don Santos y a todos nos ha
parecido muy bien el viaje.

—¡Allá te mejorás al momento—dice
el nieto.

—¡Ya lo creo—exclama la señora.—
Allá retocan viejos lo mismo que san-
tos; allá atajan la muerte. Y, como a mi
me tiene Dios para semilla, van a mos-
trarme, para que todos vean el prodigio.

—¡Pero, Vira!—replica él.—Ya ves el
señor de Medellín, que ocupaba la ca-
sa grande; vino muriéndose de hidropes-
ía de pecho, es más viejo que vos, y se
fue bueno y sano. Y lo mismo ha pasa-
do con muchos.

—¡Valiente gracia enfermos tierra-
rías! Pero esto y Santa Cruz casi es el
mismo clima. ¿Dónde está el cambio?

—¡No, viejita! ¿Ya se te olvidó que
allá cocinan sin candela? Y, si no se
siente el cambio, nos volvemos inmedia-
tamente. ¿Qué se pierde con eso?

—¡Ustedes, para meter argumentos,
que los busquen!

—¡Y vos, para ranchada, que te al-
quilen!— replica Cecilia.

—Y ¿cuánto les paga Beatriz por la
comisión?

—¡Ah descarada!—contesta la can-
donga.—¿Acaso es ella la que tiene que
pagar? La cuenta te la vamos a pasar a
vos.

Entrán los papacitos. Ella, muy ri-
sueña; él, tan sorrongo como siempre.

—Si, ya vienen ustedes a hacerme
las diez de última—les dice Vira, no sé
si haciéndose la enojada o enojada de
veras.—Estaban esperando para entrar,

—Mamita, esto no tiene quite. Veo
como en los sainetes.

que es una incomodidad muy grande pa-
ra su merced; pero hay la obligación de
conservar la vida. El doctor Garro nos
lo indica terminantemente. Esto ha si-
do muy consultado con el padre Lobo,
con Vicentico y con todos. Le habíamos
guardado el secreto para que no fuera
a ofuscarse con mucha anticipación.

—¡Pero, hija, por Dios! ¿Tanto tras-
torno para los poquitos días que me res-
tán de vida?....

—No, mamita; ayúdate que yo te a-
yudará. Por su salud todo lo debemos
sacrificar y su merced está muy moro-
cha todavía. ¿No es mejor que viva bien
alentadita? Ni hay, tampoco, tal trastor-
no; allá está la casa grande desocupada;
se va con los que quiera; yo estaré yen-
te y viniente; las que se queden, hacen
mis veces. Si quiere, le llevamos su ca-
ma y todos sus corotos.

—¿A eso fué Adriano a Santa Cruz,
la semana pasada?

—A eso precisamente: lo de la casa
está ya arreglado, y para arreglar las co-
sas de aquí tenemos cinco días.

—¿Y la comunión de Paquito se que-
da en veremos?

—Allá comulga.

—¡Ustedes si son capaces de revol-
ver el mundo.

—¡Si eso es una bobada, Vira!—dice
papá.—Doña Beatriz se va con usted y
que se esté todo el tiempo que quiera.
Madrugada con la fresca, hacen en el
río el perro que les parezca, y, con la
tarde, entran en la ciudad.

—¡Pero dejar este rincón y volver a
aquella casa!

—No, mamita; no le dé el ofusque por
eso. El recuerdo de papá y de mi ma-
drina, lo mismo es aquí que allá: aquí
también vivió con ellos y con toda la fa-
milia. Si es hasta sabroso recordar al-
gunas veces. La cuestión es que no se
impresione y que nos vamos bien con-
tentos. ¡Qué le parece volver a ver tan-
tos parientes y amigos! Volver a ver e-
sa semana santa tan hermosa.... y tan-
tas cosas más.

—Pero Paquito se queda conmigo to-
do el tiempo que me esté.

—Paquito y los que quiera, menos
yo. Iré cada semana; pero de sábado a
lunes tango que estar aquí.—Aquí ex-
puso el plan y cómo y con quién de-
jaba la niña. La abuelita suspiraba. Lla-
maron al almuerzo. Salí detrás de ma-
má, para oír bien lo más que me faltase
del asunto.

—¡Ya ve, pues!—le dice Lucas, cuar-
do estuvieron en el corredor.—Su mer-
ced, que pensaba que era obra de ro-
manos. No se ha impresionado ni pizca.

—¡Quién sabe si afloja a última ho-
ra! ¡Como el viaje no sea inútil....!

—Si no le aprovecha, tampoco la em-
peora.

—No sé, hijo.

—Los enfermos del corazón duran
mucho—dijo mi padre.

—Algunos, Santos. Me tiene tan a-
tribulada, últimamente, la enfermedad

esta de mamita! Estoy más triste que é-
lla con el dichoso viaje, pero.... ¡a la
mano de Dios!

Era lunes y a propia hora principia-
ron los preparativos. Yo no estaba del
todo feliz. Verdad que iba a conocer El
Vadillo maravilloso y a esa tan nombra-
da Santa Cruz; verdad que iba a ver al
doctor Rada Nates; pero eso de "a la ma-
no de Dios", que había dicho mamaci-
ta, se me clavó muy adentro, como la
punta envenenada de un alfiler. ¿Qué
querría decir eso? Y eso le había salido,
sin que élla lo advirtiera, lo mismo que
el resuello, cuando uno está cansado.
Bien vi yo, cuando lo dijo, que la cara
se le puso triste y los ojos allá muy par-
ticulares y como asustados. ¡Mamacita
todo lo sabía!

Mi Tula se puso iracunda con el via-
je. Por delante de Nora y de La Conde-
sa apenas estiraba trompa; pero don-
de no la oyeran se desfogaba a sus an-
chas: que ya querían salir de Nora; que
ya la veía derretirse que ni vola en esa
infernación de Santa Cruz; que al difun-
to Custodio, que había sido tan macizo y
acuerpado, lo había puesto en el puro
hueso ese enemigo de clima, y que, de
haber sudado allá todo el tuétano, le ha-
bía pendido la reventada de la hiel; que
yo iba a atrapar otro tabardillo y a vol-
verme pánfilo y atembado, después de
estar tan embarneado; que ella se iba,
porque a donde fuera Nora iría su ne-
gra, que, si no, ni con perros la cogían
en ese moridero. No amainó ni un ins-
tante: eso era como una obsesión. Mamá
y tres de mis hermanas salieron al pue-
blo, en esos días, desde las nueve hasta
la una, a fin de pagar las visitas que de-
bían desde mi enfermedad y de pedir
órdenes para Santa Cruz. Librada y mi
cuñada quedaban a la vela de la casa
y Asunción a la de Vira. Esta imagen
del silencio y de la maña era quien me-
jor le entendía sus arreglos de arma-
rios y arcones y la que estaba al tanto
de todas sus menudencias. Con motivo
de los arreglos de viaje, iban sacando y
sacudiendo cosa por cosa y desocupando
mueble por mueble. Yo, que a pretexto
de estar con un pie en el estribo, había
logrado que me declararan en vacacio-
nes anticipadamente, no les perdía pie
ni patada, en el tal arreglo. Y, como no-
tase que, no sólo la hermana, sino la
abuela misma, deseaban salir de mí, me
picaron más y mejor estas mis ansias de
examinar las cosas que me acompaña-
rán hasta la tumba. Mostréme, eso sí,
muy disimulado, como quien se anda
por ahí sólo por ayudar en lo que se o-
curra; pero el rabo del ojo no se despista-
ba.

Cuando sacaron las cosas de mi
tío, el padre Bonifacio, no pude ya re-
presentar el papel, ni había necesidad,
porque Vira me llamó para que las vie-
se. Sentí un no sé qué de lástima y de
temor.

—¡Allá estará en el cielo ese hijo,
pidiendo por nosotros!—dijo la abuelita,
con voz segura, pero con los ojos húme-
dos. Paréceme vería en este instante.

Tenia, bien así como las postreras lumbres del ocaso, esa tristeza dulce y tranquila, ese aire de los justos en los trabajos amargos de la vida. ¡Y qué de añoranzas en aquella alma, al revivir el pasado por los objetos que lo representaban!

Todos yacían sobre una mesa, medio desenvueltos de los distintos papeles que les guardaban hacia tantos años; todos exhalaban ese olor indefinible, esa como fragancia del pasado que embriaga de tristeza. Ahí estaba el misal, un misal de pasta negra con prolijos dorados y un porderillo sobre el libro apocalíptico, lo cual me dió la clave de aquel adorno eclesiástico y extraño de esa alcoba. Los registros de cintas rojas y amarillas, deshechas por el encierro, colgaban, cual pétalos de tulipanes agostados. Por las páginas, de signos góticos, ya negros, ya rojizos, impresas en esa lengua que ha muerto en la tierra para vivir en el cielo, se notaban, tal vez renovadas por el tiempo, las leves manchas que dejaron unos dedos; mientras que aquí y allá, como parásitos del papel, constelaban las páginas esos puntos achocolatados que hace brotar la vejez. Allí está el manipulo de áureo fleco ennegrecido, de áurea cruz bordada más negra todavía. Esa prenda ritual, enviada a la dama, como especial privilegio, la llevó el levita en el féretro. El blanco brocado se deshace, las hebras de plata se levantan rígidas y oxidadas; asoma, medio lamosa, la tosca entretela, cual si a todo se hubiese transmitido la descomposición de la tumba. Ahí están la sotana, el tricornio y otras prendas, libros, carteras, qué sé yo; toda una vida traducida a la lengua de las cosas.

Doña Elvira toma otro envoltorio y su rostro pierde la impassibilidad.

Los discos de sus espejuelos no le atajan las lágrimas y una mueca de dolor contrae su boca. Tose, como para desatar un nudo que le aprieta la garganta.

Quita el hiladillo, abre el lío con manos convulsivas y aparecen una ruana de algodón, sucia y chafada, y un jipijapa mohoso, maculado de tierra con una cinta verde, medio comida.

—¡Pobre hijo! — murmura la señora, en un trémolo de piedad.—¡Morir sin quien le diera una gota de agua; sin quien le gritará ¡Jesús!... con el pecho destrozado por las balas! ¡Ah, guerras!

—¡No piense, viejita, en esas cosas! — le suplica Asunción, llorando como ella y abrazándola. — ¡No se comprometió conmigo a no impresionarse? Bien le dije yo que no sacáramos esto ahora.

Me pegué a ellas, soltando, a mi vez, el llanto.

—¡No, Paquito! — me dice la hermana. — No venga, ahora, a atormentarla más.

—¡Déjalo, hija, que acompañe a su Vira! Más se acordará de mí el pobre avistrujo.

Y llevando mi cara a la suya, me besó con transporte y nuestras lágrimas crieron confundidas. — ¡No llore más. Vi-

ra querida! ¡No llore, más, que le va a dar la palpitación!

—No, hijito; no me da. Lloro de gusto. ¡Que Dios te conserve siempre ese corazón tan compasivo!

Enjúgueme las lágrimas, se enjúgó las suyas, y poniendo en mí esos ojos azules como el cielo, díjome tranquila:

—¡Vea que no estoy triste ya! ¿No ve que usted me ayudó a sentir la pena? No le dé cuidado, que no me sucede nada.

En efecto, siguió con esa apacible melancolía del atardecer, que emanaba de su alma. Los dos nietos sentíamos el bienhechor influjo de la santidad.

Tras una corta tregua, continuamos el arreglo. Merced a aquella comunión de sentimientos y al ayudar mío en la pena, no fui ya un intruso; vine a convertirme en compañero material, y obligado de la faena. En la cara de Asunción, en esa cara de santo de palo, que nada denunciaba, leía yo, no obstante, algo como la hipocresía del sufrimiento. Me ordenaba ya esto, ya aquello, y todo revestía para mí no sé qué de austero y solemne. Se me figuraba ser un señor hecho y derecho.

Entrambos sacamos el cofre grande, porque pesaba un tanto, y lo pusimos sobre una silla. Era de madera de rosa, con relieves e incrustaciones de plata. Había tres más, como hijos junto al padre. Vira puso la llave en el mayor, y al girar de la tapa, cabilloó en la luna del anverso uno a modo de relampagueo.

Las dos fueron sacando oro y más oro y poniendo sobre la camona, luego vaciaron los cofres pequeños.

—¿Ya tiene, hija, todas las boletas y los papeles para envolver?—pregunta la anciana.

—Sí, señora; no falta ninguna ni están repetidas. Y vea el rimero de papeles.

—Bueno, mi Asunción. Pero... ¡Yo no sé cómo hacer bien hecho lo que quiero! No es más que un recuerdito especial para cada uno; lo que quede lo partirán Bárbara y Beatriz, que lo de la monjita ya está anticipado. ¡Yo quisiera saberles el gusto a todos!...; pero me parece que me voy a pelar, al escoger. Dígame usted hijita.

(Ya iba entendiendo).

—No, Vira; la gracia es que lo escoja usted misma: vale más que escogido al gusto de cada uno. Todo es lo mismo, en siendo cosa suya.

—Así será, ¿no? Y en esto tampoco hay necesidad de balanza... ¡A la mano de Dios!

¡La misma palabra de mamácita! ¿Tendría ahora, ese sentido tan malo? Principio a encalabrinarme.

—Bueno, Vira; ¿y usted por qué va a dar cosas de oro?—me atrevo a preguntar, todo conturbado.

—¿Por qué?... Porque quiero regalarles algo, y....

—¡No es por eso!—niego yo, soltando otra vez el llanto.

—¡Paquito!—dice Asunción, enojada.

—¡Le cuento a papá!

—¡Tan bobito el magistrado!—murmura la abuela.—¿Se va a poner a gemir ahora que le voy a regalar cosas tan lindas? Camine, escoja aquí lo que quiera.

Haciendo puchereros subíme a un taburete para darme a la escogencia. La pena, que se me iba a definir de un golpe, atajóse a la vista de tanta cosa que yo no conocía ni de oídas. Mis nociones sobre riqueza no eran para que estimara aquel acervo como valor; mas como lo bello era la base de mi apreciativa, deduje en consecuencia. A medida que miraba me iba fascinando, y aun con el recuerdo me fascino. Era aquello la acumulación de varias de esas generaciones que no tuvieron más lujo, ni más derroche que el de amortizar dinero en pedrería. Ya doña Elvira había repartido algunas de sus joyas propias; pero, amén del resto, conservaba las heredadas y todas las de papá Solsona.

¡Qué iba a escoger yo con aquella mezcla de angustia y deslumbramiento! A fuer de niño me cautivaban, más que el oro y las piedras, los cofrecillos diminutos, diseminados en la cama, cual los juguetes de una nietecita de la reina Sabá. Los había de porcelana, con festones y cestas e idilios pastoriles, pintados por un Watteau liliputiese; los había de maderas, tallados en bellotas y follaje de encina, en pájaros y ciervos; de plata, con cinceladuras y trenzados, con gárgolas, y mascarones; de marfil, calados como franja; de concha, tornasolados en azul y rosa. Habíalos largos, cúbicos, combados, oblongos, qué sé yo....

Aquella flora de orfebres se me antojaba pura jardinería del cielo; y en cuanto a la fauna, no podía menos que asimilarla al empíreo, sin mayor escrúpulo, pues bien sabía yo que muchos santos tienen su animalito. La noción del color, glorificado en las piedras; esa noción tan nueva para mí, íbame causando el vértigo que perdió a Cardillac y a Margarita. ¡Qué locura! Diamantes y esmeraldas, perlas y rubíes, topacios y zafiros, destellaban en collares de rosetas, en cruces, en medallones, refulgían en alfileres ideales, en zarcillos hiperbólicos, en sortijas de chocuano, en hebillas de zapatos, en brazaletes de Aída. Las piochas y los ramos oscilantes parecían reclamar el cabello de una hermosa. No me contengo, y en las trenzas negras y esponjadas de Asunción, clavo un haz de flores desconocidas. A consentirlo, ella, le cuelgo gargantillas de esferas, mazos retorcidos, sogas de filigrana, sino las cadenas de eslabones y los rosarios de quince dieces. Cual justos en el mundo, asomaban entre la montonera, patriarcas y eremitas, virgenes y mártires, pintados en el vidrio corvejo de sus óvalos.

Iba, al fin, a decidirme por un par de sabaletas, unidas por una cadenilla como el signo de piscis, cuando descubro un par de medallones guarnecidos de brillantes. No son santos, sino cristianos; el un real mozo, moreno, imberbo,

de ojos grandes y pelo alborotado; élla, un ser cándido, ingenuo, infantil; cabello castaño, en tirabuzones; ojos azules, fijos en lo alto; los hombros mórbidos y caídos; el cuello, ceñido de zafiros, que hacen juego con las pupilas.

—¡Esta es usted, Vira!—exclamó entusiasmado.

—Dizque soy yo; pero me hicieron mucho favor. Su papá Solsona sí era así de buen mozo. Está que habla en esa miniatura.

—¡Yo los escojo, Vira! Son para mí.

—Sí, Paquito; pero... ¡sí yo estoy sorombática! ¡Qué va a escoger en eso!

Abre uno de los cofrecillos. Es de joyas masculinas. No sé qué elegir; pero élla misma me va poniendo en uno de plata los tres sellos del bisabuelo, una cadena de las de papá Solsona, botones de diamantes para la pechera y un anillo de solitario.—Esto es aparte—me dice al entregármelo—que se lo regalo yo. Déselo a Asunción para que se lo guarde. Y no le diga nada de lo que estamos haciendo ni a su mamá ni a Lucía. ¡Cuidado, mi avistrujo!

Prométiselo y así lo cumplí.

Ahora en estuches, ahora en envoltorios, iba pegando Asunción las papeletas, con el nombre respectivo. Irritó mi curiosidad la forma de estribo del que le señalaron a Cecilia y lo abrí con disimulo. ¡Qué cosa aquélla! Era un terno de mosaico, en azabache, con borde de perlas: así en las orejetas como en el broche, bebían dos palomas en una pila. Parecióme que sólo los encantadores podían haber sacado aquello tan chirringuito y tan precioso. Tan de verdad se me volvieron que casi les oía los currucuteos.

Los quince nietos, las tres hijas, los dos yernos, Mi Tula y su unigénito Félix, algunos deudos y amigos figuraban en las papeletas; y aun quedaba bastante en los cofres.

Guardados de nuevo, y puestos aparte los regalos, fue Vira a sacar un lío; pero Asunción, allá con cierta labia, la detuvo.

—Eso no hay para qué abrirlo, ahorra, viejita — le dice muy suplicante. — Hará quince días lo sacudí y le puse mucho alcanfor. No hay riesgo de que tenga ni una polilla.

—Sí, hija; pero yo quisiera que me leyera otra vez la carta de su tocaya.

—¡Sí, para acobardarse...!

—Leémela, hijita, que antes me alegro.

Asunción, a pura obediencia, toma el paquete como cosa santa, y del crucero de las pitas atadoras, donde está asegurada, saca una carta azul y lee con vocécilla conmovida. Mi tía, la monjita, decía unas cosas muy bellas del hábito de la Virgen del Carmen, y otras, más miedosas que todo, de ánimas, purgatorio e indulgencias. Vira, según lo dijo, mostróse contenta y animosa.

Cuando mamacita y mis hermanas volvieron del pueblo todo estaba guardado.

Al día siguiente, apenas salieron las

visitadoras, la emprendimos con “los arcones de las reliquias”, que decía Lucas. Principiamos por el grande; un monumento de roble, con más hierros y cerraduras que caja de caudales.

De entre pistolas, estribos y espuelas y otras cosas a cuales más raras y vetustas, sacamos el sillón de la bisabuela Villalares. Erase el tal ún aparato enorme, entre banquetta y atril, con forros que fueron de terciopelo rojo y todo enchapado de plata.

El arcón aquél ¡oh sorpresa de las sorpresas! tenía su secreto, su misterio. Cuando menos me lo percaté, ábrelo Vira, en persona, y aparece una caja o cosa así, cubierta de tela impermeable y cuidadosamente liada.

Tómala con maña religiosa y me dice con aire de unción:

—Esto también es para usted. Lo que le dí ayer, aunque valga, son bienes mundanos y perecederos. Esto no; este legado lo va a guardar usted toda su vida, como una reliquia. Cuando lo comprenda, sabrá lo que somos, lo que es usted y las obligaciones que tiene con Dios y con sus semejantes.

—¿Qué es, Vira? ¡Dígame! —exclamo subyugado. Pero no me dice. Se sienta en la silla, con la caja en el regazo, callada, abstraída, suspensa. Asunción y yo quedamos en expectativa.

—¿Qué fué, Vira—pregunta ésta, al cabo;—se siente mal?

—No, hija.

—¿Qué es, pues, viejita?

—Pues fué que, en el codicilo del otro día, se olvidó una cosa muy importante. ¡Pero ya no tiene remedio!

Y sigue cavilando. Me va dando sus-
to.

—¡Asunción!—llama luego, cual si estuviera muy distante.

—¿Señora?

—Búsquese papel fino, de ese en que su madre dibuja, y tráigame media hoja.

Sale la nieta y la abuela sigue ensimismada.

—¿Será de este, viejecita?—dice la joven entrando.

—Sí, pero tiene que reglarlo.

Con la paciencia y el esmero que en todo ponía, dióse Asunción a la tarea.

—Algo apartado, hija, y bien derecho.

—Sí, señora.

La anciana miraba el cenefón, pintado allá junto a las vigas, por algún fresquista de brocha gorda. Parecía que en aquellas guirnaldas macarrónicas y en los ondeantes trapos, de pliegues como costillares, buscáse la inspiración. Allí mismo la buscaba yo; pero nada me decían los pintorrajos.

—Está—avisó la regladora.

—Escriba, pues, en letra bien clara y algo grande...

Y fué dictando lo que sigue:

“Esta ejecutoria pertenece a don Francisco de Paula Santos Solsona. La guardará su madre doña Beatriz. Puede enseñársela de los quince años en adelante; pero no se le entregará hasta que cumpla veintiuno. Si don Francisco de

Paula fallece antes de este tiempo, esta ejecutoria se mandará a depositar al archivo de la catedral de Santa Cruz.—En Silencio, a tantos...

Con la última palabra se alza la señora, se sienta, toma la pluma y, con mano trémula, firma con esa su letra marante, parecida a granos de cebada. Riega, luego, el arenillero de milpesos, pintado de abigarrados colorines; sopla y da papirotos al cartel y le va pegando, por el reverso, toda una guarnición de obleas.

¡Virgen de Valvanera, mi querido! ¿Yo de don? ¿Yo de señor grande? ¿Qué sería aquélla? Me figuraba tantas cosas asustadoras. Eso que iba a ser mío, que lo era ya, ¡quién sabía lo que era! Cuando menos un santo milagroso, con alguna calavera bien horrible. ¿Ejecutorias? ... Eso siempre tenía que ser como un retablo. La abuelita se había puesto tan rara desde que agarró eso, y el caso era tan extraordinario, que ni modo de preguntar, siquiera. Entre la curiosidad y el susto me iban encumbrando.

Vira va a la palangana, se jabona las manos, y, bien enjugadas, toma la caja y le quita la tela. No puedo más, y veo. ¡Peor! Una caja de palo, como todas, con cerradura y la llave colgada de una cadenita. Gira la tapa y sólo veo un papel muy tieso y amarilloso, como los que forran los libracos del padre Villalares, con un letrero muy feo. Dobla la hoja sobre la tapa y entreveo un dibujo, semejante al trompo del armario, pero sin el aguilón. Como si lavara los corporales, pega el papel detrás del forro, y suba y asienta y estira. Cierra y yo me quedo como perro en misa.

—Oh, Vira!... — me resuelvo al fin. —¿Yo no puedo ver eso todavía?

—¡Tan lindo! —contéstame risueña. Sí puede verlo; pero, como no lo entien-

—Pues dígame pa entender. de, ¿para qué?

—Eso pregúnteselo a su mamá, que tiene palabras. Cuanto le digo, hijito, es que esa ejecutoria es lo que más vale, después de la religión, o... mejor dicho, es casi igual. Su mamá se lo explicará, ahora, y cuando sea grande y magistrado lo comprenderá todo.

Cuales serían mis interrogatorios apenas llegó mamacita. Ella estaba triste; con el ofusque, y aunque me explicó algo por la noche, no estuvo tan clara cual solía. Bien dijo Vira: la nobleza tenía tantas obligaciones como la doctrina y el catón, si no más que ellos. Me hubiera parecido muy aburridora, a no deducir, como deduje, que eso era cosa de reyes y magistrados y de señores que mandaban a la gente; que yo siempre era muy grande y encumbrado; y que, para serlo más, debía seguir muy juicioso y muy buenito. ¡Ya se vería después que comulgara! ¿Para qué le servía a uno saber leer y escribir y toda la doctrina, sin un punto?

Y la imagen del doctor Rada Nates y la del tío Juan de Dios flotaban en mi cabeza, confundidas en un mismo ideal.

¡Pobre Paquito Santos!

Al atardecer del sábado señalado, después de un feliz viaje y según el programa de papacito, nos aproximábamos a Santa Cruz, la ilustre. No las tenía todas conmigo: ¡así es la vida! Siempre había soñado con inmensidades de cielo, al pensar en el río prodigioso, y su caudal se me hizo el caño de nuestra huerta; siempre había soñado con el arca de Noé, y la barca me pareció una batea, un chisme ridículo. Así y todo **El Vadillo** me produjo cierto espanto; lo esperaba blanco como la leche y más brillante que la luna, y, cuando, al volver un recodo del camino, me mostraron, ahí cerca, una cosa como tierra removida, creí que se burlaban de mi ignorancia. Al persuadirme de que aquello era realmente el río, me fui sobrecogido. ¿Por qué y de dónde engaño tan enorme?... Nada dije, sin embargo, pues se me figuró de pronto, lo que otras veces: que era embobamiento mío, a consecuencia de la asombrada. Por otra parte, yo había tenido aquel amanecer una pesadumbre muy grande: papá y mis hermanos no quisieron que Mentor nos acompañase. Lo pusieron en cadena para que no nos siguiera, y al pasar, todavía oscuro, por delante de la portada y ya en marcha, lo sentí gemir, muy lastimero. Esta separación se me hacía más triste, en aquellos momentos, y pensaba que allá estaría el amigo amarrado en el poste, recordándome, tal vez rezando por su Paquito. Las lágrimas, esas lágrimas mías, que entonces no me corrían para adentro, como ahora, se me querían saltar, sin yo quererlo. Revuelto con esto se me representaba Jesusito cuando lo ví temblando, en aquella camita tan pobre, poco antes de morir, al mismo tiempo que aquel "A la mano de Dios" que dijo mamá y que luego repitió Vira, me iban labrando más que cuando las oí. Y yo también como el eco iba diciendo dentro de mí, cual si fuese una fatal consigna: "A la mano de Dios".

Al saltar de la barqueta nos recibieron, con muchos agasajos y ajongeos, unos nuestros parientes y el doctor Rada Nates, que venían a encontrarnos. Tamaño tope y la presencia del doctor, aunque me envanecían y alegraban, no fueron poderosos a que yo cambiase mis oscuros pensamientos por otros, sabrosos y sonrosados. No hablaron, tampoco, de cosas buenas; y la fascinación del padre, por más que fuera la de siempre, no obró en mí con la magia del día de mi fiesta. Tal lo sentía, y era otro motivo de confusión.

Subíamos despacito por un camellón desierto, de suelo polvoroso como ceniza caliente, murado a vera y vera por naranjales y limoneros entretejidos. Arriba, por entre el arbolado, medio asomaban casas y repuntaban torres. Perfumes acres henchían el aire, y, lo mismo que máquina de vapor, lanzaban sus pitidos las "chicharras de cuaresma". La senda y el terreno que cortaba parecían

aletargados. Oyéronse, no muy distantes, unas campanas y yo, que sólo había oído las de Colmenares, sentí en aquel tañer, no sé qué belleza acobardadora e impresionante. Jamás había supuesto que las campanas tuviesen su voz especial como la gente.

A poco, primero con una casuca, luego con dos, después con cuatro, y, por último, con una ringlera, nos encontramos en la ciudad de los blasones, tres veces centenaria. ¿Si sería eso Santa Cruz de Vadillo?... Pero... ¿cómo no veía, por ahí, por esas calles ni puertas de porcelana, ni ventanas de cristal? ¿Cómo no veía chaquetas, ni aldabones de oro, ni siquiera de plata? ¿Sería más adelante? Nada: por más que avanzábamos. Muy distinto era esto, ciertamente, de mi pueblo de Colmenares; pero se me parecía mucho al caserón de **El Silencio**: un montón de Silencios, más o menos pegados. Merced a esto, iba encontrando bella a la vez que miedosa a la insigne Santa Cruz. Cuando llegamos a la casa ya no me quedaba duda de que en toda la ciudad debía haber muchas ánimas regadas, muchísimos espantos y entierros, y quién sabe cuántas cosas que "hacían calaveras". Respecto a túmulos y aparatos de difunto, ¡vaya!, por junto y por separado.

¿Perduran en la vida los caracteres de las primeras impresiones? ¿Tiene cada espíritu una modalidad y un punto de vista invariables? O ¿hay algo en Santa Cruz que les dice a las almas estrofas de la muerte? ¿Qué sabré yo! Sólo que en cualesquiera de los matices de mi vida en que he vuelto a esa ciudad y permanecido en ella, Santa Cruz me infunde siempre, con los variantes de cada hora, las mismas primeras sensaciones por lo fúnebre; me hace fantasear sobre aquel misterio que espanta y que fascina...

Pero ¿a qué mentir? Todos estos cuentos míos son por hacer algún melindre fino y darme un poquito de tono. La verdad es que yo, debido a mi asombro, y a mi ingénita bobería, veo en Santa Cruz, y en cualquier parte, todas estas cosas y otras más que, por pudibundez, me callo.

Aseguran los santacruzanos que Dios entre las muchas deferencias que por ellos tuvo, les dió para su uso exclusivo una luna especialísima en el mundo universo. Por cierto que no mienten. Seleno de Santa Cruz es una maga que todo lo idealiza y transfigura. Como la gracia a las almas, limpia de toda mancha la cúpula del cielo; según le venga el capricho, bruñe suelos, paredes y techumbres, perfila o desvanece dondequiera; de tolondrones y asperezas saca relieves delicados, y tiene polvos de madreperla para pintarlo todo.

Pintados por la diosa, que en esa noche se mostraba en toda su pureza e integridad, escudados por Rada Nates, esa otra luna de sotana, nos echamos a la calle, a recibir las primicias santacruzanas, Cecilia, Lucía y yo, bajo el pastoreo de Adriano. La desorientación

me ponía entre contento y angustiado. Ya la iba tomando a síntoma palmario de mi fatal idiotismo; mas pronto hube de consolarme, al ver que mis hermanas iban tan despietadas como yo. Lo que es de este achaque, si no me curaba; vaya o venga, descienda o trepe, toda mi vida he andado como la primer noche de Santa Cruz.

No sé si a mucho o a poco andar, llegamos al **Señor de la Piedra**. Es una plazoleta, alfombrada de césped, un lugar todo paz y austeridad. Fórmanle pórtico a la iglesia dos palmeras, iguales, gemelas, idénticas. Más que obra de naturaleza parecen artefacto humano y parte integrante de la torre. Nítida, ingenua, con la sencillez de Cristo, muestra en el propio centro de los troncos su único lienzo. En su humildad no llega a los penachos que le rezan allá arriba una plegaria de murmullos. Rásganla dos ventanales en arco, y las campanas tétricas y negras se destacan en el cielo opalino de la noche, cual dos gemidos en el silencio.

Y andando, andando, discurrimos por calles amplísimas cortadas por estrechos callejones. Creía hallarme aún en casa, ante aquellas tan enormes y monumentales, negruzcas, cenicientas, de piedra sin reboque, de techos sin aleros, de cornisas chatas cortadas abajo en picos con enjalbegue de colorines que aun chillan; de ventanas abiertas muy arriba, con sus resguardos entejados; de portallones blasonados y en arco. Me daban la nota nueva, en su misma vejez, las casas blancas, de albura columbina, con ventanucos irregulares y asimétricos, a estilo conventual. Tales contrastes parecen acentuar mejor aquel aire del pasado que allí se respira. Esas esquinas, tan propias para encuentros de capa y espada, ostentan en su vértice toscos pilarones; y las cruces de hierro, empotradas en los muros, publican la piedad santacruzana. Mas aún los faroles que alumbran lienzos y esculturas sobre el dintel de aquellos trasportones de postigo.

Como un escarnio a la fragancia oriental que recarga el ambiente, corren con gentil desvergüenza, por los cauces destapados de las calles, los íntimos desagües de todas las viviendas. Por sobre las techumbres avanzan, hasta el lado frontero, a guisa de puente veneciano, brazos usurpadores, de árboles, agobiados de años y de parásitas; repuntan tallos por los agujales, repuntan por las grietas, repuntan por las junturas y se enmarañan los bejucos y se retuercen las pencas, cual si aquello fuese un combate de culebras. Las exuberancias de **El Silencio** se me hacían de páramo, ante estos horrores.

Sin saber cómo, ni cuándo ni por qué lado, nos vimos en una plaza ante un templo. Es la parroquial de Santa Cruz, a la divina enseña consagrada. No hay árboles, sino que la yerba, la yerba vieja, invasora, cubre todo eso. Por las construcciones que lo enmarcan, por la vegetación que asoma por los tejados, y

aun parece que por el aire mismo, se pronuncia el de vetustez, con notas y perfiles de indecible poesía, de elocuente tristeza. Sentí frío y calor, algo que me hormigueaba dentro de las vértebras, y dí por seguro que en ese ámbito melancólico y soledoso pululaban las ánimas como en un cementerio. La fachada aquella cubre casi un lado de la plaza. La luna le daba de frente; mas no pude contemplarla en tal momento. Sus contornos curvos y complicados, su ornamentación confusa y prolija, que aquí forma columnas, allá ramazones y garabatos, acullá espirales y qué sé yo cuántos más perendengues, me representaron, al punto, no ya calaveras, sino toda una mortandad; una mortandad arracimada y en pié, medio cubierta apenas de paños sepulcrales comidos de podredumbre. No era para menos; los siglos le han sacado a ese edificio vetas y lamas, costras y lamparones, y el liquen, las diminutas parásitas, los sutiles espartillos y las legiones de bichos, que allí han plantado sus lares, lo han bordado, estucado y policromado, como en una lepra meticulosa, con todos los tintes del abandono y la desolación. ¡Qué de tristezas inspira! ¡Es que cuenta tantas cosas! Por allá, oía, entre las grietas y cavidades, croajar las lechuzas, como espantadas de su propia casa.

El doctor Rada Nates nos lo iba explicando todo, con mucha sabiduría, y cuando le oí que en aquel recinto estaban enterrados los principales magnates de Santa Cruz, me pegué de las faldas de Lucía y recé por dentro no sé si a Jesucristo, al padre Villalares, o a quién. No fui capaz de fijarme en el seminario de San Alfonso, adyacente a la iglesia, porque, a la primer ojeada, le ví el aire de ánimas y difuntes; máxime cuando, en tan críticos instantes, sonaron las ocho en la catedral, y luego un doble, y en seguida otro, más lejano. Eran unas ocho que nunca había oído, unas ocho tan clamorosas e imploradoras. ¡Tlan! ¡Tlan! ¡Talan! Aun las oigo.

Desde ese punto hasta la catedral, ya no ví nada; iba rezando y disimulando mis sustos lo mejor que podía. En verdad que me iba acobardando Santa Cruz de Vadillo. Si así seguía...

Una vez en la plaza principal, me rehece un tanto. Aunque aquello no dejaba de inspirarme allá cierto recelo, era harto distinto de lo anterior. Iba pareciendo que no era aquel un lugar bien propio para ánimas benditas o sin bendecir. Más que miedo, iba sintiendo como un respeto agradable y el yugo para mí aun inopinado, de lo bello; ese bello que ha sido mi tirano y a quien no he podido asesinar, porque, cuantas veces lo he creído a mi alcance, se me vuelve humo.

La noticia es más que plausible y puede justificarme; y la luna pintaba la plaza, y la yerba se volvía azul y azules los dos mangos paradójicos, que allí prueban la dualidad del poder. Poco les dura el sofisma; entre los dos se impone ecuménica, incontrastable, la mitra

de piedra, faro y prez de Santa Cruz. He ahí la porcelana que soñara mi fantasía. Albeaba fina y radiosa como acabada de lavar. Más que frontispicio de templo, parecióme un altar. De altar su aspecto, gracioso a la vez que severo; de altar el festón que la decora, como formando la abertura de simétrico cortinaje. Negro e imponente, como la fuerza bruta junto a la convicción, se yergue, a su derecha, el torreón cuadrilongo, donde más de un sacerdote ha gemido en cautiverio. No obstante las tenebrosas consejas que yo me sabía en este particular y de haberlas conexas, luego al punto, con la del padre Villalares, no me inspiró la torre aquella mayor sobresalto. Sería por haber encontrado, al fin, los cristales soñados.

Aunque de mentiras, se me hacían más lindos, acaso, que de verdad: eran los cuatro chorros de la fuente — cosa nueva para mí — que la luna convertía en otras tantas colas de cabellos de cuento persiano.

Sin oros ni platas, me iban pareciendo cosa de príncipes aquellas balconadas con tantas puertas, aquellos postes y balaustrados tan laboreados y unos como púlpitos que veía por las bocacalles, lanzados sobre soportes en escalones. ¡Hasta reinas dormirían dentro de esas casonas!

¿Cómo volver a la nuestra, sin ir a la Asunción? Hacia allá nos dirigimos. Yo de muy mala gana; quién sabe si sería alguna otra cosa bien asustadora, que me quitase los gustos y sabrosuras que la plaza me dejaba. Mas antes fuimos a ver la única animación que se sentía en ciudad tan solitaria. Era eso bajo los mangos, y un comercio harto peregrino para mí: vendiase a tales horas, según costumbre, nada menos que el clásico plato de frísoles con tocino, guarapo, terriblemente fermentado, y un guisote de ciruela verde, con mucha sal y no pocos condimentos, llamado **machuco**, en la germanía regional. Yo me encanto con aquel acento, mitad sandunga, mitad cantorio, de la gente del pueblo; esa articulación calentana, que elimina las eses finales y substituye por cees las intermedias, característica de los hijos de Santa Cruz, y menos acentuada en las clases altas. La abuela y mamá aun la conservaban un tantico, con ser que en Colmenares, donde residían de tiempo atrás, apenas si se percibe.

Seguimos. Soplabla una brisa acariciadora, perfumada de jazmines y azahares. Desembocamos en una plaza o alameda y nos detuvimos en silencio.

¡Turrís eburnea, ave! Allá brillas, nítida y precisa, destacada sobre el fondo lejano de la falda; allá deslumbras como espectro de pureza. Larga y triunfal entrada te forman de un lado, sobre maticos de mampostería, los dombos opulentos de los mangos; y, del opuesto sobre iguales bases, rectos, blancos, como cirios de pascua se hilan los troncos de palmeras por levantarse hasta el cielo su edénico plumaje. ¡Turrís eburnea, ave!

¡Qué ánimas ni qué espantos! Mi al-

ma de niño sobrecogida ante tanta hermosura, tuvo algo como un deliquio. Yo sentía estremecimientos de dicha; yo ansiaba ser bueno; yo recé, recé no sé qué oraciones que me salieron, sin yo pensarlas, de lo más hondo del corazón. Tal vez esa almita mía, como los mangos, como las palmeras, quería también alzarse en oblación hasta María; tal vez... ¡y yo no supe!

Al volver de aquel rinconcito del paraíso, iba pensando que cuando yo me casase con una princesa, magistrada a lo mamá y santica a lo Vira, sería en esa iglesia tan blanca, donde se sentía la Virgen.

Aun no eran las nueve cuando tornamos a casa. La abuelita se había recogido, desde temprano; pero mamá y Asunción estaban en el desmesurado corredor de la entrada, en animadísimos coloquios con no sé cuántos tíos y tías, primas y primos. Nos presentan. Me interrogan sobre Santa Cruz; y yo, mocoso suelo cortijero y asombrado por añadidura, contesté merced acaso a la influencia de la Virgen y a la principalidad que supuse en esa gente, con modos algo urbanos y discretos; calléme lo que pudiera deprimir a Santa Cruz e hice el gran panegírico. No en balde, porque señores y señoras me echaron sahumerios por mi despejo y cortesanía. ¡Figúrense! ¿Yo entre tanta grandeza? Como los papás habían llevado primitos y primitas a la bienvenida, al momento nos fuimos amigando y se trabó el palique entre la chiquillería. Cual eco de los mayores, me hablaron mucho del Obispo, de la semana santa, de **El merendero real**, la gran cosa de la ciudad, y de otras no menos enormes.

Muerto de fatiga corrí a buscar la merienda, no bien salió el visitón. ¡Pero, qué! Mi Tula estaba montada en el rucio, y apenas pude lograr un ridículo pocillo, mal acompañado de pastas y muy bien de hormigas. Tiréme en seguida, en el santo suelo, sobre una estera, que me designaron por lecho. Aunque era en cuarto amplísimo y desmantelado, con las puertas de par en par, y con una sabanilla rala por todo abrigo, sentí siempre bastante más calor que en El Silencio. La compañía de Adriano, que se acomodó no lejos de mí, no me parecía suficiente para aquel caserón, que tiene un aire tan marcado de espanto. Pero estaba tan rendido, tan laxo y tan encontrado de ideas, que, entre rezos y temores y el pitar de las chicharras y no sé qué rumorillos extraños, que por ahí percibía, me quedé como muerto, para resucitar al amanecer.

Por esas arboledas santacruzanas alababan al Señor los pajaritos cual nunca había oído ni supuesto. Eran unas alegrías y unos desates, un enredo tan seguido y un revolver, que parecían, enteramente, enloquecidos por el fervor. Frescura deliciosa llegaba hasta el aposento trayendo esos olores matinales que regocijan el corazón, cual si fuesen preludios de un día venturoso. Mas de pronto sentí tristeza por papacito; sentí la

falta de su alabado y de sus zumbidos de cucarrón. Mamá adivinándose siempre en todo, entonólo a poco, desde la alcoba contigua, donde se había acomodado. Siguiéron las tres hermanas, luego Adriano y por último, yo, que recé el mio con la unción de las aves. ¡Sí! Pero faltaban voces; faltaba aquella media lentuza, con tanta zeta, de las dos gitanillas. Recé por todos los ausentes, pensando que era muy duro levantarme y no verlos y no venir Mentor a saludarme, ni a ponerme "las manos" sobre los hombros. Pensé unas cosas tan tristes, y comprendí que El Silencio era mejor que Santa Cruz y que todo. Adriano se levantó y yo le imité. Mi Tula salía del cuarto de Nora, no tan brava como la víspera, si bien un tanto displicentona. La abuelita había pasado muy buena noche. Llamóme en cuanto me sintió levantado, y la encontré muy contenta y muy linda, tapadita con su sábana, como perdida en la blancura. Mil encargos sobre mi formalidad y poco metimiento con los mayores y sobre la paz y concordia con mis primos y amigos, y que fuera a desayunar y a lavarme, para venir, en seguida, a vestirme los trapitos nuevos.

En ayunas todavía, fui a dar una inspección a nuestra actual residencia, que apenas había entrevisto. Aun a tales horas se le sentía cierto airecito ofuscador. Así y todo, el patio me fascinaba. Erase una plaza ladrillada en trenza y a lo diagonal y al mismo nivel de los corredores. Arrancaba la hilera de los ángulos interiores, muy ajustadita y acondicionada, y afuera la desbarataban, levantándole tolondrones, dislocándole baldosines, las raíces formidables de un tamarindo, que amenazaban derribar el caserón. El tronco aquel se sostenía en cinco dedos como la garra de un monstruo del infierno formando otras tantas cuevas. Cardos, musgos, helechos, poníanle vendajes; tendíanse los brazos de la calle a la huerta; trabábanse las ramazones, para resguardar la casona; y aquella eflorescencia prodigiosa cubría el follaje de no sé cuántas filigranas y cuquerías de orfebre. Colgaban oscilantes los bejucos; colgaban las marañas de parásitas y por esas barbacoas de Semiramis, se deshacían, en colorines y escarpelas, la yedra de Chiquinquirá y la de San Juan y el jaramango y los hojarasquines de pintorrajos y las melenas. Peregrina era esa selva en balcón y en paraje tan urbano. Una fauna revoltosa la mantenía en fogueo. Zumbaban cucarrones atabacados y los blondos abejorros; loqueaban las mariposas tornasoladas y las libélulas de gasa; discurrían pausados los escarabajos de coraza verdosa y los de cuernos; retorciáanse los gusanos de peluche bordado y los ciento-piés de chaquiras; daban cada zancajo los arañoses y los "caballos de palo". Atacaba los nervios el febricitante enredar de aquellas legiones de lagartos, que cambiaban de colores y relumbraban al sol como si fueran de lata esmaltada; pero más los atacaba, todavía, la actitud

extática de unos "gusanos de pollo", azafranados, flechudos, horrendos, igualitos a un mango pelado, del número 11. Entre tanto, en los secretos de la selva, cantaban los toches y los jilgueros quién sabe qué pasiones borrascosas.

Determiné irme a la huerta, a ver si hallaba paz de alma. Al hospital por hilas: arbolocos, matorrales y pencas, que nadie había sembrado, se querían comer las tapias, y unos sapos boñigosos de papada blanca, que parecían los taitas de aquellos de marras, brincaban entre el lagartijero y las cayubras. Ni aun a medirles puño me atreví. Un bienmésabe, unos papayos y tres zapotes se rendían con la carga. Tanto monte asomaba por esos linderos, que me trepé a unos cajones, que había sobre un poyo, para ver qué era aquello. ¡Qué cerrazón! Entre los peñascos y confines veía y divisaba los rigores del naranjo y del aguacate, del nispero y del anón; los peligros del algarrobo y del cañafístulo; del corozo grande y del coco; de todos esos frutos de cuesco pétreo, que aquella tierra abrasada hace reventar en los aires, y que lo mismo regalan al paladar que despachan a alguno, de un testarazo. Sentí como hartura y empalago. Según mis cuentas, en Santa Cruz había más monte que casas, más animales que cristianos. ¡Pis!

Mi Tula renegaba en la cocina. Ni con toda el agua de El Vadillo lavaría ella la inmundicia que habían dejado en la casa aquellos cochinos de "la villa". Mientras tomaba mi desayuno, en el comedor, se puso la negra a fregotear el interior de una tinaja que allí había, enterrada en los bajos de una alacena. La sentía pujar y cerdear.—¡Los tinajeros de algunos!—estalla de repente.—Yo, enseñada a mantener mis tinajas que ni la plata, con sus ringleras di-joj'e rosa y de jazmín y de tuá lay'e flor, venir ahora a topar con esta indecencia de botija! ¡Consiá esto enterrado! ¡Quizque es pa tomar l'agua fresca! ¡Pú! ¡Aquí tienen riesgo... cuando la que cae del cielo ya viene jerviendolo!

Estriega, luego, las tablas de la alacena; de pronto da un chillido y sacude de una mano un alacrán. Salta a la mesa, salta ella como un tigre y con el trapo en zurullo refriega al malvado contra los ladrillos. ¡Las cosas que salen por esa boca contra Santa Cruz, sus habitantes y Cristo que la fundó! Hoy era "un cachón", mañana sería una pitorá.—¡Ya se ve! Aquí nian pitorá se menesta, ¿qué más pitorá que este maldito clima del demonio?

Mamá y Lucía, que a esas asoman, corren a hacerle los remedios y mandan a Adriano a buscar álcali.

Pasado el conflicto, continuó el examen de la casa. Medi el salón: catorce zancadas muy abiertas le entraron por lo ancho y treinta y cinco por lo largo. El bisabuelo de mamacita lo mandó hacer de aquel grandor, para que cupieran todos los diablitos de fiestas. No poco espacio le robaban las dos escalas de alcanto, que daban ascenso a las ventanas.

No eran así no más los entierros que yo presentía, debajo de aquellos peldaños. En el segundo patio había unos cuartuchos, muy feos y penumbrosos, con agujeros en las paredes, a manera de nichos. Varios tenían postigo, y, a pesar del miedo a los "cachones", no pude resistir la tentación. Abro uno. Encuentro unos pedazos de bandeja, un asiento de botella y un jarrillo de barro desportillado, con unos trapajos adentro. Los saco: es un pañuelo redondo, poliloso y mugriento. Me emocionó porque guarda en el centro, amarrado con cabuya, como "trapo de oro", alguna cosa particular. Tiro, reviento y aparece una trenza de pelo, sucia y entrecana. La aviento lejos y arranco a correr, presa del espanto. Las ideas que se me agolparon no son para dichas; al punto establecí relación entre esa crineja y la lengua lamosa del delirio. Todo el caserón se me hizo un emporio de espantos y aparecidos. Como de ordinario, guardéme aquel secreto terrible. Ya me figuraba las "cosas malas" que podrían decirme Cecilia y Adriano, por esculcón y novelero. De ahí adelante hice lo posible por no encontrarme solo en ninguna parte de aquella mansión.

Muy adobado por Vira y en amor y campaña de mis primos los Trebujenas, fuime a la procesión de ramos. Sería por la trenza, pero ¡nada bonita que me pareció! Ya iba a mostrar la oreja lugareña, para decir que lo de Colmenares era mejor; pero me acordé de las exhortaciones de la abuelita y me callé el pico. Mi entusiasmo por conocer el obispo vino a parar en negro desencanto y en raudal de remordimientos. Esperaba un señorón miedoso, de puro grande y bonito, que sobresalía de entre toda la gente como santo de andas; y cuando me mostraron la señoría ilustrísima me quedé de una pieza. Era un padrecito menudo, más pequeño que todos, con cara arrugada de vieja. Este mi parecer se me figuró un pecado muy grande; pero ¿cómo evitanlo? Tenía un agravante atroz: la mitra, por más que brillaba, me parecía cosa de montera; y el báculo, a pesar del oro y las piedras, tampoco lo encontraba muy lindo, sino, más bien, como el agarradero de un serrucho. ¡Yo había visto, en El año cristiano, unos obispos tan primorosos! También era que el gentío y la apretura me tenían sofocado y con náuseas.

Con los primitos bajé, a pleno medio día, a bañarnos al Pataló, que corre no muy distante de la plaza principal. Siempre me han parecido esos faldudos callejones lo más pintoresco y de más carácter en Santa Cruz. Ello es que el terreno, que viene un tanto plano, se quiebra de pronto hasta el río; y la ciudad, como si temiese rodarse al fondo, ha echado uñas que la sostengan y diques que la atajen. Allí hay bastiones, dientes, dunas, qué sé yo; y, como esa parte es naturalmente pedregosa y áspera, no se define dónde principia el artificio, ni si eso está en ruinas o inconcluso. Las plantas textiles y las trepadoras, los li-

zos musgosos y cuarteados, los boquetes y los cantos sueltos; los interiores, medio velados, de las casas que desde abajo se ven, le acaban de poner el sello a todo eso. Tanta originalidad y poesía, tantísima riqueza de detalles piden a gritos un pintor.

El "merendero real" nada me dijo entonces, ni después.

El doctor Rada Nates me tanteó esa noche en la preparación para comulgar y encontréme tan en punto y sazón como los mejores neófitos de la parvada que él preparaba, para éste, el acto más grande del hombre. No nos afanáramos demasiado para ganar el jubileo del jueves santo: aun no éramos unos pecadores tan urgentes del indulto. La comunión no podía hacerse como él la soñaba y como convenía a todos, hasta el domingo de pascua. ¿Lo decía Rada Nates? Así era.

En su gratísima compañía, subimos a la torre, al día siguiente, a eso de las cuatro de una tarde esplendente. Desde aquella vez primera, en que miré aquel panorama por el cristal de la inocencia, hasta ahora, que le contemplo con el alma maculada y entenebrecida, me inspira los mismo elevados sentimientos, más hondos y melancólicos, por supuesto, a medida que declino.

Dicen los santacruzanos que fué en esa tierra donde moraron nuestros primeros padres. Hasta cierto será. Esa tristeza, esa hermosura, aquel misterio, bien pueden ser los vestigios del malogrado Edén.

El Abri se mira, al frente, medio arrebuñado al pie de la cordillera que lo separa del Aburrá. No es plano, ni mucho menos: dijérase una ebullición furiosa, solidificada de un golpe. Le viste y le entristece un afelpado verdinegro, que ahora se abullona, después se arruga, luego se estira. Mil trabajos, mil complicaciones, para formarse aquella cuenca. A trechos taja pendientes y abre calles, dettas, boquetes; en partes va orillando en suave culebreo; aquí se curva en rambra; por allá se le entra hasta el centro una pierna de cordillera. ¿Qué capricho no hay en eso? En lo hondo, espesuras; en lo tendido, arrozales; por las faldas, malezas; praderías por las copinas; plumazón de palmeras, por todas partes; por todas, crepuras de iraca; por todas caracoles y bizarrías y una nostalgia que flota, que palpita. Medio oculto en la melancolía de las frondas, se diseña un villorrio; blanquea, como osamenta, un aldeón en una rinconada; un cortijo terroso se asienta en una vega.

El Vadillo, irresistible, diamantino, incandescente, se retuerce y gallardea y se espacia como el genio de la comarca. El aire arde, la tierra es un horno. Tanta vida, tanta magnificencia, contrasta, sobrecoge.

Parece que la muerte precipita su llegada; que el fuego de la común madre va a devorarlo todo de una vez; y lo ignoto, el más allá, se insinúa en el alma.

Y todo, en derredor de aquélla todo, es así. Atrás se empina, altanera y escueta, como una muralla, la loma de **Venturanza**. Abajo, cual la mendiga junto a la duquesa, se acurruca la barriada de **La Horda**. Y horda es, en efecto: bajo cada tamarindo, un aduar, un bohío, un cobertizo de palma. Cercas de ciruelos dividen los predios; un frutal, y, sobre horcones, plantados dentro de la acequia, por escaparlos de la plaga, cuencos de calabazo sembrados de las yerbas para el **machuco**. Es aquello gris, ingenuo, hermoso en su misma miseria. Siempre le encontré mucho sentido, hondo significado.

A la derecha, interrumpiendo la placidez de una explanada, surge de pronto, cual fatídico presagio en medio del festín, una formación de rocas cenicientas, sombrías; ni tajadas a los hachazos fueran tan angulosas. Fingen reflejos de bronce; parece que arden, que van a estallar. Del lado izquierdo, por los riscos de la montaña, se despeña **El Pataló**. Se amansa fatigado; acalla sus mugidos; besa el pedestal de su señora; y, cual si quisiera rendirle triple homenaje al Vadillo soberano, en tres brazos se fracciona. Desde las márgenes del tributario, empinándose en la falda, desvaneciéndose en la explanada, disemina su belleza y extiende sus ropajes Santa Cruz, la nobilísima. La velan todas las áureas blondas del tamarindo; la abanicen las palmeras; sus mismas esencias la desvanecen. Entre tanto tiembla el éter, propágase la fiebre, revientan gemas, la vida canta. Semejan fuego al blanco los encalados paredones; diríase que tanta piedra y tanto techo humean carbonizados. ¿Es el ensueño? ¿Es la euforia? ¿Es el nirvana? Si no fueras Santa Cruz, si no justificases tu nombres. Eros, letal y espantable, bajo el más delirante y melancólico de sus ritos, tendría muchos altares en tus ámbitos. Así y todo...

La ciudad, el calor, las gentes, la semana santa, la próxima comunión, todo eso tan seguido y amontonado, me tenía turulado y caótico. La casa, a más del recelo que me iba inspirando estaba a toda hora llena de visitas. El timbre, el blasón, Hispania entera, le acudieron a mi familia. Allí lo Trebujena y lo Sanguento, lo Bobadilla y lo Santacoloma; allí la villería íntegra, desde Villalba hasta Villaviciosa, desde Villasola hasta Villamil. Vira no me pertenecía, y Mi Tula estaba peor que el alacrán que la había picado. Yo trasegaba, por ahí con los primos y los nuevos camaradas, conociendo los rincones de la ciudad y los de las Iglesias, admirando los pasos, entre matraqueos y tinieblas y procesión para arriba y procesión para abajo y atracones tremebulos de frutas, de pastas, y de todo, pues lo que es hambre no falta en Santa Cruz.

Aquella liturgia de semana santa, de que sólo tenía una vaga idea, por las funciones pobres y deficientes de Colmenares, se me iba haciendo hermosa, asustadora y triste, como la ciudad.

Desde el martes sacan por esas ca-

lles el Crucifijo con Magdalena asida de la cruz y desmayada de dolor. Sacan al señor del Huerto, todo ido para atrás, bañado por la cruenta transpiración, las manos en boleó, inflado por el viento el manto amarilloso. De una mazorca de granadas surge un ángel tieso, rígido, como un rey de baraja recortado, como un aparecido asombrado. De plata es su mitra y de oro el cáliz que levanta. Por el aire ríspido y lanzado no parece traer zumo de las viñas de Engaddi. Este ángel me dejó tan impresionado que aun lo veo. También me ofuscaba, haciéndome fluctuar entre la admiración y el susto, el paso de la "Virgen de las Angustias". El enorme nimbo, el corazón, los siete puñales de María y las potencias del Cristo son de oro macizo, incrustados de esmeraldas, perlas y diamantes; y son de diamantes dos lagrimones que le corren a la Virgen por las escuálidas mejillas. Rodéala una cohorte de arcángeles miguelcos, de faldellín corto y escarpado. De plata son las mirlas, las alas, la escamada de coraza y las zardalias de alta jarretera; de plata las insignias de la pasión, que cada uno enarbola; de plata el enchapado de las andas; de plata los candelabros. Toda esa riqueza, todo ese esplendor; aquel cuerpo cárdeno y desgarrado, aquella cabeza destroncada y lívida; la cabellera de pelo natural, que flotaba desmelanada; los ojos de la madre, vueltos al cielo; todo eso tan rico, tan lastimoso, tan insólito, para mi, me hacía estremecer, enredándome en una agitación de cosas encontradas.

Tan mareado me sentí el jueves, que no quise ir a la consagración de oleos. A medio día salí con mamá y mis hermanos a visitar monumentos. El de la catedral es inmutable como la revelación, tal como lo hacía arreglar antaño el tío don Joaquín Emilio Milanés — quien lo hizo construir, con su vajilla, sus arreos hípicas y varias talegas encima;— se arregla ogaño y se arreglará siempre. Sólo le adornan esas delicadas y sutiles almácigas de maíz, que hacen germinar en la obscuridad de algún rincón húmedo.

Uníme a los primos y, bajo la sombra de un mango, nos dimos el placer de ver aquel salir y entrar de tanta gente. Señorones muy tiesos y sublimes, de guácara, "punta de diamante", cuello lacio hasta las orejas, chalecos florones, hiperbólicas cadenas, zapatos con hebilla y bastón con porra de oro; muy atarugados en los sombreros de copa y en los corbatines de pañuelo. Negros sin ruana, con la camisa suelta, toda rizada en escarolados y repulgos. Damas de amplias faldamentas (a la garganta del pie) de gro de Nápoles o de seda de aguas; tirada con desgaire la corta mantilla de casco y vuelo o de encajes y madroños; cimbrándose, delgadas y ligeras, en sus menudos zapatos de raso; agitando, con la gracia de las calentanas, el pañuelo de encaje o el abanico del país. Napangas ajonjeadas, de trajes aéreos, ondulando sus formas como unas lagartas; cogidas

con los brazos las puntas del pañolón, que cuelga atrás picudo, más abajo de la cintura, bien doblado a la diagonal. Emperatrices de Abisinia de faldas chillonas, amarradas con chumbes multicolores, cargadas de rosarios y de cobre, con el sombrerito de jípljapa, puesto de lado. Viejas, asándose entre las manteni-llinas de paño, ensombreadas, asimismo.

Probablemente que en la antigua capital de la provincia había más esclavos que amos, porque toda el Africa tiene allí representantes. Todo ese ébano lleva los apellidos coruscantes de sus antiguos dueños.

Por la tarde me pasmaba y resarcía de miedos con el paso de la cena. Lo sacan, no diré en andas, sino en un aparato, largo como una sala. Verdad que el pobre traidor está muy horripilante, con tamaña verruga en la nariz; pero, con todo y éso, no alcanza a ennegrecer aquel conjunto. Jesús, de luenga y dorada cabellera, con deslumbrantes potencias, el rostro sereno, y la mirada en su padre, bendice el ácimo con la diestra y alza el cáliz con la siniestra. Está a la cabeza; Juan, a su lado, cándido e infantil; los demás apóstoles, a los dos lados; el cordero, real y efectivo, guisado en carne y hueso, en bandeja de plata, orlada de la pascual lechuga. Racimos y mieses y todas las grosuras y la espuma de aquellos huertos bendecidos, colman la santa mesa. Mujeres del pueblo, engalanadas de blanco, con paños que flotan atrás y adelante, van incensando a lado y lado. Los penitentes negros, que cargan el paso, se mueven lentamente; la calle de gente se ensancha; y el humo perfumado se difunde por la plaza. Yo estoy **arrozudo** y a punto de llorar.

Volví a casa tan encantado, que ya ni miedo sentía. —Allá verá mañana, Paquito, la procesión del santo entierro —dijome Vira.—Creo que apenas en Roma la hacen tan preciosa.—Mi Tula, con toda su inquina contra Santa Cruz, apoyó a Nora.

Como era viejecita y enferma, le enviaron a la mañana siguiente de la carne del cordero. Ya que yo no podía comerla, la miré y remiré. Oía a iglesia.

—¡Cómasela, Vira, ya! —le dije, poseído de repentina fe.—¡Verá cómo no le vuelve a dar la palpitación!

—No, mi hijito; no piense en eso—me contestó como triste.—Eso sería un milagro, que yo no he pedido y que no se necesita.

—¡Pero si se alivia hartísimos días! —Allá verá! ¡Cómasela ya!

—Al almuerzo, mi hijo.

—Usted no quiere comérsela delante de mí. ¡Eso es todo! —le dije caviloso.

—¡Pruébe no más!

Consintió, y corrió por el cubierto.

Partió un pedacito, pero vacilaba. Noté que las lágrimas se le salían y que trataba de contenerlas. Apartéme, con disimulo, como mirando la Valvanera, que estaba al frente de la cama, sobre una mesa. Yo también quería llorar.

Cuando volví la cara a la abuelita, ya se había comido el escrúpulo de carne. Estaba otra vez serena; pero me pareció con aire triste, muy triste.

Mandóme que le trajese la chuspa con plata, y me dió dos pesos para que, con muchísima devoción, fuese a adorar la Santa Cruz, por ella y por mí. A ese tiempo salieron mamacita y Cecilia, muy galana, con los trapos del reino, y tiramos para la catedral. Aunque "la condesa" estaba sumamente linda y yo más satisfecho de ella que siempre, no tuve gusto en la función. Me acordaba de Jesusito, de Mentor, de aquello de "a la mano de Dios" y de la trenza de la difunta desconocida. Acerquéme al comulgatorio, donde estaban adorando los hombres. Reparé que, cuando más, echaban pesetas de cuatro reales. Después de larga espera, pude regar—con los dos pesos bien empuñados—al cojín donde yacía el crucifijo. Al ir a arrodillarme, acometiome de pronto una ola de vanidad, por toda la plata que iba a echar, y la intención de hacerla sonar hartó. Besé la imagen y eché las monedas. No sé si sonarían; pero sentí al punto vergüenza y remordimiento. Parecíame que todos me notaban el alarde; que había cumplido el encargo de Vira como un negro caratejo; que había echado a perder las preparaciones para la comunión; y qué sé yo cuántas cosas más perversas y pecaminosas. Ví la cara tan fina de la abuelita, más triste, todavía, de como la dejara hacía poco. Acordéme de la horrible historia de la batata, y otra vez de Jesusito, y otra vez de la trenza y luego del padre Villalares y de todos los sucesos de **El Morro**. Una angustia invencible me dominó por completo, y, allí mismo, en plena catedral, delante de aquel gentío, me suelto a llorar. Me tapo la cara y le pido a San Francisco me seque esas lágrimas y me ataje los sollozos y "que crean todos que me estoy haciendo".—¡Más bien éso, San Francisquito querido! ¡Más bien éso! —le suplicaba.

No recuerdo cómo ni cuándo me sacó de aquella tribulación el santo de mi nombre; pero sí que ese viernes estuve con "el ofusque", que decían en casa, donde todos lo notaron.—¡Eso es la vigilia y el ayuno, que l'está siendo daño a esta criatura—declaró Mi Tula.—¡Consíá aquí! Nian comiendo cada rato soportan los cristianos. ¡Contrimás gana!

Todo, según Vira, se me pasaría con El Santo Entierro.

En Santa Cruz de Vadillo es aquella ceremonia, desde tiempos inmemoriales, la grande y solemnísima ocasión en que la nobleza se exhibe en sus atributos esenciales de fe y religiosidad. Sólo la aristocracia entra en ella; los demás son espectadores, más o menos fervientes.

Aquel año de gracia, como siempre, salió de la catedral, a las cinco en punto, silenciosa y expectante. Hilera de caballeros, hilera de señoras; todos con guantes y negras galas; alumbrando todos en ricos y encintados portacirios de

plata; todos paso a paso y con la cara al suelo. Adelante Juan y Magdalena; luego, a mucha distancia, El Santo Sepulcro; después, La Dolorosa; y, por último, el Capítulo, seguido del clero y éste de todo el seminario. Se mueve apenas por la ancha calle, que todo el público fiel abre a porfía; va tirada a cordel, equidistantes las luces y a un mismo nivel. En cada esquina, en cada intermedio, una posa. Es un zurcido magnífico de jazmines, un ampo de blancura, tendido por ahí; el corporal que le ofrece naturaleza al Dios Hostia.

Refulgen las estrellas del manto de la Virgen; refulge el mimbo y el corazón traspasado; refulgen la Cruz y los ciriales, los incensarios, todo... Comprendo que eso es bello, que eso es grande; pero acaso por lo mismo, me avasalla y conturba. No puedo fijarme en el Capítulo; mas sin mirarlo lo estoy viendo; veo aquellas colas largas, enormes, negras, profundamente negras. Por mi fantasía de niño pasa algo aterrador: es un pecado gravísimo, harto lo siento, y, sin definir ni entender lo que es sacrilegio, no sé qué voz me dice adentro que es ello bastante más que pecado; todo lo del obispo y los canónigos me va enloqueciendo, asombrándome tal vez. La idea de que son un bando de aves fatídicas, acaso de aquellas que atravesaron el cielo, tal vez de gallinazos, no se me aparta de la cabeza, y esta idea me revuelve y tortura la conciencia. ¿Cómo comulgar? Por más que rezo dentro del corazón no me alivio. Andaba con amigos; pero me escurro con maña hasta una esquina donde veo a Mi Tula. La procesión va a hacer la posa. Yo me agacho para no mirar.

Valiente señorío pa más lindo.—murmura la negra a media voz.—¡Vean la condesa... Sempre les echó ñatas a toitas las diaquí!

¡Ni por esas! Ya sabía yo que mamacita se veía más linda en Santa Cruz que en El Silencio; ya sabía que era de las más galanas... Siempre tenía que confesarme esa misma noche; pero ¿cómo? Apenas hacía un día que lo había hecho, y en unas horas... ¡aquel pecado!...

Llegados a casa, ponderé mucho la procesión. No me atreví a expresarle a Vira mi deseo; sino que llamé a mamacita a consulta, y, todo lacrimoso, le expuse mi necesidad. Consolóme mucho y determinó que, a propia hora, suspendiese la abstinencia. Como me denegase, ordenómelo, bajo santo precepto de obediencia. Asesoró Mi Tula, al punto, dándome de la gallina que habían matado para la abuelita, pues otras carnes, en tal semana, nunca se han visto en tierra santacruzana.

Aunque el sermón de la soledad iba a predicarlo el doctor Rada Nites no quise ir; me quedé con Vira, mamacita y Asunción. Como no fueran visitas, tuvimos, por fin, un rato de íntimo esparcimiento. Mamá encantada por lo bien que se encastraba Vira, felicitábala, felicitándose ella misma, por haber ido el

día precedente a comulgar a la Asunción. Lamentó luego la ausencia de papacito y de las tres niñas, exponiendo la necesidad de irse al día siguiente, aunque perdiese mi comunión y el gran baile pascual. La abuelita pareció acordarse con la determinación; pero la hija le prometió estar de vuelta el martes próximo con Elvira segunda y todo.

A poco nos pusimos a rezar la novena en ese cuarto tan blanco y espacioso de Vira, que seguía del salón. Aquella paz y tranquilidad asemejábase a la de **El Silencio**. Eran las siete, y ni un rumor se oía por la desierta calle; la gente toda estaba en la catedral. Asunción, arrodillada ante La Princesa, leía a la pálida llama de la lámpara las preces a la Madre de los Dolores, en aquel último superhumano que resumía todos los otros. Su voz, clara, serosa, impregnada, en tal momento, de unción, se iba ligando en inflexiones dulces y expresivas. Su cara humilde, correcta y aquel su porte grave y austero, dábanle no sé qué aire, muy marcado de abadesa. La abuelita, sentada en su silla, inmóvil, los ojos entornados, parecía abismarse en su oración. Yo, sentado, junto a mamá, en el primer peldaño de la escala para subir a la ventana, divagaba mirando los rosetones de las vigas, pensando en muchas cosas tristes y enredadas de la semana santa, de la casa y de la ciudad. Un viento suave traía hasta la alcoba fragancias de azahares y de norbio.

—Aquí se hace la petición—dijo la lectora, como subrayando el paréntesis. Seguí mirando hacia arriba; pero sentí el silencio; un silencio muy raro, muy hermoso, que se veía.

—¡Mamita!, mamacita! — exclama la mía, disparándose de la grada.

Quiero seguirla y allí me quedo clavado. Por mí pasa como una ráfaga. No sé qué. Tal vez nada.

Sólo entiendo que mamá y Asunción se pegan de la abuela. Me parece oír un sacudimiento, roce de faldas, el batir de un cuerpo, aspiraciones, un ronquido. Veo que la alzan a la cama y que mamá arranca un crucifijo de una columna.

—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús! — oigo que grita ella.

—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús! — oigo que grita mi hermana.

—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús! — oigo que grito yo.

Y sigo oyendo aquel ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús!, como el clamor de tres almas.

No sé si ha transcurrido el tiempo. Mamá medio arrodillada en la silla, tiene las manos sobre la cara de su madre. Asunción le ciñe, por el mentón y la cabeza, un pañuelo blanco.

—*Réquiem aeternam dona eis Domine*—reza mamá, quitando las manos.

—*Et lux perpétua luceat eis*—contestamos los dos hijos.

Y el "Señor Dios que nos dejaste..." se oye claro, coreado, en aquella calma monástica.

Mamá se incorpora y dice:

—¡Bendito seas, mi Jesús, que te la llevaste contigo... ¡Bendito seas!

Da un grito, se postra ante el lecho, cruza las manos en el borde y hunde la cabeza. Asunción, rígida, muda, está arrodillada. Parece una estatua.

No sé si rezo; pero vuelvo a oír el silencio.

Soy como otro Paquito. No grito, no lloro, no digo nada, ni me oigo. No sé si estoy triste o alegre y todo lo sé y lo entiendo; Vira es ánima y la van a enterrar y se va a volver calavera. Ya lo sabía desde esta mañana. La veo muerta y la veo viva; son dos Viras. La veo con la seña del golpe que le di; la veo

SODACO

Hasta acá han llegado noticias de que en la capital del país se gestiona en estos momentos la formación de una Sociedad de Autores Colombianos. Los promotores, según las noticias recogidas, son elementos jóvenes de los que ahora se destacan en los diferentes campos de la literatura: novela, cuento, poesía, ensayo, teatro etc., con los compositores completando el cuadro. Al fin se alborotó el cotarro intelectual en este sentido, quizás entusiasmado por el calor que los últimos estrenos teatrales — "El Doctor Manzanillo" y "Arriba los de Corroscá!" — ha levantado en todo el país. Ojalá no decaiga la iniciativa: es penoso ver que el trabajador manual tiene asegurados sus derechos en todo sentido, en tanto que el trabajador cerebral es explotado o pirateado. Seguramente el movimiento tendrá repercusiones en todo el país, primero para llevarse a efecto y luego para derramar beneficios.

ERRATA

Por inconvenientes surgidos a última hora, nos vimos obligados a suprimir la página poética de esta entrega. Como en la nómina de colaboradores —inserta en la página 3— figuran dos poetas, rogamos al lector excusar ese anuncio en falso. En nuestro próximo número presentaremos esos bellísimos versos bajo el rubro global de **LOS MOTIVOS TIPICOS EN LA NUEVA POESIA COLOMBIANA**.

ANIVERSARIO

La entrega siguiente de **MICRO** no será extraordinaria a pesar de que es de estilo lanzar esa clase de ediciones cuando la ocasión es especial: nuestro número 60 marcará simplemente el arribo a las cinco series de 12 y la estabilización de un tipo de revista que desde hace cinco años perseguimos. Esperamos que los lectores hallen siquiera bueno lo que nosotros deseamos resulte magnífico. Desde ese número-meta presentaremos 100 páginas, con 32 de novela, sin variar el costo de ejemplar o suscripción. 1960

triste, porque no cumplí con su encargo de adorar la Santa Cruz. Tengo por dentro algo que no es mío, que es ajeno. Y un pesar, que no es tristeza porque la abuelita está muerta, sino porque soy malo con ella. Quiero llorar harto, gritar como Lucía; quiero que me den males como a Mi Tula. ¡Pero no puedo. Todo lo mío es como de mentiras. Siento que soy bobo y asombrado y que soy un Paquito de mentiras también. No me da miedo, ni susto y todo lo que dicen me parecen bobadas. Hay mucha gente en casa; es como un mercado, y me aburren. Me preguntan, me hablan, me dicen cosas, y me choca. Quieren que coma sin tener hambre. Tampoco tengo rabia. Me dan ganas de que nos muriéramos todos, de que vinieran las aves y se acabara el mundo. Ya no deseo comulgar, ni me gusta el doctor Rada Nates, ni quiero ser Magistrado ni casarme con ninguna princesa. Me gusta más vivir de bobito y comer carne cruda y hacer hartos viejos. Mamá me dice tantas cosas y me llama cada rato; pero ya no me parecen lindas. Me pregunta qué tengo, le dijo que nada, y no me cree. Me vuelve a preguntar, le vuelvo a decir... y tampoco.

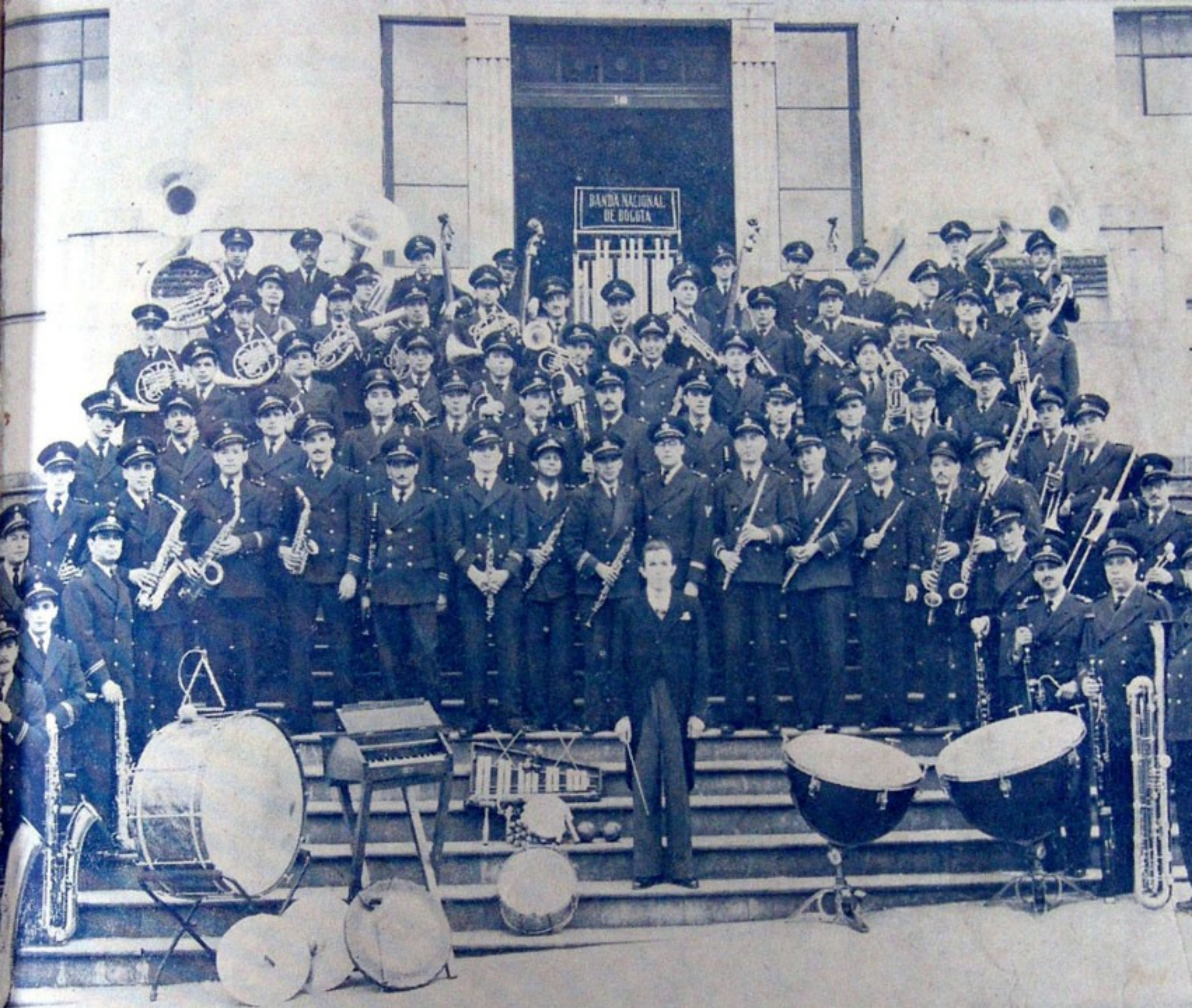
La sala arde llena de plata y de trapos negros y ramas y santos. ¡Lo mismo que la procesión! Las dos escalas de las ventanas son como el monumento. La abuelita con la cara blanca y linda, como una imagen, está en el medio, en su ataúd, con el hábito que le mandó la monjita. Está amaneciendo y los pájaros cantan muchas bobadas.

De las siete en adelante van llegando los otros de casa, unos tras otros. A las diez ya han llegado todos, hasta las niñas. Todos no; falta Mentor. Se perdió desde el jueves, por la noche, y no ha aparecido... ni parece. Ya sé que no parece! ¿Para qué se afanan? Ahogado en El Badillo, por buscarme; robado de algún transúnte; envenenado; vuelto humo en el aire... ya sé que no lo vuelvo a ver. Al irse Vira, él se fue también. Ya no la tengo a ella, ni a esa alma encantadora en Mentor. ¿Y qué le hace? Me dan ganas de cantar el prefacio de Francisco Vera y de echar hartas décimas y relatos.

De pronto oigo un estruendo. Las campanas todas de Santa Cruz, lanzadas a vuelo, cantan el gloria. Mamá llama. Todos nos postramos en torno de la abuela. Mamá reza. Todos rezamos. Me aturdo y una ola de sollozos canta el gloria dentro de mi pecho, y también me lanzo a vuelo.

Veinticuatro horas después, cuando Dios se ingiere en mis entrañas, siento otra ráfaga. Veo a la abuelita, sin la seña del golpe, transfigurada, gloriosa como está en el cielo. Al través de mi llanto miro la Virgen de Pascua, allá junto al altar, en su baldaquino de plata, y aquel rostro que veo con el alma se confunde y empalma con el de la Virgen, Madre de todos.

FIN



Banda Nacional de Bogotá.

José Rozo Contreras, Compositor y Director

(Viene de la pág. 23)

Sindici y labor de *re-creación* verdaderamente admirable.

El hombre y el amigo.

En la vida privada, Rozo Contreras es tan sencillo y humano que su perfil psicológico raya en la timidez. De la amistad ha hecho un culto. Ajeno a la envidia profesional, se complace sinceramente con los triunfos legítimos de sus colegas, a quienes admira noblemente cuando lo merecen.

En sus lecturas ocupan lugar preferente las obras de Tagore y los versos de Valencia, Arciniegas, Lozano y Maya. En música es ecléctico: opina

que toda obra hondamente gestada y correctamente escrita es venero de emoción, así se trate de una sinfonía de Beethoven o de una obra menor, pero sincera y noble.

"Siento tanto la Inconclusa de Schubert como la Fantasia sobre motivos colombianos de Morales Pino".

Confesión que hemos comprendido en todo su trascendente valor al escuchar esta última obra, dirigida por Rozo Contreras en uno de los últimos conciertos populares de la Orquesta Sinfónica Nacional efectuado con éxito admirable en el Teatro Municipal de Bogotá. Exito admirable, decimos, porque la dactilografía clara, expresiva y rigurosa de Rozo

Contreras, transformó totalmente nuestra Sinfónica en tal ocasión.

En el autor de "Tierra Colombiana" resulta emocionante constatar —como en el caso de Bermúdez Silva— la armonía superior del hombre y del artista. Armonía superior de un espíritu noble y elevado y un ideal estético depurado por arduas disciplinas. Porque nunca como en el caso de José Rozo Contreras resulta más verdadero el aforismo de Confucio, tan profundo en su paradójica apariencia: *"No es la verdad lo que engrandece al hombre, sino el hombre lo que engrandece a la verdad"*.

— Andrés PARDÓ TOVAR

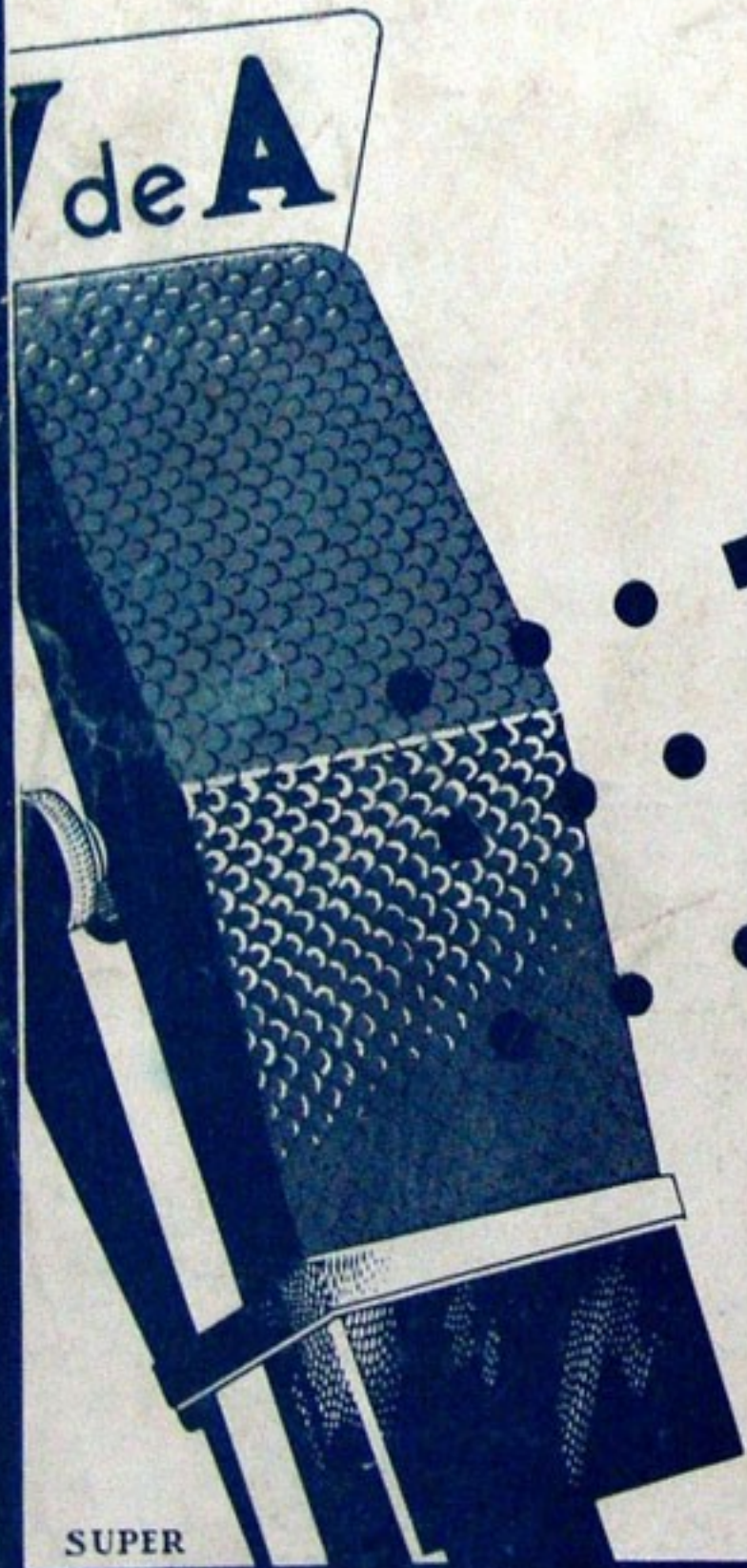
XV—XII—XLIV

Abierta al mundo



La Noticia de la Victoria

Llegara por el AIRE



Durante años, desde su fundación, día tras día, hemos mantenido informado al departamento y al país, de todo evento de importancia nacional o internacional. Nuestros oyentes han seguido las alternativas de la contienda a través de nuestros magníficos servicios informativos.

La noticia más trascendental, el anuncio de la victoria, el advenimiento de la paz, se presiente ya. Nos preparamos para ser los primeros en dar ese anuncio esperado; y seremos los primeros, porque contamos con los mejores servicios nacionales y extranjeros.

SUPER

LA VOZ DE ANTIOQUIA

H.J.D.E. 6.145.3 Kc

1960

H. J. D. K. 1.250 Kc

Abierta al mundo